

*¡No me cantes
milongas!*

Verónica Holmes





Verónica Holmes

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Epílogo](#)

© Derechos de edición reservados.

© Verónica Holmes, 2023

ISBN: 9798867720827

Cubierta y diseño de portada: Melanie Alexander

Corrección: Melanie Alexander

Maquetación: Melanie Alexander

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.



Agradecimientos

Otra novela más.

La verdad es que esta se ha hecho mucho de rogar...

Los dos últimos años no han sido sencillos para mí, pero volver a la escritura me ha devuelto la ilusión, pues es algo, sin lo que no puedo vivir.

Debo agradecer el empujón a toda esa gente que, por redes, ha confiado en mí y me ha animado a que continuara mi andadura, son demasiados nombres los que debería poner y no quiero dejarme a nadie, pero muchísimas gracias, porque sin esa gente, esto hoy no estaría ocurriendo.

A mis Barbies, que aunque apenas tenga tiempo para ponerme a hablar con ellas como antes, sé que siempre están ahí. Además, esta novela quiero dedicársela a una de ellas, Melody, porque cierta parte de la trama, no existiría sin ella. Te quiero, mi negra.

A Esther y Alex, dos personas que aparecieron en mi vida y que se han convertido en esa clase de amigos que quieres para toda la vida.

A Aura, que aunque haga mucho que no nos vemos, te quiero, mi loqui.

A ese bebé que me come la energía, pero que a la vez, me da la vida; mi pequeño Nathan. Todavía eres muy pequeño para leer una novela como esta, pero espero que algún día te sumerjas en los mundos de tu mami. Te amo con todo mi corazón.

Y por último, a ti que estás leyendo esto. Gracias por darle la oportunidad a mis letras y deseo de todo corazón que disfrutes muchísimo con la historia de Alexandra y Pablo.

Verónica Holmes/Melanie Alexander



El ambiente festivo recorría cada rincón del bonito recinto que la pareja de novios eligió para llevar a cabo su enlace. La boda de Sara y Aritz era esperada por todos desde el instante en que él se lo pidió en medio de un concierto en la sala Razzmatazz.

Solo pasaban seis meses de aquello, aunque juntos, llevaban ya un par de años.

Pablo se reunía junto a su compañero de grupo, Gabi, en la segunda fila del lugar donde estaba instalado el altar. El resto de amigos de la pareja, Dafne, Enoch, Alex, Cova y Víctor, también los acompañaban.

—Estoy hasta las pelotas de la maldita corbata —gruñó y fue Dafne la que le dedicó una carcajada.

—Pues no te queda nada —se burló.

—En cuanto lleguemos al restaurante, me quedo en bolas.

—O cuando empiece la barra libre —se metió Gabi.

Él no era un chico de trajes ni de ir repeinado, ni siquiera recordaba la última vez que se puso uno. Si hubiera sido por él, vestiría unos tejanos negros y una camiseta más arreglada que de costumbre, pero nada que lo convirtiera en un melenudo con aires de grandeza. Incluso llevaba recogida su larga melena castaña en una coleta repeinada que hacía que pareciera un ejecutivo del barrio de Pedralbes.

Se sentía ridículo. De hecho, solo vestía así porque, él y Gabi, eran los padrinos de la tan esperada ceremonia.

No era una boda multitudinaria, más bien informal. Ahora que los *Dark Angels* eran conocidos en el ámbito nacional, debían controlar sus pasos para que la prensa no los atosigara. Desde que montaron el grupo, su sueño era poder tocar su música por todas partes. La fama era un efecto secundario que no terminaba de agradarle.

Comenzaban a acostumbrarse, para Pablo era más sencillo, él era el bajista y aunque solía ser el primero en hablar en las entrevistas, Aritz era el más perseguido en todos los aspectos. A veces, era agobiante, pero todo lo negativo se evaporaba en el instante en que ponían un pie en el escenario.

Los tres cumplían su sueño.

A pesar de todas las medidas de seguridad, y tan solo un centenar de invitados, en las afueras habían apostados unos cuantos paparazzi. Eso no iba a impedir que, en cuanto diera comienzo la fiesta, se lanzara a tomar unas copas y divertirse. De hecho, desde que eran medio famosos, no cambiaba nada en su rutina. Era un joven de treinta años al que le gustaba la marcha y ser el

mismo de antes de ser conocido.

En realidad, Gabi y Aritz se comportaban igual, por ello, muchas veces eran la comidilla de la prensa. Se dedicaban a cantar y compartir su música, no pretendían agradar a la farándula mediática.

Así de simple.

Se dirigió hasta la zona del altar. Todo estaba dispuesto con mucho tiento, quien se encargaba de la decoración lo dejó todo lleno de flores de las cuales no conocía su nombre. Había un enorme arco en el inicio del pasillo por el que entraría Sara con su padre. Aritz estaba junto a su madre, ya lo saludó antes, pero ahora, de verdad, era consciente de los nervios que lo asolaban. Iba tan ridículo como él con el traje, y para relajarlo, se lo hizo saber.

—Capullo —le gruñó.

—Para nada, tío, ese apelativo te pertenece desde hace años —se burló con una mueca socarrona.

—Entonces tú eres el imbécil absoluto.

Ambos soltaron una carcajada y dejó un par de golpes en su espalda. Dafne se acercó a ellos para decir que la novia ya llegaba, así que era el instante de que los padrinos y damas de honor ocuparan sus puestos.

La música comenzó a sonar, la suave melodía de *Hotel California* de The Eagles, llegaba a sus oídos. En el momento en que Sara apareció en la distancia, una voz femenina comenzó a resonar en los altavoces dispuestos a su alrededor.

Se quedó absorto durante un tiempo, supuso que como el resto. El silencio más absoluto reinaba en el lugar mientras la novia se aproximaba con la más espléndida de las sonrisas hacia Aritz. Estaba preciosa, mas Pablo no le podía prestar la suficiente atención.

A su izquierda, a pocos metros, una banda tocaba la melodía en directo, aunque no había ni rastro de la cantante con voz rasgada que conseguía erizar todo el vello de su piel.

Se moría de ganas por encontrarla, de ver sus labios moverse al compás de la melodía tan celestial que llegaba a sus oídos. Era hechizante, de tal forma, que apenas fue consciente de cuando los novios se reunieron.

La voz se evaporó de la misma forma en que llegó, dando así, inicio a una bonita ceremonia.

Se fijó en los rostros de sus amigos, por un segundo, envidió su amor. Ser espectador durante años de sus constantes arrumacos era agotador. Aritz no era un romántico, pero sí un empalagoso que le metía mano a Sara cada vez que encontraba la oportunidad. Pablo no se quejaba de no tener ligues. No había día que, al terminar un concierto, no se fuera con alguien a la cama. Eso, por el momento, le servía. Tenía treinta años y no tenía una relación estable desde hacía por lo menos diez.

No tenía ni idea de dónde estaba esa supuesta persona que era para él, quizá, ni siquiera existía.

Volvió al mundo real cuando Gabi le dio un golpe en el hombro. Lo cierto era que no se había enterado de una mierda de lo que decía quien oficiaba la ceremonia.

—Os declaro, marido y mujer.

Todo se llenó de aplausos, Aritz fue directo a besar a Sara y se entretuvo más de la cuenta.

—¡Deja algo para la noche de bodas, tío! —vociferó entre carcajadas que fueron secundadas por el resto de asistentes.

Tras firmar el papeleo como testigo y padrino, dejaron a los novios a solas unos minutos para colocarse todos a las afueras del recinto. Allí esperaba con un paquete de arroz en sus manos para tirárselo a la cabeza a Aritz. Estaba aliado con el primo de este, Alex, y también Gabi, para

metérselo directo por dentro del traje, para así joderlo un poco.

Era un poco cabrón y sabía que al día siguiente el vídeo estaría por todas partes. Allí no podían detener a los paparazzi, pero al menos, la seguridad del recinto los mantenía lo suficientemente alejados para que no le dieran ganas de darle un puñetazo a alguno.

—Yo iré por detrás en cuanto salgan y vosotros os acercaréis por los flancos —murmuró Alex, armado con su bolsa de Mercadona.

—Perfecto, yo lo distraigo —añadió Gabi.

Solo pasaron un par de minutos hasta que hicieron su salida. Los gritos de alegría los acompañaron junto a los kilos de arroz y los pétalos de rosas blancas que caían en cascada.

Recibió la señal de Alex, ya estaba en su posición. Le echó un rápido vistazo a Gabi y los tres fueron manos a la obra. Sara, al ver sus intenciones, se apartó un poco. Esa fue la oportunidad perfecta para coger al novio y meterle la bolsa entera por debajo de la camisa.

—¡Seréis hijos de puta! —se quejó. Intentó esquivarlo, pero Alex lo tenía inmovilizado por los brazos mientras lo rebozaban.

—No te rayes, colega, solo te estamos aderezando para que estés sabroso para Sara —se burló, ganándose un gruñido.

—Eso, primo, lo hacemos por tu bien —añadió Alex.

—Sois imbéciles —finalizó Sara entre carcajadas.

Reía a carcajadas junto a sus amigos. Estaban a la espera de que los novios subieran al coche para ir al restaurante, pero Aritz llevaba diez minutos intentando deshacerse del arroz.

—Vamos, chicos, que se va el conductor —avisó Dafne a las puertas del autocar que los llevaba.

—Espera, espera, que creo que va a bajarse los pantalones.

—Pablo, eres peor que los críos. ¡Largaos de una vez! —le chilló Sara y obedeció por miedo a que se sacara un zapato y le clavara el tacón en un ojo.

Subió al autocar entre risas. La fiesta ni siquiera comenzaba, pero ya parecía que iban todos borrachos. El camino fue de lo más ameno, tanto que se les hizo corto.

El restaurante estaba cerca del Tibidabo, céntrico, pero íntimo. Entró con el resto a la zona y esperaron en las afueras a la llegada de los novios. Los fotógrafos pedían a todos los invitados su presencia, puesto que llegaba el turno de hacerse la foto con los protagonistas para salvarguardarlas en los recuerdos de todos.

Lo típico.

Los ovacionó en cuanto hicieron su llegada. En realidad, parecía comportarse como un adolescente que salía de fiesta y no estuviera en la boda de su amigo.

Vio cómo pasaban familiares, y después de que Dafne, Enoch y Atenea se fotografieran, fue su turno junto a Gabi.

Se acercó a Aritz con una sonrisa burlona, veía en la mirada de su amigo las ganas de darle una colleja. Se puso a su lado y comenzaron a echarles fotos, pero tampoco podía entretenerse porque quedaba mucha gente por pasar.

—Sois unos cabrones —murmuró entre dientes—. Creo que tengo arroz hasta en la punta de la polla.

Rio a carcajadas, ganándose una mirada reprobatoria por parte de la pelirroja.

—Sarita se encargará de quitártelo.

—Lo único que voy a quitar es tu sonrisa de una bofetada —lo riñó.

Negó, divertido.

Hubiera seguido hablando, pero los fotógrafos apremiaban para que se apartara. La siguiente

en acercarse fue una chica que no conocía, por lo menos, de entrada. Sin embargo, conforme entró en su campo de visión, la situación cambió por completo.

—¿Alexandra?

La chica le prestó total atención. La observó con descaro, paseó su mirada por toda su anatomía. Sus largas piernas se escondían bajo un vestido largo en color plateado con brillantes. El conjunto dibujaba unas curvas en las que cualquier persona querría perderse. Tenía un escote pronunciado en el que, de forma sutil y a la vez provocadora, se adivinaba la voluptuosidad de sus pechos.

Su pelo rubio y largo casi hasta la cintura, caía en cascada en unas ondas perfectas. Y su rostro... sus ojos con matices verdes parecían gigantes por el maquillaje con contrastes en negro que enmarcaba a la perfección su preciosa mirada.

Estaba preciosa, tanto, que después de pronunciar su nombre en una pregunta, era incapaz de articular palabra y tuvo que ser Sara la que lo sacara de su ensoñación.

—¿Os conocéis?

—Prácticamente nos hemos criado juntos —habló ella al fin y no se le pasó por alto su mirada avergonzada.

Seguía atontado, sobre todo, al escuchar esa voz que tantas veces, durante los últimos doce años, echó tanto de menos.



Todavía no sabía cómo tuvo el valor de aceptar la petición de su amiga Sara.

Adoraba la música, sabía que su voz era perfecta para cantar, pero hacerlo en público la aterraba de una forma que la paralizaba. No obstante, no pudo decir que no a la mueca de gato de *Shrek* de la pelirroja, a regañadientes, aceptó cantar *Hotel California* para su llegada al altar.

Eso sí, oculta entre bambalinas, a bastantes metros, para que nadie notara su presencia.

Maldecía el día en que Sara la pilló cantando en el trabajo. Allí fue donde se conocieron hacía más de un año, en el plató en que se rodaba una serie que ya iba por su tercera temporada.

Alexandra era técnico de sonido y también la compositora principal de todas las canciones y la música que luego se emitía durante los capítulos. Ella guiaba al grupo que luego cantaba sus letras, pero nunca era quien utilizaba su voz. Así que, cuando Sara la pilló canturreando una de ellas, no pudo esconder que sabía cantar.

La estuvo alabando durante días por su talento, bueno, más bien se convirtió en un grano en el culo que no paraba de repetirle que debía mostrar su voz al mundo. Algo que jamás ocurriría, puesto que el miedo escénico la acompañaba desde que era una adolescente.

Tuvo que claudicar, a Sara le sirvió su insistencia para hacerla partícipe en la boda. Si hubiera sido otra persona, ni de coña cumpliría su deseo.

La pelirroja era su amiga, una muy buena, a decir verdad. Desde que entablaron conversación en el trabajo, quedaban para salir a tomar algo la mayoría de semanas. Eso incluía al resto de su grupo de amigos, incluyendo a otro de los miembros del grupo Dark Angels: Gabi.

Eso sí, cuando quedaban con Pablo, evitaba ir.

No había una cuestión razonable para ello, pues en realidad, lo conocía mucho más que a todos aquellos que ya consideraba sus amigos, pero doce años sin verse era demasiado tiempo y no tenía ni idea de cómo enfrentarse a sus recuerdos.

Lo que de verdad la sorprendía era que ni siquiera él supiera de su existencia, o su vuelta.

Tuvo que esforzarse demasiado para no coincidir con él. En la boda, era inevitable. Era el día en que no podría esconderse, lo vería, y aunque estaba cambiada, la reconocería.

O no. Quizá, tras tanto tiempo ya no recordaba ni su nombre.

En lo que llevaba de ceremonia, fue consciente de que seguía siendo el cafre de antaño. Nunca ideaba una buena, la broma corría por sus venas, a pesar de que, en ocasiones, no medía las consecuencias.

La llegada al restaurante donde los fotógrafos les hicieron esperar, fue el momento en que pudo observarlo con detenimiento. Llevaba un traje negro que le hacía parecer ridículo, porque aunque lo ocultara en su rostro, se adivinaba esa actitud de macarra que siempre lo había caracterizado. Aun así, estaba guapo a rabiar. Mientras se hacía la foto, tuvo la oportunidad de fijarse en sus facciones. Su barba estaba afeitada a la perfección, le confería un toque adulto que solo conocía a través de las fotos de sus redes sociales o la prensa. En su mente, recordaba al macarra de instituto con algún que otro grano debido a la pubertad. Sin duda, el tiempo lo había hecho mejorar como el buen vino. Era atractivo de la cabeza a los pies, pensamiento que la hizo sonreír con añoranza antes de que Alex, el primo de Aritz, la animara a avanzar.

Ya estaba. No podía esconderse durante más tiempo.

Caminó con lentitud hacia los novios con el deseo de que él no la recordara.

Eso no ocurrió, pues en cuanto Pablo pronunció su nombre, todos los recuerdos que tenía junto a él se solaparon sobre cualquier otro pensamiento.

Tiempo atrás, fue su mejor amigo. Eran inseparables.

—¿Os conocéis?

La pregunta de Sara la hizo poner una mueca rara, su amiga la miraba con rostro incrédulo y sabía que bailaban un millar de preguntas en su mente.

Sí, se lo había callado bajo mucho esfuerzo, así que tuvo que admitir que se criaron juntos.

Dejó de mirar a su amiga para verlo a él de verdad por primera vez en mucho tiempo. Pablo dio los pasos suficientes para acortar las distancias entre ellos y no se resistió a abrir los brazos para recibir su abrazo.

Aspiró su aroma masculino y sintió demasiadas cosas con el reencuentro. Tras casi un minuto en la misma posición, se contagió de la espléndida sonrisa que él dibujaba. Una que conocía, tanto, que hasta ese instante no fue consciente de cuánto lo había echado de menos.



Los invitados entraron al precioso restaurante después de que la pareja se hiciera fotos con todos. Pablo buscó su nombre en los carteles dispuestos en cada mesa redonda, sabía por su amigo que le tocaba en la de los solteros.

Dudaba que eso sirviera para salir de allí con un ligue. Casi todos sus amigos en común eran asistentes y seguro que alguno tendría la típica tía soltera, e imaginarlo, no le resultaba nada halagüeño.

Al fin encontró su nombre, justo al lado de uno que conocía muy bien: Alexandra.

Saber que no tenía pareja era un dato que anotó en su mente, pues tras su reencuentro, no la había vuelto a ver.

Seguía alucinado.

Doce años sin saber nada de ella, los mismos que hacía que se marchó. Ni siquiera conocía sobre su vuelta a Barcelona, y por alguna razón, le molestaba que no hubiera intentado contactarlo.

Tenía claro que ella sabía de su existencia, es más, se jugaba su huevo izquierdo a que lo reconocía gracias al grupo. Lo que no encajaba en su sesera era que, si la amistad con Sara era tan buena, ¿cómo no la había visto antes?

Quitó esos pensamientos de su mente, pues la canción *Livin on a prayer* de Bon Jovi, dio entrada a la pareja.

Todos aplaudieron y vitorearon. No todos los asistentes estaban en sus puestos, porque echó de menos a Alexa. Gabi llegó de forma atropellada, como también era soltero, compartían mesa.

Después de cincuenta «Viva los novios», la música terminó. Los camareros comenzaban a servir la bebida y aprovechó para salir al exterior.

Llevaba sin fumarse un cigarrillo desde que salió del autobús y la falta de nicotina ya avisaba a su cuerpo. No era el único, Dafne y Enoch también estaban. Se acercó a ellos con una sonrisa socarrona y le hizo una pederreta en la mejilla a la pequeña Atenea.

Ese monstruito era adorable.

—¿Tú también vienes a darle al vicio? —habló la morena de ojos verdes. Dafne tenía una mirada que embrujaba y comprendía cómo Enoch llevaba enamorado de ella desde niños.

Lo suyo era una historia de telenovela, pues se criaron como hermanos sin que ella supiera que era adoptada.

—Por supuesto, uno nunca debe abandonarlos aunque pretendan tu muerte —contestó burlón.

—Vaya dos —se quejó Enoch.

Ese tío era deportista y se notaba con solo mirarle, aunque sabía a la perfección que, en ocasiones, también le gustaba beber cuando estaba de fiesta.

Dio una calada a su cigarrillo, tragó el humo con fuerza y expulsó el restante con una fuerte exhalación.

El día festivo acompañaba con la temperatura. Estaba soleado y hacía un calor de lo más veraniego, de esos en que el sudor te poseía a pesar de no moverte. Se aflojó la corbata, la americana ya la había dejado en su sitio del restaurante, aunque deseaba también quitarse la camisa.

Eso ya sería exhibicionismo puro.

¿Por qué cojones tenía que vestir manga larga en pleno verano?

Era probable que en cuanto comenzara el baile y corriera la bebida, terminara semidesnudo a causa de la borrachera. Lo preveía, de la misma forma que sabía que alguno de esos cabrones estaría con la cámara lista por si comenzaba a hacer el ridículo.

Solía ser su papel muy a menudo, la de vídeos que ya rondaban por la red.

—Contigo quería yo hablar...

Se giró para prestar atención a la voz, y Aritz, lo observaba con su característica mueca socarrona. Él también iba con el cigarrillo en la boca, a unos pasos, Sara hacía lo mismo mientras hablaba con Cova y Víctor.

—¿Para qué requieres de mi labia, hombre casado? —le preguntó en tono de burla.

Dibujó una mueca y puso los ojos en blanco.

Nadie se imaginó que el capullo de Aritz sería el primero en asentar la cabeza y poner un pie en el altar.

—¿De qué cojones conoces a Alexa?

No esperó que esa fuera su pregunta. Era cierto que su reacción al verla debió llamar su atención. Se quedó muy bloqueado durante casi un minuto, como si un fantasma se le hubiera aparecido en todos los morros. Además, cuando reaccionó y la acogió entre sus brazos para sentirla tras tanto tiempo, tuvo la sensación de que el tiempo se detenía, que la gente que los rodeaba desaparecía y volvían a ser esos adolescentes que no había quien los separara.

Todo se removió en su interior. Y si el fotógrafo no los hubiera interrumpido, era muy probable que el abrazo durara más.

Sí, fue raro y era lógico que Aritz no lo pasara por alto.

—Como bien le ha dicho a Sara, nos criamos juntos. Fuimos muy amigos, desde los diez años —explicó sin entrar en demasiados detalles.

La historia era más extensa y un cigarrillo no duraba tanto como para contarla.

Debían volver adentro, los entrantes comenzaban a servirse y antes de que los presentes los devoraran, la pareja quería hacer su discurso.

Fue de lo más emotivo, sobre todo viniendo del cafre de Aritz. Pablo se quedó a las puertas para escucharlo, cuando todos se sentaron, se dirigió a su sitio.

La cabellera rubia de Alexa llamó su atención de inmediato. Tomó sitio a su lado y durante un instante sus miradas se encontraron. Le dedicó una tierna sonrisa que ella le devolvió con timidez.

Al principio, se mantuvieron en silencio. Se moría de ganas de preguntar, pero por alguna razón, su valor se había evaporado. Era el único que se mantenía en silencio en aquella mesa, porque ella, hablaba de forma animada con Gabi.

Dio un trago a su cerveza mientras los observaba de forma disimulada. Le daba la sensación de que la conocía de antes, que no era la primera vez que coincidían y eso le hizo preguntarse

dónde demonios había estado él para no encontrarse nunca con ella.

—Voy a fumar —oyó que decía su compañero.

Aprovechó ese instante para llamar la atención de la chica.

—Hola —saludó con una sonrisa.

La originalidad brillaba por su ausencia, mas no tenía ni idea de cómo iniciar una conversación.

—Hola —respondió ella de la misma forma.

Se miraron y ninguno pudo evitar estallar en carcajadas por la situación. Se sentía ridículo, como un tímido adolescente incapaz de hablar con la chica que le gustaba.

Era Alexandra, su mejor amiga. La chica que lo acompañó en sus travesuras y con la que pasó la mitad de las horas castigado en el colegio. Ella era buena estudiante, y él, una mala influencia que la arrastraba al despacho del director.

—Me alucina que estés aquí —dijo al fin—. Es decir, creía que te marchaste a Madrid.

—Y lo hice. Me saqué allí los estudios, pero volví hace un par de años —admitió con un rastro de vergüenza.

Quiso preguntar por qué no lo buscó, sin embargo, no creía que fuera el momento. Sus razones tendría, aunque era demasiada casualidad que conociera a todos sus amigos y él no tuviera noticias de ello.

La curiosidad lo apresaba y no podía dejarla ahí sin más. Ahora que iniciaban una conversación, sentía la necesidad de hacer que fluyera.

—Si no pregunto reviento, ¿de qué conoces a Sara? Bueno, a todos mis amigos —se interesó.

Logró percibir en ella una mueca culpable con la última frase, pero la retiró para comenzar a hablar.

—Trabajamos juntas.

—¿Eres historiadora? —Negó.

Eso le encajaba, porque lo que recordaba sobre ella no incluía pasión por la historia. Al contrario, era de las que suspendía dicha materia.

—Soy técnico de sonido en televisión y compositora. En la serie me encargo de crear las canciones que luego canta el grupo principal —explicó.

Abrió los ojos con sorpresa. Desde niños ambos amaron la música. Compartían estilo, pero nunca imaginó que ella terminara dedicándose a algo así. Sobre todo, porque recordaba las clases de música, cuando debía salir frente a la clase a tocar la maldita flauta, salía corriendo. Y eso, que se le daba de fábula.

—Ahí la conocí, nos hicimos amigas y me presentó a casi todos. La verdad es que quedamos mucho.

—Joder, ¿y por qué es la primera noticia que tengo? —exclamó en tono exasperado.

La chica se encogió de hombros y dibujó una mueca inocente. La conocía lo suficiente como para saber que eso significaba que actuó de forma premeditada.

¿A caso no quería verle?

—Ha pasado mucho tiempo, Pablo. No voy a mentirte al decir que no sabía nada, pues no es así. Es obvio que en algún momento me iba a encontrar contigo, ha sido hoy, y la verdad, es que me siento imbécil por haberlo postergado tanto —admitió.

Eso lo hizo sonreír con sinceridad a pesar de que no explicaba cómo cojones consiguió evitarlo durante más de un año.

—Dame un abrazo, anda.

Abrió los brazos y ella se aproximó con una espléndida sonrisa. La acogió con alegría y se

atrevió a dejar un beso en su mejilla. Cientos de recuerdos se removían en sus entrañas, muchos de ellos, que se instalaron durante los años de su ausencia.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Rubia —susurró y soltó un suspiro.

Alexa se separó con lentitud, sonriente, no obstante, Pablo fue consciente de que la alegría no llegaba a sus ojos. Era su amiga, la de siempre, pero distinta. Obviamente, los años la habían cambiado, pero no encontraba ese grado de locura que normalmente la caracterizaba.

—Yo también te he echado mucho de menos, Pitufo.

—¡Oye! ¿Todavía te acuerdas? —Asintió escondiendo una carcajada—. Tardé en dar el estirón.

—En primero de la ESO te sacaba una cabeza. Me llegabas por las tetas —se las señaló. Pablo le dedicó un gruñido que hizo las delicias de la chica, pero le sirvió para picarla.

—¿Tetas? Pero si estabas más plana que la tabla de planchar de mi abuela. Aunque ahora eso ha cambiado —contraatacó burlón, fijando la vista en el pronunciado escote.

—¡Serás idiota! —lo riñó y le dio una bofetada en el pecho entre risas.

El sonido de sus carcajadas se le antojó una maravillosa melodía. Por un instante, volvía a ser ese chico que se empeñaba en sacarla de quicio.

Al parecer, no había perdido práctica en ello.

Gabi volvió segundos después y recuperó su sitio. Los miró con preguntas en sus ojos y no resistió la tentación de lanzar una comprometida.

—¿No esperas al baile para ligar? Alexa es mucha mujer para ti.

—Somos amigos de la infancia, inútil —le respondió y le lanzó una rebanada de pan a la cabeza que lo hizo quejarse.

Le dio una explicación resumida y Alexa añadió que era culpable de evitar un reencuentro con él y no decirle nada a nadie sobre que lo conocía.

Comenzó a llegar la comida y la velada transcurrió de forma amena. De vez en cuando alguien gritaba «Viva los novios» y aquello se convertía en un gallinero.

Pablo estaba más que saciado con tanta comida. Ya no le cabía más que la cerveza que no dejaba de aparecer. Llevaba como cinco. Sus efectos eran engañosos, pues aunque la graduación de alcohol fuera baja, llegaba un punto en que se subía a la cabeza.

¡Y ni siquiera empezaba el baile!

Suerte que tuvieron la suficiente lucidez de lo del autocar. De otra forma, dudaba que pudiera llegar a casa sin ayuda.

Comunicó que se marchaba a tomar el aire, en el exterior, parecía que cada vez hiciera más calor. Se encendió un cigarrillo y cuando estaba a punto de darle la primera calada, desapareció de su boca.

Alexandra se lo había robado, pensó que lo tiraría, pero le dio una profunda calada con la que luego expulsó el aire de sus pulmones.

—¿Tú fumando? —se extrañó.

Siempre fue la antihumo número uno. Pablo comenzó a fumar a los dieciséis y ella siempre se encargaba de romperle los paquetes.

—He cambiado mucho —se encogió de hombros.

—Ahora debería ser yo el que te los rompiera —contestó con la ceja arqueada.

—Antes de romperlo te lo fumas de una calada.

—*Touché.*

Había unos bancos a su alrededor con algo de sombra, se sentaron en silencio a tomar el aire mientras terminaban. Desvió la vista hacia ella y sonrió al comprobar la sonrisa que dibujaba

cuando el sol bañaba su rostro.

—¿Por qué me miras así?

—No lo sé. La verdad es que no me creo ni siquiera que estés aquí —murmuró.

Se giró para mirarlo y el verdor de sus ojos lo dejó un poco anonadado.

—Yo tampoco.

—Pero pudiste verme mucho antes.

Se quedó en silencio.

—No importa, no tienes que darme explicaciones. Solo espero que ahora que te he encontrado, no vuelvas a desaparecer —murmuró con un deje juguetón.

—No lo haré, porque te aseguro que no sabes lo complicado que ha sido no coincidir contigo, pero sobre todo, que ninguno se percatara de que te conocía.

—Para Alexandra Jiménez eso no es nada. Te he visto hacer cosas peores.

—Es cierto, pero solo porque tú ibas de mi mano.



El evento pasaba deprisa, la comida se alargó hasta bien entrada la tarde y la tarta hacía ya varios minutos que fue repartida. Conforme la gente se levantaba de su sitio, se montó la zona en la que en breve daría comienzo el baile.

Alexandra disfrutaba como hacía mucho que no lo hacía. Reconocía que la compañía de Pablo tenía mucho que ver. Durante la comida recordaron cientos de anécdotas y las risas la poseyeron desde el minuto uno.

Fue complicado saber que estaba tan cerca y no tener valor para dar la cara. Por suerte, ni Sara ni el resto, fueron conscientes de que cada vez que lo nombraban evadía el tema. Todos se sorprendieron del pasado que compartían, sabía que la próxima vez que se vieran, no pararían de preguntar sobre el tema, puesto que su complicidad llamaba la atención de todos.

Dejó su sitio y salió al exterior. Todavía era de día, la temperatura iniciaba su descenso al fin y corría una fina brisa que golpeaba su rostro. La zona en la que comieron tenía un enorme ventanal, ahora estaba abierto para que la música pudiera disfrutarse tanto fuera como dentro. Además, a unos metros de su posición, había montado un pequeño escenario en el que sospechaba que los Dark Angels darían una actuación.

No se equivocó, mientras seguía ahí vio salir a los asistentes para colocarse a su alrededor. Dafne se puso con ella, la pequeña Atenea le dedicó una sonrisa que le devolvió, haciéndole una mueca que la hizo sonreír.

—Podrías cantar con ellos.

Giró el rostro con rapidez y abrió mucho los ojos. Negó de forma vehemente a la sugerencia, pues suficiente esfuerzo hizo para cantar a escondidas sin que le temblara la voz. Tuvo que dejar la mente en blanco para no acordarse de que fuera había más gente de la que soportaba.

—Ni de coña.

—¿Por qué? Tu voz es alucinante —continuó.

—No canto en público. No puedo.

—Pues deberías.

Sara apareció y se unió a ellos. Las animó a acercarse más al escenario y disfrutar así de la canción.

Las luces incidieron en la tarima, el grupo hizo su aparición y Sara rio divertida cuando Aritz salió descamisado como en cualquiera de sus conciertos. Antes de comenzar la canción, dedicó unas bonitas palabras a su mujer.

—Antes de comenzar, y como no puede ser de otra forma, quiero dedicarle la canción a mi

mujer, esa que me ha inspirado durante estos años, la que ha convertido al capullo en mariposa y la que me ha hecho comprender cuánto la necesitaba en mi vida. Te quiero, mi pelirroja. Y ahora, para todos vosotros, esa canción que es solo para ella, ¡Bruja! —vociferó y todos lo ovacionaron.

La melodía de la canción comenzó a sonar. Alexandra se la sabía de memoria, como el resto, porque esos tres roqueros tenían un talento que era muy difícil pasar por alto. La tarareó en silencio mientras se movía al ritmo de la música junto a la novia, que no dejaba de sonreír.

Era feliz y se alegró. Esa chica era especial y le gustaba ser parte en un momento tan bonito.

Aritz descendió del escenario y se acercó a ella, por lo que se apartó. Le cantaba con una mirada que reflejaba puro amor. Era tan empalagoso que Dafne y ella no dudaron en vociferarlo. Después de carcajearse, volvió la vista al escenario y ver a Pablo tocar el bajo la dejó embobada durante los siguientes segundos.

Sus dedos se movían con maestría sobre las cuerdas. Había desecho la coleta en la que recogía su melena y esta se mecía sobre el mástil con sus movimientos. Era atrayente ver cómo se abstraía al tocar. En un instante, sus miradas se encontraron. Poco antes de que la canción llegara a su fin, Pablo le dedicó una sonrisa juguetona que le devolvió.

—Y después de este despliegue de talento por nuestra parte, ¡qué empiece la fiesta! —vociferó Aritz a través del micrófono animando al personal.

Alexa se acercó a la barra libre y se sirvió un cubata de ron con cola. Desde el principio tenía claro que no saldría de allí muy católica, ansiaba desconectar entre risas con los amigos.

La música de Deep Purple resonaba en los altavoces, *Message in a bottle* no era para bailar la demasiado, pero la panda de amigos improvisó una coreografía ridícula que desencadenó en ataques de risa que los hacía retorcerse.

—Gabi, tu sentido del ritmo es lamentable para bailar —se burló Cova mientras abrazaba a Víctor.

Ellos tampoco iban al compás, pero al menos, no parecían un cangrejo con ataques epilépticos.

—Suerte que no te ganas la vida así —se metió Alexa y le sacó la lengua después de darle un trago a su bebida.

—Dejad al chaval, está muy solo —añadió Pablo.

El chico al final dejó de moverse y se alejó de ellos tras hacerles una peineta. La canción terminó, y de nuevo, sonaba *Hotel California*.

Para Alexa era una canción maravillosa, cantarla, había sido toda una experiencia. Era complicado estar a la altura ante una canción con tanta historia, pero disfrutó a pesar de estar escondida en un rincón. En realidad, se perdió parte de la ceremonia por ello, aun así, no se olvidaría de ese momento, porque fue un pequeño pasito hacia adelante en cuanto a su miedo a cantar en público.

—Oye, tíos, ¿quién ha cantado en la ceremonia?

Desvió la vista hacia quien preguntaba, saliendo de sus pensamientos. Era Pablo, que se quedó absorto desde el inicio de la letra, como si en su mente, recordara algo.

Las cabezas de todos se giraron en su dirección, al final, alzó la mano con timidez y clavó sus ojos en él. La sorpresa se adivinaba en sus facciones, faltaba poco para que su mandíbula se desencajara.

—¿En serio? —preguntó al fin. Tuvo que acercarse a ella, la música estaba muy alta y resultaba complicado mantener una conversación coherente.

Se limitó a asentir.

—Hostia puta. Pues déjame decirte que ha sido impresionante. Pero, ¿dónde estabas?

—Escondida —admitió con algo de vergüenza—. Tengo miedo escénico. Sara ni siquiera

sabía que cantaba, pero un día me pilló y quiso que hiciera esto en su boda —resumió.

No tuvieron tiempo de hablar más, se montó un corrillo de baile y la fiesta continuó su curso.

El tiempo pasaba veloz, ya anochecía y casi todos se divertían al aire libre. Había menos gente, algunos ya se retiraban, sobre todo la gente mayor de la familia de ambos. Solo quedaban aquellos que aprovechaban al máximo la bebida «gratis». Alexa veía muchos rostros desencajados, más de uno necesitaría una caja entera de Ibuprofeno para superar la resaca. Ella misma podía estar en dicha estadística, pues no sabía cuántas llevaba. En su mano, había una copa vacía por completo.

Algunos continuaban bailando, por supuesto, la desincronización los hacía parecer ridículos. Eso la tenía en medio de un ataque de risa constante. Gabi acababa de tropezarse con sus propios pies, Enoch, Aritz y Pablo intentaban levantarlo, y este último trastabilló hasta caer en plancha sobre el accidentado. Tardaron un par de minutos en ponerse en pie, tiempo en el que Alexa no perdió de vista a su antiguo amigo.

Le daba la sensación de que nunca se separaron, el hecho de que en los últimos años su cara apareciera en la prensa y redes sociales, le dio la sensación de tenerlo muy cerca. En un principio pensó que habría cambiado, que la fama habría amueblado un poco su cabeza, sin embargo, seguía siendo un cafre.

Iba borracho como una cuba, sus movimientos eran poco estables y apostaba que le costaba la vida entera mantenerse en pie. No falló, pues antes de conseguir dar un paso, trastabilló con sus propios pies y cayó de morros contra el suelo.

Comenzó a reír, él fue consciente y la taladró con una mirada burlona. Eso no la detuvo, porque en su intento por levantarse, posó las manos en el suelo y de forma inexplicable, terminó haciendo la croqueta.

Al fin consiguió levantarse y fue a su encuentro con paso tambaleante. Sentó el culo a su lado, pues Alexa estaba con comodidad en un banco en el que veía todo desde una perspectiva privilegiada.

—¿Divertida con mi espectáculo? —preguntó. Le costó varios segundos entender sus balbuceos, alargaba las palabras y eso no ayudaba a que controlara la risa.

Definitivamente, ella no iba mucho mejor.

—Dema... demasiado —rio.

Tardó varios minutos en controlarse, ahora sonaba una canción de Coldplay más bien lenta y ayudó a relajar el ambiente.

Fue momento de fijarse en Pablo, se había quedado embobado mirando a la nada mientras fumaba. Fue plenamente consciente de que iba casi descamisado. Ya no quedaba mucho del elegante traje que le daba una apariencia muy extraña. La americana desapareció nada más llegar al restaurante, y poco después, la corbata. La camisa estaba desabotonada, dejando a la vista los tatuajes que decoraban su pecho. Tenía un ángel de alas negras con el que se quedó embobado durante muchos segundos. Era un hombre muy atractivo. De adolescente ya se lo parecía, pero con la madurez, mucho más.

Poco a poco fue alzando la vista hasta llegar a su rostro, ahí se percató de que él la observaba con detenimiento.

—¿Qué pasa? —le preguntó en un susurro. La canción acababa de terminar, aunque tenía serias dudas de que la hubiera escuchado.

—Todavía no me creo que estés aquí —respondió—. Además, estás preciosa.

—Tú siempre me has visto con buenos ojos, pero debo decir que tú también estás muy, pero que muy bien —respondió a punto de ruborizarse.

El silencio los acompañó hasta que dio inicio una nueva canción. La brisa veraniega golpeó su rostro y lo agradeció para apaciguar el calor provocado por el alcohol.

Hacía una noche preciosa, la luna se veía sin problema gracias a un cielo despejado. Estrellas había pocas, aun así, relucían con fuerza.

O quizá eso era lo que creía, porque sus ojos hacían chiribitas.

—Espero que ahora que nos hemos reencontrado no me evadas.

Escuchó a la perfección su petición. Estaba incorporado y se acercó a su oído para que lo oyera con atención. Giró el rostro con lentitud, notaba su aliento. Sus ojos tenían un intenso brillo a causa de su estado, sin embargo, no era solo eso, logró leer en ellos las ganas que tenía de volver a tener contacto con ella.

Lo supo descifrar porque se sentía igual.

—No lo haré, Pitufu. Porque aunque no me creas, te he echado mucho de menos —contestó entre balbuceos.

Quizás, en otras circunstancias, incluso podría haber resultado un instante romántico. Sin embargo, la dificultad de ambos para comunicarse, hizo que las carcajadas deshicieran la magia. Terminaron abrazados entre convulsiones por las risas. Solo cuando las controlaron consiguieron mantener una charla medio coherente. Tenía mucho de lo que ponerse al día, una boda no era propicia para ello, estaba segura de que las oportunidades de llevarlo a cabo se sucederían de forma constante.

Volvería a formar parte de su vida. Era extraño, pues en realidad nunca dejó de estar en sus pensamientos. Llevaba arrepintiéndose de no buscarlo desde el primer día en que supo que Sara era la pareja de Aritz, pero que él nunca intentara encontrarla, le arrebató la valentía, porque quizá quería decir que ya no tenía cabida para ella en su vida.

Recordaron las noches en la playa de la Barceloneta. Alexa solía decirle a su madre que iba con una amiga. Nunca le tuvo mucho aprecio a Pablo porque era experto en meterse en líos en los cuales la arrastraba.

—Me acuerdo de que tú estabas saliendo con Matías y yo con Lola —Asintió. Fue de las pocas ocasiones en las que quedó con él en compañía de su novio de aquel momento, porque siempre tenía el inconveniente de que estos se ponían celosos ante su cercanía.

—La verdad es que no les hicimos ni puto caso —rio.

Tenían dieciséis años, compraron alcohol sin tener la edad y se metieron en la playa bien entrada la madrugada para beber.

Ella se cortó, solo bebió una copa, pero a Pablo se le fue la pinza y su supuesta novia se cabreó. Le tocó a ella evitar que se ahogara en el agua, porque fue directo hasta allí. Matías le dijo que lo dejara tranquilo y lo ignoró, preocupada por su amigo.

—Una vez entraste al agua nos olvidamos de ellos. Recuerdo que te hundí sin descanso hasta que te tragaste media playa —se burló—. Matías me miraba a lo lejos con ganas de matarme.

—Lo que de verdad me sorprende es que todavía lo recuerdes —murmuró. Aún no pronunciaba los hechos que provocaron la ruptura de la relación de ambos.

—Es complicado olvidar el día en que besé a mi mejor amiga —objetó burlón.

—Sobre todo, porque los dos terminamos solteros —finalizó ella.

Desvió la mirada segundos antes para fijarla en el horizonte. Sara se acercaba a ellos con paso tambaleante. Su precioso vestido de novia parecía ser un estorbo, llevaba la enorme y voluptuosa falda recogida entre sus manos, sus pies, caminaban descalzos por la hierba artificial.

—¡Parejita! —canturreó antes de abrirse un hueco entre ellos en el banco—. Joder, estoy muy borracha.

—Me parece que no vas a poder estrenar a tu marido esta noche —comentó Pablo entre risas.

—Al menos salgo con pareja de aquí —lo picó—. Pero ahora lo que me interesa. ¿Fuisteis novios?

Alexa tosió con fuerza, le daba una calada a su cigarrillo y la pregunta desestabilizó sus chabras. No pudo contestar con la voz, pero su cabeza se movía de un lado a otro, con tanta rapidez que se mareó.

—No. Éramos mejores amigos —aclaró Pablo—. Aunque ahora que estoy como una cuba, y que es probable que mañana no me acuerde, tengo que confesarte que me la tirarías.

La pelirroja se llevó parte de la colleja que Alexa pretendía darle. Le costó soltar esa frase y a ella varios segundos entenderla.

—¡Tú sueñas, Pitufu!

—Puede, pero sé que te encantarías.



El inicio de la semana estuvo lleno de trabajo y no ayudó mucho al cansancio de después de la fiesta. La resaca de la boda de Sara y Aritz le duró un par de días.

En cierto punto olvidó lo ocurrido, de lo único que estaba segura era de que se había divertido más que en toda su vida.

Ya era viernes, aunque su jornada no había hecho más que comenzar. El reloj marcaba las diez y media de la mañana, tras un desayuno compuesto por un café y un bollo, volvió a su puesto.

Sara estaba de luna de miel y notaba su ausencia. Solía pasar las horas muertas con ella y Víctor. Este último estaba en su puesto en esos instantes. Quedaban dos semanas para terminar el rodaje de la temporada, lo que indicaba cuan próximas estaban sus vacaciones. Necesitaba ese descanso. No era de las que desconectara por completo, pues la inspiración para componer solía llegar en los instantes más inoportunos.

Fue en dirección al lugar donde el grupo ensayaba sus melodías. El día anterior, ya cedió las partituras y debía encargarse de valorar el sonido.

—Veo que la melodía la tenéis controlada, ahora quiero escucharlo con la voz de Diego —murmuró.

Él era el cantante. Los chicos asintieron y Alexandra prestó atención. Conforme interpretaba la letra fue frunciendo más el ceño. No creía que una voz tan masculina encajara con esa melodía.

—No me gusta —musitó en voz alta.

—A mí tampoco —habló Diego—. Es decir, la melodía y la letra son perfectas, pero no encajan conmigo para nada.

Alexa asintió.

En ese instante, se acercó a ellos Sabrina, la directora de la serie y quien tenía la última palabra antes de llevar a cabo cualquier cambio. Le pidió que volvieran a tocar y fue consciente de que la cosa no fluía.

—La letra y la música me encantan, pero necesito una voz femenina para esa pieza —claudicó.

—Sheila no está hoy —se lamentó Alexa. Era la vocalista femenina que normalmente los acompañaba.

—Hazlo tú.

Alzó las cejas con sorpresa, abrió la boca y comenzó a negar con tanto ahínco que se le fue la cabeza.

—Sabes que no puedo cantar en público —dijo al fin.

—Y tú sabes a la perfección que tu voz es la adecuada para esto.

—Pero no me saldrá con gente delante, yo...

Sabrina se acercó y puso una mano en su hombro. Con un apretón le dio fuerzas y su mirada pretendía tranquilizarla. No funcionaba muy bien, la sola idea de cantar, aunque fuera delante de las tres personas que componían la banda, conseguía que sus piernas comenzaran a temblar.

Su jefa se la llevó a un lado para hablar con más intimidad. Se mordía las uñas, nerviosa, según lo que le pidiera, podría negarse. Ella no estaba contratada como cantante, tan solo era la compositora y técnico de sonido cuando se requería.

Tenía todo su derecho a negarse.

—La melodía la has compuesto tú, al igual que la letra. Solo tendrías que grabar en el estudio.

—¿A solas? ¿Controlando yo los equipos sin nadie que lo supervise? —pregunto, si era así, sí podría.

—Sí. Luego solo tendrías que editarlo.

Se quedó unos segundos pensativa. Trabajar ahí fue una gran oportunidad tras una temporada muy negra. Sabrina confiaba en ella y no quería defraudarla. Solo tenía que grabar en un estudio alejado, a solas, con cabina insonorizada. Tampoco era el fin del mundo. Además, tenía claro que sería la única forma de que todo encajara a la perfección con la serie.

—Está bien, lo haré —contestó con un suspiro y Sabrina sonrió con amplitud—. Pero me debes un buen copazo.

Eso las hizo reír.

—Eso está hecho.

Emprendió el camino para marcharse y se detuvo cuando volvió a llamar su atención.

—Alexa, tantas demasiado bien como para ocultarlo al mundo. Sé que es complicado deshacerse de algo que te aterra, pero te lo digo como tu amiga, no tu jefa.

—Gracias, pero como bien dices, es complicado.

Se marchó tras dedicarle una sonrisa y fue el momento de soltar un suspiro.

El mundo de la música estaba lleno de voces extraordinarias y tampoco se creía con tanto talento como para destacar. Era cierto que soñaba con ser la intérprete de sus piezas propias, pero no podía plantarse frente a nadie para llevarlo a cabo.

Antes de encerrarse en el estudio de grabación, salió al exterior a fumarse un cigarrillo. El sol a esas horas ya era molesto y la temperatura pareció subir durante los minutos que estuvo allí. Auguraba un verano de esos de calor insoportable. En cuanto cogiera vacaciones, su culo no saldría de la playa. Aunque no era fanática de la arena, estar a remojo la hacía desconectar, y vivir en una zona con playa tan próxima, era una ventaja que nunca desaprovechaba.

Oteó a su alrededor antes de entrar al estudio de grabación. Estaba alejado del resto del plató para que no se colara ni un solo sonido del exterior, además de insonorizado. Encendió el ordenador que lo controlaba todo, abrió el programa y configuró la mesa de mezclas para meter la base que creó de forma digital. Después de grabar su voz la silenciaria, porque allí tocaría meter los instrumentos tocados por la banda.

Lo dejó todo listo, nada más debía tocar un botón cuando estuviera preparada en la cabina. Normalmente eso se hacía con alguien que supervisara que todo iba de forma correcta, pero tendría que apañarse sola. Se metió en el cubículo y dio al *play*. La música la envolvía y cerró los ojos para embeberse de la melodía. Pronunció las primeras frases. La voz de Alexa era un tanto peculiar. No llegaba a ser aguda, tenía tintes rasgados que le otorgaban un atractivo demoledor. Era perfecta para el estilo de música que más le gustaba: el rock. En aquella ocasión, debía suavizarla un poco, sin distorsionarla demasiado, pues era una balada suave que se utilizaría para

una escena romántica en la serie.

Repitió la letra varias veces. Debía salir una y otra vez a comprobar que se grabara correctamente. Lo poco que tenía, ya demostraba que de forma inconsciente preparó la melodía para su propia voz. Encajaba a la perfección, y aunque se moría de vergüenza, sabía que era lo mejor.

La cantó una vez más. Se abstraigo en el cubículo, sin ser consciente de que alguien acababa de aparecer por la puerta. Tenía los ojos cerrados, y cuando eso cambió, se calló de forma abrupta.



Decidió levantarse temprano esa mañana. Llevaba desde el día de la boda procrastinando en el sofá de su casa, con Netflix de fondo. Tenía un descanso de conciertos, Aritz estaba de luna de miel, y hasta que no volviera, su rutina quedaba un poco en suspenso.

Los dos últimos años fueron un enorme cambio, viajar cada semana a un sitio distinto era agotador, no obstante, no cambiaría su vida por nada del mundo.

Ser parte de los Dark Angels era un sueño cumplido. Componer junto al grupo, tocar el bajo, la guitarra y en ocasiones hasta cantar, era lo que quería en la vida.

Estaba en el estudio donde creaban y grababan sus maquetas antes de enviarlas a la discográfica que los llevaba. Estuvo tocando toda la mañana, se evadía del mundo y solo se detuvo cuando Gabi llegó para ensayar con la batería.

Sobre las once hicieron una pausa. Pabló sacó un par de cervezas de la nevera y ocupó un sitio en el sofá de la sala de descanso. Aprovechó para mirar su móvil. En Facebook, Aritz y Sara no dejaban de compartir fotos de su viaje. Tenía muchas notificaciones, porque aunque hubiera pasado ya una semana, todavía lo etiquetaban en algunas fotos de la boda.

Negó divertido al verse en un vídeo en medio de la borrachera. Lo había colgado el cabrón de Enoch. No se avergonzó. Disfrutó como el que más, a parte, no solo era alegría por ser partícipe de la felicidad de sus amigos, el evento había devuelto a su vida a una chica que añoró demasiado durante mucho.

No contactaban desde el enlace, ni siquiera tenía su teléfono y era incapaz de sacar a Alexandra de su mente.

Al día siguiente, con resaca incluida, tuvo la sensación de que fue un sueño. Quedó desmentido en el instante en que vio fotos en las redes y se sintió como aquel adolescente. Además, en su mente resonaba su voz al cantar *Hotel California*.

Cuando eran pequeños nunca escuchó su voz, porque incluso para salir a la pizarra, se quedaba bloqueada. No era tímida, mas no llevaba bien eso de exponerse. Por eso, aunque desde siempre supo que compartían su pasión por la música, no imaginó que escondía esa voz bajo ese precioso rostro.

Terminó de ver el vídeo y fue hasta una foto. En ella se le retrataba, sentado de mala manera, carcajeándose acompañado de Alexa. La sonrisa de ella era espléndida. En la instantánea se percibía la complicidad de ambos.

Sonrió como un bobo y no vio llegar la colleja de Gabi en su nuca.

—¿Qué cojones haces?

—Quitarte la cara de idiota —contestó preso de las carcajadas—. En serio, tío, todavía me pregunto qué pasa entre vosotros.

—Ya te lo he dicho, solo somos viejos amigos.

—Y yo voy y me lo creo —continuó. Parecía tener intención de hacerle hablar más de la cuenta.

No lo conseguiría, pues aparte de ese morreo tonto en la playa con dieciséis años, nunca pasó nada entre ellos. Tuvieron oportunidades de sobra, Alexa pasaba muchas noches en su casa y ocupaban la misma cama, pero tan solo eran buenos amigos.

—Pues es así —respondió al fin con un encogimiento de hombros—. Lo que de verdad me asombra es que todos llevéis tantos meses saliendo con ella y yo no me haya enterado.

—La verdad es que aparece poco. Creo que ha tenido una mala época, pero no parece ser de las que hable mucho de su vida. Es una chica muy divertida, pero se controla.

Su afirmación lo dejó un tanto pensativo. Era cierto que logró ver en sus ojos un rastro de tristeza. No preguntó por no ser el momento adecuado, solo esperaba conocer los entresijos de su vida durante esos doce años de ausencia.

Miró el reloj. Eran las doce del mediodía. Se levantó del sofá bajo la atenta mirada de Gabi, guardó el móvil en el bolsillo junto a las llaves de su moto, y se preparó para ir en dirección a la puerta.

La voz de su compañero lo frenó.

—¿A dónde vas?

—A buscarla al trabajo —respondió.

La carcajada no se hizo esperar. Quiso sacarlo de sus paranoias mentales, porque seguro que se imaginaba lo que no era. Solo quería verla, recuperar el tiempo perdido. Tenía suerte de saber a la perfección dónde trabajaba, solo tenía media hora de camino.

Condujo hasta llegar a la ciudad de Sant Joan Despí, a las afueras de Barcelona. Allí se congregaban la mayoría de cadenas de televisión. Tardó varios minutos en encontrarla, muchas veces fue allí con Aritz a por Sara, pero como era un despiste con patas, no se orientaba.

El recinto era privado, aun así, tras identificarse, le dieron paso. También ayudó que Víctor estuviera en el exterior tomándose un descanso y le dijera al vigilante que iba con él.

—¿Qué haces aquí?

—¿Está Alexa? —preguntó sin responder. El chico asintió, extrañado.

—Hoy no la he visto mucho, pero he oído que está en el estudio de grabación.

—¿Me llevas?

No se negó. Víctor necesitaba saciar su curiosidad y preguntó por su visita.

—Es viernes, he recuperado a una amiga de mi infancia y tengo ganas de ponerme al día —explicó sin más.

No respondió, entraron a plató y lo condujo por un pasillo en el que apenas pasaba nadie y le indicó que estaba tras la puerta de la izquierda.

Lo dejó a solas. Llamó un par de veces a la puerta y nadie respondió. Esperó por si estaba ocupada, pero al no recibir respuesta, decidió abrir con extrema lentitud.

La sala estaba insonorizada, por eso, no escuchó desde el exterior la melodía que sonaba. Alexa estaba en el cubículo de grabación, con los ojos cerrados, cantando una letra con su impresionante voz que lo dejó atontado. Cerró la puerta y se quedó plantado en el sitio. Se fijó en cómo sus labios se movían y de su garganta brotaba una música de lo más atrayente. Ahora entendía a Ulises y como cayó en la trampa de Circe, pues se sentía atraído por aquella voz de una forma difícil de comprender.

Hechizaba.

Lo daba todo con cada nota. Su concentración era máxima.

Hasta que abrió los ojos y reparó en su presencia. Le dio a un botón y la música se detuvo.

—¿Pablo?

La saludó con una amplia sonrisa. Salió del cubículo ruborizada por completo y le dio un abrazo.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Siento haberte interrumpido —se disculpó antes de contestar—. ¿Qué cantabas? Creí que solo componías.

—Y así es, pero no me gustaba cómo quedaba con la voz masculina y mi jefa me ha suplicado que sea yo quien la cante. Así que, como la única forma de que eso ocurra es que me recluya, aquí estoy —se encogió de hombros—. Pero todavía no has respondido a mi pregunta —le recordó.

—He venido a buscarte al trabajo, porque desde que me encontré contigo, solo pienso en recuperar el tiempo perdido. Puesto que Aritz está follando sin descanso con su mujer, perdido de la mano de Dios, he venido para secuestrarte en cuanto salgas.

—Pues la verdad es que me parece fantástico. Pero eso sí, tendrás que marcharte hasta que termine.

—¿No me dejas disfrutar de tu voz?

Negó con una sonrisa pillá. Puso un puchero, pero no consiguió convencerla.

Era dura.

—Está bien, pero prométeme que algún día me cantarás.

—¡Ni de coña! Ponte una nana, Pitufu —se carcajeó.

—Eso ya lo veremos.



Fue complicado centrarse a causa de la sorpresa. Tenía muy presente que Pablo volvería a su vida, pero no imaginó que tan solo unos días después se presentara en su sitio de trabajo.

Eso le hizo pensar en cuando, durante los casi dos años que llevaba trabajando ahí, este aparecía con Aritz. Lo que hacía para no encontrarse con él era esconderse, una completa estupidez, pues el reencuentro se había convertido en lo mejor de los últimos tiempos.

Él fue un importante pilar en su vida, perder el contacto tras marcharse de Barcelona, fue muy duro. Pudo haber seguido su amistad a distancia, pero se rajó por ciertos motivos.

Terminó de grabar la canción y la metió en un pen-drive, cuando llegara a casa la editaría para agregarle la música de la banda. Se lo comunicó a Sabrina y le dedicó una sonrisa satisfecha, así que, a pesar de que normalmente salía a las cuatro de la tarde, le dijo que ya podía finalizar su jornada laboral.

Salió al exterior y Pablo la esperaba apoyado contra la pared. Fumaba un cigarrillo de forma distraída, mirando a la nada. Mientras se acercaba, tuvo tiempo de observarlo, apenas había cambiado en ese tiempo. Ahora que no llevaba el ridículo traje que no le pegaba ni con cola, encontró esa actitud de macarra que lo caracterizaba desde siempre. Vestía por entero de negro, con unas bermudas de corte pirata y una camiseta del grupo Bullet for my Valentine. No era el hombre más alto del mundo, sobre todo, en comparación con ella. Alexa medía más de un metro setenta y él dudaba que pasara del metro ochenta.

—Ya estoy aquí —lo avisó.

Se giró en su dirección y dibujó su sonrisa pilla. Le ponía los pelos de punta, era seductora, tanto que tragó saliva mientras acortaba las distancias en un intento de dejar de pensar con las hormonas.

Se dieron dos besos, caminaron por la calle y le indicó un bar en el que se comía muy bien. Era pequeño y económico, pero a esas horas estaba bastante abarrotado de trabajadores en su descanso.

—¡Pero si es la preciosa Alexandra! ¿Tu mesa de siempre, mi reina? —la aludida negó y rodó los ojos. El camarero, e hijo del dueño, era un poco cansino. Cada vez que iba le montaba un numerito distinto para ligotear.

Ni siquiera recordaba la de veces que le había dado una negativa.

—Sí, Mario, la de siempre, pero para dos —contestó en un tono más antipático de lo que pretendía.

Escuchó una carcajada a sus espaldas demasiado familiar. Pablo se reía de ella y le dedicó un

gruñido acompañado por una peineta con su dedo.

—Ya veo que arrasas por donde pasas, Alexa —se burló.

En cuanto tomaron asiento, cortó su risa con una colleja. El chico se quejó, pero se quedó en silencio porque Mario se acercaba a ellos con los cubiertos y el menú del día.

—¿Quién es este? —inquirió el camarero.

Puso los ojos en blanco. No le gustó una mierda su tono. Sorteaba collejas y el camarero tenía todas las papeletas de llevarse una, pero con la mano abierta.

—Cielo, límitate a lo tuyo.

—Eso, cielo, hazle caso. No vayas a enfadarla. Sé que tiene muy mala hostia —añadió Pablo en tono cínico.

Al final, el chico se calló y dejó sobre la mesa el menú del día. Dudaba que fuera él quien les tomara nota, lo prefería, era un metiche y no aceptaba un no como respuesta. Cuando acudía allí con Sara y Víctor, su amiga no se cortaba un pelo en mandarlo a la mierda con la sutileza que la caracterizaba; es decir, ninguna.

—Que tío más pesado, ¿no?

—Y que lo digas... —bufó.

Cogió la carta y oteó el menú con atención.

—No suele estar a estas horas, pero hoy no he tenido suerte.

—Ese te quiere follar.

—¡Qué fino eres! —exclamó de forma exagerada, provocando que se carcajeara.

—A ver, lo entiendo, tiene buen gusto, pero ser un baboso pesado no es la manera correcta para conquistar a alguien.

—Según tú, ¿cuál es esa manera? —se interesó burlona.

Pablo dejó a un lado la carta y clavó sus ojos azulados en ella.

—Estoy soltero, así que, es complicado que responda a esa pregunta porque no tengo ni puta idea.

—Por lo que veo, sigues siendo el macarra ligón sin aspiración por centrar la cabeza.

Le regaló un asentimiento, acompañado por una sonrisa socarrona.

No le sorprendía. A pesar de haber conocido a todas las novias que tuvo en el instituto, con ninguna lo vio realmente enganchado. Era más por tener un entretenimiento, alguien con quien morrear y que le diera lo que necesitaban sus hormonas de niño.

—Puede —se encogió de hombros con un gesto juguetón— Y tú, por lo que deduje al verte en la mesa de los solteros, tampoco te has centrado mucho.

No respondió de inmediato, pues otro camarero, que por suerte no era Mario, tomó nota de su comida y a los pocos segundos les sirvió un par de cervezas.

—Lo intenté, pero el tío me salió sapo ponzoñoso —contestó al fin.

Vio a su amigo con ganas de preguntar, pero una nueva interrupción, detuvo la conversación.

Dos chicas, que no tendrían más de diecisiete años, se acercaron a Pablo con el nerviosismo reflejado en sus caras. Se notaba que lo reconocían y cuando él afirmó ser integrante de los Dark Angels, pegaron un grito de la emoción. Alexa se asustó ante tanta efusividad, luego cuando se calmaron, rio al observar cómo les temblaba la voz para pedirle una fotografía y un autógrafo.

Le resultaba muy extraño darse cuenta de que el chico con el que había compartido parte de su vida comenzaba a ser famoso. Lo reconocían por la calle, no era un desconocido, aun así, le gusto ver que ese hecho no implicaba que tuviera aires de grandeza.

Por lo poco que veía desde el reencuentro, era él mismo, no parecía importarle que dijeran que no sabía comportarse, cambiar no entraba dentro de sus planes.

Lo admiraba, pues ella, que componía canciones para grandes artistas en alguna ocasión, observaba como a algunos se les subía la fama a la cabeza. Eso los convertía en egocéntricos, soberbios y siempre debían tener a alguien que los complaciera.

Él no. Continuaba siendo ese chico de barrio sin pelos en la lengua.

Las chicas se marcharon, contentas y Pablo volvió a su sitio.

—Lo siento mucho —se disculpó.

—No te preocupes. Había olvidado que ahora eres famosillo —sonrió.

—Puedo darte un autógrafo si quieres. De aquí a unos años valdrá una pasta en eBay.

—Tengo muchos guardados, y encima, con cartas de amor —lo retó.

—¿No jodas que aún guardas las notas que nos pasábamos en medio de clase? —Asintió, divertida—. Joder, creo que todas llevan una polla dibujada.

—Pues sí. La fuiste perfeccionando con el tiempo. Creo que la última incluso llevaba gorro y los pelos de los huevos hacían de bigote.

Estallaron en carcajadas al recordarlo. Cómo esa, tenían cientos de anécdotas.

Durante la comida recordaron algunas, eran tantas, que resultaba imposible abarcarlas todas en ese rato. Era consciente de todo lo que compartieron, de la complicidad que siempre los caracterizó y la fuerte confianza que tenían en el otro.

De forma inconsciente, estiró el brazo y cogió su mano para darle un apretón. Notó que eran ásperas, casi como las suyas. Ambos tenían manos de guitarrista, pues ella siempre componía con ella entre sus manos.

Sus ojos entraron en contacto. Pablo los tenía tan bonitos que perderse en su mirada era demasiado sencillo. Te absorbía de tal forma, que te arrebatava las palabras.

—¿Por qué nunca contactaste conmigo? —preguntó en un susurro.

Ella podía pronunciar la misma pregunta, sin embargo, algo en su interior le decía que era la culpable del alejamiento.

—No lo sé —declaró e hizo una pequeña pausa—. No fue sencillo marcharme a Madrid a estudiar. Al principio, la universidad me absorbía y no tenía vida social. Luego la dejé, me metí en un curso de técnico de sonido y en el conservatorio de música.

—¿No te sacaste la carrera? —Negó.

En un principio quiso sacarse el grado en Música, creación y producción, pero pasaban una mala racha económica. Así que hizo un módulo relacionado y acabó ocho años metida en el conservatorio perfeccionando sus conocimientos. Mucho lo estudió de forma autodidacta, sobre todo en el tema de la producción, y mientras trabajaba para poder pagarlo todo, se apuntó a más cursos para complementar todo. Fue una época agotadora en la que el cansancio era su único acompañante.

—Pero has conseguido tu meta.

—Sí. Trabajé mucho para ello, ya hace casi dos años que me ofrecieron este puesto. Volvimos a casa, hacía lo que me gustaba y conseguí que mis canciones llegaran a buen puerto gracias a una agencia que se dedica a ofrecer partituras a discográficas —murmuró con una sonrisa que escondía muchas cosas.

Pablo se dio cuenta, fruncía el ceño.

—Sé que algo te pasa.

—Aunque he conseguido cumplir mis metas en lo profesional, en lo personal reconozco que no me va tan bien —admitió. Eso dio pie a que preguntara más. No quería que sus problemas empañaran una comida que traía de vuelta a una de las personas más importantes de su vida.

Veía esa tristeza en sus ojos verdosos, quería conocer a qué se debía, desentramar el misterio

en que se había convertido su amiga. Sabía que no lograría mucho durante ese encuentro, se cerraba y tampoco quería insistir.

Dio un trago a su cerveza y terminó con su plato. Luego, el camarero hizo acto de presencia y pidieron sus postres. Eso le decepcionaba, pues quería decir que su quedada estaba próxima a llegar a su fin.

—Y tú qué, aparte de lo obvio, ¿qué ha sido de ti en estos años? —se interesó ella.

Le costó varios segundos contestar porque se quedó prendado del movimiento de sus labios al comer un pedazo de tarta.

—Pues terminé el bachiller a duras penas tras repetir dos veces, hice un curso de fontanería...

—¿En serio? —se carcajeó.

—Sí. No tenía ni idea de qué hacer, sabía que tenía talento con la guitarra, pero las posibilidades de vivir de ello eran escasas.

—¿Y fontanero te pareció una buena idea? —inquirió. Estaba al borde de la carcajada.

Se encogió de hombros.

—Tenía trabajo asegurado con mi tío —explicó—. Aun así, pude compaginarlo con la música. Componía en mis ratos libres y me cree un canal de YouTube en el que hacía *covers*.

Ahí ya no lo resistió más y estalló en carcajadas. Pablo negó, divertido.

—Eres mala. Ni siquiera mi abuela se rio. La mujer esperaba con ansias mi próximo vídeo.

—Reme es una santa —murmuró con dulzura—. ¿Cómo está?

—Dando guerra. Esa mujer nos va a enterrar a todos.

—Nunca tuve dudas de ello.

Le gustó comprobar en sus ojos que Alexandra guardaba un bonito recuerdo de su abuela. La dulzura impregnaba su mirada. Era la única familia que tenía, fue la encargada de cuidarlo. Sus padres murieron en un fatal accidente de coche cuando apenas tenía cuatro años, así que, Remedios, fue quien le otorgó la educación.

Era cariñosa, pero también temible. Bien lo sabía él. La mujer debía ser santificada tan solo por el hecho de tener que aguantar sus tonterías. Eso sí, era la mar de dicharachera, a pesar de tener casi ochenta años, era de las que se apuntaba a un bombardeo.

—Me acuerdo en muchas ocasiones de ella —habló sacándolo de sus pensamientos.

—Pues sigue igual de majara. Incluso se vino con el grupo a un concierto que dimos en Tarragona. Tenías que haberla visto, toda orgullosa con su pase VIP contándoles a todos que yo era su talentoso nieto —recordó entre risas.

—Es que has conseguido tu sueño. Además, Reme siempre ha sido una roquera. ¿Cómo no iba a estar orgullosa? —comentó con una tierna sonrisa.

—Siempre me animó. La verdad es que cuando Aritz me contestó tras ver uno de mis vídeos, nunca imaginé que pasaría todo esto. Yo solía tocar con Gabi en el garaje de su casa, aunque ya pasábamos de los veinticinco, me sentía como un niño.

—Es que lo eres —bromeó.

Pablo le tiró una servilleta en la cara haciendo que se carcajeara.

—Oye, ¡que he madurado!

—No me lo pareció en la boda, todo el rato puteando a Aritz.

Soltó un bufido. Eso lo hizo por diversión, no tenía nada que ver con su supuesta madurez. Se lo hizo saber y la chica arqueó las cejas, no se lo tomaba en serio y le recordaba a su abuela cada vez que intentaba hacerle creer que era un hombre responsable.

—Tengo casa propia, un trabajo con un sueldo increíble, y aunque parezca mentira, no tengo antecedentes penales.

—Eso ni siquiera deberías mencionarlo, lo que a mi percepción, quiere decir que sigues metiéndote en líos aunque evites sus consecuencias.

Soltó un gruñido. No podía olvidar que ella lo conocía a la perfección.

—Definitivamente, eres peor que mi abuela —gruñó e hizo una pausa de varios segundos hasta que continuó—. ¿Te acuerdas de sus insinuaciones? —preguntó con curiosidad.

Alexa torció el gesto, pensativa, y cuando abrió los ojos adivinó que acababa de deducir a qué se refería.

—¿Qué deberíamos haber sido pareja? —inquirió en un susurro. Asintió con una sonrisa—. Todos pensaban que lo éramos, pero ella, soportaba que invadiéramos su casa. Joder, Pablo, dormíamos juntos —recordó.

—Sí. Siempre te ha adorado. Me parece que cuando se entere que has vuelto le va a dar un chungo. Y por supuesto, volverá con el tema —rio.

Se quedaron unos segundos en silencio. La nostalgia hacía acto de presencia. Eso hizo que sacara a relucir un recuerdo que, de vez en cuando, acudía a su mente haciéndole sonreír como un bobo.

—¿Recuerdas nuestra promesa?

Clavó su mirada en él, en silencio, hasta que dio un breve asentimiento antes de hablar.

—Nos prometimos que si no encontrábamos el amor antes de pasar los treinta, nos casaríamos porque podíamos ser la pareja perfecta.

El chico asintió.

Así era. Fue durante una noche en la playa justo después de que ella terminara la relación con un tío. Hizo todo lo posible por animarla, lo que lo llevó a lanzar la promesa de que si seguían siendo amigos, pasada cierta edad, le pediría matrimonio por todo lo alto.

—Pues cada vez está más cerca de cumplirse esa promesa. Así que, cuidado, porque ahora que te he encontrado, a lo mejor, en breve, te encuentras con un pedrusco sobre tu almohada.



Se marchó del bar casi a las cinco de la tarde, exprimió la charla al máximo. Solo en el instante en que casi los echan, abandonaron el local. Le daba la sensación de que Pablo quería continuar junto a ella, sin embargo, debía editar la pieza grabada para así tener el fin de semana libre.

Pensó en la promesa durante el camino en coche hasta su casa del centro de Barcelona. Recordaba a la perfección ese día. Su novio acababa de dejarla, una vez más, por culpa de los celos que le tenía a Pablo. Sin duda, ambos se quedaron solteros a causa de ese tema en la mayoría de las ocasiones, no obstante, el chico con el que salía, fue de los pocos con los que de verdad sintió algo. Por eso lloró, y quien estuvo a su lado para recoger los pedazos de su corazón adolescente roto, fue él.

Rememoró en su cabeza la conversación que los llevó a medio comprometerse.

—Salva es imbécil, Alexa. Si se preocupa más por mi presencia que por lo que tú le demuestres, no merece la pena que derrames ni una sola lágrima —le dijo mientras la rodeaba con sus brazos.

—Es que no lo entiendo. Todo iba bien... —lloró desconsolada como cualquier adolescente que sufre un desengaño—. Me voy a quedar sola.

—¡No me cantes milongas! —exclamó él y Alexa lo miró con el ceño fruncido por la frase.

La inventó ella durante una discusión de las suyas.

Él se dio cuenta también, y después de varios segundos en silencio, estallaron en carcajadas que fueron las artífices de destensarla por completo.

Era una bonita noche a las puertas de verano, estaban en la playa. Se tumbaron sobre la arena y miraron juntos el cielo. El silencio era cómodo, ninguno quería interrumpirlo, fue Pablo el que lo hizo con una promesa que permanecería latente durante mucho tiempo.

—Puede que estemos destinados a estar solos —habló.

—Yo también lo pienso, ¿Qué hacemos mal?

—Según nuestros ex, ser buenos amigos.

Torció el cuello para mirar a su amigo, él también la observaba y se quedó embobada con el color de sus ojos azules.

—Pues no pienso dejar de ser tu amiga por ningún imbécil —declaró con seguridad—. Nosotros no somos los que tenemos el problema.

—Son ellos —finalizó por ella.

No entendía las reticencias de la gente para aceptar una amistad entre un chico y una chica. Le quería y no iba a abandonarlo por nadie.

—Hagamos una cosa...

Pablo se incorporó con rapidez y la animó a acompañarle. No tenía ni idea de qué pretendía, por lo que esperó en silencio a que se aventurara a hablar.

—Tú y yo nos conocemos a la perfección, nos gustan las mismas cosas y nuestro grado de confianza es estratosférico —comenzó. Asintió, pues estaba de acuerdo con su afirmación—. Así que, quiero que hoy, aquí frente a la playa, sellemos una promesa.

—¿Qué tramas? —inquirió con el ceño fruncido.

Por mucha complicidad que tuvieran, en ocasiones, Pablo se salía del tiesto con alguna locura descabellada.

—Si cuando cumplamos más de treinta años seguimos siendo amigos y no encontramos pareja, tú y yo, nos casaremos.

—¿Se te va la pinza? —se carcajeó.

Podría pensar que era una broma, mas sabía que lo decía completamente en serio.

—Para nada. ¿No crees que seríamos la pareja perfecta?

Lo pensó durante un rato. Se conocían tanto en lo bueno como lo malo. Continuó cavilando, hasta los treinta todavía le quedaban trece años, tiempo suficiente para encontrar al amor de su vida. Si este no aparecía, a lo mejor él era la opción perfecta.

—Está bien, Pitufito. Si de aquí a trece años seguimos solos, nos casaremos. Pero está en tu mano pedírmelo por todo lo alto.

—Eso está hecho.

Volvió al presente. El camino hasta casa se le hizo ameno a causa de ese bonito recuerdo, aunque a la vez, le hizo pensar en su situación.

De adolescente creyó que no sería tan complicado encontrar al amor de su vida, pero esos trece años desde el día de la promesa, estaban a punto de vencer y ninguno estaba cerca de conseguir esa meta. Casarse con él, tampoco se le antojaba la solución a su soledad.

Retiró de su mente dichos pensamientos, fue una tontería de adolescentes, y por muy loco que estuviera Pablo, dudaba que llevara a cabo su promesa.

Entró en casa y dejó las llaves puestas en la puerta, tenía la manía de tenerla siempre cerrada con llave y colgó su bolso en un perchero. Vivía en pleno centro, muy cerca de la puerta del Ángel, en un primero al que siempre llegaba el bullicio de los cientos de turistas que paseaban a diario por las pintorescas calles. En verano, era más molesto, le encantaba la zona, aunque para inspirarse necesitaba el silencio. La solución fue insonorizar parte de su casa, solo cuando abría las ventanas la envolvía el barullo.

No era un piso muy grande, contaba con sesenta metros cuadrados que se repartían en una habitación de matrimonio y dos individuales. En estas últimas guardaba todo su equipo de instrumentos, las mesas de mezclas y un despacho en el que se encerraba a editar todas sus composiciones.

Fue a la cocina a prepararse un café, todavía le quedaban unas horas de trabajo para dar por iniciado su fin de semana, pero antes, necesitaba un pequeño descanso.

Se sentó en el sofá y dejó la tele apagada porque se conocía y terminaría poniendo una serie con la que se distraería durante horas. Simplemente cogió su móvil, fue a Instagram y allí miró algunas de las fotografías de la boda de Aritz y Sara que los invitados iban colgando. Se guardó un montón de ellas desde Facebook, en casi todas, salía junto a Pablo durante los instantes en que compartieron carcajadas. Cuando se cansó, revisó los *wasap* y Sara le enviaba fotos de su viaje a Escocia. Dio la casualidad de que estaba en línea, así que le hizo una vídeollamada dispuesta a interrumpir sus días de sexo socialmente aceptado.

—Hola, Pelirroja —la saludó con una sonrisa.

—¡Esa rubia guapa!

Se fijó en cómo resplandecía su mirada, se notaba cuánto disfrutaba en su viaje y la envidió por estar en un sitio tan de ensueño como Escocia.

—¿Qué tal todo por ahí? —preguntó.

—Pues... hoy me ha tocado a mí cantar y Pablo ha venido a verme al trabajo —dijo con tono indiferente—. ¿Tú no habrás tenido nada que ver, verdad?

Sara negó. La creyó, porque su rostro reflejaba sorpresa, así que dedujo que él fue la cabeza pensante en llevar a cabo su aparición.

—Vayamos por partes, ¿de verdad has cantado?

Le regaló un asentimiento antes de explicarle cómo tuvo que llegar a ese punto.

—Y luego apareció —finalizó sin más.

Sara se quedó en silencio, procesando unas palabras que a Alexa se le antojaron sencillas, sin embargo, su ceño fruncido le decía que era capaz de ver más allá de su mente. No se equivocó, pues su siguiente pregunta la hacía suspirar.

—¿Qué te pasa?

—Nada, Sarita. Estoy bien —sonrió, aunque sabía que no reflejaba ni rastro de felicidad.

—¿Todavía piensas en «La Cosa»?

Asintió.

La Cosa era el apelativo nada cariñoso con el que Sara y ella se referían a su ex; Óscar.

—Ya va a hacer casi medio año que lo dejasteis y sabes a la perfección que fue lo mejor.

Estaba de acuerdo, aun así, la forma en la que se desencadenó la ruptura aún pesaba en su interior.

—Tú no tuviste la culpa. Ese hijo de una hiena te dejó sola en el peor momento de tu vida.

—Lo sé, Sara. Y sé que deshacerme de él fue lo mejor. Le quería, pero no estaba enamorada, pero desde aquello...

—No has estado con nadie —adivinó cortando su frase.

Así era, cuando salía de fiesta rechazaba a cualquiera que se le acercara. Repelía cualquier tipo de relación, pero se contradecía a causa de sus ganas de echar un buen polvo y no sentirse tan sola.

Era humana, una mujer de treinta años con una vida sexual muy activa que se detuvo meses atrás. Su vibrador no conseguía hacerla llegar al cielo, la falta de alguien de carne y hueso comenzaba a ser un problema.

—No es algo que quiera...

—Pero necesitas una buena polla —se metió Aritz.

—¡Capullo! —dijeron ambas al unísono y Sara le metió una colleja a su marido—. Eres un jodido cotilla, Pelucas, pero sí, necesito polla.

—Pablito estaría dispuesto —continuó el cantante de los Dark Angels y Alexa puso los ojos en blanco.

Tenía muy claro que ese tipo de insinuaciones aparecerían tarde o temprano.

Aunque no tan temprano.

—Pablo es mi amigo desde siempre.

—¿Tu primer *follaamigo*?

—¡No! —exclamó—. Amigo normal. Joder, eres un mal pensado, tío.

—Va más salido que el pico de una mesa —añadió su mujer.

—Es que a mi lado hay una pelirroja que no me deja pensar en otra cosa.

Vio cómo comenzaban a darse el lote y puso cara de póker. Se devoraban con tanta hambruna que le dio la sensación de que no se acordaban de estar en medio de una llamada. Carraspeó varias veces, dio resultado, pues la miraron. Aritz con una sonrisa pilla y Sara con un rastro de vergüenza.

—Lo siento —se disculpó—. Pero volviendo al tema, ¿en serio nunca te liaste con Pablo? —Negó.

No era del todo cierto, se besaron, solo que no llegó a nada más.

—Aunque el día de mi boda no estaba yo para prestar atención a la gente, la complicidad que se os ve es alucinante. Se nota mucho la confianza.

—Bueno, queda un largo recorrido. Han pasado doce años sin vernos.

—¿Qué pasó? —se interesó.

—Me fui a Madrid y no contacté con él —resumió sin entrar en detalles.

La historia era mucho más extensa, implicaba una serie de sentimientos que tuvo que controlar para seguir adelante.

—¿Y por qué te ocultaste? Ni siquiera me di cuenta con lo observadora que soy —se reprochó a sí misma.

—No lo sé —reconoció—. Miedo, nervios... Quizá él ya no se acordaba de mí. No quería aparecer de sopetón después de irme sin darle noticias sobre mi vida.

—Sé que me ocultas algo, amiga, y te juro que te lo sonsacaré— declaró con decisión.

—Eso será si yo me dejo.

Cortó la llamada minutos después. Dejaron el tema a un lado y Sara le hizo una bonita panorámica de los espléndidos paisajes de la zona en que se hospedaban. Todo estaba cubierto de verde, de fondo, se adivinaban los castillos con tanta historia detrás. Entendía a la perfección las ganas de Sara por ir allí. Como historiadora, debía estar fascinada.

Se levantó del sofá y dejó la taza de café metida en el lavavajillas. Eran las ocho de la tarde y no había empezado a editar nada. Sabía que se quedaría hasta pasada la medianoche, así que fue al baño para darse la ducha que no le apetecería después de trabajar. Sus músculos agradecieron el sutil calor del agua, estaba tensa, le dolía un poco el cuello y sabía que eso conllevaría a una probable migraña. Estaba habituada a ellas, aunque a veces, la anulaban por completo, así que, tras secarse y envolverse con la toalla, se tomó una pastilla para prevenir.

Era momento de meterse en el despacho, encendió el ordenador y comenzó a cargar la pieza pregrabada. También tenía la música de la banda, pues mientras grababa su voz, Diego se encargó de hacer lo mismo con los músicos.

A pesar de estar acostumbrada a escuchar su voz cantando en la soledad de su casa, hacerlo en una composición le resultaba de lo más extraño.

Pasó horas retocando la pieza, regulando el volumen de los instrumentos, los bajos, incluso el ritmo. Se abstraía de tal forma que no fue consciente de la hora que era. Solo cuando terminó y se levantó de la silla supo que llevaba demasiado. Sus huesos crujieron, eran las tres de la madrugada, por fin lo tenía todo listo y era merecedora de un buen descanso.

Se tumbó en la cama. Antes de cerrar los ojos, cogió el móvil. Tenía varias notificaciones de Instagram, abrió la aplicación y fue a los mensajes privados.

Sonrió como una idiota al ver uno de Pablo.

«Lo he pasado muy bien hoy. Estoy deseando repetir».

Ella también lo ansiaba.

«Lo mismo digo, Pitufu. Pasa una buena noche».



Solo faltaban unos minutos para poner fin a su jornada laboral hasta inicios de septiembre. Las últimas dos semanas pasaron volando, aunque disfrutaba haciendo algo que la apasionaba, necesitaba ese descanso.

Pablo no volvió a aparecer por sorpresa, sin embargo, mantenían charlas absurdas por Instagram. Cada vez que desbloqueaba el móvil se encontraba con un mensaje suyo.

Todavía no era del todo consciente de que volvía a su vida. Era raro, como si hubiera retrocedido al pasado y nunca se hubiera marchado.

—¿Lista para la playa?

Salió de sus pensamientos en cuanto Víctor se aproximó. Esa tarde todos tenían una cita en la playa de Badalona y estaba deseosa.

El calor apretaba con fuerza, necesitaba refrescar sus pensamientos con el frescor del agua, acompañada por sus amigos. La única pega era que casi todos tenían pareja, en ocasiones, convertirse en el candelabro oficial era una tocada de ovarios.

—Por supuesto, ¿ya has terminado? —Asintió.

Ninguno tenía más trabajo así que entraron en el recinto y dieron un paseo para despedirse de los trabajadores de los distintos departamentos.

Ese era el inicio de sus vacaciones, mas Alexa no desconectaría del todo porque trabajaba con otras empresas. A veces supervisaba el sonido en algún concierto, pero otras, la contrataban para componer una canción para algún cantante. No desconectaba del todo, pues siempre llevaba una libreta a mano por si de repente le llegaba la inspiración.

Se despidió de Víctor por el momento, antes debía ir a casa a preparar lo necesario para la playa. Tardó una media hora en llegar, se hizo algo rápido para comer y puso la televisión de fondo con una serie de Netflix.

Estaba bastante desconectada de cualquier tipo de noticia, siempre que las ponía, acababa deprimida ante los desastres del mundo. Eran muy pocas las ocasiones en las que decían algo bueno, así que, por su salud mental, elegía algo que la hiciera sonreír.

Terminó de comer su ensalada preparada, tras recoger, se marchó en dirección a la habitación. Sacó del armario un vestido veraniego de color negro con detalles en morado y escote en uve, luego un bikini del mismo color.

Era una mujer bastante pechugona, así que, para que no diera la sensación de que le llegaban hasta el suelo, la parte de arriba tenía aros. La zona de la braguita era de talle alto, por lo que estilizaba su figura dibujando cada una de sus curvas, dándole protagonismo a su trasero

respingón. Se cubrió con el vestido, era largo, con una caída muy suelta que mecía la falda al compás de sus pasos.

Era hora de marcharse, bajó al parking de su edificio y cogió su coche para ir hasta allí. Tardó un poco en llegar, porque el tráfico de la tarde en Barcelona se volvía muy denso, luego tuvo la odisea para aparcar cerca de la playa. Condujo por las calles colindantes, hasta que al fin, encontró un sitio en el que dejarlo.

En ese tiempo recibió cinco llamadas, la última en ese mismo instante por parte de Dafne.

—¡Ya voy! —respondió al descolgar, alargando la o—. Había tráfico y cero aparcamiento.

—Vale, vale. Te paso la ubicación de dónde estamos. Que esto está petado.

Contestó con un vale y continuó su camino. Le gustaba mucho Badalona, era una de las ciudades más grandes y el ambiente de sus calles en verano le encantaba. Tenía un aire al estilo del centro de Barcelona, con varios callejones en los que se ocultaban tiendas y bares en los que pasar el rato.

Paseó hasta llegar al paseo marítimo mientras ojeaba el móvil para ir a la dirección exacta que Dafne le marcaba. Tenía unos cinco minutos a pie que aprovechó para observar a la gente que la rodeaba. Las risas y los gritos de júbilo eran protagonistas absolutos, muchos se divertían sobre la arena antes de darse un baño. Entró a la zona de playa, a medio camino se quitó las sandalias porque la molesta arena dificultaba sus pasos.

Ya veía la cabellera pelirroja de Sara, su color naranja era un faro perfecto para seguir y no perderse. Estaban apelotonados entre la gente, aunque por suerte, había un hueco libre en el que colocar su toalla. Estaba todos, y no se le pasó por alto, que cada oveja estaba con su pareja.

A excepción de dos personas que iban a su bola: Gabi y Pablo.

—¡Alexa! —gritó Sara y se apartó de Aritz para correr a darle un abrazo.

Por el camino tiró arena encima de Cova y Dafne, provocando sus quejas.

No se veían desde el día de la boda, regresó de la luna de miel un par de días atrás y, aprovechando que la mayoría daba inicio a sus vacaciones, decidieron pasar una buena tarde de playa.

—¡Qué morena vienes! —ironizó Alexa ganándose un gruñido.

—El coño sí que lo tengo moreno —soltó a lo burro.

Rio a carcajadas sin poderse contener, contagiando a aquellos que las escucharon.

Era obvio que seguía tan blanca como siempre, pues Escocia no era conocida por tener un sol abrasador. Le dio un fuerte abrazo a su amiga y luego saludó al resto. Colocó su toalla a un lado y primero se embadurnó de crema para protegerse del sofocante sol.

Durante esos instantes quitándose el vestido y masajeando su cuerpo tuvo la sensación de que la miraban demasiado. No se equivocó, pues desvió la vista y Gabi y Pablo la observaban sin ningún disimulo.

—¿Necesitáis un babero? —inquirió con sarcasmo.

Estaban a una toalla de distancia, lo que significaba, un par de metros. Recorrido perfecto para tirarles el bote de protector solar.

—No es necesario, pero continúa, por favor —murmuró Pablo en tono de burla.

Lo ignoró negando con la cabeza y terminó, para después, tumbarse a tomar un poco el sol.

A esas horas el calor no era tan pegajoso, el astro rey iniciaba su descenso para dar la bienvenida a la noche. A pesar de la temperatura alta, corría una fina brisa la mar de agradable.

Aprovechó para relajarse, incluso llegó un punto en que parecía que estaba a solas. Después de un agotador día de trabajo, necesitaba tomarse ese tiempo sin pensar en nada.

Estuvo así durante un buen rato, hasta que notó cómo alguien se acomodaba a su lado. Abrió

los ojos y tardó varios segundos en enfocar, el sol era molesto, debía acostumbrarse para poder reconocer a su visitante.

Era Pablo, la miraba con su sonrisa pilluela, sentado justo al lado.

—Hola —lo saludó.

Creía que entre ellos el hielo ya se habría roto, pero todavía le costaba hacerse a la idea de que lo tenía tan cerca.

—¿Por qué parece que nos acabemos de conocer y nos cueste mantener una conversación? —preguntó el chico en voz alta. Lo pensó durante varios segundos.

Antes de contestar, se incorporó. Tuvo tiempo de echar una ojeada a su alrededor que le hizo darse cuenta de que estaban a solas. El resto chapoteaba en el agua, ajenos a los dos amigos que cada vez que se encontraban comenzaban con situaciones incómodas.

—Quizás es porque aún no hemos procesado esto —habló Alexa.

Pablo le dio un asentimiento.

—Aunque hace tiempo que he vuelto, te he evitado, y ahora encontrarte cada vez que quedo con mis amigos, se me hace muy raro —explicó.

—A mí también —reconoció—. Una parte de mí quiere que todo sea como antes, pero han pasado doce años y creo que no nos conocemos de la misma forma.

Estaba de acuerdo. Pablo desconocía una serie de datos que marcaron por completo los últimos años. Perdió a la persona que más quería y el preludio a que llegara ese día fue agónico. Era imposible superarlo, solo pasaban seis meses y la herida seguía supurando sin intenciones de cerrarse.

—Es cierto, he cambiado mucho —declaró mientras se encendía un cigarrillo y le ofrecía otro a Pablo. Él le tendió una lata de cerveza y dio un trago antes de hablar—. Por una parte soy la misma que te seguía en todas tus locuras, aunque por otra, una persona muy insegura que guarda dolor.

—¿Qué clase de dolor?

—Mi madre murió hace poco más de seis meses —admitió. Estaba todavía en la fase de negación, a pesar de hacer solo dos años que volvió con ella a Barcelona, vivieron en pisos distintos porque la obligó a que disfrutara de su independencia económica. Solo durante los últimos dos meses tuvo que mudarse con ella.

—Le diagnosticaron ELA seis meses antes de volver. Aquí hay muy buenos médicos para ello, además de por mi trabajo, volver fue lo mejor —explicó—. Al principio parecía que todo mejoraba, que la medicación hacía efecto, pero de repente, la enfermedad avanzó a toda prisa.

Tuvo que hacer una pausa y desviar la vista, pues Pablo la tenía fija en ella y verlo tan serio comenzaba a darle ganas de llorar.

No quería derrumbarse, su madre no querría que estuviera triste, debía avanzar y encontrar la felicidad. Tarea de lo más difícil cuando los últimos instantes de su vida fueron agónicos.

—Perdió el habla, la capacidad de caminar. Necesitó atenciones las veinticuatro horas y ya no había mediación que controlara su dolor. Aun así, no perdió su sonrisa hasta el final... Solo tenía cincuenta y nueve años...

Dio una profunda calada a su cigarrillo y expulsó el aire con un suspiro. No quería girar la vista para mirar a Pablo, primero debía controlar las lágrimas que amenazaban con escaparse.

Notó unos brazos rodearla y apoyó la cabeza sobre su pecho desnudo. Ese gesto era reconfortante, tanto, que disfrutó de las caricias en su pelo durante los minutos que se mantuvieron en silencio.

—Aunque Silvia me odiaba un poco, siempre me cayó bien. Era una luchadora nata que sacó

adelante a solas a una chica tan alucinante como tú. La admiraba tanto como a mi abuela, por eso, disfrutaba sacándola de quicio —murmuró y supo que sonreía con gesto burlón.

Se separó para mirarlo, agradecida ante su confesión, que de alguna forma la hacía recuperar, poco a poco, su buen humor.

—En el fondo te tenía mucho cariño.

—Muy en el fondo —respondió él y estallaron en carcajadas—. Gracias por contármelo.

—Gracias a ti por no convertirlo en algo dramático.

Apartaron el tema poco después. Pablo tenía intención de animarla con sus tonterías y no se le ocurrió otra cosa que coger un puñado de arena.

—¿Qué piensas hacer con eso? —preguntó con el ceño fruncido. Su amigo sonreía de forma maliciosa, expresión que ya conocía y que no auguraba nada bueno.

—¡Esto! —exclamó mientras la alcanzaba con la brillante idea de meterle la arena dentro del sujetador del bikini.

—¡Me estás tocando una teta, imbécil! —le gritó y se agitó para quitárselo de encima.

—¡Está blandita! —rio el otro—. Joder, Alexa, no veas cómo te han crecido.

Le dio un empujón que terminó tumbándolo sobre la arena y aprovechó para cubrirlo de ella. Escupió en varias ocasiones, aun así, no paró.

—Ahora ya no te ríes tanto, ¿eh? —lo retó.

—Me estás chafando los huevos —se quejó.

—Te jodes.

—Tía, solo te he tocado media teta.

—Sin permiso —añadió enfurruñada.

Fingía su cabreo, porque en realidad de lo que tenía ganas era de reír.

—Y si yo hago esto, ¿qué?

Metió la mano en la zona dónde se unían y le dio un apretón en sus genitales. Se quejó, sorprendido por su ataque, mas no pensaba dejarse vencer por la Rubia.

—Con un poco de cariño se viene arriba, eso no me importaría.

—Veo que sigues pensando con la polla.

—¿No está ahí el cerebro masculino? —se burló.

Alexa negó. Era imposible ganar una batalla contra Pablo en un pique de besugos, siempre encontraba la frase perfecta para incomodarla. Era su don, tocarle las narices, así que negó y se puso de pie para comenzar a quitarse toda la arena que cubría su cuerpo.

—Me voy al agua —comunicó.

—Te acompaño.

—¡Quieto ahí! —ordenó. Obviamente, no le hizo ni puñetero caso y fueron juntos hasta el agua.

Eso sí, sabía a la perfección que no duraría mucho dentro, puesto que Pablo ya estaba maquinando qué hacer para hundirla bajo el mar sin descanso.



Tener un fin de semana libre al completo era misión imposible en los últimos tiempos, pues solían ser los días de concierto. Esa vez, les tocaba uno en Valencia al inicio de semana.

Solía aprovechar sus festivos para distraerse, como aquel día, el cual aprovechó para ir a casa de su abuela Remedios y disfrutar de un plato de comida en condiciones.

Sí, era de esos. A pesar de vivir solo y tener una nevera en la que almacenar alimentos, su dieta se basaba en pedir a domicilio. No se trataba de que no supiera hacerlo él, la cuestión se debía a que era un vago y le costaba un mundo mantenerse a sí mismo. Por otro lado, a su abuela le encantaba cocinar y en cada visita volvía a su casa con un montón de fiambreras. Eso le hizo recordar que debía devolverle las de la última vez, el trato era hacerlo para que le diera más comida.

¡Menuda era Remedios como no le devolviera sus *tuppers*!

Salió de su piso y descendió en ascensor hasta el parking. No vivía muy lejos de allí, pero caminar durante veinte minutos con la solanera que pegaba lo pondría de mal humor, por lo que cogió su preciosa moto y condujo hasta allí.

—Hola, yaya —la saludó nada más abrir la puerta y dejó un beso en su mejilla.

Remedios iba de camino a los ochenta años, sin embargo, su apariencia y vitalidad, decían justo lo contrario. Era una mujer que se cuidaba, tenía arrugas, de eso no se libraba, pero las ocultaba maquillándose de forma sutil. Además, que se tiñera el pelo con colores fantasía, solía dejar a la gente sorprendida, pues a su edad, casi cada mes cambiaba el color de su cabello corto.

En esa ocasión el elegido era el morado.

—¿Has traído todos? —inquirió en referencia a las fiambreras.

Pablo asintió y soltó un bufido, pues solo después de la aclaración, le dio un abrazo efusivo.

Lo acompañó al salón, al caminar por el pasillo, el olor de los canelones caseros abrió su apetito. Eran los mejores que había probado jamás, aunque también, los que más pesaban en el estómago porque los rellenaba con demasiada carne.

Antes de sentarse fue a por los platos y cubiertos. Como siempre le decía su abuela, él tenía manos para colaborar. Desde pequeño lo crio para que fuera autosuficiente, limpiaba y hacía las tareas para no terminar castigado. Quizá, por eso, en su propia casa era un vago. No la tenía sucia, para nada, pues tenía contratada a una empresa de limpieza que se encargaba de ello cada semana, pero a veces, era desordenado.

Una vez terminó, se unió a ella, hacía más de una semana que no la visitaba y no le había puesto al día en sus llamadas telefónicas sobre las novedades.

—¿Sabes quién ha vuelto a Barcelona? —lanzó la pregunta mientras daba su primer bocado. Se quemó la lengua por ansia viva y tuvo que dar un trago a su cerveza.

—Niño, habla ya, que no soy adivina —habló la mujer.

—Joder, que me he quemado —se quejó.

—Eso te pasa por agonías. ¿Pero quién ha vuelto?, porque a este paso me muero antes de saberlo.

Soltó una carcajada. Su abuela era de ese tipo de señoras sin filtro, burra como ella sola. Su lema era que, a cierta edad, todo estaba permitido, no importaba que lo que fuera a soltar fuera una barbaridad, según ella, le otorgaba ese derecho aunque no hubiera una ley escrita para ello.

Podía parecer un poco cascarrabias, era justo la impresión que daba al conocerla, pero no tan en el fondo era adorable, tierna y cariñosa. Simplemente, elegía con quien serlo.

—Alexandra —confesó al fin.

La mujer abrió los ojos de tal forma que se acentuaron sus arrugas. Pablo creyó que esa debió ser su misma cara al verla en la boda, porque a pesar de haber pasado ya varias semanas, seguía sin creerlo.

—¿Dices que mi Rubia ha vuelto? —Asintió—. ¿Y la muy penca no ha venido a verme?

—En realidad, hace casi dos años que volvió.

Eso volvió a sorprenderla, pues lo interrogó a él sobre por qué no le había dicho nada. Ese fue el instante que dio pie a hacerle un resumen de los últimos acontecimientos, el encuentro en la boda, cuando la fue a buscar al trabajo, los mensajes por Instagram, y por último, el día anterior en la playa.

—Será cabrita... ¿Y se puede saber por qué te evitaba? —le preguntó.

Era algo para lo que ni él mismo tenía una respuesta, quería saberlo, entendía que su situación no era idílica, pero no comprendía cómo tuvo la valentía de apartarlo durante tanto.

—Recuerdo a la perfección cuando se marchó. Lo pasaste tan mal... —habló con cierta tristeza—. Eráis culo y mierda, hacíais una pareja tan bonita...

—Nunca fuimos pareja —le recordó, a pesar de que sería inútil. Ella siempre se empeñaba en emparejarlos.

—Tú la querías.

—Como amigo.

—Claro, hijo, y yo esta noche tengo una cita con Cary Grant, ¡no te jode! —bufó y rodó los ojos en un gesto de exasperación.

—Vale, puede que me gustara —reconoció al fin—. Pero se fue.

—Y ahora ha vuelto.

—Y volvemos a ser amigos —la cortó antes de que se pusiera a construir una inexistente historia de amor.

Imaginación le sobraba.

Continuó comiendo en un intento de cambiar de tema. Acababa de abrir la caja de Pandora, no sería sencillo que lo olvidara. Se metió casi la mitad de un canelón en la boca, su abuela fruncía el ceño, a la espera de una explicación más extensa de todo.

—¿Y si comemos y luego hablamos?

—No. Después de soltar la bomba no puedes pretender evitar la explosión.

Pablo soltó un suspiro, dejó los cubiertos a un lado y lo primero que hizo fue enseñarle una fotografía para que viera su aspecto actual.

—Está preciosa —la alabó—. Siempre fue una niña muy guapa, y alta, pero ahora que es más adulta, tiene un atractivo que debe atraer a todos los mozos.

—Pues está soltera.

—Pues ya sabes que toca.

—Reme... —gruñó cansado de sus insinuaciones. Toda su adolescencia fue igual, y aunque sabía que la mujer volvería a hacerlo, no podía ocultarle la presencia de Alexa. Además, tampoco quería puesto que, esta vez, quería conservarla en su vida.

—Hijo, eres un sieso. Seríais la pareja perfecta. Os conocéis, tenéis confianza por un tubo y compartís gustos en todo.

—Tienes razón, pero han pasado doce años, y aunque parezca que todo sigue como antes de que se marchara, ambos hemos cambiado. Así que, por el momento, me limito a recuperar el tiempo perdido, para así, mantener a la que siempre fue mi mejor amiga.



El camino a Valencia fue el más cansino de su vida. Iba en furgoneta de madrugada con el resto del grupo, pero ni Gabi ni Aritz lo dejaron dormir tranquilo.

—Lleváis tres horas con lo mismo, estamos a punto de llegar y aún no me habéis sacado una jodida respuesta, ¿de verdad queréis seguir? —bufó cansado.

De verdad que tenía sueño, el día antes de cada viaje padecía de insomnio y solía desaparecer durante el camino al destino. Como sus compañeros no cejaban en su empeño de sonsacarle información clasificada, solo pudo dar un par de cabezadas.

—Seguiremos así hasta que hables —declaró Aritz.

Los ignoró durante el resto del camino.

Fue directo a su habitación nada más llegar al hotel. Del equipo para el concierto se encargaban los trabajadores que su representante contrataba para la ocasión. No tocaban hasta las siete de la tarde, aunque a las cinco tenían el último ensayo y las pruebas de sonido. Quedaba para ello poco más de seis horas, tiempo que pensaba aprovechar para dormir.

Se quitó la camiseta y los pantalones para meterse en la cama en calzoncillos. No tardó nada en coger el sueño, pero cuando más a gusto estaba, el sonido de la puerta lo despertó de un brinco.

—Joder, ¿cuánto he dormido? —se preguntó.

Antes de levantarse a abrir, cogió su móvil y miró la hora. Eran las tres de la tarde, lo que quería decir que su siesta tuvo una duración de cuatro horas.

Quien fuera que requería de su presencia, volvió a insistir. Con un «ya voy» sugirió que tuviera paciencia.

Al otro lado, Aritz dibujaba una sonrisa socarrona. Le dedicó un bufido, puesto que sabía que volvería a atacar con el tema del que consiguió huir por el camino.

Entró en la habitación sin que le diera permiso y observó cómo se dirigía al *minibar*. Sacó una cerveza, se sentó sobre la cama y le dio un trago antes de fijar la vista en su amigo.

—Tú estás colado por Alexandra —afirmó con seguridad y Pablo soltó una carcajada.

—No, no lo estoy. Es solo mi amiga —repitió en tono cansado.

Sabía a la perfección que, quien los veía desde el exterior, tuviera una impresión equivocada. Eran tan amigos que su cercanía era extrema. Si Aritz o cualquiera los hubiera visto en la época del instituto, lo de la actualidad, quedaría en una nimiedad.

—Pero te la quieres tirar —soltó con su característica franqueza de capullo.

—Eso no te lo puedo negar —admitió.

El día anterior en la playa, cuando le tocó la polla, esta estuvo a punto de traicionarle izando la bandera. Tuvo que ponerse a pensar en la lista de la compra que nunca hacía, pues tenerla encima, puso en tela de juicio todo su autocontrol.

Cuando era una adolescente de quince años ya le parecía guapa, pero ahora, con su treintena, la sensualidad que emanaba revolucionaba todas sus hormonas. Era inevitable notar atracción sexual, pero una parte de él, sabía a la perfección que no era todo.

—Con dieciséis años me gustaba.

—¿Y nunca se lo dijiste? —Negó.

—Era mi mejor amiga, intentarlo quizá habría estropeado todo —se encogió de hombros—. Pero por si te lo preguntas, no, no estoy colado por ella. Es cierto que me cuesta procesar que vuelvo a tenerla cerca, pero es solo una bonita amistad.

—Pues en la playa parecíais algo más —añadió con cierto toque de ironía.

Cualquier cosa que respondiera haría que Aritz se montara teorías conspiranoicas que nada tenían que ver con la realidad, así que, el silencio se convirtió en su mejor aliado.

Mientras su compañero bebía, cogió su móvil. Revisó su Instagram y entre los cientos de mensajes privados que tenía abrió la conversación con Alexa. Debía plantearse pedirle el móvil de una vez por todas, porque esa aplicación no le notificaba de sus respuestas en la mayoría de las ocasiones.

«Espero que te vaya muy bien el concierto, Pitufu».

Hacía tres horas del mensaje, dudaba que estuviera atenta, pero contestó.

«Gracias, Rubia. Tú disfruta de lo que sea que hagas hoy. Si es follar, grita mi nombre».

Rio como un idiota antes de darle a enviar. Eso llamó la atención de Aritz, que frunció el ceño, para luego, sonreír socarrón.

—Vete a la mierda —murmuró provocando sus carcajadas.

Gabi llegó poco después. Su habitación se convertía en la sede central de los Dark Angels antes de que diera inicio el concierto. Su representante también apareció, era el momento de trasladarse al lugar para los ensayos.

La emoción se abría paso como siempre que se acercaba la hora de darlo todo con el bajo. Llevaban casi un mes sin conciertos. Volver, le daba sentido a su vida. Adoraba la música, lo que sentía al interpretarla, y ver desde el escenario a la gente cantar letras que componía con sus amigos, era una sensación indescriptible.

—¿Preparados? —inquirió Aritz situado frente al micro.

—Por supuesto, ¡vamos a quemar Valencia!



Estar de vacaciones no era tan idílico como parecía. Llevaba menos de una semana y lo único que hizo fue ir a la playa.

Podía permitirse un viaje, pero no era mujer que se atreviera a hacerlo a solas a pesar de tener ganas de visitar muchos lugares.

Llevaba un rato en su despacho, frente al ordenador. Tenía música de fondo mientras navegaba sin rumbo fijo por la red. Eso la llevó a encontrarse con unas imágenes que provocaron su gruñido.

—Lo tenías todo pensado, pedazo de cabrón —murmuró en voz alta.

En su muro aparecía en primera línea una fotografía de Óscar con su nueva novia, solo hacía cinco meses que la dejó, eso la hundió todavía más en la miseria a causa de la reciente muerte de su madre.

Era cierto que ya hacía un par de meses que lo suyo no fluía. Alexa debía estar muy pendiente de su madre y su vida social tuvo que reducirse a la nada. Eso, al imbécil, no le hizo gracia. No la apoyaba en nada, nunca se preocupó por su progenitora y evitó cualquier contacto, pero estaba tan fuera de sí misma, que no lo dejó mucho antes. Por eso, un mes después de que muriera, que apareciera para decir que quería acabar con una relación de año y medio, no fue para tanto.

Sí que lloró, pero tenía dudas de que fuera por él. Le quería, aunque no lo suficiente para notar que su corazón se resquebrajaba. Aun así, ver esas imágenes le daba mucha rabia, porque empezó con esa chica una semana después de dejarla.

Se deshizo de un cabrón que ni siquiera era bueno en la cama. Si no hubiera sido por los juguetes sexuales que ella introducía cuando se acostaban, todos sus orgasmos hubieran sido fingidos.

Pensó en el tiempo perdido. Aguantó a causa de la depresión que tenía por el estado de su progenitora. No lo veía en ese momento, pero tras la tragedia, tuvo que recurrir a un psicólogo.

Estaba mucho mejor, el duelo continuaba y no podía ponerle fecha para que desapareciera. Al menos, ya hacía más por salir a divertirse y no encerrarse entre las cuatro paredes de su habitación. Poco a poco, volvía a emerger la Alexandra sonriente y con ganas de hacer locuras.

Se echaba de menos a sí misma, el reencuentro con Pablo la hizo olvidarse de cuánto se había perdido durante los últimos tiempos. Él la hacía emerger poco a poco.

Miró su móvil y se puso a releer los mensajes. Todavía sonreía con el que le envió cuando estaba de concierto en Valencia.

—Menudo imbécil —rio.

El muy capullo le sugería que gritara su nombre si se acostaba con alguien. La realidad era que llevaba sin sexo con un ser humano la friolera de seis meses. Cuando usaba el vibrador solía imaginar a Jason Momoa, pero lo de gritar nombres, no iba con ella. Y por supuesto, el de Pablo quedaba descartado.

Decidió no castigarse más mirando las redes sociales y se fue al salón. Encendió el aire acondicionado y se tiró en el sofá para ver una serie. Era miércoles y sus planes eran nulos, por lo que procrastinar mientras se cebaba a helado del Mercadona, resultaba la idea más apetecible.

Le dieron las cuatro de la tarde en ese estado, incluso pidió comida china a domicilio con tal de no cocinar nada. Solo pausó la serie cuando recibió una llamada, la canción *Bruja* de los Dark Angels fue el indicativo de que se trataba de Sara.

—Hola, señora esposa —la saludó con sorna sin darle tiempo.

—Hola, inteligencia artificial de Amazon —respondió en el mismo tono.

Le dedicó un bufido. No era la primera vez que alguien le hacía la broma de la Alexa de Amazon, de la misma forma, que era una jodienda ir a casa de alguien que la tuviera. La muy pesada se ponía a hablar cada vez que pronunciaban su nombre abreviado.

—¿A qué se debe tu llamada? —dijo al fin.

Sara no contestó de inmediato, le dio la sensación de que se distraía con algo y cuando escuchó a Aritz de fondo, lo corroboró.

—¿En serio me llamas para escuchar cómo tu marido te mete mano? Joder, Sarita, ya te vale.

—¿Qué? ¡No! —exclamó—. Es que no se puede estar quietecito.

Oyó la carcajada del aludido de fondo y negó, divertida. Al final la dejó tranquila, y por fin, llegó al quid de la cuestión.

—¿Te apuntas a una fiesta privada esta noche?

Abrió los ojos con sorpresa, si Sara le viera la cara, habría soltado una carcajada.

—A ver, ¿qué clase de fiesta privada?

Necesitaba más datos para darle una respuesta. Estaba de vacaciones y era un plan que podía convertirse en algo muy succulento que la distrajera durante unas horas, e ir con amigos, siempre estaba bien.

—De esas para conocer gente, bailar, charlar, enrollarse... Ah, y con máscaras.

Intentó pronunciarlo en tono neutro, sobre todo lo último. Su mente acababa de crear una imagen de la fiesta. Con toda probabilidad, sería de esas en las que la gente se escudaba ante el anonimato para follar con desconocidos.

No era su estilo, ni por asomo.

—Va a ser que paso —declaró segundos después.

Sara se quedó en silencio varios segundos, sabía a la perfección que buscaba qué palabras utilizar para convencerla.

—Va, tía. Será divertido —dijo con poca originalidad. La solidez de su argumento brillaba por su ausencia.

—No es de mi estilo.

—Te prometo que es una fiesta normal.

—Con gente enmascarada que va a lo que va. Seguro que hay hasta habitaciones *sadomaso* —la cortó.

Su imaginación iba por libre.

—Sí, hay habitaciones —admitió—. Pero no tienes que usarlas, aunque un polvete tampoco te vendría mal.

—No estoy tan desesperada.

—¿De verdad? —la imaginaba con las cejas alzadas.

Le dedicó un gruñido, lo cierto era que comenzaba a estarlo, ¿pero hacerlo en un lugar así? La idea le daba un poquito de repulsión, pues imaginaba que eso estaría lleno de perversos de ambos sexos.

—No vas a estar sola, Aritz y yo también vamos. Así que, tómatelo como una reunión de amigos, si conoces a alguien, pues eso que te llevas.

Pasó los siguientes minutos dándole argumentos para ir. Llegó a un punto en que no dejaba de repetirse, le estaba poniendo la cabeza como un bombo, así que para que se callara de una vez, aceptó.

—Espero que eso no sea un *putiferio*, porque sé dónde vives y conozco técnicas de tortura.

—Tranquila, tía, seguro que me lo agradecerás.



En un principio pensaba pasar el resto del día descansando. Todavía le duraba el subidón del concierto de hacía un par de días y la desconexión, a solas en su casa, le hacía recargar las pilas.

Sin embargo, Pablo se preparaba para asistir a una fiesta privada a la que Aritz lo había invitado. Por lo que sabía, e intuía, era de esas donde la gente iba a follar. No entendía qué pintaba allí un matrimonio como Sara y Aritz, porque dudaba que les fuera ese rollo a pesar de ser un poco exhibicionistas.

A él tampoco le hacía mucha gracia, la verdad. No tenía problemas para ligar, y no se fiaba mucho del tipo de personas que podría acudir al encuentro. Lo único positivo que le encontraba era eso de ir con la cara cubierta por una máscara. Tuvo que bajar al chino que tenía a dos calles, lo mejor que obtuvo, fue una de Jason Vorhees que customizó para que dejara la boca libre.

Además, para más inri, no podía ir como le gustaba vestir. Aunque no hacía falta ir trajeado, se puso unos vaqueros estrechos, junto a una camisa abotonada de manga corta. El pelo se lo dejó suelto, como acababa de lavarlo, comenzaban a crearse unas ondas naturales que le quedaban de vicio.

Se puso la máscara para verse al completo y soltó una fuerte carcajada.

—Estás ridículo, Pablito —se dijo frente al espejo.

En su móvil llevaba la localización del lugar junto a un código QR en el que iba su invitación. Supuestamente, sus amigos lo esperaban ya ahí, así que, emprendió el camino en su moto con la incertidumbre haciendo mella en su interior.

Fueron treinta minutos en los que se perdió dos veces. En la puerta tuvo tiempo de observar lo que le rodeaba. Era la zona más alta de la Avenida Tibidabo, un lugar en el que, si sabías por dónde ir, se ocultaban mansiones dignas de un jeque Árabe. En la que se hacía la fiesta era enorme, se veía algo de luz desde la calle, aunque mantenía cierto halo de privacidad. Tan solo le llegaba un resquicio de la música que sonaba en su interior.

Se acercó a la puerta, luego de ponerse la máscara, y el gorila de la entrada lo miró de mala gana.

—¿Invitación? —preguntó con sequedad.

Sacó su teléfono móvil sin abrir la boca y le enseñó el QR. El tío parecía sorprendido de que realmente tuviera acceso, pero lo dejó pasar sin decirle nada. Tuvo ganas de mandarlo a la mierda por su desfachatez.

Atravesó la puerta y la música lo llenaba todo. Estaba a un volumen con el que resultaba

imposible mantener una conversación que no fuera a gritos. Estaba lleno, llegaba una hora tarde y sospechaba que le sería complicado encontrar a sus amigos. Los buscó por la enorme casa, reconocía que el ambiente incitaba a hacer cosas perversas. Las luces eran tenues y dificultaban mucho reconocer a la gente, y más, escondidos bajo ridículas máscaras.

De camino a buscar a la pareja, paró en la barra para pedir una cerveza. Estaba sediento, y mientras le pegaba unos cuantos tragos, envió un mensaje a Aritz para averiguar dónde coño estaba.

Esperó sentado en un taburete y aprovechó el inciso para observar a su alrededor.

Había una especie de pista de baile que la gente utilizaba para meterse mano. Se olía la desesperación, ocultos tras las máscaras, dejaban a la vista su deseo y escudados bajo el anonimato, obraban en consecuencia. No le extrañó, para nada, fijar la vista en un punto y encontrarse a una pareja follando con disimulo delante de todos.

—Esto no va conmigo —murmuró. Ni siquiera escuchó su propia voz a causa de la música.

Revisó el móvil de nuevo, el capullo de Aritz no contestaba y le entraron ganas de coger la puerta y largarse.

No lo hizo. Abandonó su asiento y paseó por la enorme mansión. Había muchos pasillos, en cada puerta, un cartel que daba la bienvenida a los invitados para acceder y llevar a cabo sus fantasías más prohibidas.

Aquello era de película porno barata. Suerte de su máscara de Jason de los chinos, porque ser reconocido en aquellas circunstancias, sería un dulce caramelito para la prensa.

Al final volvió a la zona de la barra, pasó allí como una hora y Aritz y Sara seguían sin aparecer.

Soltó un bufido. Menuda colleja se iba a llevar su amigo por meterlo en un sitio así. Llevaba como cuatro cervezas y evitó insinuaciones de un par de mujeres.

Desvió la vista a su derecha, la fijó en una chica que parecía tan desubicada como él. Por primera vez en toda la noche, repasó a alguien con la vista. Llevaba puesto un corto vestido en color negro que se ceñía a su cuerpo. Además, dejaba a la vista sus interminables piernas que le resultaron la mar de seductoras. El escote era perfecto para dejar entrever el canal de sus voluptuosos pechos. Tras el escrutinio, deseó poder ver su rostro al completo, aunque se le escapó una sonrisa cuando se topó con su máscara.

Le pareció que, como él, la había comprado a toda prisa en un chino, porque era de plástico.

Notó como alguien lo miraba y se percató de que era ella. Movía los labios, pero como la música era atronadora, no entendió nada.

Cogió su cerveza y se atrevió a acercarse con tiento, si estaba tan incómoda como él, lo último que pretendía era recibir un golpe con un vaso de cristal.

—¿Decías algo? —gritó. Seguía a una distancia prudencial de ella, por si acaso.

Esperaba que lo escuchara.

—¿Qué por qué me miras? —le gritó, de tal fuerza, le salió un gallo.

No supo qué responder, a pesar de estar en un sitio en el que todos iban por el sexo, le dio la sensación de parecer un poco acosador.

La chica, al no recibir respuesta, giró la vista hacia su copa y bebió antes de pedir la siguiente. Él hizo lo mismo. Se sentía imbécil, con ganas de marcharse, pero a la vez, con curiosidad de conocer a la misteriosa chica que tampoco hacía nada por abandonar el lugar a pesar de su incomodidad.

—La verdad es que no sé qué cojones hago aquí —gritó, con la esperanza de llamar su atención.

Al principio, creyó que lo ignoraba, pasado un minuto, se giró con lentitud y prestó atención a lo que le decía.

—¿No has venido a follar como todos? —Negó.

—¿Y tú? —Repitió su gesto con la negativa.

Pablo soltó una carcajada que la chica le devolvió con cierta timidez.

—A ver, tiene su morbo, pero no va nada conmigo —continuó con la charla.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —le preguntó ella.

—Esperaba a unos amigos, pero he llegado a la conclusión de que me han dejado tirado —explicó.

Iba a salir de ahí afónico perdido, era imposible soltar una frase sin que le saliera un gallo y su tono se distorsionara. Aun así, continuó de charla con la chica, una rubia de la que logró deducir que, además de ser muy atractiva, tenía los ojos con toques verdosos.

Quizá, lo que comenzaba a parecerle una broma pesada de Aritz, se convertía en una noche para recordar.



Pocas veces en la vida sintió tanto ridículo como durante aquella noche. No entendía cómo se dejó convencer por Sara para ir a un sitio así.

La primera señal que el destino le dio para recular y volver en taxi a casa, fue la cara del portero de la mansión donde se celebraba la fiesta cuando la vio aparecer con su máscara de plástico mal recortada que compró poco antes en un bazar. Era de esas de Dalí, la que llevaban los atracadores de *La casa de papel*. No pegaba una mierda con su seductor vestido negro, pero no tenía tiempo de adquirir una del tipo veneciano, estilo que se dio cuenta que llevaban la mayoría de invitados. Además, tampoco iba ahí para ligar, solo a pasar el rato con sus amigos.

Si no hubiera sido por la invitación, aseguraba que el portero la habría mandado a tomar viento.

Pero entró, y allí encontró la segunda señal de que lo mejor era marcharse. Estaba lleno de gente enmascarada sin vergüenza alguna que se metía mano delante de todos. No era tan inocente como para creer que esas situaciones solo ocurrían en las películas porno, sabía a la perfección que existían clubes de lo más selectos y elitistas que organizaban orgías del estilo. La cuestión era, ¿qué demonios pintaba ella? No estaba tan desesperada como para dejar que alguien con fantasías perturbadoras se aprovechara de su sequía sexual.

Luego llegó la tercera señal: no encontrar a Sara y Aritz por ninguna parte. Llamarla quedaba descartado, la música era tan ensordecedora que no llegaba a sus oídos ningún otro sonido. Comunicarse con alguien era casi imposible, aunque pensándolo bien, tampoco hacía falta cuando los únicos presentes tan solo pretendían follar.

Al final, le envió un mensaje para el que no obtuvo respuesta. Aunque su mayor deseo era marcharse, decidió que antes necesitaba una copa para ayudar a su mente a desconectar ante ese panorama. No fue solo una, más bien unas cuantas que ya comenzaban a nublarle el sentido. Durante ese tiempo también paseó por el lugar y tuvo que rechazar alguna proposición indecente. Incluso estuvo a punto de darle una bofetada a uno después de que le tocara un pecho sin permiso. Se llevó un empujón, pero se guardó la mala leche y volvió a la barra, pues la veía como esa barrera que le proporcionaba algo de seguridad.

Allí se sintió observada, estaba asqueada y le gritó al tipo de la ridícula máscara de Jason. A diferencia del resto de babosos, este no fue directo. A pesar de mostrarse reticente a entablar conversación, se dio cuenta de que estaba en la misma situación que ella. Incluso le dijo que sus amigos lo habían dejado tirado.

Alexa se fijó en él, aunque la máscara cubría la mayoría de sus facciones, se veía el color de

sus ojos, azules. Brillaban por encima de la luz tenue de la casa. Era de ese tipo de hombre que la ponía como una moto, de pelo largo, moreno, de estilo roquero, y aunque vestía bastante formal, bajo esos tejanos negros se adivinaba un culo de infarto.

—¿Cómo te llamas? —gritó el chico.

Le costaba la vida entera entenderse con él, pero la verdad era que, en solo dos frases, tenía ganas de continuar la conversación.

También estaba el hecho de las copas que llevaba encima, notaba sus efectos y el alcohol solía soltarle la lengua. Además, tampoco tenía nada mejor que hacer.

—Creo que lo mejor es mantener el misterio —respondió y le dedicó una sonrisa.

—Me parece una buena idea, porque yo te hubiera dicho un nombre falso.

Estalló en carcajadas con su respuesta y él la siguió.

Cuando terminó su bebida, la invitó a otra y aceptó porque ya llevaba gastados como cincuenta euros. No escatimaban con las marcas, había que pensarse eso de pillar la cogorza si no querías quedarte sin blanca.

Charlaron...bueno, gritaron durante largo rato y tuvo que reconocer que el chico era la mar de divertido.

—Joder, ¿has visto a esos? —le señaló y supuso que abría los ojos de forma exagerada, pues cuando desvió la vista hacia dónde le indicaba, ella lo hizo.

No era los primeros que veía en esa situación a lo largo de la noche, pero sí los primeros a los que no les importaba estar desnudos delante de todos. Se lo montaban sin reparos, Alexa juraría que si la música estuviera unos decibelios más baja, el sonido de sus gemidos sería ensordecedor.

—Yo alucino —dijo demasiado bajo para que su acompañante lo escuchara y tuvo que repetirlo con un grito que distorsionaba su voz.

Sus miradas entraron en contacto y comenzaron a carcajearse. La situación era surrealista, no entendía cómo dos personas que no les iba aquello, habían terminado en un lío como aquel.

—¿Te apetece ir a un lugar en el que no nos dejemos la voz? —inquirió el chico. Tuvieron que pasar varios segundos para que su cerebro procesara la información.

Por una parte, la idea le parecía una locura, no obstante, ¿para qué estaba la vida?

En ocasiones debía dejarse llevar un poco más, lanzarse a la piscina, y quizás, el anonimato le otorgaba ese súper poder.

Asintió con cierta timidez. El chico se levantó de su asiento un poco tambaleante. Al parecer, también iba algo tocado por el alcohol, pero no tanto como ella. Tropezó con las malditas sandalias de tacón, y si él no la hubiera cogido al vuelo, sus dientes habrían quedado pegados en el parqué.

—Gracias.

—No hay de qué —le sonrió y sintió una especie de escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

No era de miedo, para nada, al contrario, pues casi podría describirse como atracción hacia el desconocido.

Negó con la cabeza mientras caminaba por uno de los estrechos pasillos, luego lo siguió en el instante en que encontraron una vacía. La música seguía alta en el interior, aunque al menos, no haría falta desgañitarse. Cuando despertara, sabía a la perfección que estaría ronca, suerte que no trabajaba y no debía usar su voz para nada más que hablar consigo misma mientras limpiaba la casa.

—Parece que está todo limpio —murmuró el chico mientras observaba la habitación.

—Pongo la mano en el fuego sin quemarme a que una luz ultravioleta nos traumatizaría de por vida —añadió ella provocando su risa.

El sonido era agradable, seguía sin ser capaz de identificar a la perfección el tono de su voz, pero incluso le resultó familiar. Idea que desechó de inmediato bebiendo un trago de su cóctel.

Reconocía que la estancia invitaba a pasarlo bien. Había una enorme cama con las sábanas impolutas, adornada por un cabecero de barras de hierro de la que colgaban unas esposas.

Inspeccionó el resto, sintiéndose observada en todo momento. Descubrió en un pequeño armario un arsenal de objetos sexuales que ni de coña se le ocurriría usar.

¡A saber quién lo usó antes! La sola idea le repugnaba.

Se giró de golpe y chocó contra el chico. No sabía en qué momento se acercó tanto. Alzó la vista y se encontró con sus labios, eran apetecibles, demasiado. La idea de probarlos cada vez se le antojaba más buena.

¿En qué demonios estaba pensando?

—Sé que he dicho que este sitio no es lo mío, pero la verdad es que me apetece mucho besarte —murmuró él tan bajo que le costó entenderlo.

Al parecer, sus pensamientos iban a la par. En ella lo veía lógico después de tanto tiempo sin sexo, pero dudaba que él tuviera ese problema.

Era muy atractivo y una tentación a la que no se quería resistir. Ya ni siquiera le importaba estar en un sitio donde las orgías estaban a la orden del día. Ahí, en esa habitación en la que, con gran probabilidad alguien habría hecho de todo, se sentía segura.

—Hazlo.

El chico no se lo pensó, atrapó sus labios con fiereza y dejó que accediera a su cavidad. Sabía a alcohol, sin embargo, no era desagradable. Sus alientos se entremezclaban mientras sus lenguas iniciaban el reconocimiento.

Le resultó adictivo, tanto, que enredó sus manos en su melena y disfrutó sin reservas. El calor comenzaba a poseer su cuerpo, el hechizo de su boca era un augurio de lo que ocurriría a continuación.

El chico misterioso la tenía cogida por la cintura, poco a poco, descendió. Introdujo una de sus manos bajo la estrecha falda, para así, apretar su nalga hasta provocarle un gemido.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó con voz ronca.

Al menos no era el típico que se lanzaba sin más. Por mucho que con la máscara no pudiera leer su mirada, tenía la sensación de que no corría peligro alguno con él.

Así que, sí, estaba segura. También demasiado excitada como para echarse para atrás.

—Sí —contestó y atrapó su boca, con tanta rudeza, que lo hizo retroceder hasta llegar a los pies de la cama.

Cayeron juntos sobre el mullido colchón, movimiento que Alexa aprovechó para colocar bien las piernas alrededor de sus caderas. Notaba su miembro rozar contra su sexo, estaba tan duro que imaginarlo en su interior hizo que se humedeciera.

Volvió a besarlo. Por alguna razón incomprensible, sus labios la atraían de una forma arrolladora, casi tenía la sensación de haberlos probado con anterioridad. Una completa locura, puesto que lo acababa de conocer.

—¿Y si nos quitamos las máscaras? —preguntó él en cuanto se separaron para coger aire.

—Mejor que no, porque puede que me arrepienta.

Soltó una risotada antes de continuar. Al parecer le divertía su respuesta, pero no objetó nada al respecto, cosa que agradeció.

Quería seguir adelante cuando se sumergió bajo el vestido, lo deslizó con habilidad hasta dejarla expuesta. Vio cómo mordía su labio al observarla, y tras mucho tiempo, se sintió poderosa y deseada.

—Joder, menuda tentación tengo delante —gruñó. Se escuchó incluso sobre la música que resonaba—. Ahora mismo, solo tengo ganas de devorarte, chica misteriosa.

Terminó la frase y no pudo contestar, puesto que atacó su boca de nuevo. Hizo un movimiento para cambiar de posición y quedó atrapada entre él y el colchón. Ahora él tenía el control, Alexa sabía a la perfección que pretendía llevar la voz en el encuentro.

No le dejó del todo, se incorporó antes de que cumpliera su promesa de devorarla y le arrebató la camisa. Con los pantalones no tuvo tiempo, pues él se lanzó y ni siquiera pudo recrearse con su torso. Sus manos lo acariciaban en un intento de adivinar su imagen. Estaba bastante ejercitado y duro, solo de imaginarlo se relamió con ganas de saborearlo con su lengua.

No la iba a dejar, lo tuvo claro en el instante en que su sujetador desapareció, y sin desatender sus labios, comenzó a acariciar sus pechos con tanta maestría que gimió contra su boca.

—Joder —jadeó en cuanto inició el descenso, mordisqueó su cuello y jugueteó con la lengua que terminó humedeciendo su pezón.

Podría decirse que tampoco era para tanto, tan solo era un tío lamiendo su pecho, no obstante, eso no era todo, porque sus manos la acariciaban, despertando todas sus terminaciones nerviosas.

Ya llegaba hasta su vientre, lo lamía con la vista fija en ella. De vez en cuando, el plástico de la máscara arañaba su piel, una minucia de la que no se quejaría, pues lo único que deseaba era que la follara cuanto antes.

—Ahora prepárate para gritar, preciosa, porque no pienso parar hasta que te corras.

Tragó saliva de forma sonora ante su promesa. Ya retiraba su braguita con extrema lentitud. Al terminar, separó sus piernas, estaba expuesta ante un desconocido y solo deseaba que continuara.

—¡Joder! —exclamó en cuanto se lanzó contra su zona. Arqueó la espalda, presa del placer, fue el momento en que se vio a sí misma desde otra perspectiva.

Acababa de darse cuenta de que sobre la cama, en el techo, había un enorme espejo y tenía el mejor panorama para observar como el chico la devoraba. Encima lo hacía bien, su lengua jugueteaba con su clítoris con suma dulzura, mientras sus dedos se introducían con sutileza en su interior.

No lo resistió más, gimió, fuerte, ensordeciendo la música. El orgasmo había llegado con tanta rapidez que no fue consciente ni de cómo se gestaba.

Definitivamente, sabía lo que se hacía, por eso cuando el dejó su zona, no pudo articular palabra ante lo arrebatador de su sonrisa.

—Veo que he cumplido mi promesa —dijo juguetón. La besó de nuevo y probó su propia esencia.

—Llevo demasiado sin follar, así que, tampoco te emociones —respondió intentando restarle mérito, pero solo provocó su carcajada.

—Entonces, ahora tendré que esmerarme más, porque ya no puedo esperar para meterme dentro de ti.

Lo deseaba con ansiedad, aunque no se lo hizo saber. Solo esperó a que se quitara los pantalones y la colocara en la posición que le diera la gana.

Ni siquiera tuvo que pedirle que se pusiera el condón, lo hizo, ella observó al detalle sus movimientos. Se relamió como una desesperada, expectante y con unas ganas arrolladoras de tenerlo dentro.

El instante no tardó en llegar. Gimieron al unísono, notaba su cuerpo en su totalidad, y mientras iniciaba sus embestidas, su boca iba en busca de su lengua.

No tenía ni fuerzas ni valor para rechazarlo. Era justo lo que ansiaba. El único problema era

que no podía concentrarse del todo en sus labios, pues se le escapaban los gemidos sin descanso. El roce la tenía cardíaca, su vello púbico rozaba su clítoris y esa vez sí fue consciente de la llegada del clímax. Volvió a gritar como una loca, pues ese era el estado en el que se encontraba su cerebro ante la situación.

Pura locura.

—¿Otro? —se medió sorprendió juguetón. No colaba, sabía que se manejaba bien con el sexo y era consciente de ello.

—Lo he fingido.

—¿En serio? —continuó y dio una fuerte embestida. No pudo detener el jadeo que el movimiento le arrancó—. Me parece que no te creo.

Quiso responder, mas aquello se volvió más alocado y la capacidad del habla se evaporó de su sistema. Solo había sitio para los gemidos, porque su chico misterioso embestía con tal bravura, que en cualquier momento la dejaría inconsciente.

Enredó las manos en su larga melena, abrió los ojos un instante y observó el espejo. Su espalda musculosa se veía con algún tatuaje, pero lo que más la encendió fue el movimiento de sus caderas para penetrarla. Además, tenía culazo, de esos para babear.

No pudo pensar más en ello, un grito más se escapó de su garganta, pero el chico, no le daba tregua, continuó con su ritmo frenético pues estaba llegando a su fin. Lo acompañó con otro orgasmo que se encadenó con el anterior y él acalló su último gemido con un beso que la dejó K.O.

Tenía la respiración acelerada, aún seguía alucinada por haberse dejado llevar de esa forma. Sintió el vacío en cuanto salió de su interior. Estaba para cerrar los ojos hasta el día siguiente, pero aprovechó los últimos instantes de la noche para observarlo mientras se retiraba el condón.

Joder si estaba bueno, le hizo un buen repaso, sobre todo de la parte de atrás. Lo tenía de espaldas a ella, en ese instante, recogía su melena en un moño desenfadado que la noqueó con su movimiento.

Hasta que lo vio...

Un pequeño tatuaje en su nuca con un infinito y las letras A y P.

Quería que la tierra la tragara, pues acababa de darse cuenta de que, su chico misterioso, era nada más y nada menos que su amigo Pablo.



Llevaba toda la noche sin pegar ojo, más bien lo que quedaba de ella tras volver a casa después del tremendo polvazo.

Se despidió de él de forma abrupta en el momento en que descubrió quién era. Era probable que Pablo se quedara flipado por su reacción, pero era lo único que se le ocurrió para así pasar el shock sin descubrirse.

No tenía ni idea de cómo afrontar la situación, era un marrón enorme para el que no tenía tiempo. Con razón tuvo esa sensación tan familiar al probar por primera vez sus labios, porque, el único beso que llevaba recordando toda su vida, se lo dio él en la playa trece años atrás.

—Alexandra, la has jodido más que nunca.

Soltó un bufido y se tapó la cara con la almohada.

Recordaba a la perfección el día en que se hizo ese tatuaje, ella también lo llevaba justo en el mismo sitio. Se lo hicieron poco antes de que tuviera que marcharse, y su significado, era tan simple como que siempre serían amigos.

Eso, ahora, estaba en peligro.

¿Cómo demonios iba a mirarlo a la cara sin que notara que estaba rara?

Tenía hasta ganas de llorar de la impotencia, pero tampoco podía encerrarse para toda la vida. Primero debía hacer una cosa...

Se levantó de la cama como impulsada por un resorte y se vistió con lo primero que pilló. Ni siquiera se peinó, salió de casa y anduvo los quince minutos que la separaban de casa de la cabrona que la metió en esa fiesta.

Eran las nueve de la mañana, lo más probable fuera que continuara dormida, dato que le importó una real mierda. Le fundió el timbre y subió en ascensor hasta el ático para encontrársela de frente.

La pelirroja tenía rostro somnoliento, pero a la vez, preocupado.

—¿Alexa? ¿Ha pasado algo? —inquirió.

—Será mejor que entremos —porque lo que tenía que decir no era plan de que lo escuchara el resto del edificio.

Entraron al salón, Sara la miraba y logró ver en ella un rastro de culpa. Se temía que no era la visita más amistosa del mundo, iba a caerle la del pulpo por haberla dejado tirada.

—¿Qué tal la fiesta? —su tono era de duda.

—Pues mira, te voy a contar la historia —comenzó con una sonrisa cínica—. Llegué al sitio, el portero me juzgó con la mirada por mi máscara de los chinos y entré avergonzada. Ahí ya

estuve a punto de retroceder, pero no me gusta dejar colgada a mi amiga y entré para reunirme con ella. ¿Cuál fue mi sorpresa? Pues que no apareció, ni ella ni el capullo de su marido. Eso sí, lo que se suponía que era una fiesta normal, era tal y como imaginé y ya advertí a mi amiga minutos antes de aceptar la invitación, puesto que había gente follando en cada rincón.

Soltó la primera parte sin apenas respirar. Vio la intención de Sara de cortarla y la frenó. Todo ello, sin borrar su mueca cínica y sin dejar de caminar a su alrededor como una cazadora en busca de su próxima presa.

—Después me pasé como una hora en la barra, me dejé cincuenta pavos en copas y me emborraché un poco. Por el camino me metieron mano, casi se me escapa un puñetazo, pero evité liarla parda en un sitio tan exclusivo. Luego, un tío que estaba en la barra tan incómodo como yo, me miró. Nos comunicamos entre gritos, porque ahí era imposible hablar. Por suerte, no era como el resto.

—Pero eso está bien —se metió Sara antes de que pudiera impedirle hablar.

Le lanzó un gruñido, aunque en realidad, necesitaba coger aire.

—Oh, amiga, espera a escuchar el final —añadió con sarcasmo—. Como decía, el tío estaba tan desubicado como yo. Reímos, nos burlamos de los perturbados y luego nos metimos en una habitación. Me besó, porque reconozco que iba cachonda como una mona, y sí, terminamos follando como posesos. —Volvió a frenar a Sara, se la veía con ganas de aplaudir, no obstante, faltaba el dato clave del relato—. Fue alucinante, me arrancó cuatro orgasmos en menos que canta un gallo. Pero el completo desconocido enmascarado, resultó no ser nada de eso.

Hizo una pausa, tan dramática que hasta ella se tensó. El miedo en los ojos de Sara le daba una pista de la conclusión a la que llegaba.

—¡Era Pablo, joder! ¡Me he acostado con Pablo! —gritó como una lunática y se tiró de los pelos.

—¿Qué te has tirado a Pablo?

Aritz acababa de aparecer en escena y su boca estaba a punto de llegar al suelo.

—¡Sois unos pedazo de cabrones! ¿Dónde os metisteis?

—La verdad es que no fuimos. No teníamos intención de hacerlo —reconoció su amiga con un deje de culpabilidad.

—A ver, a mí me gusta dar el espectáculo, pero tampoco me apetecía que alguien se acercara a nosotros y metiera mano en sitios que me pertenecen —se unió Aritz con su tono habitual de burla.

Les dedicó un gruñido. Alexa siguió caminando por el salón como un león enjaulado. Ninguno tenía valor de abrir la boca, puesto que estaba a una palabra de mandarlos a la mierda. Era una emboscada en toda regla, a Pablo también lo dejaron tirado como a ella. Daba mucha casualidad que justo se hubieran topado de aquel modo, no podía evitar olerle a chamusquina.

Era retorcido hasta para Sara.

—Lo teníais todo planeado. Estáis todos obsesionados con que Pablo y yo seamos muy amigos sin nada más detrás, y con esto, la habéis liado pero bien.

—Alexa, ¿de verdad crees que te haría algo así? —habló Sara.

Iba a responder con un asentimiento, pues menuda era la pelirroja cuando quería hacer de celestina, pero hubo alguien que se adelantó a sus palabras.

—Lo siento, pero no sé a qué te refieres. —La voz robótica del dispositivo de Amazon que respondía al nombre de Alexa, hizo que se instalara un silencio entre ellos.

La de carne y hueso terminó gruñendo. De verdad, odiaba a ese maldito aparato.

—Pues no lo sé —dijo al fin.

Sara se acercó con cautela, la cogió de la mano y clavó sus ojos en ella.

—Os dimos la invitación a ambos, es cierto, pero no tenía pensado que os encontrarais. No te voy a negar que tuviera esa esperanza —reconoció.

—Y Pablo, ¿cómo se lo ha tomado? —se interesó Aritz.

Alexa le robó un cigarrillo a Sara, porque con las prisas solo salió con las llaves de casa. Lo encendió, necesitaba darle una fuerte calada, tenía los nervios a flor de piel a causa de no saber gestionar lo ocurrido.

—Pablo no sabe nada. En cuanto me di cuenta de que era él, me marché a toda prisa.

—¿No os quitasteis las máscaras?

—¡Aritz! —El capullo recibió una colleja por parte de su mujer—. No creo que necesites tantos detalles.

—¡Era solo curiosidad! —se defendió y Alexa cortó su pequeña discusión alegando que pretendía mantener el misterio.

—Ni nombres ni máscaras fuera, solo sexo brutal —soltó un suspiro. Terminó su cigarrillo y escondió la cara entre sus manos—. ¿Qué voy a hacer?

La situación se le antojaba un enorme dilema del que no sabía cómo huir.

—¿Y por qué no se lo dices? Se ve que tenéis mucha confianza —sugirió Sara.

—Claro. Ahora mismo lo llamo y le digo que sus amigos recién casados lo invitaron a una bacanal en una casa de tres millones de euros y la tía a la que le arrancó cuatro orgasmos, es su mejor amiga —murmuró con sarcasmo.

—Tampoco es plan de decirlo así, puedes ser más sutil. Pero en serio, Alexa, puedes llamarle. No lo veo complicado.

—¿A quién quieres que llame? —preguntó la inteligencia artificial.

—¡A tu puta madre! —gritó la Alexa de carne y hueso.

—Lo siento, pero no encuentro a «Tu puta madre» en la lista de contactos.

Aritz fue el primero en soltar una carcajada, seguido de Sara, y aunque Alexa soltó un bufido, también se le escapó la risa.

La situación era un tanto surrealista, deseaba estar soñando y que todo fuera una pesadilla, un pensamiento irreal, pues no podía sacar de su mente las caricias que la habían llevado al éxtasis una y otra vez.

Acabó sentada en el sofá y agradeció que Sara le trajera un refresco. Salió de casa sin desayunar y la falta de sueño hacía estragos en su cuerpo. Aquello removía unos recuerdos de los que le costó mucho deshacerse, revivía de nuevo un pasado que se cortó de raíz.

—¿Sientes algo por él? Es que me da la sensación de que hay algo más. Sí, es un lio que te hayas acostado con tu mejor amigo, pero en pleno siglo veintiuno es algo de lo más habitual.

Lo que decía Sara tenía cierta lógica, mas para ella, no era viable.

—Siempre creyeron que éramos pareja. Dormimos juntos en incontables ocasiones, pero nunca pasó nada. Es cierto que nuestra complicidad daba a entender lo contrario, hasta yo creí sentir algo más por él —reconoció—. Solo nos besamos una vez, y la verdad es que recuerdo ese día como si fuera ayer. No llegué a estudiar mis propios sentimientos, por lo que no sé qué sentí.

Podía llamarse amor o no, nunca resolvió aquel enigma. La atormentó durante años, por suerte, consiguió borrarlo hasta que supo de él de nuevo. Todo volvía con gran intensidad, después de disfrutar con él en la cama, comenzaba a pensar que estaba perdida.

Aun así, tenía una firme convicción que le costaría lo indecible llevar a cabo. Prefería apartar el tema a un lado, negarlo, ocultar lo ocurrido, y por supuesto, mantener a Pablo al margen.

Sería muy complicado mirarlo a la cara, a su mente acudirían sus caricias, su lengua al

devorarla y esos besos que le nublaron el sentido.

—Entonces, ¿no vas a decirle nada? —Negó.

—No puedo ni quiero empañar esto. Aunque bueno, es probable que lo evite durante un tiempo, pues no tengo ni idea de cómo voy a reaccionar.

—Sara es experta en evasiones, podría darte un curso avanzado —ironizó Aritz ganándose una mirada asesina—. ¿Qué? No me mires así. Vivíamos juntos y no te veía el pelo. Para ella es más sencillo, porque no conviven —se excusó.

—Se dará cuenta de que me pasa algo...

—A veces es un poco corto y despistado. Si fuera tan perspicaz, hubiera descubierto que eras tú quién estaba detrás de la máscara.

—¿Y si ya lo ha descubierto? —lanzó la pregunta con un poco de miedo. Eso echaría por tierra su plan de hacer cómo si no hubiera pasado.

—Lo dudo. Sois iguales, por lo tanto, ya me habría cosido a llamadas llamándome cabrón.

Eso le encajaba a la perfección.

—Pues sea como sea, y como favor por ser los instigadores y culpables de lo ocurrido, cerrad el pico. Como le soltéis esto, os mato —amenazó con tanta seriedad que Sara tragó saliva.

La Rubia tenía su carácter, salía en contadas ocasiones, pero cuando lo hacía, el planeta sufría un terremoto.

—¡Prometido! —dijeron al unísono y Sara enfatizó poniéndose una cremallera invisible en la boca.

Podía ser que tuviera su parte de culpa en lo ocurrido, pero confiaba en que mantuvieran el pico cerrado. Eran buenos amigos, de los mejores. Si no fuera así, ni por asomo hubiera acudido a su casa con el chisme.

En el fondo necesitaba desahogo, era demasiado fuerte para comérselo ella sola. Incluso tenía una fuerte migraña. Le pidió una pastilla a Sara y cambiaron de tema para ayudar a que se relajara. Ya podía marcharse a casa a descansar, aunque se quedó con ellos puesto que tampoco tenía nada que hacer. Sobre mediodía sonó el timbre. Sara y ella estaban en la terraza, disfrutando de los rayos de sol que bañaban sus cuerpos, sentadas en su sofá de exterior. Ya estaba más relajada, hasta que escuchó a Aritz.

—Hombre, Pablito. ¿Qué haces aquí?

Alexa se envaró al instante. Miró a su amiga con cara de auténtico pánico.

—¡Mierda! ¿Qué hace aquí? No estoy preparada —exclamó.

—No lo sé, pero si no quieres resultar sospechosa, deberías cambiar la cara.

—¡Cómo si fuera tan sencillo!

¿Qué le pasaba al jodido destino? Conspiraba en su contra, estaba segura de ello. A pesar de las distancias, un imán invisible se empeñaba en reunirlos en una misma estancia.

El objeto de su trastorno mental transitorio llegó a la terraza acompañado por Aritz. Vio su sorpresa al encontrarla ahí, se acercaba con paso decidido y no tuvo más remedio que levantarse para dedicarle un saludo.

—¡Alexa! ¿No piensas darme un beso? —preguntó con una sonrisa.

En ese instante, la de Amazon hizo el sonido de uno. El chico rio, ella gruñó.

—Voy a tirar por el balcón a ese jodido aparato.

Se acercó a Pablo y dejó un rápido beso en su mejilla, luego volvió a su sitio. Estaba de los nervios, le temblaba el cuerpo y no ayudaba en absoluto leer los labios de Sara. No dejaba de repetir que se tranquilizara.

No tenía dotes de actriz, pero si no quería delatarse, le tocaba aprender a sacar a la luz esa

vena artística, porque lo que menos quería, era tener que admitir que estar en presencia de Pablo confundía su mente hasta el punto de volverla loca.



Despertó por culpa de un molesto rayo de sol que atacó su rostro con inquina. Soltó un gruñido somnoliento, se giró en la cama y abrió los ojos con lentitud.

El reloj despertador de la mesita de noche indicaba que eran las doce del mediodía. Soltó un suspiro, por su parte, seguiría tumbado sin hacer nada, mas su vejiga le avisaba de cuánto se estaba meando. Al terminar, se lavó la cara en un intento de despejarse, luego se miró al espejo, tenía un poco de ojeras, pero al recordar a qué se debían, sonrió como un bobo.

¡Menuda noche!

Permanecía en su mente el sexo con la chica misteriosa, disfrutó como hacía mucho, sin duda, le encantaría repetirlo.

Era una pena que no supiera ni su nombre, encontrarla sería misión imposible, pues lo único que recordaba era un tatuaje en su antebrazo de la rosa de los vientos con un mandala colorido rodeándolo. Bebió bastante, por suerte, no sufría lagunas, tan solo una pequeña resaca.

Hasta tuvo que dejar la moto en las inmediaciones de la mansión, no estaba en condiciones de conducir y debía hacer un pensamiento para ir a buscarla. No le apetecía coger el transporte público, le daba mucha pereza, así que, iría a invadir la casa del cabrón que lo metió en ese antro. Como venganza, lo obligaría a acompañarlo.

Mientras se vestía tomó un café para despejarse, cogió el tabaco y las llaves de casa y emprendió el camino a pie. Pablo vivía en una calle colindante a la calle Tallers, le encantaba la zona. Desde siempre, ese era el punto de encuentro de las distintas tribus urbanas de la ciudad. Era de lo más variopinto, aunque tiempo atrás había muchas más tiendas, todavía quedaban las míticas de roqueros, música y el bar más conocido por los heavies; la Ovella Negra.

Tardó quince minutos en llegar a la zona del Triangle, ahí vivía el matrimonio feliz. El portal estaba abierto y entró directo al ascensor. Siempre le daba un poco de mal rollo, era de esos con aire antiguo, puertas de madera y su velocidad se equiparaba a la de una tortuga coja. Al menos, funcionaba. Si se estropeaba, con gritar ya le escucharía algún vecino.

Llamó al timbre y esperó, ya era hora de que estuvieran despiertos, Aritz no tardó en abrir.

—Hombre, Pablito. ¿Qué haces aquí? —lo saludó su amigo con tanta efusividad que le extrañó.

—Hola, Capullo. Vengo a que saldes tu deuda por dejarme tirado.

No vio ni un rastro de culpabilidad en su mirada, es más, sonreía, y si no hubiera disfrutado tanto, la colleja se la llevaría con la mano abierta.

Lo invitó a pasar y lo acompañó. Venían voces desde la terraza y no pudo más que

sorprenderse al encontrar a Alexa ahí.

Durante un instante se olvidó de reprocharle a su amigo la encerrona, solo tenía ojos para ella. Cada vez que la veía tenía una sensación extraña, lo embargaba la dulzura, los recuerdos y se quedaba unos segundos sin palabras.

La saludó y se metió la inteligencia artificial de Amazon, eso parecía cabrearla y no pudo más que reír. Se sentó a su lado con Aritz y Sara al frente. Durante varios minutos notó cierta tensión que no tenía ni idea de dónde venía. La pareja se marchó a la cocina, supuso que para coger algo para tomar y giró la cabeza. Alexa parecía nerviosa, tensa, como si estar con él le resultara muy incómodo.

—¿Estás bien?

—¿Qué? Sí, sí, por supuesto —murmuró con cierto nerviosismo.

La observó con más detenimiento y bajo sus ojos se dibujaban unas buenas ojeras. No tenía mala cara, pero sí mostraba cansancio, como si apenas hubiera dormido. Le dedicó una sonrisa pilla, tenía pinta de que había pasado la noche en vela.

—Tú esta noche has salido —afirmó con seguridad.

—¿Por qué lo dices? —respondió. Le desviaba la mirada de forma continua, como avergonzada.

—Tus ojeras.

—He pasado mala noche, pero no he salido. Es más, creo que no salgo desde fin de año.

No comento nada más, sabía que le mentía. Aritz y Sara ya volvían y no se le pasó por alto las miradas de las chicas. Le restó importancia, quizá su llegada había interrumpido algo entre ellas.

Por suerte la cosa se calmó, comenzaron una charla amena, en ningún momento salió el tema de la fiesta. Esperó a que Aritz quisiera otra cerveza para ir a su encuentro y acorralarlo en la cocina.

—¿Cómo se te ocurre meterme en un sitio así? —le reprochó.

Cogía un par de cervezas de forma distraída y se tomaba su tiempo para contestar.

—¿No lo pasaste bien? —le preguntó con inocencia.

—No puedo darte una negativa. A ver, al principio no lo pasé bien. Ese sitio no es para mí, pero conocí a una chica que estaba tan desubicada como yo y, ¡joder tío, menuda noche! —exclamó con los ojos muy abiertos—. Ha sido un polvazo de la hostia.

—No necesito detalles —murmuró. Le extrañó el comentario, pues en cuanto a sexo se refería, era el primero en quererlo todo con pelos y señales.

—¿En serio? —inquirió burlón.

Eso hizo reaccionar a su amigo, pues de repente, comenzó a lanzar preguntas sobre quién era.

—No tengo ni idea. No nos quitamos la máscara ni para follar, no conozco su nombre y solo puedo decirte que es rubia, sus ojos tienen tintes verdosos y tiene un cuerpo para devorar durante días. Joder... puto anonimato —se quejó.

—Vamos, que si tuvieras la oportunidad, repetías —adivinó.

—Por supuesto. Es que no solo fue sexo del bueno, charlamos durante horas. No sé, hubo conexión —admitió—. Eso sí, ni se te ocurra volver a invitarme a algo así, cabronazo. ¡Me dejaste tirado!

—Tienes razón, pero mira el lado positivo, a pesar de querer matarme, disfrutaste. Y quién sabe, a lo mejor esa chica misteriosa aparece de nuevo.

—Claro... —ironizó con un bufido—. El matrimonio te ha vuelto un moñas. Encontrarla no sé, pero tú, vas a llevarme allí a recoger mi moto.

—De acuerdo. A la vuelta, te quedas a comer.

—Acepto, porque tengo más hambre que el perro de un ciego.

Llegaron de recoger la moto justo a tiempo. Al entrar, el olor a comida llegó a sus fosas nasales. Era obvio que no se habían puesto a cocinar, las delataba las cajas del restaurante chino. Lo sirvieron en la terraza, al sentarse, le echó un rápido vistazo a Alexa. Parecía más relajada que cuando llegó.

Conversaron durante largo rato, y como llevaba ocurriendo desde su reencuentro, compartieron sus recuerdos en común.

—No entiendo cómo podías seguirle en todas las locuras. Es un cafre —rio Sara.

—Lo pasaba muy bien. Es cierto que mi madre odiaba que estuviera con él, solía terminar castigada, pero en el fondo, le tenía mucho cariño —se encogió de hombros.

—Una vez amenazó con castrarme —recordó y vio la sorpresa en Alexa. Nunca llegó a contarle aquella charla con su madre—. Fue el día en que nos castigaron por mi maravillosa idea de ponerle una bomba fétida en la silla al profe de Mates.

—Lo recuerdo bien, fui yo quien lo distrajo —recordó y Pablo asintió.

—Era un plan perfecto, hasta que nos pilló hablando de ello y nos comimos una buena amonestación —rio y ella lo acompañó—. Lo mejor de todo, fue que el pobre hombre estuvo oliendo a huevo podrido durante toda su jornada. Eso fue desternillante, pero quedarse castigados en una sala con él, ya no fue tan agradable.

—Terminé vomitando. Y este capullo solo hacía que descojonarse en mi cara.

—Joder, ¡le vomitaste a él encima! —explicó para que entendieran el contexto.

—¡Vaya dos! —exclamó Sara aguantándose el estómago. Tenían todos un ataque de risa.

—Yo era el culpable de llevarla por el mal camino, aun así, era una cerebritito que sacaba las asignaturas sin apenas esfuerzo.

—Eso es porque entre nosotros había una enorme diferencia: yo era responsable y a ti te sudaba la polla serlo.

—Nos compenetrábamos a la perfección —se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa socarrona que la hizo negar.

No resistió la tentación de darle un abrazo amistoso, a pesar de que Sara y Aritz comenzaron a alzar las cejas como dos imbéciles.

—Te lo he dicho mucho desde que nos hemos encontrado, pero debo repetirlo. Te he echado mucho de menos, Rubia —besó su coronilla y se separó. La situación ya era más íntima de lo acostumbrado y su público era muy metiche.

—Y yo a ti, Pitufu.

Pronto comenzaría a anochecer. El tiempo pasaba veloz cuando se disfrutaba en buena compañía. Alexa parecía agotada, así que antes de la hora de la cena, comunicó que se marchaba.

No se lo pensó dos veces para decir que la acompañaba, dejaría la moto allí. Total, vivía solo a unas manzanas.

—No hace falta, vivo muy cerca.

—No me importa, porque yo también. Además, creo que es hora de darle intimidad a estos dos —se burló.

—A lo mejor sois vosotros los que necesitáis esa intimidad —soltó Aritz. Sara le dio un manotazo, acompañado de una mirada rara.

Negó sin darle importancia, estaba acostumbrado a eso cuando su compañía era la de Alexa.

—Anda, vamos —dijo ella y al fin se despidieron.

El sol comenzaba a desaparecer por el oeste, todavía quedaba un rato para que se convirtiera en noche cerrada, sin embargo, podía ir por la calle sin sudar la gota gorda. Era improbable que

hiciera fresco, pero la temperatura era bastante agradable. Alexa caminaba justo a su lado, en silencio, distraída, sin dejar de mirar a la gente que los rodeaba.

Estaban en medio de Las Ramblas, la gente ya se preparaba para dar comienzo a la noche. Como siempre, los turistas abarrotaban las calles, esquivarlos era misión imposible.

Fijó la vista en ella, fue consciente de cómo la observaba, porque clavó sus ojos y le sonrió como un bobo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sigo sin creermelo tu presencia y estoy como un niño al que le han regalado una bolsa de más de un kilo de chuches.

—Pues ya nos hemos encontrado mucho, es hora de que te acostumbres, Pitufito —sonrió.

—¿No te irás? —Negó.

—Aquí está mi vida, siempre lo ha estado. Y tú, formas parte de ella.

—Además, tenemos que casarnos —bromeó él y rieron a carcajadas.

—Lo llevas claro. Soy demasiada mujer para ti.

—¡Creída! —negó, divertido.

Pararon frente a un edificio en la puerta del Ángel. Pablo miró a su alrededor y tenía curiosidad por ver su piso, lo que más le gustaba era saber lo cerca que estaban. En realidad, solo tenía que cruzar Las Ramblas y meterse en la calle Tallers. Si no fuera por la marabunta de personas que paseaban a diario por la zona, seguro que se habrían encontrado en algún instante. A diferencia de en una ciudad pequeña en la que los vecinos casi eran de la familia, en el centro de Barcelona, era complicado encontrarse con conocidos.

El silencio se instaló a su alrededor, tan solo el de sus voces, puesto que la gente no dejaba de emitir berridos ensordecedores. La acompañó con la mirada mientras sacaba las llaves, en realidad le encantaría que lo invitara, pero su rostro denotaba un cansancio que, como no hiciera algo al respecto, se quedaría dormida de pie.

—Gracias por acompañarme. Te invitaría a pasar...

—Pero vas a caer redonda en la cama. Lo sé —la cortó con una sonrisa y ella asintió—. Él sábado es mi cumpleaños y monto una fiesta en el New Underground. Vendrás, ¿verdad? —preguntó.

—Por supuesto. Ya creía que no me invitarías.

—Y yo que no te acordabas de que venía mi cumpleaños.

Alexa dio un par de pasos en su dirección y lo miró a los ojos. Sonreía burlona, eso le hizo recordar que siempre era la primera en hacerle una sorpresa durante ese día.

—Es una de esas fechas que no olvido, porque yo te montaba las fiestas.

—Sí, esas en las que acababa desnudo en la playa.

—Eso era culpa tuya, por beber sin tener edad —rio.

—Touché. Pero entonces, ¿confirmo tu asistencia? —continuó y puso tono profesional.

—Que sí, pesado. Ah, y apúntate mi número de una vez.

Tras intercambiar los números, Alexa se acercó y dejó un beso en su mejilla que le supo a poco. La envolvió entre sus brazos, sometido por un impulso de su interior que rogaba por sentirla. Al principio notó cómo ella se sorprendía, tensándose, pero luego, se relajó, momento que él aprovechó para aspirar su aroma.

El abrazo duró más de la cuenta, al separarse, le dio la sensación de que ella se envaraba. No le dio importancia, pues él mismo tuvo una sensación extraña que recorrió su cuerpo para la que no tenía nombre.

Su vuelta no solo era una circunstancia que lo alegraba, al parecer, también removía

sentimientos que, durante demasiado tiempo, guardó a buen recaudo.



Se suponía que durante las vacaciones intentaría no trabajar demasiado, pero no tenía planes para ese día y sentía la necesidad de meterse en su estudio.

Ahí tenía todo lo necesario para componer, su ordenador estaba encendido y conectado a su teclado electrónico para trabajar en sus nuevas melodías.

Llevaba como dos horas absorta en la música, tocaba notas, apuntaba, borraba y mientras tanto, canturreaba letras que cabía la posibilidad de que llegaran a alguna productora discográfica. Se abstraía de tal forma que perdía la noción del tiempo, disfrutaba como una enana, pues en esa habitación, era ella misma al cien por cien.

Dejaba libre su voz, se escuchaba a sí misma y deseaba ser capaz de poder hacer lo mismo con el resto. El miedo escénico era una lacra de la que no lograba deshacerse, frenaba su talento. A pesar de que sus canciones consiguieran convertirse en grandes éxitos, su verdadero sueño era ser ella quien las interpretara.

No podía quejarse, tenía un sueldo bastante elevado gracias a ello, eso hacía que pudiera vivir con comodidad. La música era toda su vida, sin ella, tenía la seguridad de que, después de lo ocurrido con su madre, estaría mucho peor.

La animaba, la fuerza la poseía. Las canciones eran mágicas, pues obraban en su estado de ánimo y ayudaban a que siguiera adelante.

Ya casi tenía una pieza completa, solo faltaba perfeccionar la letra y editar la melodía en la que meter más instrumentos. El género con el que mejor se desenvolvía era el rock. Casi todo lo que hacía giraba en torno a él, puesto que su voz tenía un tinte rasgado que encajaba a la perfección con guitarras eléctricas y baterías.

Terminaba de apuntar unas notas cuando su teléfono móvil se iluminó. Tenía un mensaje de WhatsApp, era Pablo y le preguntaba sobre qué hacía.

Sonrió como una idiota. En realidad, su cerebro todavía no procesaba lo ocurrido entre ellos aquella noche. A cada instante rememoraba sus caricias, la pasión, los gemidos... Su cuerpo se encendía en demasiadas ocasiones y le carcomía las entrañas tener que ocultarlo.

Actuar que no había pasado nada entre ellos era una ardua tarea, sobre todo, lo fue el día de después. En casa de Sara fue evidente que le pasaba algo, él lo notó, y por eso su amiga le dio varios pellizcos que la hicieron despertar. Su cercanía avivaba todas sus terminaciones nerviosas, eso le imposibilitaba a sí misma negar la atracción que sentía por él.

Sería ciega si eso no ocurriera, Pablo era atractivo, sensual, con unos ojazos azules que conseguían dejarte embobada. Además, su carácter extrovertido, hacía imposible que no fuera

adictivo.

Negó con la cabeza para quitar pensamientos que la confundían, no funcionaba, pero al menos, se centró en el móvil para poder responderle.

—Componer en mi estudio, ¿y tú?

—Rubia, estás de vacaciones, ¿no deberías salir más? Que te dé el aire, folles un poco...

Sonrió como una idiota con su pregunta. Tenía razón, pero lo que hacía en aquel instante lo consideraba como ocio.

—Hace demasiado calor, y creo que me entenderás al decir que, aunque me dedique a ello, la música es una pasión a llevar a cabo en cualquier instante.

—¡Qué profunda eres! Pero tienes razón —contestó. Lo imaginaba con esa sonrisa burlona que cuando se comportaba como un cafre la sacaba de quicio. Otras veces, la enternecía.

Iba a dejar el móvil a un lado, aunque al parecer Pablo tenía ganas de una conversación que ella no le iba a negar.

—¿Qué componías?

—Una canción.

—¡Hostia, no me digas! —ironizó.

—Has preguntado, yo he respondido.

Se carcajeó al darle a enviar. Ella también conocía la receta para colmar su paciencia. Ir de enterada por la vida lo sacaba de sus casillas.

—Estúpida.

—Corto.

—Lerda.

—Imbécil.

Pasaron un par de minutos llenándose de insultos. Reía sin parar, porque no lo hacían con maldad alguna. Eran así, desde siempre, comportarse de manera infantil era una actitud que los caracterizaba.

Cuando Pablo le envió una nota de voz ridícula, ella le respondía con otra, aunque al final, redirigió la conversación para volver a actuar como personas normales.

—Rock, componía rock —dijo al fin.

—¿Por qué no me la enseñas?

Negó con un montón de emoticonos, él insistió, pero no iba a sacarla de su idea. Ya suficiente pudo ver el día en que la pilló cantando en el trabajo, dejarlo escuchar lo que hacía, era un paso para el que no estaba preparada.

Hablaron durante largo rato, estaban enganchados al teléfono. Durante un instante, deseó tenerlo delante, hasta estuvo a punto de llamarlo. No lo hizo, al parecer, se tomaba un descanso y aprovechó para ir a la cocina a por algo de picar. Ya eran las cinco de la tarde, salió a su terraza y se sentó para disfrutar un poco del día. Había nubes, aunque no las suficientes para restar protagonismo al sol. El calor sería insoportable si no corriera una fina brisa que ayudaba a equilibrar la temperatura de su cuerpo. Iba a encenderse un cigarrillo cuando escuchó el timbre. Frunció el ceño, no esperaba a nadie. Sara, Dafne y sus parejas, disfrutaban de un día de playa en Badalona al que no le apeteció ir, así que no tenía ni idea de quién podría estar al otro lado.

Se asomó por la mirilla, Pablo esperaba a que le diera paso. Abrió los ojos con sorpresa, y a la vez, notó cómo crecían los nervios. Debía descartarlos, pues aunque se hubieran acostado, era su amigo quien estaba al otro lado. Además, él seguía sin conocer la verdad, o al menos, eso creía creer. Si lo supiera, se lo diría, ¿verdad?

No era algo que pudiera afirmar, puesto que ella hacía todo lo posible por callar.

—¿Vas a abrirme o tengo que tirar la puerta abajo? —oyó que decía y se apresuró a complacerlo.

Se quedó absorta en sus pensamientos, suerte que supo obviarlos antes de enfrentarse a él. Se topó con su espléndida sonrisa, acompañada por el brillo de sus ojos azules, que hechizaban sin remedio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una sonrisa.

—Continuar con nuestra charla acompañados por estas cervezas y así intentar descubrir todos tus secretos —contestó en tono juguetón.

Alexa negó, divertida. Lo invitó a pasar. Antes de hacerle un tour por el piso, guardó la bebida en la nevera para que no se calentara. Al volver, Pablo observaba a su alrededor, estaba en medio del salón, curioso, pero a la vez sin saber qué hacer.

Le resultaba llamativo que, en cada ocasión que se encontraban, los primeros minutos parecieran desubicados.

—Tienes un piso muy bonito —murmuró—. E insonorizado por todas partes. ¿Eres de las que grita?

—¡Imbécil! —lo riño y le dio un manotazo en el hombro. Reía a carcajadas, su afán por incomodarla seguía intacto—. Es para no molestar a los vecinos.

—Bien pensado, así follas más tranquila.

Bufó, él quería seguir con la broma y tuvo que callarse para no soltar un comentario que la delatará. Sí, era de las que gritaba, por cosas de la vida, él lo había comprobado. Ignoró el resto de sus comentarios y decidió al fin enseñarle la casa. La cocina era irrelevante, le indicó dónde estaba el baño por si necesitaba acudir durante su visita y luego fue a las habitaciones. En la que dormía la decoración era muy a su estilo, las paredes pintadas en blanco contrastaban a la perfección con los muebles de madera clara. Los toques de color los daban varias plantas de plástico, pues era incapaz de mantener con vida una de verdad.

También sacaba a relucir su lado más infantil, pues tenía una estantería llena de artículos de coleccionismo. Todo era de Disney, los personajes de las villanas de esas películas que adoraba desde pequeña, cobraban protagonismo.

—Veo que sigues obsesionada con las malotas —comentó Pablo.

—Sí.

—Eres una friki.

—Y con mucho orgullo —contestó altiva—. Conservar esa parte de mí me recuerda instantes en los que apenas tenía preocupaciones. No importa que tenga treinta años, sigo haciendo maratones de películas infantiles y canto como loca.

Se puso delante de ella, la miraba con una sonrisa dulce que dibujaba con sus carnosos labios. Quería averiguar qué pensaba, sin embargo, no tuvo que preguntar, porque él se lo aclaró.

—Tengo más de ciento cincuenta *funkos*, Disney Plus desde que salió, y he visto *El Rey león* más veces en estos meses que cuando tenía ocho años. Así que, te entiendo a la perfección, porque soy peor que tú.

—Lo dudo —rio. Le gustó comprobar que él tampoco había abandonado ese lado.

—Pero tu cama es de adulta y tiene pinta de ser comodísima —dijo antes de dar un salto y tumbarse boca arriba—. Ven aquí.

Frunció el ceño y se cruzó de brazos sin apenas moverse. La idea de estar con él en la misma cama aumentaba sus nervios.

—Vamos, Rubia, no te voy a meter mano.

—Eso decías siempre y pocas veces lo cumplías.

A pesar de la negativa, terminó tumbada a su lado. Pablo estiró el brazo para indicarle que apoyara la cabeza sobre su pecho. La situación era habitual entre ellos en el pasado, no obstante, a Alexa se le embotaba la mente porque no podía retirar las imágenes de sus caricias de aquella noche. Tragó saliva, trataba de ocultar su nerviosismo. Un suspiro involuntario abandonó su boca, llamó la atención de su acompañante, que con su mano, le hizo girar el rostro.

—¿Qué pasa?

—Nada —dibujó una sonrisa, esperaba que fuera suficiente para evadir el tema.

—¿No me digas que ahora te da vergüenza que estemos así?

—No es eso. Es solo... me resulta extraño.

Se quedaron en silencio durante unos segundos.

—Cuando hacíamos esto éramos unos niños con las hormonas revolucionadas, y aun así, nunca pasó nada entre nosotros. ¿Por qué? —se preguntó a sí mismo.

Era una cuestión que ella misma sopesó durante mucho, nunca encontró una respuesta que la esclareciera.

—Quizá no queríamos estropear nuestra amistad comenzando una relación.

—¿Pero te hubiera gustado? —se interesó.

No tenía ni idea de hacia dónde quería llegar, la conversación cobraba una intensidad que removía demasiado recuerdos.

—No lo sé —admitió.

Por suerte para su cordura, no continuó. Aligeró la conversación con recuerdos amenos con los que solo se divertían y que no entraban en terreno pantanoso. Pasaron ahí un buen rato de charla, Pablo no dejaba de acariciar su hombro de forma distraída y reconocía que estaba tan a gusto que no quería que terminara. Comenzaba a hacer calor, no tenía aire acondicionado en su habitación y aún no había terminado de enseñarle el piso. Se levantaron a regañadientes, lo guio hasta la última sala y él pasó por delante.

—Así que aquí compones —habló. Se acercaba a la zona donde tenía los instrumentos y cogió la guitarra—. ¿Por qué no me enseñas algo?

Negó.

—¡*Por fi!* —suplicó poniendo un mohín infantil.

—Ojalá pudiera...pero no estoy preparada. Bueno, más bien, me aterra la idea —reconoció.

Hacía por comprenderla, era complicado, pues en ocasiones ni ella misma sabía de dónde nacía tal terror cuando su carácter era más bien extrovertido. Era cierto que desde siempre, eso de estar frente a muchos, hacía que perdiera el habla, de hecho, con la música, se acentuaba hasta tal grado que la ansiedad acudía a su cuerpo.

—Solo soy yo —murmuró. Se acercó a ella y la traspasó con esos ojos azules hasta el alma. Poco a poco dibujaba una sonrisa, buscaba tranquilizarla a la vez que convencerla.

—Da igual. No puedo.

—Algún día conseguiré que me cantes. El mundo no puede quedarse sin tu voz, y yo, estaré ahí para coger tu mano si lo necesitas.



Podía parecer un loco obsesionado con su mejor amiga, la charla por WhatsApp le supo a poco, así que no se lo pensó dos veces para ir y presentarse en su casa sin avisar.

No conocía el timbre, quería que fuera una sorpresa y llamarla antes la rompería, así que no le quedó más remedio que llamar a Sara, quien no tuvo reparos en carcajearse porque decía que, más que visitar a una amiga, parecía ir directo a por el ligue del que más ansias tenía.

Tuvo que negarlo. Sí, era inevitable sentir que su cuerpo despertaba ante su cercanía, era preciosa y su mente fantaseaba con probarla. Le ocurrió de adolescente, fue una época muy dura en la que ni siquiera masturbarse servía para desechar la idea de su cabeza.

No logró convencerla del todo, eso sí le fastidiaba, pues era una lacra que arrastraba desde siempre. Hasta su abuela le metía en la cabeza que deberían estar juntos. Pero ni con todas esas trabas, se le quitó la idea de pasar su tiempo junto a ella.

Se sorprendió al verle, al principio, la tensión los envolvía, luego todo se normalizó. Siempre buscaba incomodarla, hacer referencias sexuales era lo mejor para ello. Fue duro evitar que su polla despertara cuando se tumbaron en la cama. Sentirla tan cerca era una agonía, sobre todo, cuando comenzó a acariciarla y la suavidad de su piel lo cautivó.

Quería probarla, besar sus labios como aquella vez en la playa, descubrir sus recovecos más ocultos, pero como ella misma había dicho después de que él le lanzara la pregunta de por qué nunca intentaron ser pareja, cabía la posibilidad de que todo se fuera a la mierda.

No quería eso, y menos, ahora que acababa de recuperarla. Aunque fuera misión imposible, controlaría sus instintos más primarios, además, si no lo hacía, quizá dejara al descubierto unos sentimientos que tiempo atrás lo dejaron desolado.

Continuaron en su estudio, ahí tenía todo lo necesario para crear sus canciones y le picaban las manos con ganas de curiosear su ordenador y escuchar algo. Se notaba que lo suyo era el rock, lo tenía decorado con posters de grupos tan míticos como AC/DC. Le gustaba saber que esa parte de ella seguía intacta, el paso de los años no había hecho que dejara de lado la buena música.

Paró frente a su escritorio, allí había una fotografía que cogió entre sus manos. Eran Alexa y su madre, Silvia. Sonrió al recordarla, puesto que fue él quien la tomó un día que fueron de barbacoa al merendero de Collserola.

—Me encanta esta foto —murmuró.

—A ella también. Siempre la tenía en el mueble del comedor, y cuando murió, quise que formara parte de mi entorno —explicó. Su voz se suavizaba al hablar de ella, también se percibía el dolor que le provocaba recordarla.

Pablo hacía mucho que perdió a sus padres, al ser tan pequeño, ni siquiera fue consciente de lo que eso suponía. Sin embargo, el día en que le faltara su abuela, con gran probabilidad, se sentiría desolado.

—Seguro que sigue a tu lado. —Asintió con una tierna sonrisa.

—Estaba muy orgullosa de lo que conseguí. Siempre quiso verme en un escenario y es una espina que tengo clavada —reconoció.

—Yo creo que lo conseguirás y sentirás su orgullo aunque no esté cerca.

Dejó la fotografía y abrió los brazos para darle un fuerte abrazo. Oyó su suspiro. Duró más de la cuenta, aun así, aprovechó para aspirar su aroma y sonreír como un bobo.

—Será mejor que vayamos al salón, porque al final me convences para cantar, y por el momento, no es algo que entre en mis planes.

—Lo harás, Alexandra. Recuerda mis palabras.

Trasladarse al salón significó una ronda de cervezas tirados en el sofá y con el aire acondicionado puesto a toda máquina. Se hizo dueño del mando de la tele y puso una película de fondo que recordaba que era de sus favoritas: *La Bella y la Bestia*.

—*Madame, Gastón, yo su mujer. ¡Ni hablar, yo no, lo garantizo!* Vamos, Alexa, canta conmigo —la animó.

La chica reía a carcajadas, pues él se sabía las canciones a la perfección y las interpretaba agudizando su voz. Quería incitarla a que lo acompañara, que cantara con él, para así disfrutar de su voz.

Lo único que conseguía era hacer el ridículo, pues era el único que cantaba mientras lo acompañaban las risas de la Rubia.

—Eres un imbécil —se carcajeó. Acababa de hacer que se atragantara al pegar un trago de su cerveza, estuvo a punto de soltar el líquido por la nariz.

—Soy tu imbécil desde 1998 — lo corrigió—. ¿Me cantas?

—No.

—Por favor —suplicó. Le puso morritos y abrió los ojos como un perrito desvalido. Continuó con su negativa, por lo que paró.

Terminaron acurrucados en el sofá, no la perdía de vista. Se emitía la mítica canción de la película y Alexa movía los labios para cantarla en silencio. Se dio cuenta de que la observaba, pues se giró hasta que sus ojos entraron en contacto. La conexión era fuerte, se prendó del brillo verde de sus ojos y lo cautivó. Sus labios... casi notaba el calor que desprendía su aliento y tuvo que contenerse para no ir directo a devorarla. Fue un suplicio, sobre todo, cuando la vio morderse el labio.

Joder, le atraía todo de ella. Pero lo peor no era sentir esa intensa atracción por su amiga, más bien, notar algo parecido en ella.

Quizá solo eran alucinaciones de su mente perturbada y lo único que provocaba en ella era incomodidad por parecer un desesperado.

—Si te digo que me pones, ¿sueno como un capullo?

—Sí, bastante —contestó con un hilo de voz—. Pero yo estaría ciega si no me pasara lo mismo contigo.

Abrió los ojos con sorpresa, pues que se le desencajara la mandíbula lo habría hecho quedar como el culo.

—¿Te pongo? —dijo burlón. Era su modo de restar un poco de esa intensa tensión que los rodeaba.

Alexa cogió la cerveza para darle un largo trago, lo hacía esperar, supuso, que hasta ella se

sorprendía de soltar semejante comentario.

—No lo puedo ni afirmar ni desmentir —dijo al fin. Calló sin dejar de mirarla, la animaba a que profundizara—. Joder, estás muy bueno. Desde siempre me lo has parecido, pero ahora tienes algo que te convierte en irresistible.

Hizo una pausa que lo puso nervioso, ansiaba su respuesta, pues tenía curiosidad.

—¿El qué?

—Tu melena. Me ponen mucho los tíos de pelo largo —reconoció y se encogió de hombros con una sonrisa.

Alexa no era de las que se avergonzara, era franca, a veces, demasiado. Pablo comenzó un vaivén con su cabeza que la mecía de un lado a otro. Hubiera resultado sexi su no pusiera morritos, haciéndola reír.

—Te hechizo con el poder de mi melena.

Soltó una carcajada y le dio un manotazo. Aprovechó para rodearla con sus brazos y dejar un beso en su coronilla. Suerte que la tensión comenzaba a disiparse, pues en más de una ocasión, tuvo la tentación de sucumbir al deseo.

Quien observara a la pareja desde cualquier otra perspectiva, confundiría cuál era su relación. Veían una película infantil, acurrucados, y el intercambio de miradas ocultaba sentimientos que no tenían valor para dejar al descubierto.

El tiempo pasaba, en un principio no pensó estar allí todo el día, aunque la idea de irse no tenía cabida en su mente.

La película terminó justo en el instante en que sonó el timbre. Alexa se levantó con un gruñido, renegando por la interrupción. Caminó hacia el pasillo y abrió la puerta sin mirar antes.

Fue un error enorme, pues tras ella se escondía la última persona que tenía ganas de ver.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —inquirió con un gruñido.

Óscar intentó dar un paso hacia el interior del domicilio, pero lo frenó, poniéndose delante.

La última vez que vio a su ex fue cuando la dejó en su peor momento. En esos meses, solo tuvo contacto cuando quiso pedirle perdón, obviamente, lo ignoró, borró hasta su teléfono y solo sabía de su vida cuando cotilleaba Facebook como una masoquista. No porque lo echara de menos a él, más bien por estar junto a alguien.

En realidad, sus relaciones no eran duraderas. No llegaba a enamorarse, pero sí que le gustaba tener a un acompañante en sus días. Por ello, no aguantaba mucho estando soltera. En aquella ocasión era el periodo más duradero.

—Cyntia me ha dejado —murmuró.

Se cruzó de brazos y puso cara de indiferencia. Le importaba una real mierda su vida, además, llegaba a sus fosas nasales cierto olor a alcohol que indicaba que iba un poco ebrio.

—Pues felicidades.

Hizo el intento de cerrarle la puerta en los morros, pero puso el pie para impedirlo. Soltó un gruñido, frustrada y a la vez nerviosa porque la situación se salía de su control.

—Alexandra, por favor, te necesito —suplicó.

Negó, asqueada. Siempre fue el típico que pretendía ganársela con chantaje emocional, no obstante, no colaba con ella. Nunca lo hizo y no caer, provocaba la mayoría de sus discusiones.

—Yo necesito que te largues. Eres un jodido cabrón interesado. ¿Crees que puedes aparecer en mi casa después de lo ocurrido? —le reprochó.

—Vamos, no seas rencorosa.

—¿Rencorosa? —gruñó. Con cada segundo que pasaba su furia iba en aumento—. Llevo meses sin tener noticias tuyas, me dejaste sola mientras mi madre agonizaba en el hospital, y

ahora que tu relación se ha ido a la mierda, vienes a tocarme los ovarios. ¡Eres un mierda, Óscar! Estoy segura de que tu novia te ha mandado a la mierda con toda la razón del mundo, porque eres la persona más rastrera con la que he tenido la mala suerte de toparme.

Óscar cambió su mueca a una en la que comenzaba a vislumbrarse cierto rastro de ira. Sus palabras le afectaban, mas eso no implicaba que no fuera cierto. Intentó, una vez más, cerrarle la puerta en los morros, deseosa de poner fin a tan fatídico encuentro.

—¡No me cierres, joder! —le chilló y estuvo al borde de trastabillar al intentar impedir que diera un paso dentro de la vivienda.

—¡Lárgate!

—Alexa, ¿qué pasa?

Giró el rostro para mirar a Pablo, ni siquiera recordaba que minutos antes estaban la mar de relajados en el sofá. Era lógico que apareciera a cotillear, puesto que los gritos debían estar siendo escuchados por medio edificio.

—¿Quién es este? —murmuró Óscar, como nadie le contestó, continuó—. ¿Me has cambiado por este? ¡Qué pérdida estás, Alexandra!

La aludida soltó una carcajada, tan cínica, que hasta la hizo toser. Caminó dos pasos hasta su posición, seguida de Pablo, que sabía que se preparaba para interceder si hacía falta.

No necesitaba ayuda, Óscar era un capullo, pero no una persona agresiva.

—Yo no soy la que va lloriqueando a casa de la ex a la que dejó tirada en su peor momento porque le ha dejado la novia. Tú rehiciste tu vida a la semana, y si por algún casual pensaste en que me tendrías de segundo plato, cariño, tú sueñas —se regodeó—. Te olvidé tan rápido como tú hiciste conmigo. Sí, eras pasable follando, pero egoísta. Y lo más importante, no te quería. Así que, antes de hacer aún más el ridículo, vete a dormir la mona, cielo, y deja de ser tan patético.

Tras ella escuchó el típico sonido de alguien aguantando la carcajada. Por otro lado, Óscar se quedó callado. No retrocedía para marcharse, así que Alexa le brindó una pequeña ayudita con un empujón que lo hizo caer de culo hasta la salida. Por fin cerró la puerta, aunque como era obvio, el cabrón tuvo que decir la última palabra.

—¡Eres una zorra amargada! ¡Vas a pasar tu vida sola!

—Déjame darle un puñetazo —gruñó Pablo y lo detuvo poniendo una mano en su pecho.

—Déjalo, no merece la pena.

Se quedaron ahí un par de minutos. Se asomó por la mirilla y ya había desaparecido. Eso la hizo soltar un suspiro. No le gustaba humillar a nadie aunque este se lo mereciera, pero entrar en una batalla dialéctica con su ex, no entraba en sus planes.

Soltó un fuerte gruñido, necesitaba liberar la tensión de alguna forma y se negaba a ponerse a romper los objetos de su casa. Pablo se acercó con cautela, no tenía ni idea de qué veía en ella, pero su determinación lo mantenía a una distancia prudencial.

—Así que, ese era tu ex... —murmuró con fingida indiferencia.

—Sí, el que me dejó días después de morir mi madre y el que nunca se prestó para ayudarme en nada.

—Menudo hijo de puta.

Asintió. Así lo veía. Le alegraba haberse deshecho de una persona así antes de que la relación fuera a más.

Volvieron al salón y agradeció que su amigo trajera otra cerveza. Tenía la garganta seca por los nervios, le temblaba un poco la mano. Las situaciones tensas siempre provocaban esos síntomas en su cuerpo.

—¿Le querías? —preguntó con curiosidad.

Podía entender que lo creyera por su reacción, pero esta nacía, sobre todo, a causa de la rabia de cómo ocurrió todo.

—No. Lo pasaba bien al principio, pero su verdadera cara salió cuando mi madre comenzó a empeorar —habló—. Yo debía estar con ella, no tenía tiempo para socializar demasiado. Lo veía, como mucho, una vez a la semana y durante los encuentros nunca se interesó por su estado. Sé que no tenía derecho a cargarle con algo así, era mi responsabilidad, pero yo estaba hundida y él solo se interesaba por mí para echar un polvo.

—Se llama humanidad, y él no la tuvo en ningún momento contigo —murmuró Pablo.

—Lo único que me jode es no haber sido yo la que cortara —declaró.

—Al menos te deshiciste de esa escoria. —Asintió—. Si vuelve a venir, avísame, porque me he quedado con ganas de darle.

—Tan macarra como siempre —sonrió por primera vez en ese rato,

—Hay cosas que no cambian —dibujó una sonrisa pilla y se encogió de hombros.

—Lo sé, y viniendo de ti, es algo que no quiero que ocurra.



Era la primera vez que pisaba el local en el que los Dark Angels fueron el grupo residente durante un tiempo. El New Underground era una sala moderna que, en ocasiones, traía grupos que luego se convertían en famosos.

Ocurrió con ellos, sabía por todo lo que Sara le contó de sus inicios, que desde el primer día que tocaron allí, las colas llegaban hasta doblar la calle.

Ahora tan solo estaban los amigos más cercanos del cumpleaños, no llegaban ni a diez. Pablo reservó la sala para montar su fiesta, con barra libre incluida y tenía pinta de que en algún punto, el grupo se pondría a tocar, puesto que el escenario estaba preparado para ello.

Alexa no estaba incómoda, pues allí se reunían los que, durante el último año, consideraba sus amigos. Sara estaba con Dafne en la barra, se acercó con una sonrisa y le dio un pequeño susto a la segunda al romper su concentración mientras se servía un cubata.

—¡Coño, tía! Me has asustado —la riñó Dafne.

—Me lo has puesto a huevo —sonrió.

Saludó a las chicas con un abrazo y aceptó la copa que Sara le tendía. Aún no comenzaba la fiesta porque Pablo ni siquiera aparecía, pero ellas, iban por libre.

—Vaya, Rubia, ¡qué guapa te has puesto! —la alabó Sara. Alzaba las cejas de forma exagerada, haciéndole saber que insinuaba cosas que no eran ciertas.

Tampoco se había arreglado tanto. Cogió un vestido de color morado con la espalda descubierta y un escote pronunciado que le hacía el busto muy sensual. La falda llegaba un poco por encima de las rodillas y se pegaba a su trasero respingón como una segunda piel. Hubiera parecido que iba de evento de gala si en los pies no vistiera sus Vans de *Jack Skelton* rompiendo la elegancia del atuendo.

—No empieces, Sarita —advirtió.

—¿Pero qué he dicho?

—¿Y a vosotras qué os pasa? —se metió Dafne, curiosa por el intercambio de miradas de las chicas.

Desvió el tema con la excusa de dejar el regalo de Pablo en el montón dispuesto para ello. Por el camino saludó a Cova y Víctor, acababan de entrar y también opinaron sobre su vestimenta.

¿Se había pasado?

Quitó la idea de su mente, tampoco era para tanto. Aunque a decir verdad, solo se emperifollaba para fiestas, pues en su día a día, ir cómoda era lo primordial. Los vaqueros eran sus grandes aliados junto a cualquier camiseta.

Pablo por fin hizo acto de presencia, apareció a los lejos con Gabi y Aritz. Sus miradas entraron en contacto, se quedó parada con su copa en medio de la sala, dio un trago y descartó el ridículo nerviosismo que comenzaba a poseerle cuando él se acercó.

Nunca perdía la sonrisa juguetona, acortaba las distancias sin dejar un milímetro de su anatomía por recorrer. Iba a terminar ruborizada.

—¡Por el amor de Dios! ¡Menudo pibón

—Imbécil —negó, divertida—. Feliz cumpleaños, Pitufito —lo felicitó. Antes de darle tiempo a contestar, le dio un fuerte abrazo.

—Me alegra que estés aquí.

—Vengo por la bebida gratis —respondió en cuanto se separaron y le mostró la copa, con la tontería, ya llevaba la mitad.

—Interesada —respondió a la broma.

Dejó un beso en su mejilla, la cogió de la mano y fueron juntos con el resto. Alexa vio la mirada de Sara con ese gesto y soltó un bufido que llamó la atención de su amigo.

—¿Qué pasa?

—¿Eh? Nada —mintió. No sonó nada creíble, pero hizo un gesto con sus hombros y pasó del tema.

Ya todos terminaron de saludarse, la música dio inicio y después de que el cumpleaños dedicara unas palabras a todos, dio pie a que rulara la bebida, hecho que ocurría antes de su llegada.

Tan solo eran las once de la noche, notaba cómo el alcohol se apoderaba de su cerebro. Suerte que también había comida, pues lo último que quería era dar el espectáculo por acabar desmayada.

Tras terminar de bailar una canción junto a Sara y Dafne, se apartó para ir a la sala de fumadores. Era una pequeña habitación que daba al exterior, corría aire, cosa que agradeció porque estaba muy acalorada.

Encendió un cigarrillo y se abanicó con la mano en un intento de secar el sudor causado por tanto baile. Tenía sed, pero dejó su segunda copa en algún lugar y no tenía intención de volver a por ella.

—¿Dándole al vicio?

—Al parecer, igual que tú —le contestó a Pablo con una sonrisa.

Dio una calada al cigarrillo y lo observó. Bebía un trago de su vaso y no tuvo reparo en quitárselo. No tenía ni idea de qué era, el alcohol raspó en su garganta y le daba la sensación de que su esófago ardía.

Su cara debía ser un poema, porque su amigo comenzó a reír a carcajadas.

—¿Qué mierda es esto? —tosió.

—Absenta.

—Joder, si quieres morir deja que te ayude.

Negó, divertido por sus muecas, ni el tabaco ayudó a quitarse ese horrible sabor de la boca.

Hubo un silencio hasta que sintió que volvía a la normalidad. Cuando alzó la vista, la miraba con suma atención. Quería conocer qué pasaba por su cabeza, adivinaba cierta ternura, y algo más que no lograba reconocer.

Qué complicado le resultaba tenerlo cerca y obviar lo ocurrido. Parecía que actuar fuera sencillo, mas por su mente no dejaban de cruzar los recuerdos. Su cercanía activaba una extraña corriente eléctrica que despertaba sensaciones de lo más comprometedoras, porque las imágenes de lo que hicieron, se fijaban en primer plano.

—¿Te diviertes? —Asintió.

—Me han invitado a un sitio con bebida gratis, eso siempre es bien.

—Borracha —se burló.

Le pilló por sorpresa que pasara el brazo por encima de su hombro y la atrajera para dejar un beso en su coronilla. Le gustó, sintió su cariño y no se resistió a rodearlo con sus brazos y alzar la vista para mirarlo a los ojos.

—Gracias por venir.

—No podía perderme tu treinta y un cumpleaños. Ya me he perdido demasiados.

—Eso no pasará más —prometió.

Quería hacer algo que era una locura, por suerte, alguien entró para interrumpirlos antes de cometer el error.

—¿Interrumpo algo?

Aritz los observaba desde la puerta, Alexa vio su intención de soltar una capullada y lo amenazó sin abrir la boca. Con solo una mirada era capaz de amedrentar a la gente, funcionó con él, pues se limitó a esperar una respuesta.

—Nada en absoluto —habló Pablo—. ¿Volvemos dentro? Estoy deseoso de abrir los regalos antes de que alguno acabe desmayado por la cogerza.

—¡Eso, los regalos! —exclamó Aritz demasiado efusivo.

Algo le decía que tras su reacción se escondía algún tipo de trampa. No era desconfiada, más bien intuitiva, así que cuando regresaron con el resto y se reunieron alrededor de la mesa de los regalos, esperó.

Los primeros fueron de Cova y Víctor, Pablo rompió el papel de regalo y, ocultas en una caja, se encontraban un montón de púas de guitarra personalizadas con el logo del grupo. También logró ver algunos con su foto y rio con el resto ante la sorpresa. Era de lo más original, se lo agradeció y entonces lo vio coger el suyo.

—¿Este de quién es?

—Mío —murmuró Alexandra con cierta timidez.

Le había costado mucho reunirlo, era especial, no se trataba de un presente caro, más bien sentimental. Lo conocía mucho, Pablo no era materialista en absoluto. Cuando tan solo eran unos críos, las cosas hechas a mano siempre eran protagonistas.

Movió las manos con nerviosismo mientras rasgaba el papel, lo tiró a un lado y cogió lo que aguardaba en su interior. Se quedó mirando su rostro, observaba concentrado el álbum de cubierta acolchada con una fotografía de ambos cuando tan solo tenían diez años.

No dijo nada, lo abrió para mirar en silencio su contenido y le satisfizo mucho comprobar cómo su boca se movía para dibujar una dulce sonrisa. Recabar las imágenes removió mucho en su interior, recuerdos de una vida que parecía mucho más sencilla. Todo aquello estaba guardado en una caja que perteneció a su madre, llena de fotografías de los mejores años de su vida.

—Dios mío, estas fotos... Joder, Alexa. ¡Esto es una pasada! —dijo emocionado.

No despegó la vista de las páginas hasta llegar al final. Su rostro sonreía, y de vez en cuando, soltaba una carcajada. En la mayoría salían fatal, les encantaba hacer el tonto y tener pruebas de ello. Se lanzó a darle un abrazo en cuanto terminó, lo acogió con cariño y disfrutó, una vez más, de su cercanía sin importar que a su alrededor sus amigos los observaran.

—¿Te ha gustado?

Conocía la respuesta, o al menos, la adivinaba por su reacción,

—Por supuesto. En ese libro se retratan los mejores momentos de mi vida. Como siempre, has acertado de pleno —sonrió. Seguían abrazados. Se alejó un poco para mirarla y ella vio en sus

ojos azules un brillo que la cautivó.

Por último, dejó un fuerte beso en su mejilla que se acercó demasiado a la comisura de sus labios. Se apartó antes de tiempo, puesto que recordó que no estaban a solas.

Él volvió a la mesa de regalos y Alexa junto a Sara y Aritz. Estos la miraban con tintes socarrones, les lanzó un gruñido, aunque no fue suficiente para evitar que abrieran el pico.

—Ahí ha faltado un buen morreo —murmuró Aritz.

—¿Ves esto? —dijo y señaló su palma abierta—. Pues cierra el pico si no quieres que termine estampado en tu cara.

—Cariño, me ha amenazado. ¿No vas a decirle nada?

—Que le doy permiso —rio Sara.

No continuaron con el tema, Pablo seguía con la apertura y era el turno de la pareja. Ahora entendía las ganas del Pelucas de que abriera todo, porque los muy cabrones eligieron como regalo un dispositivo Alexa. Confirmó sus sospechas al recibir una mirada burlona de su amiga, a pesar de que Aritz comentara que era una forma de facilitarle la vida, sin duda se trataba de una broma interna para la pareja que la metía a ella de por medio.

Obviamente, lo agradeció, pero desvió la mirada hacia ella y cuando sus ojos se encontraron adivinó que él también había pillado la indirecta. Ni siquiera se cortaban en disimular que obraban para juntarlos. Alexa tenía claro que el que supieran que se habían acostado, era una baza a su favor para echar leña al fuego. Les encantaba.

Era cierto que cabía la posibilidad de que se convirtieran en una bonita pareja, pero ya tuvieron opciones de serlo y nunca dieron el paso. Tampoco hacía mucho que recuperaban su amistad, ni siquiera podía decir que hubiera sentimientos más allá de lo obvio. Los hubo, lo supo siempre, mas no dio el paso por miedo a sentir su rechazo.

Agradeció a todos por los obsequios y dio paso a que la fiesta continuara. Alexa aprovechó para ir a la barra a servirse su tercera copa. La voz de Dan Reynolds del grupo Imagine Dragons amenizaba la velada con su nuevo tema, *Follow you*. La cantó por lo bajo mientras sorbía, observando desde la distancia como algunos comenzaban a bailar.

Sonrió, feliz de tener a esas personas cerca, pues en poco tiempo, la aceptaron como a una más a pesar de no ser una chica de lo más accesible. Ni siquiera supo cómo, pues al principio de llegar a Barcelona y conocer a Sara, en la mayoría de ocasiones rechazaba las invitaciones. Fue esta, la que un día, la obligó. Allí conoció a Dafne, Enoch y a la pequeña Atenea. Luego, poco a poco, se abrió hueco entre ese panda de amigos con los que sabía que podía contar para todo.

La sacaron del pozo en el que se hundió, aunque no todos conocían al dedillo la historia de su madre, no necesitaron detalles para estar ahí y apoyarla. Eran buena gente, sus amigos, y desde que Pablo entraba en la ecuación, sentía su corazón casi completo.

Las luces apuntaron al escenario y el grupo estaba subido. Pablo fue el que pasó primero, cargaba con su bajo colgado al cuello, una copa en la mano y el micrófono en la otra. Se tambaleaba un poco, pasaban dos horas desde la apertura de regalos y al parecer no perdía el tiempo con la bebida.

—Toc, toc —murmuró al micro y el sonido reverberó en la sala—. Una fiesta en la que estemos y no toquemos, no sería nuestra. Pero hoy, por mi cumpleaños, quiero algo más —hizo una pausa—. Después de doce años he recuperado a mi mejor amiga. Alexandra, ven aquí —la llamó con una sonrisa.

La aludida negó. No dejaba de invitarla con el dedo y aunque fueran sus amigos, odiaba la sensación de sentirse expuesta y más en medio de un escenario.

—Va, tía, que somos nosotros. No te va a comer —la animó Sara.

Tenía cogida su mano, la arrastraba en dirección al escenario.

—No seas tímida. ¡Ven con tu Pitufito! —continuó.

Subió los escalones haciendo negaciones con la cabeza. Él le tendió una mano que cogió gustosa.

—¿Ves como no era tan difícil?

—Imbécil.

—Hay cosas que no cambian —se burló—. Pero a lo que iba... —volvió a ponerse el micrófono en la boca y Alexa temió lo que fuera a decir.

Estaba borracho y se le iba la olla en ese estado.

—Quiero que me hagas un último regalo esta noche —pidió. Torció el cuello, inquisitiva, a la espera de que continuara—. Canta con nosotros una de nuestras canciones.

Soltó su mano de inmediato, la sonrisa que dibujaba segundos antes, se transformó en una mueca de pánico. Empezó a negar.

—¡Por favor! —suplicó.

—No puedo.

Ahí fue cuando la ansiedad comenzó a hacer presa a su cuerpo, todos animaban a Pablo, apoyaban su petición y los gritos no hicieron más que bloquearla.

Echó una ojeada a su alrededor, era el foco de las miradas de todos y aunque sonrieran, se sintió como en una película de terror. Pablo la obligó a mirarlo, suavizó su mueca a una más tierna, sin embargo, no le servía para nada porque ya estaba perdida.

—Sé que puedes hacerlo, somos tus amigos.

El griterío continuó. Le sudaban las manos y la copa resbaló hasta el suelo para hacerse añicos.

—¡Vamos, Alexa!

—No. Se acabó.

Declaró y bajó corriendo del escenario para ocultarse de las miradas de todos.

Necesitaba estar sola, volver a recuperar el aire. De lo único que era consciente y se arrepentía, era de ser la instigadora de fastidiar el cumpleaños a su mejor amigo.



Creía que pedirle algo así delante de gente en la que confiaba quizás abría una ventana por la que liberarla de su miedo.

No era así, se sentía un tonto y un capullo por haberla metido en tal aprieto. No podía justificarlo con que iba medio borracho, fue consciente de sus palabras desde el instante en que las pronunció.

—Deberías ir a buscarla —murmuró Aritz. Continuaba plantado en el escenario, quieto, con la vista fija hacia el lugar por el que Alexa salió corriendo.

Asintió un tanto ausente. Bajar los peldaños fue un reto para su equilibrio, no dejaba de tambalearse, tropezó en un par de ocasiones durante el camino, aunque consiguió llegar al pasadizo en el que, tiempo atrás, estuvo el camerino que ocupaban antes de los conciertos. En frente se situaban los baños. No se equivocó al suponer que se ocultaba en ellos. Entró haciendo el menor ruido posible, estaba frente al espejo de los lavamanos y se mojaba la cara con agua fría. Allí no llegaba la música que se había reactivado en la sala, tan solo el sonido acelerado de la respiración de la chica.

Se acercó sigiloso por su espalda, cuando ella alzó la vista, pudo verlo a través del espejo. Su rostro dibujaba una mueca tensa, no derramaba lágrimas, aunque se adivinaba una ansiedad que lo hizo sentir muy culpable.

—Alexa... ¿Estás bien?

La pregunta era inútil, puesto que conocía la respuesta de antemano, aun así, su mente embotada no tenía suficientes medios para pensar en algo más original y apropiado para la situación.

La chica se puso seria y comenzó a girarse para mirarlo cara a cara. Esperaba oír su voz, pero el sonido que llegó a sus oídos fue el del tortazo que se acababa de llevar puesto en la mejilla.

—¡Eres un gilipollas! —le gritó—. ¿Cómo mierda se te ocurre pedirme algo así? Sabes a la perfección que no puedo. ¡Joder, Pablo, no pude ni cantar contigo mientras veíamos *La Bella y la Bestia*! —le reprochó.

Sus ojos brillaban a causa de la furia, dejaba a la vista su fuerte carácter, uno que él bien conocía, porque se convertía en una leona agresiva capaz de tumbarte solo con su lengua viperina.

—Lo siento mucho. Soy un imbécil, pero creí que al estar en confianza...

—¡No me cantes milongas! —gritó.

Se hizo el silencio entre ambos hasta que Pablo lo rompió con una carcajada. No era por

molestarla, en absoluto, ella lo sabía porque terminó dibujando una pequeña sonrisa que deshizo un poco la bola de tensión.

—Todavía lo recuerdas —afirmó con suavidad, parecía que las aguas volvían poco a poco a su cauce.

—Claro que lo recuerdo —dijo en el mismo tono.

Esa frase les pertenecía, ambos sabían a la perfección que estaba mal dicha, pero un error durante una discusión, hizo que Alexa la cambiara, aunque no fue hasta que Pablo la pronunció cuando un novio la dejó, que se convirtió en suya. Aquello derivó en un ataque de risa que hizo que olvidaran por qué discutían aquella vez. Desde entonces, no dejaban de repetirla, pues era una especie de broma que solo ellos entendían.

—Soy un imbécil, no debería haberte presionado.

—Ni yo montar el espectáculo en tu cumpleaños —se disculpó.

—Me lo merecía —continuó—. Al menos he hecho salir a esa Alexandra que tan bien recuerdo —sonrió burlón.

—¿La malhumorada y borde? —Asintió—. Siempre está ahí, al acecho de imbéciles como tú.

—¡Auch! ¡Qué golpe más bajo! —dramatizó—. Me gusta verla. Siempre me ha puesto mucho tu mala hostia.

La chica negó y puso la guinda a su gesto con un bufido.

—¿No piensas en otra cosa o qué?

Pablo acertó la distancia que los separaba y se atrevió a poner las manos en su cintura. Eso la pegó contra su cuerpo, se observaron cara a cara y logró comprobar que, por alguna razón, ella se tensaba.

—Sabes que no. Siempre pienso en lo mismo —reconoció.

—Eres un puto salido.

—Para nada. Solo disfruto. Además, soy incapaz de decir que no me resultas atractiva —continuó.

Era más que probable que los efectos del alcohol lo llevaran a revelar todo aquello. La lengua se le soltaba, no podía detener los comentarios comprometidos que sacaban a relucir una atracción que poco a poco se tornaba en irrefrenable.

No era de piedra, Alexa era un pecado para la vista. Podía ser que el exceso de confianza hiciera que fuera más locuaz, pero ni siquiera en el pasado se contuvo en soltar alabanzas sobre ella. Eran así, abiertos, unos locos que decían ser solo amigos y que se querían con locura.

—Necesitas un polvo.

—Es probable. ¿Te apuntas?

Lo apartó de un suave empujón sin dejar de sonreír.

—Lo digo en serio. Podría estar bien —continuó burlón.

—No me va eso de los *folllaamigos*, cielo. Además, soy demasiada mujer para ti —murmuró altiva. Intentaba dejarlo K.O ante una batalla dialéctica, no obstante, solía ser él el vencedor por la sarta de burradas que acudían a tropel a su mente.

—Y yo follo muy bien. Seguro que más de una lo puede corroborar. ¿Te paso teléfonos para las referencias?

—No sé yo. En la playa toqué tus bajos fondos y me he metido consoladores más grandes.

Su respuesta lo noqueó durante algunos segundos, ella fue consciente, puesto que comenzó a reír cual bruja mala de cuento, sin dejar de mirarle.

La conversación no podía terminar ahí, ella se distanciaba y se acercó como un depredador. La miraba, chulesco, mostrando poder, aunque ella reía, porque quizá, su cara era de idiota. No

había que olvidar que iba borracho.

Continuó hacia adelante, Alexandra chocó contra los lavabos y aprovechó para acorralarla con su cuerpo.

—En la playa dormía, pero si le das cariño, crece y sabe a la perfección cómo complacer.

—Eres demasiado creído —contestó en un susurro.

—Porque sé que soy bueno —continuó. Se acercó a su oído y cambió el tono de voz por uno ronco, seductor—. Primero me encargaría de hacerte gritar mi nombre, suplicarías por más y yo disfrutaría devorándote de arriba abajo. Luego llorarías, deseosa de que te metiera la polla una y otra, y otra vez, hasta conseguir que te quedaras afónica con tanto placer.

Escuchó cómo tragaba saliva, no abría la boca, mas sabía que la ponía nerviosa. Él mismo debía hacer acopio de todo su autocontrol para no empalmarse, pues su mente recreaba la escena de forma tan nítida que asustaba.

Sus miradas entraron en contacto. El verdor de los ojos de ella parecía más intenso a causa del brillo que lo acompañaba. Daba la sensación de introducirse hasta su alma para acariciarla.

Tenía la tentación de continuar con ese juego, de hacerlo más intenso, pues con solo echar un vistazo a sus carnosos labios pintados de rojo...

No.

Era una locura, puesto que eran amigos —frase que se repetía para no sucumbir—, pero sentía el impulso de lanzarse a devorar su oquedad con auténtica hambruna.

Estuvo a un segundo de caer, por suerte —o desgracia—, la puerta se abrió.

No llegó a apartarse del todo de ella, solo se recompuso para observar a los intrusos.

Aritz y Sara entraron sin mirar, se comían la boca con desesperación. El líder de su grupo tenía la mano metida debajo de la falda de su mujer, solo se detuvo cuando los vio a ellos.

—Hostia, lo siento. ¿Interrumpimos algo? —dijo con voz entrecortada.

En realidad, eran Alexa y Pablo quienes aplazaban el desfogue de la pareja.

—No, tranquilo. Yo ya me marchó, así tenéis el baño para vosotros —habló Alexa que aprovechó para alejarse de él con disimulo, aunque su voz ronca indicaba su estado de excitación.

—Sí, yo también me voy —añadió él. Alexa ya desaparecía por la puerta, veloz. Se le escapó una sonrisa que llamó la atención de la pareja. Por suerte, parecían más interesados en montárselo en el baño que en indagar.

Necesitaba una copa con urgencia, o que alguien le metiera en el congelador junto a los hielos para así bajar la calentura de su cuerpo.

No sabía qué le pasaba, se encendía con su cercanía de un modo que lo confundía. Esa chica era puro fuego, una bomba que no necesitaba apenas chispa para explotar. Corría riesgo de perderse, nunca le faltaron motivos para ello, pues hasta su yo adolescente se dio cuenta de que, delante de él, había alguien capaz de complementarlo a la perfección en todos los sentidos.

Volvió al mundo real al entrar en la sala. Oteó a su alrededor y todos se divertían. No importaba que no hubieran tocado, la música amenizaba la fiesta y recibió una ovación nada más acercarse.

Charló con todos durante horas, bebió y bailó a pesar de hacerlo como el culo, terminando varias veces en el suelo por torpe. En cierto momento, Aritz y Sara hicieron su aparición de nuevo, los miró divertido y negó ante la sonrisa de su amigo.

Eran unos indecentes. Una parte de él, envidiaba su relación. Era fuerte, consolidada y ni siquiera el paso del tiempo hacía que la cosa se enfriara, al contrario, estaba harto de sus escenitas pornográficas. Resultaba una autentica yincana esquivar sus exhibiciones públicas. No

tenían vergüenza, por los menos Aritz, pues Sara era la voz de la razón a pesar de resultarle complicado no caer en las redes del Pelucas.

Como era de esperar, se acercó, se sirvió una copa y tuvo la decencia de darle otra a él. No sabía cuántas llevaba, suerte que existían los taxis, porque si hubiera acudido con la moto, terminaría su cumpleaños en el hospital por estamparse contra una farola.

—¿Qué ha pasado en el baño? —se interesó Aritz.

—Que tu mujer y tú habéis echado un polvo rápido —contestó para evadir el tema.

No coló.

—Entre tú y Alexa, imbécil. Yo no echo polvos con mi mujer, hago el amor.

Soltó una carcajada que Aritz imitó. No se creía ni él lo que acababa de decir, porque esa definición de tener sexo era demasiado cursi. Aun así, ni desviar el tema con las risas sirvió para detener la conversación.

—Nada. Me dio un bofetón por meterla en tal aprieto —reconoció y adornó sus palabras encogiéndose de hombros.

—Pues cuando entramos estabais pegados, juraría que arrimando cebolleta —comentó burlón.

Daba justo en el clavo, eso hacía con tal de incomodarla, sin ser consciente que provocó un aumento de temperatura en su propio cuerpo.

—Solo la ponía nerviosa —le restó importancia.

—Tío, se os veía con ganas de devoraros.

—¡No digas tonterías! —exclamó. Era una burda mentira, porque por lo menos él, deseaba besarla y no era algo que le ocurriera de repente. Lo hizo en el pasado, ahora en el presente, se acentuaba.

Aritz se cruzó de brazos. Dio un trago a su bebida y se giró para ignorarlo, aunque sabía que no lo dejaría en paz.

—Seguid engañándoos, pero ambos os atraéis. Retrasarlo será mucho peor para vuestra cordura.

Se marchó sin esperar una respuesta a esa última frase que usó para dejarlo pensativo.

Gruñó en un intento de convencerse a sí mismo de que todos los que lo rodeaban estaban locos. Decidió distraerse, no quería pensar más en ello porque solía comerse mucho la cabeza por tonterías. No obstante, no fue posible, las palabras de Aritz resonaban con fuerza, ensordeciendo incluso la música que lo rodeaba.

Se equivocaba en una cosa, ella tan solo admitió que lo encontraba atractivo, pero eso no implicaba que hubiera una atracción que la confundiera. Podía considerarlo como algo evidente, mas no tenía la seguridad, así que antes de estropear su amistad, prefería guardarse la polla antes de cagarla para siempre.

La noche parecía no tener fin. La fiesta comenzaba a decaer, pero ver a Gabi bailar a solas, sin camiseta, en medio del escenario, hacía que ninguno fuera el primero en marcharse.

—Gabi, cómo te caigas no te levantas —se burló Cova.

El aludido la ignoró y continuó con su espectáculo, que llegó a su fin cuando los primeros comenzaron a marcharse.

Lo había pasado de lujo, sin embargo, ansiaba coger su cama y dormir la mona. Aritz sostenía a Sara para que no cayera, estaba muy ebria y le tocaba a su marido cargar con ella. Creía que eran los últimos en marcharse, sin embargo, se encargaron de sacarlo de su error.

—Nos vamos ya, que esta estaba echándose la siesta con Alexa en los sofás —le señaló el lugar y fue cuando la vio—. Lleva una buena encima, como mi mujer —la señaló y la aludida comenzó a reír sin sentido.

Se despidió de ellos al fin y fue hacia Alexa. Dormía a pierna suelta en el sofá. Su mirada se desvió hacia sus interminables piernas que quedaban más a la vista porque se le había subido la falda del vestido.

—Pablito, deja a un lado tus hormonas — se dijo en voz alta.

Terminó de acercarse, la acarició con suavidad en un intento de despertarla, y solo consiguió un gruñido tierno por su parte.

—Vamos, borracha. La fiesta ya ha terminado.

No podía dejar que se marchara así a su casa, dudaba que llegara por sus propios medios, así que, pidió un taxi por la aplicación del móvil y la cogió en brazos para llevarla al exterior. No hizo por despertarse, al contrario, se acomodó contra su pecho y suspiró como si estuviera cómoda en esa posición.

Pablo negó, divertido y sin perder la sonrisa. Una vez en el taxi, le indicó al conductor la dirección de su casa, porque, ¿qué mejor manera de terminar su cumpleaños que junto a la persona que tantas veces durmió en su morada?

Aunque bueno, quizá cuando despertara, Alexa lo sacara de la burbuja en la que él mismo se estaba metiendo.

Tenerla cerca, ese era el único anhelo que tenía en ese instante.



Su cabeza estaba al borde de la explosión. La sensación se asemejaba a miles de agujas atravesando su cráneo para acceder a su cerebro. Hubo un punto de la noche en que perdió la conciencia, tras la escena con Pablo en el baño, la mejor medicina fue huir de él y resguardarse bajo la compañía de la bebida.

Tuvo la tentación de besarlo durante demasiadas veces, de comprobar de nuevo sus aptitudes en la cama. Hacerlo hubiera supuesto delatarse, así que la interrupción de Sara y Aritz fue perfecta para evitarlo.

Tras eso bebió. Bebió mucho.

Cuando su amiga salió del baño no pudo huir de la inquisición, aunque no respondió nada en claro, pues ni ella misma tenía las respuestas. Solo admitió que estuvo a punto de lanzarse a por sus labios sin pensar en las consecuencias.

Se removió en la cama, comenzaron las dudas de cómo había llegado a casa. Tenía lagunas, incluso recordaba estar con Sara en uno de los sofás dispuestos en la sala. No recordaba haberse despedido de nadie, como tampoco la hora en que terminó la fiesta.

No tenía prisa por abrir los ojos, estaba a gusto entre las sábanas. La única molestia que sentía era porque notaba como el sujetador se le clavaba en las entrañas. ¿No se desnudó? Era muy probable, quizá, con la cogerza no fue capaz.

Rodó por el colchón sin abrir todavía los ojos y frunció el ceño al chocar contra algo. Tuvo que abrirlos y la confusión la hizo presa. Pablo dormía a pierna suelta a su lado, con la boca abierta, emitiendo algún que otro ronquido.

Y no solo eso...

Cuando logró enfocar la vista tras acostumbrarse a la luz que emitían los rayos del sol que entraban en la habitación, se dio cuenta de que no llevaba camiseta. Se embobó con su torso, pero sobre todo, con unos de sus múltiples tatuajes que cubría parte de su pectoral, el del ángel.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —se preguntó.

Miró a su alrededor y no reconoció nada, esa no era su casa y tras mirarse a sí misma y ver su vestido descolocado, el terror se apoderó de ella.

¿Se habían acostado? ¿Por qué estaba con Pablo? ¿Era su casa?

Necesitaba conocer las respuestas a todas a aquellas incógnitas, así que no le importó ser brusca a la hora de despertarlo.

—¿Pablo?... ¡Pablo!

—¿Eh? ¿Qué ha pasado? —murmuró tras dar un brinco que lo dejó sentado.

No terminaba de abrir los ojos, parecía desorientado, aunque poco a poco se centró en mirar a Alexa, que cada vez tenía el ceño más fruncido.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí, ¿qué ha pasado aquí? —inquirió con seriedad.

Tardó varios minutos en contestar, no terminaba de despertar y parecía intentar reconectar sus neuronas. Supo que lo consiguió en el instante en que en sus labios comenzaba a formarse una sonrisa lobuna.

—Te quedaste dormida y te traje a mi casa. Luego te metí en la cama y...

—¿Nos hemos acostado? —lo cortó.

—¿Qué? ¡No! ¿Por quién me tomas? —exclamó con los ojos muy abiertos por su insinuación.

—Bueno, después de tus intensas palabritas en el baño, pues como que no me parece tan locura —ironizó.

Se levantó de la cama y cogió su vestido con rapidez. No quería continuar en sujetador por mucho que fuera delante de Pablo. Mientras se vestía tuvo que esconder un pezón juguetón que pretendía salir por el escote. Él se dio cuenta, rio, pero cuando ella lo amenazó con la mirada, paró de inmediato.

—Alexa, tranquilízate. No puedo negar que estuve a punto de cometer una locura, pero aunque parezca un macarra, jamás se me ocurriría aprovecharme de alguien que no está con todos sus sentidos —comentó.

La seriedad con la que lo dijo hizo que se sintiera culpable por haber sugerido tal acusación. En ocasiones, su mente le jugaba malas pasadas y creaba escenas horribles que no ocurrían en la realidad.

—Lo siento —se disculpó.

—No pasa nada, pero Alexa, deberías relajarte un poco.

—Estoy muy relajada —dijo una voz robótica.

Ambos se miraron, Pablo aguantaba la carcajada mientras ella soltaba un gruñido.

—Odio ese cacharro —gruñó.

—Tenemos unos amigos un poco cabrones.

Asintió conforme con su afirmación. Supo desde el instante en que abrió el regalo que aquello tenía un doble sentido. Lo que le impresionaba, era que hubiera sido tan veloz para instalarla.

—Anoche no podía dormir y la configuré —explicó con un encogimiento de hombros.

El silencio los envolvió durante un rato. Seguía plantada en medio de la habitación sin saber qué hacer a continuación. Al menos, no hizo nada de lo que arrepentirse, por lo que le contó, lo único ocurrido fue que quiso dormir la mona a pierna suelta.

Menos mal.

La cuestión era que no pensó en que acabaría en casa de Pablo, durmiendo en la misma cama... Al fin y al cabo, no era la primera vez.

—¿Tienes hambre? —Asintió. Ahora que ya estaba despierta por completo su cuerpo volvía a la vida, y a parte de su vejiga llena, el estómago rugía con fiereza—. Pues sígueme, así te enseño el piso.

—Eso estaría bien, porque me meo viva —añadió provocando la risa de su amigo.

—Y también deberías echar un vistazo a tu cara...

—¿Qué le pasa?

—Ahora lo verás.

Hizo el camino hasta el baño con el ceño fruncido, ni siquiera se miró al espejo porque su objetivo era el váter. Cuando terminó fue a lavarse las manos, entonces, fue consciente de a qué se refería sobre su cara.

Del maquillaje del día anterior solo quedaba un cuadro abstracto que manchaba la totalidad de su rostro. Tenía negro de las sombras y el delineador hasta en la frente. Lo único que parecía medio entero era el pintalabios, puesto que era de esos fijos. La pega es que los tenía tan resecos que cada vez que gesticulaba, notaba como se resquebrajaba la pintura. Dudaba que él tuviera toallitas desmaquillantes, así que, como pudo, se lavó la cara e intentó quitar los restos con las toallitas del culo.

—¿Por qué no me has dicho antes que parecía un oso panda? —le reprochó al salir.

—Tampoco has preguntado.

—No tengo ojos para ver mi propia cara, imbécil. Por cierto, el baño muy bonito.

Ya más relajada continuó con el tour por la casa. La decoración le resultó de lo más acogedora, todo era en tonos neutros, lo único que rompía ese tipo de colores eran los artículos de coleccionista y figuras de acción de series y películas. También había una parte dedicada a la música, los posters de grupos le recordaban mucho al adolescente que tanto conocía.

—Y este es mi estudio —dijo al final del recorrido.

Se asemejaba mucho a lo que ella misma tenía en su propia casa, solo le faltaba la mesa de mezclas, pues por lo que sabía, el grupo tenía un local en el que ensayar a pocas calles del centro de Barcelona.

Se adentró en la sala con lentitud. Colocada en un soporte había una guitarra que no dudó un segundo en coger entre sus manos. Era pura inercia, la música creaba una intensa atracción que la llevaba directa a sus mundos.

Pablo dejó que ojeara a su antojo, sin abrir la boca, la observaba silencioso desde la puerta de su estudio. En realidad, le parecía increíble que estuviera en su casa, pues a pesar de todo, la idea de que su regreso era una ilusión de su mente, costaba mucho desecharla.

La vio sentarse sin soltar la guitarra y la colocó en posición para tocarla. Sus manos iniciaron el movimiento, los primeros acordes resonaron en la habitación y disfrutó del sonido. No conocía la melodía, mas no cabía duda del talento que Alexa escondía en su interior.

Ocupó la otra silla libre, en silencio. Quería evitar que se detuviera, por suerte, no lo hizo, así que pudo disfrutar de la música durante varios minutos. Deseó que se arrancara a cantar, oír su voz sería la guinda para convertir la mañana del día después de su cumpleaños todavía en más especial. Era maravilloso apreciar un arte en manos de otra persona que se desenvolvía de tal forma, que hechizaba solo con el movimiento de sus dedos.

Terminó la pieza y alzó la vista. Sus ojos mostraban cierta timidez, como si acabara de darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—Lo siento. Es ver un instrumento...

—Y meterte en un mundo paralelo —la cortó para finalizar su frase—. Te entiendo, me pasa exactamente lo mismo —sonrió—. Luego si quieres volvemos, pero ahora creo que es hora de comer algo.

Alexa dejó la guitarra a un lado, parecía que la idea le resultara tentadora. Se dirigió con ella a la cocina, no tenía mucho talento culinario, sin embargo para los dulces había sido bendecido con algún tipo de don. Como siempre iba con el tiempo justo porque era un vago, solía dejar preparada masa de gofres. La invitó a sentarse en la pequeña barra de cocina mientras él sacaba de la nevera lo necesario.

Notaba su mirada puesta en el cogote mientras maniobraba. Ya tenía encendida la gofrera. Dejó que se calentara e hizo un par de cafés para tomar de mientras.

—Nunca imaginé que fueras un cocinillas —comentó dando el primer sorbo.

—Y no lo soy, pero los gofres me salen de vicio —contestó burlón.

—No sé yo... Por ahí huele a quemado...

Se giró con rapidez para comprobarlo y gruñó porque tenía razón.

—¡Me cago en todo! —exclamó. Sacar la masa hizo que se quemara en un par de ocasiones. Además, escuchar de fondo las carcajadas de Alexandra, no ayudaba a que diera pie con bola para solucionar el desastre. Por un momento, se sintió un inútil, cosa que solucionó cuando ella le echó una mano.

—Será mejor que pruebes con algo menos laborioso.

—Te prometo que sé hacerlos, no soy un inútil —se excusó de modo infantil.

No le creía, lo veía en su sonrisa, así que, aunque al final terminara por comerse las uñas del hambre, pensaba preparar los malditos gofres.

El orgullo hacía acto de presencia.

Después de casi media hora, hacer la masa de nuevo, escuchar de fondo los «tengo hambre» de Alexa y que el café se le quedara aguado, lo consiguió.

—Aquí tienes tu puto desayuno. Atragántate con el puñetero gofre.

La chica rio. Se encargó de pagarle con la misma moneda ante todas aquellas ocasiones en que él hacía todo lo posible por incomodarla. Se lo comió de mala hostia, hasta ser consciente de que le habían quedado mejor que nunca.

Logró comprobar que a ella también le gustaba, su rostro se contrajo con una mueca de placer ante el primer bocado, acompañándolo con un suave gemido que ponía sus pelos de punta.

—Está buenísimo —exclamó con la boca llena. Sonrió complacido, mas no pudo concentrarse en comer su ración.

Se quedó prendado con sus muecas, el movimiento de sus labios lo tenía hechizado y un rastro de chocolate se apreciaba en una de sus comisuras.

—¿Ya estás poniéndote cachondo? —inquirió, sacándolo de sus obscenos pensamientos.

—Un poquito —reconoció sin un rastro de culpabilidad.

Negó sin comentar nada al respecto. Tras eso se centró en comer su gofre mientras mantenían una conversación. Desde que la presionó para que cantara con él, sentía la acuciante necesidad de saber más sobre su miedo escénico, así que, preguntó:

—Supongo que recordarás que ya en el colegio me aterraba salir sola a la pizarra —comenzó y él asintió—. No sé de qué viene, pero cuando me metí en el conservatorio de música, fue a peor. Al principio podía cantar algo, pero un día en el que teníamos una audición en un pequeño teatro con público, me acojoné.

»Solo había unas cien personas, mi madre era una de ellas —sonrió al mencionarla—. Creía estar preparada, pero cuando comenzó la música, me quedé en blanco. Las manos me temblaban, empezó a recorrerme un sudor frío por la nuca, y segundos después, me desmayé.

Pablo abrió los ojos con sorpresa ante el desenlace, no esperaba que llegara a hasta tal punto.

—Era de las mejores del conservatorio, pero la única incapaz de demostrar lo que sabía. Quise echarlo todo por tierra, pero mi profesor me animó a seguir y lo hice —continuó—. Aunque mi sueño era interpretar mis propias composiciones, tuve que conformarme con crearlas para otros, porque sé que no tengo valor para enfrentarme a ese temor.

—Prefieres esconderte —acertó y ella se encogió de hombros—. No creo que eso sea sano, además, tú no eres una cobarde.

—Lo sé, pero cuando desperté del desmayo me sentí tan mal, rodeada por unos compañeros que me recordaban el ridículo que hice, que no me quedó de otra.

—¿Te gusta lo que haces? —Asintió—. Pero no estás completa.

—Tengo éxito, he escuchado mis canciones por la radio, algunas, se han mantenido durante

semanas en los primeros puestos...

—Pero una parte de ti pide que seas tú la que logre tal mérito.

—Exacto. Me encantaría poder cantar, darlo todo frente a personas sin importar el número, sin embargo, no pude hacerlo en la boda y cuando ayer me presionaste durante la fiesta, creí que me iba a dar un infarto o a desmayarme de nuevo.

—Éramos tus amigos. Nadie te juzga por no haberlo conseguido.

—Lo sé —lo cortó—. Pero fui presa de mi temor, de la ansiedad. Me refugié en el baño porque estaba al borde del ataque de pánico.

Pablo alargó el brazo para ir directo a su mano. La apretó con suavidad e inició una serie de caricias con las que pretendía infundirle ánimo.

—Sé que lo conseguirás, Con esa voz puedes comerte el mundo. La gente debe escucharte en algún momento.

—Ni siquiera sé cómo hacerlo.

—¿Confías en mí?

Sus miradas se encontraron, tardó en responder, pero finalmente le dio un asentimiento.

—Pues yo te ayudaré, y te prometo que, más pronto que tarde, al menos, podrás cantar delante de mí.

—¿Y ponerte como una moto? —bromeó. La tensión comenzaba a disiparse.

—Probablemente, pero por ti, me guardo la polla.

Rieron a carcajadas durante un buen rato, en ese tiempo, Pablo continuaba con las caricias en su mano. Ya iba por el antebrazo, agachó la vista hacia la zona y un tatuaje hizo que su mente se quedara bloqueada por completo durante varios segundos.

Era la rosa de los vientos rodeada por un mandala, el mismo tatuaje que se quedó grabado en su retina la noche de la fiesta privada.

Alzó la vista, por suerte, Alexa miraba en otra dirección, pues con gran probabilidad se reflejaría en sus ojos el shock al saber que con quién se acostó aquella noche, era su mejor amiga.



Durante las últimas dos semanas tuvo tiempo de sobra para pensar. Sus vacaciones estaban próximas a terminar de forma oficial. Debido a que los rodajes no comenzaban el mismo 1 de septiembre, solían estirarse unos días más.

Tendría tiempo a dedicarse a componer y así entregar algo nuevo a la productora con la que colaboraba de forma asidua. Era autónoma, así que si no trabajaba, no tenía ganancias. Por suerte, era muy ahorradora y tenía un buen colchón con el arroparse durante mucho tiempo.

Disfrutó aquellos días festivos, ir a la playa con sus amigos infundía alegría en su cuerpo y las risas siempre estaban aseguradas. Solo hubo un detalle que la tenía un poco mosca.

Pablo no daba señales de vida desde el día después de su cumpleaños, cuando pasaron la noche juntos. Le envió varios mensajes por WhatsApp, no recibió respuesta, ni siquiera los leía. Sara le dijo que se había marchado a alguna parte con su abuela, aunque seguía sin encajarle su mutismo, y más, durante tanto tiempo.

Reconocía que era incapaz de no pensar en él, estaba obsesionada o quizá, sin darse cuenta, todo lo ocurrido entre ellos hacía renacer de sus cenizas unos sentimientos que mantuvo ocultos durante mucho.

Era evidente la atracción, el deseo... esa química explosiva que los rodeaba cada vez que estaban juntos. Ella lo notaba, la confundía hasta el punto en que el agobio la hacía presa bajo su yugo.

Su teléfono móvil sonó, sacándola de sus pensamientos. En breve había quedado para ir a la playa por la noche, en Badalona. En realidad, quiso que el nombre de la pantalla fuera el de Pablo, pero no, era Sara.

—Hola, Pelirroja. —la saludó.

—¿Habéis quedado y a mí nadie me ha dicho nada? —vociferó de forma dramática.

—¿Tú no estabas de hotel porno?

En un principio solo iban a ser Alex, Cova, Víctor y ella, pues el resto de parejitas, y Gabi, tenían otros planes. Aceptó porque Alex también estaba soltero desde hacía varios meses y era un alivio tener a alguien cerca con el que criticar a las parejas besuconas.

—Volvíamos hoy.

—Pues venid —dijo sin más. Cuántos más fueran, más divertido sería.

—Eso está claro, amiga. ¿Qué me cuentas?

Hablaban casi todos los días aunque no siempre se trataba de largas conversaciones. A Sara le gustaba llamar y pasaban mucho tiempo contándose su vida. En esa ocasión, no fue distinto, la

puso al día de lo que hizo durante su ausencia, nada que destacar, porque tampoco fue épico.

No supo en qué momento la conversación derivó hasta ese tema, pero solo ella podía darle cierta información. Por un lado, estaba preocupada, entendía que quisiera disfrutar de sus días libres, pero la ausencia de palabras hacía que su interior entrara en conflicto.

—¿Has sabido algo de Pablo? —preguntó al fin. Hubo un pequeño silencio que pronto desapareció ante la carcajada de su amiga.

—Hoy ha hablado con Aritz. ¿Por qué te interesa? ¿No te ha contestado?

—No. No ha leído mis mensajes desde hace dos semanas —contestó y no pudo evitar que su tono tuviera un tinte cínico.

—Es raro... —murmuró. A Alexa también se lo parecía—. ¿Qué pasó después de su cumpleaños?

—Ya te lo dije, desperté en su casa y pasamos el día juntos. Nada más —repitió por enésima vez.

Llevaba dándole esa misma respuesta desde el principio, cada vez que lo hacía rememoraba el día y nunca encontraba qué pudiera haber ocasionado su mutismo.

Era cierto que tontearon, demasiado. Sus conversaciones cada vez eran más subidas de tono, aunque llamaba su atención, no quería darle muchas vueltas y preocuparse. Tenían ese juego ya desde adolescentes, estaba acostumbrada, ahora en el presente, era complicado no excitarse por recordar cómo la complació.

—Vosotros estáis hechos un lío.

—¿Qué quieres decir? —inquirió. Sospechaba la respuesta.

—Que no te gusta solo como tu amigo, que los sentimientos van en aumento y estás acojonada. A él le pasa igual, y no porque me lo haya dicho, es algo que los que os vemos desde fuera percibimos —soltó de seguido.

—Eso no es verdad —mintió, pues por su parte, sí que sospechaba que los sentimientos comenzaban a hacer de las suyas. Quizá, por eso, Pablo la esquivaba, sospecharía algo y prefería no inmiscuirse para no acrecentarlo.

—Puedes negarlo cuanto quieras, pero aclárate, Alexandra. No quiero verte sufrir, suficiente has pasado.

—Tranquila, estoy bien —murmuró con poca decisión.

Dejó el tema a un lado, la hora de encontrarse se acercaba y colgó para prepararse. Solo tenía que ponerse el bikini, la bolsa con la toalla la tenía lista y el taxi llegaba en unos minutos. Durante el camino, ya no pudo pensar en otra cosa que no fuera él, no quería hacer caso a las palabras de su amiga, pero un poco de razón no le faltaba.

Soltó un suspiro.

¿Qué demonios le pasaba? Con quince años creyó estar enamorada de Pablo, y ahora, con treinta, volvía a encapricharse. La obsesión comenzó a forjarse aquella noche en la fiesta privada, ojalá no hubiera sido tan avispada de descubrir que era él. Se vivía mejor en la ignorancia, la verdad hacía que su mente creara una confusión que la volvía obsesiva.

El anoecer ya llegaba. La gente no se aglomeraba en la zona, había unos cuantos bañistas, no los suficientes como para sentir agobio como durante el día. La noche era clara, no había rastro de nubes y corría una brisa agradable que impedía que el sudor hiciera acto de presencia.

Vio a Cova a lo lejos, tumbada sobre la toalla junto a Víctor. Alex charlaba de forma animada con ellos mientras tomaban unas cervezas. Se acercó sigilosa, y antes de que Alex tuviera tiempo de darle un trago, se la arrebató para ser ella la que bebiera.

—¡Oye!

—Puaj, está caliente —se quejó.

—Eso es el karma, por ladrona —rio.

Se la devolvió y se unió a ellos tras poner la toalla y quitarse la ropa. Aprovechó para comunicar que Sara y Aritz también se unían, por supuesto, a nadie le importó. Sacó de la nevera una bebida y esa sí estaba fría. Ahí tenía preparado un bocadillo, puesto que cenarían ahí mismo, o quizá, en algún punto se mudaban a los chiringuitos de alrededor.

Cova se reunió a su lado y la puso al día de su vida. Como era costumbre, el nombre de Pablo salía en la conversación. Comenzaba a llegar a la conclusión de que sus amigos estaban más obsesionados que ella misma. Quizá las palabras de Sara que intentó ignorar tenían más razón si cabía, puesto que todos, veían algo que ella se negaba a admitir.

—Solo somos amigos.

—Pues hacéis buena pareja —se metió Víctor. Ellos también tenían la oreja puesta en la conversación.

—Siempre nos lo han dicho —comentó con gesto indiferente, pretendía restarle importancia.

—¿Por qué no lo intentáis?

—Porque lo jodería todo. Es mi mejor amigo y ya está.

Cortó el tema en el instante en que se encendió un cigarrillo. Las miradas burlonas regresaron poco después. Daba una calada cuando las palabras de Cova, acompañadas por una risita, llamaron por completo su atención.

—Pablo viene por ahí.

Desvió la vista de inmediato, al principio quiso gruñir porque no la creía. Su silueta se adivinaba en la distancia, Sara, Aritz y Gabi también lo acompañaban.

El corazón se le aceleró de forma involuntaria, el sonido de los latidos penetraba en sus oídos. Los nervios hicieron acto de presencia sin sentido, y no ayudó que, conforme se acercaban, viera en Sara una sonrisa burlona.

¡Era una maldita alcahueta!

¿Por qué no le había dicho en la llamada que ya había vuelto de su viaje? Seguro que era parte de su plan maléfico para hacerla abrir los ojos. Pero lo más importante, ¿por qué Pablo continuaba sin responder a sus mensajes?

No tenía la respuesta para resolver esto último, solo un creciente cabreo por sentirse ignorada.

Quedaban unos pasos para que llegaran a su destino. Alexa terminó su cigarrillo y lo metió en la lata de cerveza vacía.

—¡Hola, chicos! —saludó la pelirroja con efusividad. Comenzó a repartir besos, por último, a ella.

—Eres una cabrona —le susurró al oído mientras se daban dos besos.

—¿Yo? ¿Por qué? —respondió con inocencia. Sus ojos verdes de bruja quisieron aparentar no saber nada, mas Alexa conocía sus tácticas para liar la cosa.

—Lo tenías planeado.

—Querías saber de él, ¿no? Pues yo te lo he traído —comentó en el mismo tono.

Negó, soltó un bufido y esperó el saludo de los chicos. El de Pablo nunca llegó, se limitó a saludarla con la mano, luego se puso su toalla y no tuvo la decencia ni de mirarla.

¿Qué cojones le pasaba?

Era como si no existiera para él, hablaba con Aritz y lo único que pudo percibir era que estaba más serio de lo normal. Quería ir, preguntar, pero su orgullo le impedía levantar el culo de la toalla.

Eso, y las miradas inquisitivas de Cova y Sara que no se perdían ni uno solo de sus gestos.

—¿Qué le pasa?

—¿A mí me lo preguntas? —ironizó. No tenía la respuesta, ni ganas de conseguirla.

Bueno, eso último sí, pero reconocerlo no era una opción viable.

Se levantó de la toalla antes de que las chicas la agobiaran, ahí sí vio una reacción por parte de él. Le echó una rápida mirada que esquivó antes de que sus ojos conectaran.

Se dirigió a la orilla, como tampoco era que tuviera muchas ganas de meterse, optó por quedarse sentada allí.

Las olas rompían sobre sus pies con su melodía relajante. Miró al horizonte y el intenso brillo de la luna la dejó embobada durante varios segundos. El silencio era su acompañante, pues las voces quedaban ahogadas ante el sonido del mar.

Tan solo salió de su fantasía cuando un movimiento la alertó. Giró la vista, Pablo se sentó en silencio a su lado, pero dejó de mirarlo de inmediato.

—¿Qué te pasa? —preguntó el chico.

—¿A mí? Nada —dijo con más ironía de la que pretendía.

—Pues menos mal —bufó él.

Negó, no quería mirarlo. Estaba enfadada y lo notaría de inmediato.

—Te conozco demasiado bien y sé cuándo estás cabreada.

—Entonces también recordarás cuánto me jode que me eviten sin una explicación que me haga entender la razón —soltó de sopetón y al final clavó sus ojos en él.

—Estaba de viaje.

—Lo sé, y no por ti, aunque eso es lo de menos.

—Lo siento, necesitaba desconectar —terminó la frase con un suspiro.

Dejó a un lado el cabreo y lo observó en un intento de descifrar algo. Quizá había pasado algo grave y se estaba comportando como una imbécil orgullosa.

—¿Reme está bien?

—Sí, tranquila. Mi abuela está como una rosa —sonrió para tranquilizarla—. ¿Quieres ver las fotos?

Llevaba el móvil en la mano, asintió y se aproximó tanto que sus piernas entraban en contacto. Le hizo mucha ilusión ver a Remedios tan feliz junto a su nieto. Esa mujer tenía una fortaleza tan grande que era imposible no admirarla. Siempre la quiso mucho, prácticamente la adoptaba en su casa todos los fines de semana. Con ella podía hablar de todo, y al igual que hacía su madre, le daba consejos que en la actualidad continuaba recordando.

Ver las instantáneas le dejó clara una cosa, no mintió al decir que se iba de viaje. Las fotos eran de Galicia, no pudo esconder la sonrisa al ver una *selfi* de Reme y Pablo haciendo el tonto.

—Sois tal para cual —murmuró sin dejar de sonreír.

Parecía que las aguas volvían a su cauce, el cabreo comenzaba a evaporarse a pesar de no haber obtenido ninguna respuesta a sus dudas. Pablo fue a dejar el móvil en la toalla tras terminar de enseñárselas, y al volver, hizo acto de presencia el imbécil de siempre, porque no se le ocurrió otra cosa que cogerla en volandas y tirarla al agua.

—¡Eres imbécil! —chilló. Él reía a carcajadas todavía en la orilla y no se dio cuenta de que venía una ola más grande que las anteriores. Esta lo desestabilizó y cayó de culo, momento que Alexa aprovechó para salpicarle hasta que no quedó un ápice de su cuerpo sin mojar.

—Huye, Alexandra, porque el cazador está a punto de alimentarse de su presa —amenazó con fingida voz lúgubre.

Rio, pero inició un recorrido a nado hasta una zona más profunda. No conseguiría huir de él, era consciente, así que cuando la cogió del pie, fue rápida en cerrar la boca antes de tragar media

playa. Fue a por él sin necesidad de salir a la superficie. Lo cogió con fuerza de la cintura y lo hundió un par de veces antes de que él volviera a recuperar el control.

Las risas hacían eco entre las olas, solo se escuchaba su batalla, lo más probable fuera que llamaran mucho la atención.

No importaba, eran esos dos adolescentes en una de sus tantas noches llenas de complicidad. La felicidad se abría hueco en su pecho, sentía estar en el lugar correcto tras mucho tiempo.

Salieron a la superficie después de largos minutos de juego de niños, jadeantes. Alexa se sorprendió mirándolo con ternura, la misma que él reflejaba en el azul oscuro de sus ojos. Estaba arropada por sus brazos, tan cerca que sus pieles desnudas entraban en contacto. De forma inconsciente, acariciaba su nuca mientras él hacía lo mismo con su cintura.

La conexión era tal, que por un momento creyó que estaban solos en el mundo. Su corazón se aceleró cuando notó que el rostro de Pablo estaba cada vez más cerca.

No lo vio venir, en absoluto, no estaba preparada para volver a sentir el tacto de sus labios al besarla. Al principio no respondió, se quedó bloqueada, pero su mente, o quizá su corazón, fueron los encargados de tomar las riendas de la situación.

Aceptó el beso, abrió sus labios y, segundos después, le dio la bienvenida a su húmeda lengua para iniciar una batalla donde se mezclaban el cariño y la pasión.

No sabía qué hacía ni qué pasaba, mas enredó las manos en su melena y pegó su cuerpo para hacer de aquello, algo más profundo e intenso.

Estaba perdida, lo sabía a la perfección, porque lo único que su cuerpo demandaba en ese momento, era revivir lo ocurrido aquella noche.

No podía ser, eran solo amigos. Esa convicción fue la única que consiguió mantener a raya su cordura.



Pensar en otra cosa que no fueran sus labios era una tarea para la que no tenía fortaleza. Fue imposible rechazar ese impulso, sabía que era algo que ocurriría en cuanto la tuviera cerca.

De ahí que, después de descubrir que era ella la chica enmascarada, decidiera marcharse lejos con su abuela para desconectar.

Le aterraba la idea de desvelar el secreto ante ella, además de que saberlo, ponía patas arriba sus sentimientos, pues traía al presente lo que lo abordó en el pasado.

Le costó mucho no escribirle cuando le hablaba por mensaje, ignorarla sin darle una explicación, sabía que la cabrearía, pero no confiaba en sí mismo en absoluto para no hacer una gilipollez, puesto que la hizo en la playa sin medir las consecuencias.

Durante el viaje, su abuela intentó sonsacarle información. La mujer sospechaba que se trataba de un lío de faldas, aunque consiguió mantener el pico cerrado. Aritz y Sara también lo atosigaron y ninguno logró que dijera nada al respecto. Fue un riesgo contestarles, puesto que Alexa sabría que sí hablaba con ellos y a ella la ignoraba, así que, no le sorprendió verla enfurruñada cuando apareció, pues encima, pasó de su cara hasta que la vio marcharse a solas hacia la orilla.

Ahí cayó, no solo porque Aritz y Alex comenzaron a querer indagar sobre qué le pasaba con ella, también porque la necesitaba en su vida y un error del que ella ni siquiera tenía conocimiento, no podía joderlo todo.

Iba a fingir, ser el imbécil bromista al que ella estaba acostumbrada y continuar como siempre. Creyó haberlo conseguido, hasta que comenzaron a jugar en el agua...

Hubo un instante de intensa conexión mientras la tenía agarrada de la cintura, sus ojos se clavaron en sus carnosos labios, cayó en la tentación. Esperó llevarse un buen tortazo ante la osadía, pero cuando ella respondió, se dejó llevar sin pensar en nada más.

Casi los pillan, pues Aritz apareció y se separaron con rapidez, tras eso, ninguno tuvo valor para hablar del tema.

Por eso se ocultaba en el estudio donde el grupo componía. Llevaba horas sumergido entre la música, y su cerebro activo, creaba una canción nueva que ya casi tenía terminada.

Entendía a la perfección lo que le ocurría a Aritz cuando necesitaba un respiro. La letra fluía entre sus dedos como si ya la conociera de antes. La melodía era cañera, tanto como la letra, sin embargo, leerla en voz alta suponía admitir unos sentimientos para los que no estaba preparado.

—Esto no se puede parar, nos hemos mentido durante mucho. Ahora ya no hay nada que lo detenga —dijo una voz a sus espaldas y pegó un brinco del susto.

—Joder, tío, ¡casi me provocas un infarto! —exclamó.

Gabi y Aritz lo miraban divertido, este último fue el encargado de meter las narices en sus notas.

—¿Qué haces?

—Nada.

Cerró la libreta de mala gana, no quería que lo vieran, pero Aritz fue más rápido y se la quitó de las manos. Soltó un gruñido en alto en el instante en que comenzó a leer. No había revisado ni una sola frase después de vomitarlas en el papel.

—No me cantes milongas, no te creo una palabra. Tú y yo siempre hemos estado destinados —leyó.

—Creo que Pablito se nos ha enamorado —murmuró Gabi con cierto toque de burla.

—No estoy enamorado —aclaró—. ¡Y dame eso!

Recuperó la libreta y la dejó a un lado junto a la guitarra. Sus amigos cogieron una silla y se colocaron delante de él.

Tocaba charla.

—Yo estoy teniendo un *déjà vu* de la hostia, con la única diferencia, de que eres tú quien está exactamente en el mismo lugar en el que yo me encontraba hace más de dos años —habló Aritz—. Le has hecho una canción.

—Es solo una canción —se excusó de forma pobre.

—Una letra dedicada a Alexa —continuó.

Suspiró una y otra vez, pasó los dedos por su melena y volvió a suspirar.

—¿La quieres? —inquirió Gabi.

Él no estaba tan al día de lo ocurrido, pero captaba las cosas al vuelo y sabía desde el principio que, entre ellos, saltaban chispas.

—Como amiga.

—Y una mierda, tío. ¡No me cuentes milongas! —exclamó Aritz.

—No es tan sencillo, joder —gruñó—. Es evidente que me gusta. Siempre lo ha hecho. Siento una atracción irrefrenable que comienza a volverme loco. Quiero ser su amigo, el de siempre, pero me cuesta estar con ella y no devorarla —reconoció.

—Pues yo creo que deberíais hablar, porque los dos estáis igual.

—Lo dudo —cortó a Aritz de inmediato porque eso era una soberana tontería—. Tuvimos oportunidades de sobra en el pasado y no fuimos más que mejores amigos.

—Pues deja de dudar. Quien os mira ve eso que vosotros mismos os negáis una y otra vez. No seas imbécil, Pablo.

No tenía muy claro a qué se debía usar el plural en sus palabras, parecía muy seguro y solo hacía que aumentar sus dudas. Por suerte, el tema quedó aparcado a un lado, Gabi trajo unas cervezas y se tomó un descanso después de tantas horas componiendo. Incluso dejó que sus compañeros probaran la partitura, eso sí, sin que comentaran nada por el momento. Escuchar su composición fue agradable, también intenso, y más, cuando se pusieron a mejorarla. Hacían un buen tándem, un equipo perfecto que no necesitaba de gente ajena al grupo para conseguir temas de éxito.

—Me gusta mucho el tema, pero ¿no me cantes milongas? —preguntó Aritz ante el cambio de la frase hecha.

—Sí, no es una errata...

—Es algo entre vosotros —adivinó sin dejarle terminar.

En efecto. Era su frase, la anécdota de unos adolescentes que en el fondo sentían mucho más

el uno por el otro.

—Quiero que sea nuestro próximo tema.

—Ni de coña —se negó.

—Lo será. Vosotros hicisteis lo mismo con *Bruja*, así que no puedes huir de esto, de la misma forma que yo no pude —lo retó.

—No es lo mismo. Esta...

—Esta habla de ella, de Alexa, como *Bruja* habla de mi Sarita.

—Pero es mía —contestó en tono infantil.

—Ya no. Ahora es de los Dark Angels —se burló el Capullo.

Encendió un cigarrillo antes de caer en la tentación de estamparle la guitarra en la cabeza y salió a la terraza a tomar el aire. Algo imposible, pues aunque quedaba poco para el anochecer, no corría ni pizca de aire y el ambiente resultaba agobiante.

Reconocer que Aritz tenía razón sobre sus sentimientos no era algo para lo que estuviera preparado. Alexa se clavaba con ahínco en sus entrañas, desde siempre, pero descubrir que compartieron tal grado de intimidad, solo aumentaba sus ganas de vivirlo de nuevo.

Quería recorrer su cuerpo, escuchar la música de sus gemidos y ver su rostro contraerse por el placer. Sentirla de verdad sin máscaras que jugaran al engaño.

La deseaba con todas sus fuerzas. Hablar de amor, como sugerían sus amigos, aún era inviable. Era obvio que sus sentimientos iban más allá de la amistad, pero tampoco podía abrirse del todo y llevarse el golpe del siglo por no ser correspondido.

Apagó el cigarrillo y miró a la nada. Desde ahí los edificios tapaban casi todo y el ruido de la gente rompía sus pensamientos.

Todos menos uno; ir a por ella.

Se levantó como impulsado por un resorte, iba a cometer una locura, mas no podía quedarse con las ganas. Además, ese beso... ella respondió, ese hecho debía de significar algo, ¿verdad?

—¿A dónde vas? —preguntó Gabi. Ya estaba en la puerta a punto de abrir el pomo.

—A tomar el aire.

Se marchó acompañado por el sonido de las risas de sus amigos, era evidente que predecían hacia dónde ponía rumbo. Necesitaba respuestas, o lanzarse. No tenía ni idea, pero su cuerpo obraba a su antojo y sus pies lo llevaban directo hacia ella.



La hora de cenar se le echaba encima y sus ganas de moverse del sofá eran inexistentes. Llevaba dos días enclaustrada en sus dominios, su mente traicionera tan solo tenía una serie de imágenes que se repetían en bucle para atormentarla.

El beso.

Ese maldito beso.

Todavía era capaz de sentir la suavidad de sus labios, la humedad de su lengua, el tremendo cariño y la dulzura. Pablo la dejó sorprendida, pero más por no darle ninguna explicación sobre su impulso.

Lo hizo sin más, estuvieron a punto de pillarlos y fingir fue lo único que hicieron durante el resto de la noche. Se divirtió, sin embargo, cada vez que lo miraba de soslayo, la recorría una especie de escalofrío por todo el cuerpo.

¿Qué demonios pasaba entre ellos? La química era evidente, en sus cuerpos había un polvorín

para el que solo hacía falta una pequeña chispa que lo incendiara todo.

Solo le quedaban tres días de vacaciones y ya llevaba dos desperdiciados por encerrarse en casa junto a sus pensamientos. Al menos tenía todo preparado para incorporarse. Al plató en el que rodaban la serie no volvía hasta mediados de septiembre, pero tenía varias citas con la productora con la que colaboraba para mostrarle las maquetas y letras de sus últimas creaciones.

No sabía qué hacer, en lo que llevaba de día había visto entera de nuevo la primera temporada de la serie *Stranger Things* y le dolía el culo de estar tanto rato sentada. Se levantó a por una cerveza fría y puso el aire acondicionado.

Otro dato a tener en cuenta era que no se quitaba el pijama para nada. Era de esos de Primark, de su colección Disney, una cucada de lo más infantil de *La Bella y la Bestia* de camiseta de tirantes y shorts que dejaban demasiado a la vista. Dio al *play* a la serie y se puso a ojear el móvil.

El grupo de WhatsApp estaba silencioso, en Instagram no había mucho que le interesara. Estaba al borde de ponerse a jugar a *Candy Crush*.

Soltó un suspiro y se llevó las manos a la frente. Le dolía un poco la cabeza, era algo que ocurría siempre que le daba muchas vueltas a las cosas. En los últimos tiempos iban en aumento, de la misma forma que ciertos dolores que la dejaban un tanto fuera de onda durante algunas horas. Dio un trago a su cerveza justo en el instante en que el timbre comenzó a sonar, por lo que se tiró la mitad encima.

—Joder —gruñó. Se secó el escote con la mano de camino a la puerta y abrió sin mirar antes por la mirilla.

No tuvo apenas tiempo de alzar la vista, solo vio los ojos azules que tanto reconocía mirarla bajo un brillo que erizó cada vello de su piel. Pablo no dijo una palabra, le dio la sensación de que titubeaba, pero al final acortó las distancias con ella y se lanzó a devorar sus labios con hambruna.

La pilló tan por sorpresa que al principio no respondió, no esperaba que se lanzara sin ni siquiera saludar, pero eso era justo lo que anhelaba una parte de ella, lo que ocupó su mente durante los últimos días.

Quedó cautivada bajo el hechizo de sus labios, le dio la bienvenida con un abrazo que lo rodeaba por la nuca y dejó la mente en blanco para no pensar en lo loco que se le antojaba el escenario.

Solo la sacó de ese instante el sonido de la puerta al cerrarse, Pablo acababa de darle una patada y ella comenzó a guiarlo hasta el interior de su hogar.

No quería pensar, no podía, porque lo único que poseía su cuerpo en aquellos instantes, era un ardiente deseo que no hacía nada más que aumentar. Lo llevó hasta su habitación, sobraban las explicaciones y palabras, pues ambos sabían que no había forma humana de detener lo que estaba a punto de ocurrir.

Alexa deslizó sus manos por debajo de la camiseta, acarició su torso con suavidad. Sonrió contra sus labios al provocarle un gruñido. Era ronco, oscuro y recordó entonces todos lo que le escuchó aquella noche en la que actuaron como perfectos desconocidos.

Se separó de sus labios para coger aire sin apartar la mirada ni un solo segundo. Creía ser capaz de ver su propio deseo reflejado en el brillo de sus ojos. La deseaba con una fuerza demasiado similar a la suya.

Quería preguntar qué estaban haciendo, el porqué de tal arrebato. Una amistad como aquella no debería traspasar esa barrera, sabía que las complicaciones no tardarían en llegar.

El problema era que no se veía con la suficiente fortaleza como para pararlo, ya no.

Le arrebató la camiseta para lanzarla a un lado, él hizo lo mismo con su pijama, la dejó expuesta.

—Joder, Alexa —gruñó antes de devorar su boca de nuevo.

Cayeron juntos sobre el colchón. Pablo aprovechó que estaba debajo para deshacerse de la última barrera que impedía tener su cuerpo descubierto al completo. Tragó saliva, expectante, pero sobre todo, excitada por descubrir en su mirada un deseo que la hizo sentir poderosa.

—Puede que estemos cometiendo una locura, pero ya no puedo pararla —murmuró aproximándose de nuevo. Se desnudó antes de hacerlo, por lo que el tacto de su piel se fundía con la suya. Estaba erecto, su polla rozaba su sexo y ansiaba que aconteciera el instante de tenerla en su interior.

—No la pares —dijo sin más, no era momento de insistir en esas preguntas que ambos tenían, pues romperían por completo la situación.

Pablo le dedicó una mueca socarrona.

—Pues prepárate para gritar mi nombre una y otra vez, Alexandra.

—No la cagues, Pablito —respondió y se llevó de regalo una carcajada que la hizo gruñir.

Ya no pudo darle respuesta alguna, atacó sus labios dejándole frito el cerebro. No tardó en iniciar el descenso, aunque sus manos ya habían comenzado una exploración con destino entre sus piernas. Sus toques eran suaves, despertaban su cuerpo y ardía en deseos de gemir.

Lo hizo cuando sus labios encontraron entretenimiento en su pezón. Su lengua ayudaba a ponerlo erecto y su aliento otorgaba una ráfaga de aire frío, sin embargo, no podía centrarse solo en esa caricia pues sus dedos se inmiscuían en su humedad con sutiles toques en su clítoris que la hicieron jadear.

Sabía a la perfección cómo jugar, hacía varias cosas a la vez y conseguía que su mente entrara en colapso de tanto placer. Ya no había marcha atrás, mantenerse en silencio era imposible, porque allá dónde tocara, era el punto exacto que la hacía disfrutar. Tenía los ojos cerrados, la espalda arqueada, mas podía adivinar a la perfección el lugar donde se encontraba Pablo. Los abrió para corroborarlo y, efectivamente, descendía con la lengua por su vientre, sin dejar de mirarla al rostro.

Era ardiente, pasional... Un pecado que ansiaba cometer a cada instante.

—Estás muy húmeda... Joder, estoy deseando hundirme en ti —gruñó como un auténtico depredador.

—Pues hazlo —jadeo. Se incorporó un poco para tenerlo más cerca y ver cómo negaba con una sonrisa juguetona.

—No tan deprisa. Primero... —abrió sus piernas para acomodarse allí y lamer su clítoris con brevedad— tengo que saborearte y hacer que te corras. Pero recuerda gritar mi nombre.

—Imbécil.

Soltó una risotada que en otro momento la cabrearía, fue listo, pues se sumergió entre la humedad de su sexo y la deleitó con sus artes maestras. Era sublime, delirante, jamás le habían hecho sexo oral con tanto cuidado como él. Al contrario, solía rechazarlo porque le resultaba molesto, pero Pablo actuaba con tacto para solo provocarle placer.

El resultado de sus toques llegó antes de lo previsto. El orgasmo apareció de la nada en forma de grito ensordecedor, se negó a pronunciar su nombre, suficiente vanagloriado parecía cuando la miró y vio una sonrisa pilla llena de satisfacción.

Lo atrajo con ganas de probar sus labios. Su esencia permanecía en su sabor. Al fin consiguió llevarlo a su terreno, estaba encajado entre sus piernas y notaba su erección muy cerca del objetivo que tanto ansiaba alcanzar.

—Estás ansiosa.

—No sabes cuánto.

Antes de que hiciera algo que la desviara de su objetivo, fue directa a su polla e hizo un masaje con sus manos.

Funcionó, los jadeos de ambos se entremezclaban, quería llevarlo al límite, mas era complicado concentrarse en conseguirlo cuando no dejaba de masturbarla.

Tenía la zona tan sensible del primer orgasmo que lo enlazó con un segundo. La locura la mantenía presa bajo su yugo, pero no hasta el punto de llamarlo por su nombre.

De un rápido movimiento, todavía retorciéndose de placer, consiguió tumbarlo sobre la cama. Encajó las piernas alrededor de sus caderas, meció las suyas para rozarse y su jadeo le confirmó que le gustaba. Los dos ardían, sus cuerpos desprendían un calor que creaba su propio microclima en la habitación.

Estiró el brazo para llegar a la mesita de noche, allí guardaba los condones y se dio prisa en abrirlo antes de que él la distrajera. Sintió su mirada puesta mientras se lo colocaba. Por fin llegaba el momento, ese que deseaba repetir desde aquella noche. Se empaló, ambos gimieron al unísono, Pablo la tenía cogida por la cintura y la llevó en dirección a sus labios. Los aceptó, su boca la acogía, adoraba su forma de besar, pues le parecía un magnético hechizo que no quería que terminara nunca.

Inició el movimiento de sus caderas, se meció con un lento vaivén que no tardó en hacer aparecer de nuevo los gemidos. El roce era exquisito, delirante, lo sentía tan profundo que ya notaba la llegada de su orgasmo. Él también tenía el control, se encargaba de marcar el ritmo, y cuando notó que sus paredes comenzaban a palpar comunicando el clímax, se arrancó con un ritmo frenético que prometía licuar su cerebro.

—Joder, ¡Pablo! —gritó de forma inconsciente.

Se había salido con la suya y no podía quitarle mérito, se lo había ganado. Fue consciente de que al fin lo pronunciaba, no obstante, su gemido lo distrajo, puesto que él también llegaba a la cima.

Cayó sobre su pecho con cuidado de no ser brusco. El latido acelerado de su corazón penetró en sus oídos, acompañado por la respiración errática que ella misma compartía.

Pablo era un gran amante, su mejor amigo, aunque quizá a partir de ese momento, todo cambiaba.

Necesitaba respuestas, conseguir resolver las dudas que, después del trance en el que estaba sumergida con sus roces, comenzaba a hacer acto de presencia.



La situación comenzaba a cobrar sentido en su mente y no tenía ni idea de cómo sentirse. Continuaba tumbada sobre el pecho de Pablo, su respiración volvía a ser acompañada y llenaba el silencio en el que ambos se mantenían.

Su mirada estaba clavada en el fondo de la habitación.

Era imposible negar que se tratara de un instante alucinante, pero dejarse llevar por los impulsos no siempre acarrea algo bueno. Aquello era un punto de inflexión. Se trataba del derribo de un muro que durante mucho estuvo bien afianzado en su mente. Ahora solo quedaban los escombros transformados en dudas sobre qué ocurriría a continuación.

Se incorporó un poco, apoyada sobre su codo y lo miró a los ojos. Al principio estaba absorto, pero sentirse observado lo hizo girar la vista.

Estaba preparada para lanzar una pregunta, necesitaba la respuesta para conocer qué clase de impulso lo condujo hasta sus brazos.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿El qué? —contestó con otra pregunta que la hizo torcer el gesto, confusa.

Se sentó en la cama, seguía desnuda y a pesar de ya no tener secretos con él, cubrió sus pechos con las manos.

—Todo —contestó.

—Quería hacerlo —declaró sin más.

Su respuesta le hizo fruncir el ceño, aguantó las ganas de soltar un bufido, pero no el impulso de levantarse para recoger su ropa y taparse. Él no dijo nada en ese tiempo, estaba segura de que era consciente de su cabreo. Terminó de vestirse y emprendió el camino hacia la cocina, necesitaba tomar algo que refrescara sus ideas antes de tirarle una zapatilla en la cabeza.

La siguió, notó su presencia en el instante en que puso un pie fuera de la habitación. No se giró a comprobarlo, lo ignoró de forma concienzuda mientras se servía un trago de agua.

—¿Qué cojones te pasa? —le preguntó.

Se giró con los ojos muy abiertos y soltó una cínica carcajada.

—¿De verdad lo preguntas? —le retó.

Al menos él también se había vestido, dudaba ser capaz de centrarse si su torso hubiera estado a la vista con ese tatuaje del ángel que tan cardíaca la ponía.

—Tú también lo querías, no seas hipócrita.

—¿Hipócrita?! —alzó la voz—. No puedes aparecer en mi casa, comerme la boca y luego decir que lo has hecho porque querías.

—Al menos no te engañó, porque esa es la realidad.

—¡Pero tampoco explica por qué! —continuó.

A cada segundo se alteraba más. Pablo dio un par de pasos en su dirección, los mismos que ella retrocedió. No tenía mucho espacio, si quería alcanzarla, no tardaría en conseguirlo.

—Alexa, podrías haberme rechazado en cuanto te he besado, pero tu respuesta ha sido llevarme directamente a tu habitación. No sé qué nos está pasando, pero era inevitable. Me atraes, y al parecer, yo a ti también.

Se quedó en silencio, no podía quitarle la razón porque el deseo era evidente desde hacía mucho, aun así, la conversación le resultó muy fría. Le daba la sensación de que él tan solo se dejó llevar por uno de sus impulsos más primarios.

Quiso acostarse con ella y lo consiguió. No puso barreras, puesto que una parte de ella, quería rememorar lo sentido aquella noche. Quiso revelar en ese instante que ni siquiera se trataba de su primera vez, no obstante, suficiente caldeo estaba el ambiente como para emponzoñarlo más. Debía silenciarse a sí misma, continuar con la mentira que tenía construida desde hacía semanas.

—¿Ahora no hablas?

—¿Y qué quieres que diga? —lo retó.

—Que admitas algo —murmuró.

—¿Cómo estás haciendo tú? —ironizó.

Sus miradas representaban un reto para el otro que ninguno se atrevía a llevar a cabo. Abrirse no era tan sencillo, ni siquiera la confianza que se tenían ayudaba. Al contrario, Alexa tenía la sensación de que desaparecía conforme pasaban los segundos.

—Esto lo complica todo, Pablo. No... No deberíamos haber caído —susurró.

—Joder, Alexa. Solo nos hemos acostado.

—¿Te parece poco? Somos amigos, y ahora no tengo ni puta idea de cómo mirarte a la cara —declaró.

—No tiene por qué cambiar nada.

—Lo hará —finalizó.

El silencio los acompañó durante varios segundos, la conversación no daba para más, puesto que ninguno iba a admitir lo que de verdad aguardaba en su corazón.

—Será mejor que te marches.

No tuvo valor de mirarlo tras pronunciar la frase. Pasó por su lado para salir de la cocina y caminó para ocultarse en su estudio. No terminó de cerrar la puerta hasta que escuchó la de la entrada de casa.

Pablo cumplió su petición sin rechistar, quizá era lo mejor, mas ello no impedía que se sintiera como una verdadera mierda.

Soltó un suspiro, confusa como hacía mucho que no se sentía. Cerró los ojos y la imagen de Pablo apareció tan nítida que daba la sensación de que continuaba delante. Podía revivir lo ocurrido con solo pensarlo, aquello no solo fue un arrebato pasional, hubo sentimientos de por medio que eran los causantes de tenerla en ese estado.

Encendió un cigarrillo para sentir esa falsa calma y abrió la libreta en la que tomaba notas para sus canciones. Cuando la presión hacía todo lo posible para hacerla explotar, su mejor medicina era dedicarle tiempo a su música.

Eso hizo, se sumergió en una nueva letra, era un auténtico desahogo en el que plasmaba sus propios sentimientos en un papel en blanco. La inspiración se instaló justo a su lado, la acompañaba haciéndole perder la noción del tiempo. Solo lo advertía la tensión de sus músculos

y los huesos que crujían ante cualquier mínimo cambio de postura.

La letra fluía con tanta facilidad que estaba sorprendida. Lo normal era tardar varios días, pero esa vez no tardó ni uno.

La finalizó.

Alzó la libreta y leyó los párrafos en voz alta, era su truco para comenzar a hilar la melodía. Cogió la guitarra y rasgó los primeros acordes contra las cuerdas. Cuando se convencía, los anotaba y pasaba a los siguientes.

Se trataba de una tarea minuciosa para la que ponía todo su esmero, retocó, borró y añadió hasta convencerse de que todo encajaba de la misma forma que los engranajes de un reloj.

El tema era roquero, suave, pero quería que tuviera los puntos álgidos en el estribillo. Suerte que su piso estaba bien insonorizado, le quedaba poco para terminar, pero vio la hora y decidió que ya tocaba descansar.

Ese desahogo consiguió justo lo que quería, no pensar, aunque era un arma de doble filo, puesto que la canción era un firme recordatorio.

—Alexandra, estás jodida —se dijo en voz alta.

Eran las cinco de la madrugada, salió de su estudio y antes de dormir, decidió darse una ducha.

Despertó al mismo tiempo que el sol comenzaba a hacer acto de presencia. No concilió el sueño mucho antes, pues ni siquiera la ducha consiguió relajarla.

La canción revoloteaba en su cabeza, siempre le ocurría cuando se emocionaba demasiado al componer, así que, tras ir al baño y prepararse un café bien cargado, volvió al estudio para finalizar la melodía.

Apenas tardó, trabajó en ella incluso tumbada en la cama. Tan solo quedaba pulirla y cantar la letra para comprobar que el ritmo fuera en consonancia.

Respiró hondo, comenzó con los acordes sobre su guitarra y preparó su voz para cantar una melodía que se gestó desde lo más profundo de su alma.

—*Me dejé llevar, te mentí, soy una hipócrita. Soy esa que te conoce, pero no lo reconoce* —cantó el estribillo, se desgañó, disfrutó de cada palabra escrita de su puño y letra, a la vez que reconocía haberse desnudado por completo.

Suspiró, satisfecha a la par que nerviosa por todo lo que se despertaba en su interior.

Salió de allí, quería airearse un poco tras una noche de escaso descanso, pero mucha intensidad. En su habitación abrió el armario, cogió unos shorts tejanos que conjuntó con una camiseta de tirantes y sandalias, dispuesta a ver mundo.

Necesitaba un paseo por la ciudad, observar lo que la rodeaba para desechar, durante al menos unas horas, el mundo paralelo que tenía construido en su cabeza.

Eso la llevó hasta el Hard Rock Café, uno de sus locales favoritos. Conocía al encargado, y además tenía más hambre que el perro de un ciego, por suerte hacían muy buenas hamburguesas. Al fin y al cabo, lo último que metió en su cuerpo fue la polla de Pablo, y como era obvio, no llenaba su estómago.

Quitó ese pensamiento de inmediato, se convertía en obsesión. Entró en el local y fue directa a la barra. Jaume la limpiaba distraído y le dedicó una sonrisa en cuanto alzó la vista.

—¡Dichosos los ojos! Ya era hora de que volvieras, Rubia —la saludó efusivo.

—Necesito una hamburguesa, solo vengo por eso, Jaimito —bromeó cambiándole el nombre.

—Eso ha dolido —dramatizó.

Se hizo un sitio en la barra. Era pronto para tomar una cerveza aunque casara con la hamburguesa, así que bebió un refresco de cola que Jaume le sirvió. Mientras se encargaba de su pedido, oteó a su alrededor.

A esas horas no estaba concurrido, hecho que agradecía, pues le encanaba disfrutar de la música rock del hilo musical sin voces gritonas que la ensordecieran. Además, le encantaba la decoración.

Había vinilos, guitarras y un montón de fotografías de grupos internacionales firmados que siempre le daban ganas de robar. Tener un autógrafo del mismísimo Bruce Springsteen, o Angus Jones, era el sueño de cualquier amante del rock. Encima ella se dedicaba a la música, y eso, era un plus para ser portadora de semejante reliquia.

—Aquí tienes.

Jaume le trajo su comida y le dio el primer bocado de inmediato, estaba más famélica de lo que pensaba. Su estómago se lo hizo saber con un rugido. Su colega la observaba con una sonrisa, tenía más o menos su edad, y por su apariencia, no había duda de que era heavy hasta la médula. Su pelo y su larga barba, cuidada a la perfección, le daban un tinte de lo más atractivo.

—Tienes unas ojeras dignas de un zombi.

—¡Qué agradable! —ironizó—. Pero es normal cuando apenas he dormido.

Su mirada burlona hizo que le lanzara un gruñido.

—No es lo que crees. He estado toda la noche componiendo, gilipollas.

Su respuesta lo hizo reír a carcajadas. De hecho, Jaume no se equivocaba en pensar mal. No mintió, pero debía reconocer que parte de su agotamiento fue causado por un hombre en el que no dejaba de pensar.

El chico conocía su trabajo, se interesaba cada vez que acudía y le tenía la suficiente confianza como para darle datos. Como siempre, quiso saber más. Al igual que la mayoría de gente que la rodeaba le poseía la curiosidad por escucharla cantar.

Detalló por encima de qué iba, le contó que salió del tirón a modo de desahogo y que ya la tenía terminada.

—Tal y como lo cuentas, me da la sensación de que se trata de amor.

—Para nada —lo cortó con efusividad, detalle que lo hizo burlarse.

—Alexandra, tú estás colada por alguien. Como artista que eres, sabes a la perfección que esos vómitos de palabras se vuelven más intensos cuando aquí —se señaló el corazón—, se cuece algo. Yo no sé componer, pero he tenido esos golpes de inspiración cuando me he sentido sobrepasado.

Se quedó pensativa, contestar solo haría que sacar a relucir aquello que pretendía mantener preso.

Sentía, por supuesto, más de lo que podía soportar. Hacía mucho que Pablo no era solo un amigo para ella, ese sentimiento se quedaba diminuto ante la intensidad de su cercanía.

Tenía todo lo que le gustaba. A su lado la diversión nunca escaseaba, era el perfecto consejero y la persona más confiable que tenía en su vida. Por último, no podía obviar su apariencia, la cual ya le gustaba mucho antes de dar el último estirón.

Era atractivo, pero su mejor cualidad eran esos ojos que con su intenso azul daba la sensación de que conseguían penetrar hasta tu alma.

—¿Te has quedado muda? ¿O buscas una respuesta quearme? —Jaime la sacó de sus pensamientos. Sonreía como un capullo y le tiró la servilleta en la cara.

Rio a carcajadas, parecía encantado con molestarla, cosa que conseguía.

—He venido a comer, no a que me des la chapa.

—Eres tú la que me ha revelado los datos de la canción, así que, te aguantas.

—Imbécil —lo insultó. En el fondo era con cariño, aunque no podía ocultar que, sus palabras, tenían más de verdad de la que ella quería.



El arrepentimiento no era una característica que estuviera grabada en su ADN. Cuando hacía algo, se enfrentaba a sus posibles consecuencias sin problema.

Lo ocurrido con Alexandra podría parecer el arrebato de un hombre desesperado por meterse entre sus piernas, sin embargo, tras ese impulso se escondía mucho más que las ganas de recorrer su cuerpo.

De hecho, sí sentía algo de culpa, esta se debía a su respuesta de gilipollas de turno cuando le lanzó la pregunta de por qué lo hizo. Decir que era lo que quería lo volvía un auténtico capullo.

Era cierto que quiso, pero se ocultaban unos sentimientos por ella que, aunque se lo negara, nunca llegaron a desaparecer en todo ese tiempo separados. Le daba la sensación de que regresaban con más fuerza, poniendo en jaque todo su mundo. Cabía la posibilidad de que su amistad hubiera quedado tocada y hundida, iba a ser muy complicado encontrarse con ella y no revivir todas las caricias.

Joder... Fue alucinante. Disfrutó de cada toque, de sus caricias, el contoneo de sus caderas.... Alexa era explosiva, un pecado por el que no dudaría en ir directo al infierno.

Soltó un suspiro, acababa de abrir los ojos y ya no podía pensar en otra cosa. Si por él fuera, saldría de casa para recorrer las escasas calles que lo separaban de ella y cazar de nuevo sus labios.

Era un cobarde, pues lo que hizo fue meterse en el estudio, coger el bajo y aporrear las cuerdas sin descanso. No servía para no pensar, tocaba la canción que él mismo compuso, esa que hizo que sus amigos iniciaran la burla.

Cuanto más la tocaba, más ciertas eran las palabras que murmuraba. Alexa fue el pilar fundamental en su vida, la que lo sostuvo y siguió en sus locuras. Era esa amiga que no quería perder nunca, el amor que no podía tener porque destruiría todo lo anterior.

Esperaba que su arrebato no los llevara a un desenlace fatal.

—Pablito, Pablito... —susurró en voz alta con un suspiro—. ¿Qué cojones te pasa?

Lo sabía, aunque no quería reconocerlo. Sentir amor sin ser correspondido era una putada que no le apetecía vivir. No obstante, Alexa no lo rechazó.

La primera prueba estaba en el beso de la playa. El día anterior cuando le abrió la puerta y se dejó devorar, fue ella la que los condujo directamente hasta la habitación. Eso debía de significar algo, quizá sentía lo mismo y la cobardía también hacía mella en su ser. No podía confirmarlo, solo cabía la posibilidad de que estuviera tan confusa como él.

Siempre creyó que nunca se sobrepasarían de la amistad, por eso, de adolescente, no intentó

nada. Solo le robó un beso, el primero que se dieron y por el que estuvo a punto de sincerarse. Eran unos críos, las probabilidades de que algo saliera mal eran muy altas, por lo que se echó para atrás.

Continuó tocando hasta que los dedos comenzaron a doler. Ya bastaba de autocastigarse, necesitaba airearse. Salió del estudio, fue a su habitación y tras vestirse con lo primero que encontró en el armario, se marchó a la calle.

A diferencia de lo que llevaban de verano, el día estaba nuboso. Cabía la posibilidad de que cayeran algunas gotas que lo único que traerían sería más calor. Las calles estaban abarrotadas, como siempre. Le costó llegar a su destino, que aunque no lo tenía planeado, era el local donde ensayaba y grababa el grupo.

Aritz y Gabi estaban en el interior. Soltó un gruñido nada más entrar porque escuchaba su letra, su melodía y sabía a la perfección lo que eso significaba.

—Vamos a estrenarla en el *Underground* —comentó Aritz. No saludó al verle, tan solo pronunció aquellas palabras.

—Ni hablar.

—¿Por qué? —inquirió Gabi—. No seas como el capullo este —señaló a Aritz—. Sacamos disco en breve y esta canción puede ser el *EP* perfecto para lanzarlo. Es muy buena, tiene ritmo, una historia....

—Mi historia... —lo rectificó—. Es que...

—¿Qué?

Aritz sonreía burlón. Estuvo a punto de revelar lo ocurrido la noche anterior porque necesitaba desahogarse. Por suerte se contuvo, pues no le apetecía escuchar sus bromas. Además, no era de los que pregonara a los cuatro vientos los polvos que echaba por muy significativos que fueran.

—Nada.

Se tiró de golpe en el sofá, sacó un cigarrillo y lo encendió en silencio. Ambos lo observaban, era obvio que sospechaban que le pasaba algo.

—¿Qué pasó ayer? ¿Adónde fuiste?

No respondió, pues decir que lo que hizo fue presentarse en casa de Alexa y besarla, ya desnudaba demasiado su alma.

Como no consiguieron ninguna explicación, lo dejaron un rato en paz para volver a tocar su canción mientras Pablo quedó como un mero espectador de una melodía que removía todo en su interior. Los retoques y ajustes hechos por ellos encajaban a la perfección. Sonrió como un bobo al escuchar el estribillo y negó incrédulo consigo mismo porque iba a claudicar.

Quería tocarla en el escenario, enseñarla a sus seguidores y ver si era merecedora de convertirse en su nuevo éxito. Además, a pesar de no tener ya el contrato con el New Underground, Mario fue el primero en confiar en su música. Le debían mucho, así que, hacer el estreno de la canción ahí, incluso antes de comenzar la gira, le parecía una manera de agradecérselo a lo grande.

Se tragaría sus miedos y dejaría a Aritz meterla en el repertorio.

Dio una última calada al cigarrillo y lo apagó antes de ir al encuentro de sus amigos.

—Está bien, la tocaremos el sábado en el Underground. Pero con una condición —murmuró. Aritz le prestó atención y con un gesto lo invitó a continuar—. La cantaré contigo, y cuando la presentes, te prohíbo que cuentes la historia que tiene detrás.

Lo pensó durante varios segundos, era una tarea complicada, pues le encantaba contar su vida antes de dar inicio a la canción.

—De acuerdo, lo intentaré solo por una cosa —murmuró e hizo una pausa dramática que dejó

a Pablo un tanto en vilo—. Porque la persona a la que va dirigida entenderá cada palabra, y con eso, yo ya me doy por satisfecho.

Pasó el resto del día con ellos. Tras pulir la canción, ensayarla y dar collejas a Aritz por las bromas, se le echó encima la hora de cenar.

Caminaba hasta casa de su abuela, tenía muchas ganas de verla y olvidar todo lo demás durante el tiempo que pasara con ella.

No desaparecía la tentación de coger el móvil y hablar con Alexa. Le preocupaba cómo lo estaría pasando a pesar de hacerse una ligera idea. Fue ella quien lo echó, no le puso pegas, porque después de llamarla hipócrita se dio cuenta de que él no era tan distinto.

—Llegas tarde —lo saludó su abuela. Tenía los brazos en forma de jarras y el ceño fruncido.

—Son las nueve.

—Y yo cenó a las ocho.

—Ese es horario de vieja —replicó y recibió una colleja mientras cerraba la puerta.

Se lo tenía bien merecido.

—Ahora, por enterado de la vida, pones tú la mesa.

—O sea, llego una hora tarde y me toca a mí poner la mesa. ¿Y qué has estado haciendo tú en todo este tiempo? —se preguntó.

—Tocarme el coño a dos manos.

Rio a carcajadas. Su abuela no tenía filtros y la sutileza no entraba en su vocabulario.

Entró en la cocina a por lo necesario, el olor a comida casera abrió su estómago. Sirvió todo sin rechistar, lo haría incluso aunque su abuela no se lo pidiera, porque desde muy pequeño le enseñó a colaborar en todas las tareas del hogar.

Se sentaron alrededor de la mesa. Al principio comieron en silencio, se quedó embobado mirando el televisor sin ver nada en realidad, pues su mente se encontraba en otra parte.

—¿A ti qué te pasa?

Parpadeó con rapidez antes de desviar la vista. Reme lo sacó de sus pensamientos de sopetón.

—Nada de nada —mintió en un tono poco creíble.

La mujer frunció el ceño, alzó las cejas y soltó tal bufido que voló una miga de pan hacía Pablo. La retiró de inmediato, Remedios quería más información y la conocía lo suficiente como para saber que, o hablaba, o lo encerraba en su casa hasta que lo hiciera.

¡Menuda era su abuela!

Hizo el intento de obviarla, centró la vista en su plato y engulló hasta estar al borde de atragantarse. La mujer le dio unas palmadas en la espalda y se calmó, aunque sabía que no podría escapar ni aunque estuviera a punto del desmayo.

—Gracias.

—De gracias nada, habla —exigió mientras volvía a su sitio.

Intentó ponerse a comer de nuevo, Remedios le apartó el plato y supo que era imposible huir de la conversación. Una parte de él quería guardar esa información para sí mismo, pero la otra quería compartirlo con alguien. Ella, a pesar de ser una decisión muy arriesgada, sería más sensata que ninguno de sus amigos.

—El día de mi cumpleaños me enteré de algo que pasó en una fiesta a la que Aritz me invitó —comenzó. Clavaba su mirada en él, se apreciaba que no entendía nada de lo que su nieto le decía, pues se estaba remontando al inicio de su lío con Alexa—. Allí la gente iba enmascarada y conocí a una chica. En ningún momento le vi la cara.

—Vamos a ver, ¿qué me estás queriendo decir, hijo? Porque tu forma de irte por las ramas hace que quiera estamparte el plato en la cabeza —lo cortó.

—Joder, yaya, tengo que contarte el contexto inicial para que entiendas todo —se quejó.

No sabía si ahondar sobre lo que se hacía en dicha fiesta, aunque Remedios estaba curada de espanto, cabía la posibilidad de que se escandalizara y le repartiera una buena ristra de collejas, cosa que no le apetecía en absoluto.

Al final le hizo un resumen sin entrar en los detalles más obscenos, sin embargo, la mujer no tenía un pelo de tonta.

—Así que el capullo de Aritz te dio la invitación de una fiesta privada que resultó ser una orgía —dedujo.

—Yo no he dicho que lo fuera.

—No hace falta. No nací ayer y aunque los jóvenes de hoy en día os creáis súper abiertos, esos sitios existen desde que yo era joven.

—Es decir, desde la edad de piedra —se burló.

La colleja llegó de inmediato. Predijo que aparecería, pero su abuela acertaba con el instante perfecto para no darle la oportunidad de esquivarla.

Esa también se la merecía. No ocultó la carcajada y la mujer le respondió con un gruñido para después ordenarle que continuara con la jodida historia.

—Primero de todo quiero aclarar que no me gustan esos sitios.

—¿Y por qué te quedaste? —lo cortó una vez más.

Puede que tuviera ansias de conocer el desenlace, las mismas que de interrumpirlo, puesto que era una mujer que no se callaba ni debajo del agua.

—¿Quieres saber la historia o vas a preguntar algo cada vez que haga una pausa? —bufó.

Quería terminar de explicarlo porque se moría de hambre. No ayudaba que el olor de la carne en salsa que su abuela le robó se introdujera en sus fosas nasales cada vez que respiraba. Remedios hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera, dudaba que eso surtiera efecto, pero le dio el beneficio de la duda y continuó.

—No sé qué me llevó a quedarme, quizá todavía esperaba que Aritz y Sara aparecieran, pero acabé en la barra con una copa y allí había una chica tan fuera de lugar como yo.

Relató su conversación entre gritos, las risas y la complicidad que sintió y cómo decidieron buscar un lugar más privado para tener un poco de tranquilidad. En ese punto, su abuela quiso interceder, pero Pablo la cortó antes de que dijera nada.

—No estaba planeado, pero nos acostamos y...

—¿Y qué tiene de malo? No es la primera vez que lo haces con una desconocida —habló sin dejarle terminar.

La mujer cogió aire en sus pulmones, como si durante todo el relato lo hubiera retenido y ya no hubiera podido morderse la lengua. Llevaba diez minutos sin interceder, todo un récord que sabía que no era tarea sencilla.

—Joder, Remedios, eso no es lo malo...

—¿Y entonces qué?! —gritó. Se notaba su desesperación por saber el final.

Reconocía que merecía un punto a su favor, puesto que la introducción al asunto era demasiado extensa.

—¡Era Alexandra! —gritó—. Me acosté con mi mejor amiga sin ser consciente —vociferó y se llevó las manos a la cabeza en un gesto de desesperación.

El silencio se hizo en el comedor. Mantuvo fija la mirada en su abuela, quien apenas parpadeaba con la noticia. Tenía miedo de que le diera un *yuyu*, al menos respiraba, pero después de un minuto que a él se le hizo eterno, seguía sin pronunciar palabra.

—¿No piensas decir nada?

La pregunta hizo el efecto deseado. La mujer reaccionó y lo miró ya con los ojos en un tamaño normal, aun así, se tomó su tiempo para contestar.

—¡Por fin! ¡Santo Jesucristo, has escuchado mis plegarias! —dramatizó mirando al techo.

—¡Abuela! —se quejó entre negaciones—. No mola nada.

—¿Cómo que no? Estáis hechos el uno para el otro. Habéis tardado demasiado. Alexandra y tú os complementáis, este es el paso que os faltaba. Pero... —se pausó y su rostro pensativo parecía estudiar qué decir—. Si ibais con máscara, ¿cómo lo supiste? Y lo más importante, ¿lo sabe ella?

—Lo supe de casualidad por un tatuaje, pero no sé si ella sabe lo de esa noche, pero ayer...

—¡Dime que os volvisteis a acostar!

Le dio un asentimiento y se puso a aplaudir como una foca. Parecía que estaba loca, y aunque le gustaría compartir su entusiasmo, se marchó de su casa de una forma bastante abrupta.

La discusión todavía resonaba en su mente, era la culpable de que no hubiera podido pegar ojo, de no poder dejar de pensar en ella.

—¿Qué hago, abuela? —le preguntó tras contarle lo ocurrido.

—¿La quieres?

—Claro que la quiero, lo que no estoy seguro es de qué forma —confesó y una nueva colleja impactó en su nuca—. ¡Joder! Puedes, por un momento, ¿dejar de ser tan bestia?

—No —replicó—. Llevo más de una década siendo espectadora de lo vuestro. Estás colado por ella, y aunque dices ser valiente, los huevos se te ponen de corbata con solo pensar en decirle lo que sientes. Te mereces mil collejas y ella también. Sois una pareja de babeantes bobos babuinos que se mueren el uno por el otro. Y tú, querido mío, la quieres, pero sobre todo, empotrártela de nuevo, porque sé sin que me lo digas, que tu mente no deja de rememorar esos instantes.

»Espabila, chico, porque al final la perderás y te quedarás sin amor, amiga y polvo.



La vuelta al trabajo llegó en un momento en el que no le apetecía en absoluto. Su mente era un atolladero de pensamientos a los que no quería dejarle cabida. De hecho, si no fuera porque adoraba su puesto, habría sido más duro, al menos, lo utilizaba como una vía de escape para no mantener puesta toda su atención en el imbécil de Pablo.

Sara la esperaba afuera, tenían un pequeño descanso y su amiga ya portaba en sus manos un par de cafés. El calor no abandonaba por completo la ciudad a pesar de ser inicios de septiembre, y a partir de las diez de la mañana, iniciaba su ascenso sin frenos.

—Gracias, Pelirroja —la saludó arrebatándole el humeante vaso. Dio un trago de inmediato sin tener cuidado de no quemarse—. ¡Me cago en la hostia!

Su amiga se carcajeó, la taladró con la mirada, pero no fue suficiente para que dejara de burlarse a su costa mientras soplabla como el lobo de los tres cerditos. Ella no era capaz ni de aplacar su quemazón, así que mucho menos soplar para derribar una casa.

Cinco minutos después, Sara dejó de reír y el ardor ya desaparecía, por lo que pudo continuar con su café sin ningún contratiempo más.

Puso a su amiga al día en temas de trabajo. Durante los últimos días entregó dos canciones a la discográfica con la que colaboraba y con el inicio de la temporada de la serie, presentó varios temas. A ello se dedicó durante la mañana, dirigió al grupo que tocaba y supervisó cada detalle. Hasta que no estuvo perfecto, no se reunió con Sara. Era una quisquillosa, pero lo que hacía era tan suyo, que no podía dejar que no fuera lo más perfecto posible.

—Te repito una vez más que quien debería cantar eres tú.

—Y yo te repito que no puedo —contestó y dibujó una mueca rara.

La insistencia de quienes la rodeaban no era ayuda para atajar su miedo escénico, solo presión. No importaba cuántas veces le repitieran que tenía un talento alucinante que el mundo necesitaba conocer. Lo sabía a la perfección, pero su mente le jugaba malas pasadas que le impedían salir del cascarón.

—¿Alguna vez has conseguido cantar delante de alguien?

—Lo hice en tu boda.

—Escondida. Me refiero a dando la cara. —Negó.

—Ni siquiera en el conservatorio de música —reconoció—. Quien me ha escuchado cantar es porque me ha pillado de improviso, y en cuanto me doy cuenta, mi voz desaparece —se desahogó.

No ahondaba muy a menudo en ese tema porque causaba que su humor se enturbiara. Sentía

que ella misma ponía frenos a su talento, que quizá, perdía grandes oportunidades por la incapacidad para superar su fobia.

—Sé que lo lograrás, Alexa. Que cantaras en mi boda, aunque no lo creas, fue un paso gigantesco —la animó con una sonrisa que agradeció, correspondiéndola.

Que confiara cuando ella no era capaz de hacerlo, provocaba cierta presión. No quería decepcionarla, ni que se hiciera ilusiones, pues el solo hecho de pensarlo conseguía que le entrara migraña.

—¿Estás bien? —se interesó Sara al ver que no dejaba de masajear sus sienes.

—Es solo dolor de cabeza —le restó importancia. Le perseguían dese hacía unos días, y por mucho que lo tratara, no desaparecía. Era probable que el estrés no fuera el mejor aliado para evitar esos malestares, pero tampoco podía deberse a eso porque acababa de volver al trabajo

De hecho, lo más probable fuera que su manía de darle mil vueltas a las cosas tuviera la culpa. Sí, sería eso.

Ambas terminaron su café y Sara le ofreció un cigarrillo. No iba a ayudar con el dolor, pero la adicción a la nicotina era más fuerte. Lo encendió y dio su primera calada. Mantenían un cómodo silencio que su amiga rompió con una pregunta.

—Esta noche tocan los chicos en el New Underground, ¿te apuntas?

—La verdad es que no me apetece —contestó de forma apresurada.

No tenía ganas de ver a Pablo por cómo terminaron las cosas el último día. Su principal pensamiento, ese que revoloteaba a todas horas por su cabeza, iba en derredor a sus palabras.

Se quedó tan absorta que no fue consciente de que su rostro dibujaba una mueca extraña. Sara sí, por lo que el interrogatorio no tardó en llegar.

—A ti te pasa algo.

—Para nada —contestó en tono indiferente.

—Alexa, nos conocemos. Sé a la perfección que ocultas algo. Aunque lo hayas hecho de forma inconsciente, en cuanto he mencionado que vinieras al concierto, tu cara ha cambiado de forma drástica. ¿Qué te ha pasado con Pablo? —Era muy intuitiva, además de que era evidente y no hacía falta mucha inteligencia para deducir que la raíz de su negativa tenía el nombre del bajista de los Dark Angels.

—Nada. Todo sigue como siempre.

En ningún instante la miró, no quería que leyera sus ojos, pero su amiga no se rendía con facilidad. Caminó hasta pararse frente a ella y ya no pudo evitar sentir como los ojos verdes de la pelirroja pretendían sacarle toda la información.

—Sabes que te lo sacaré, así que ahórrame montar el espectáculo en nuestro lugar de trabajo y suelta prenda —ordenó.

Soltó un suspiro, llevaba más de una semana callando, no podía más. En ella confiaba, así que no tenía ninguna excusa para cerrar el pico.

—Me volví a acostar con Pablo —confesó.

—¿Qué?! ¿Cómo? ¿Cuándo? —dijo tan alto que llamó la atención de algunos compañeros que descansaban por la misma zona.

—¿Podrías ser un poco más discreta? —preguntó con ironía. Sara se disculpó con la mirada y tras cerciorarse de que ya no las miraban, se arrancó a hablar—. Vino a mi casa, y nada más abrir, se me tiró como un depredador. No sé qué pasó por mi cabeza para no frenarlo, lo llevé hasta mi habitación y el resto ya te lo imaginas.

—¡Pero eso está bien, tía! —comentó.

—Para nada. Luego discutimos. Le pregunté porque lo había hecho y su respuesta fue de lo

más escueta. Lo hizo porque era lo que quería —añadió. Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios.

—Otro capullo —rodó los ojos.

—Luego siguió la discusión y me llamó hipócrita por esconder lo que sentía, cuando él hace exactamente lo mismo.

—Vaya dos idiotas —bufó contrita—. Tenéis que hablar claro de una vez por todas. ¿No ves que esto solo jode vuestra relación?

—¿Y qué digo? Es mi amigo, nunca me he encontrado en una situación igual.

—¿Qué sientes por él? —la cortó antes de que continuara con la cantinela de siempre.

No respondió. Temía decirlo en voz alta.

Era su amigo, el mejor que tuvo desde que era una niña y del que se enamoró sin pretenderlo. Eran tan iguales en ciertos aspectos, que siempre pensó que serían la pareja perfecta, hecho que nunca ocurrió.

Pablo era un chico bastante popular, el malote sexi de instituto con un imán para las chicas. Todas iban detrás de él. Sus relaciones eran puñaladas que iban directas a su corazón, y a pesar de tener esa confianza tan fehaciente con él, nunca tuvo el valor suficiente para abrirse.

Temía no ser correspondida, por lo que prefirió callar y conservar su bonita amistad.

Dejo a Sara sin respuesta con la excusa de volver al trabajo. La conversación no terminaba, de hecho, creía que al finalizar su jornada volvería con el tema, cosa que no ocurrió.

—¿A qué hora es el concierto? —preguntó ya en el estacionamiento de plató

—¿Irás? —inquirió con sorpresa.

Estaba harta de esconderse, además, no quería perder la oportunidad de ver al grupo en concierto, así que asintió.

—A las diez. Pero cuando llegues envíame un mensaje y salgo a por ti.

Nada más llegar a casa fue directa a la ducha. Tras un día agotador, necesitaba relajar sus músculos con agua caliente. Por suerte el dolor de cabeza remitía, a diferencia de la pesadez de sus músculos, que continuaba dejando un molesto dolor en todo su cuerpo.

Cabía la posibilidad de que estuviera incubando algún virus, no le dio más importancia, pues tan solo tenía una hora para arreglarse e ir al New Underground. Su vestimenta sería acorde para la noche; una falda de tipo cuero y un top negro de manga corta que dejaba a la vista su vientre y lucía un buen escote. Se maquilló con un potente delineado en negro que agrandaba sus ojos verdes y culminó con un labial rojo pasión de larga duración.

Llegó justo a tiempo. Se encontró con Sara y la llevó al interior, ahorrándose una cola que daba la vuelta a la manzana. Los Dark Angels eran muy populares, todos querían escuchar su música en el local que los dio a conocer, y no le extrañaba, pues ella misma era fan en secreto de aquel trío lleno de talento. En especial, de su bajista.

—Vienes a un concierto, no a un entierro —murmuró su amiga mientras accedían al interior.

—Estoy muy contenta por verlos.

—Pues menos mal —ironizó.

Pensó que volvería con el tema de Pablo, sin embargo, zanjó la conversación y la llevó por el interior del local. El escenario ya estaba preparado, aún no se llenaba, puesto que quedaba casi una hora para que diera inicio. Eso ayudaba a que pudiera seguir a Sara sin perderse en la marabunta.

—¿A dónde vamos? —preguntó al ver que se alejaban del escenario para ir por la parte trasera

—A los camerinos, con los chicos.

—Yo me quedo aquí —espetó de inmediato.

Sara se frenó tan de golpe que chocó contra ella. Estuvieron a punto de caer de morros contra el suelo.

—Ni de coña. Tú te vienes.

Arqueó las cejas, no tenía pensado ceder porque no estaba mentalizada para ver a Pablo. Era cierto que no estaba en el lugar indicado para evitarlo, de hecho, eso la ponía nerviosa, pero tenía la esperanza de poder escabullirse en cuanto terminara el concierto sin tener que verlo.

Obviamente, su amiga no penaba permitirse.

Cogió su mano con fuerza y la arrastró en una dirección que no deseaba tomar. Ya en la puerta, Aritz las recibió y su intención de quedarse junto a su amiga, alejada de él, se fue al traste cuando la pareja comenzó a meterse mano en un rincón.

Ojalá Dafne y Enoch estuvieran ahí para poder refugiarse entre ellos, pero la pareja tenía que actuar como buenos padres y cuidar de Atenea. Y por eso estaba ahí todavía, junto a la puerta, mirando al suelo en un intento de evitar el rostro sorprendido de Pablo al verla ahí.

—¡Esa Rubia guapa! —Alzó la vista ante el efusivo saludo de Gabi y se armó de valor para actuar con normalidad.

Le dio un abrazo y dos besos, luego, tras desearle suerte en el concierto le llegó el turno de plantar cara al objeto de su deseo.

No dejaba de mirarla. Antes incluso de fijar la vista en él, sentía sus ojos clavados en el cogote con una intensidad que erizaba el vello de su piel.

Tenía que ser valiente. Además, actuar de una forma distinta a la habitual entre ellos, solo haría que levantar sospechas de que entre ellos ocurría algo. Sara lo sabía, pero Aritz y Gabi no eran tontos y ocultaban a una cotilla de barrio en su interior que peleaba por conocer los chismes del vecindario.

Él fue quien dio el primer paso para acercarse. No parecía muy seguro, supuso que se arrepentía de cómo acabó la cosa entre ellos la última vez. Ninguno tuvo la valentía de contactar, sin embargo, Alexa tenía claro que era él quien debía dar primero la cara, pues fue quien la tachó de hipócrita y la lio por mentirse también a sí mismo a la hora de hablar de sentimientos.

—¿Vas a saludarme? —preguntó en tono inocente. Intentaba restar hierro al asunto actuando como siempre, siendo él.

—Ven aquí, imbécil —respondió y se fundieron en un abrazo.

Creyó notar cómo él aspiraba su aroma, aunque no tuvo tiempo de comprobarlo, porque se separaron muy deprisa.

—¿Qué haces aquí? No te invité porque...

—Sara me convenció —lo cortó antes de que dijera algo que Gabi pudiera escuchar—. Y tú pensabas que no vendría —terminó y él asintió—. Y no quería, pero tampoco podía perderme un concierto gratis en el que tocan mis amigos.

—Interesada... —bromeó y ella le dedicó una sonrisa.

No quedaba mucho para que comenzara el espectáculo, la mánager acababa de entrar para ultimar los detalles y Pablo no dejó de bromear con ella durante ese tiempo muerto. Por un instante, daba la sensación de que todo siguiera igual, que lo ocurrido unas noches atrás, solo era producto de su imaginación.

Lo cierto era que no sabía si eso le molestaba o se lo hacía más sencillo. Tenía sentimientos encontrados y poco tiempo para examinarlos.

—¡Vamos, chicos, es la hora!

Sara y Alexa estaban en primera fila, con la mano podían tocar el escenario. El grupo subió a él y una oleada de gritos estuvo a punto de dejarla sorda.

Era la primera vez que los iba a ver en directo. La actuación de la boda no contaba porque el aire que se respiraba en el New Underground era totalmente distinto.

Aritz dio su discurso de inicio y de inmediato, el Rock and Roll se volvió protagonista.

Alexa gesticuló cada una de las letras de las canciones, bailó y se prendó de la voz tan hechizante de Aritz. Tenía un tono del que era imposible no enamorarse. De hecho, no era lo primero que llamaba su atención, pues a cada instante, su mirada viajaba hacia el mástil del bajo y quien lo tocaba.

Se notaba en cada melodía. El juego de manos de Pablo era impecable. Le recorría un escalofrío cada vez que rasgaba las cuerdas, pues su cuerpo rememoraba a la perfección lo que esas manos hicieron en su propia anatomía. Desprendía arte por cada poro, tenía tal maestría que su ensimismamiento no la dejó ver que él sonreía mirando en su dirección. Estaba segura de que era capaz de notar como se calentaba, porque la excitación aumentaba de forma exponencial con cada uno de los toques contra las cuerdas.

¡Estaba fatal!

El concierto estaba a punto de terminar. Lo sabía por las palabras que dedicaba Aritz a su público, que pedía otra canción sin descanso. Ella misma la quería, así que le sorprendió cuando el líder del grupo comunicó que aún quedaba una pieza, algo inédito.

—Con todos ustedes, nuestra nueva canción. *¡No me cantes milongas!*

Abrió la boca con sorpresa. Miró a Pablo y este le dedicó una mirada avergonzada, a la par que aterrada.

Era su frase, y ahora, estaba a punto de ser partícipe, de cómo gracias a ella, nacía una canción.



Por primera vez en mucho tiempo sintió nervios antes del concierto. Nunca solía pasarle ni aunque estrenaran canción. Esa vez era distinto., se trataba de su creación, de su vida. Unas vivencias que resonaban en su interior con intención de trastocar todo. Y si además le añadías que la protagonista de dicha pieza apareciera aquella noche, el terror se tornaba aún más real.

Fue un choque para el que no estaba preparado tras lo ocurrido días atrás. En un inicio no supo reaccionar, una parte de él, quería ir, darle un beso en los morros y pedirle disculpas por haberse comportado como un auténtico imbécil. La trató fatal, y desde entonces, su rostro decepcionado de aquel día aparecía sin descanso recordándole la cagada.

Decidió no hacer nada de eso, sus amigos los rodeaban y estaba seguro de que ella tampoco tendría ganas de dar explicaciones, así que, dio el paso y actuó lo más natural que pudo. Solo cuando se fundieron en un abrazo se perdió durante unos segundos con su aroma embriagador.

¿Qué le pasaba?

La culpa la tenía su abuela, quien durante la pasada cena le calentó la cabeza de mala manera. Debió haber hecho mutis por el foro, no obstante, tampoco le venía mal algo de realidad a su fantasiosa mente incapaz de reaccionar. Alexa hablaba con Gabi, por lo que aprovechó para acercarse al matrimonio feliz que no dejaba de meterse mano y encaró a la bruja pelirroja.

—¿No te cansas de las encerronas?

—¿Yo? —inquirió con inocencia—. Solo he invitado a tu mejor «amiga». ¿Qué tiene de malo? —continuó y no se le pasó por alto el retintín con la palabra amiga.

No tenía dudas de que Alexa la había puesto al día, era su oportunidad para hacer de celestina entre dos amigos que no conseguían poner sus mentes en orden.

—Nada, pero justo hoy...

—No te comas la olla. Además, que ella esté aquí no implica que se cancele el estreno de la canción ¡Échale huevos, Pablito! —se metió Aritz y su respuesta fue un gruñido.

Iba a quedar en evidencia. Esa canción hablaba de ambos, de sus momentos, de bonitos recuerdos que lo acompañaban a diario. No era una declaración de amor, pero la definición de Alexa, y lo que significaba para él, quedaba al descubierto con ese vómito de palabras que tuvo y dio como resultado una pedazo de canción.

Ella era todo, la niña que lo volvió loco de joven, la que nunca logró olvidar del todo y que regresaba a su vida para darle otro giro de ciento ochenta grados.

No hubo tiempo para más charla. Se quitó los nervios por el momento y subió al escenario para darlo todo una vez más.

En el instante en que la música dio inicio, se abstraigo con su bajo, acariciando sus cuerdas y acompañando al grupo para hacer un gran espectáculo.

De vez en cuando la buscaba con la mirada, no era difícil de encontrar, pues estaba justo al lado. Sonreía de forma inconsciente cada vez que observaba sus labios moverse al compás de la canción. Se las sabía todas, aunque se apostaba un huevo a que su voz no salía de entre sus labios a causa del maldito miedo escénico.

Sus miradas se encontraron y juraba poder ver cómo se sonrojaba. Estaba preciosa. No importaba qué se pusiera, pero ese atuendo roquero le otorgaba un estilo que para él resultaba todavía más apetecible.

Mientras acariciaba las cuerdas, se imaginó recorriendo su cuerpo, rozando cada curva y observando su rostro contraerse de placer. Tampoco podía deleitarse mucho con esa imagen en su mente, pues lo último que quería era fotos suyas en las redes con la tienda de campaña en todo lo alto.

El concierto llegaba a su fin, lo que significaba que Aritz presentaba la nueva canción. En cuanto desveló el título miró a Alexa y ahí llegó el verdadero terror, pues no se sentía preparado en absoluto.

Aritz se giró para acudir hasta su posición y le dejó un fuerte apretón en el hombro para infundirle ánimos.

Ya no había marcha atrás, Gabi comenzó a aporrear el ritmo con la batería y tuvo que espabilarse porque su parte también comenzaba.

—*Ella seguía mis locuras, endulzaba mis tardes y me acogía en sus noches con una sonrisa.*

El público enloquecía con cada frase, nadie se la sabía, pero no importaba porque lo poco que veía de sus rostros a causa de los focos cegadores, era que disfrutaban.

Era cañera, rock en estado puro. El estribillo estaba cerca y fue el turno de Pablo de acercarse al micro. Sabía cantar, lo que no tenía claro era si podría evitar soltar un gallo por culpa de los nervios.

—*No me cantes milongas, no te creo una palabra. Tú y yo siempre hemos estado destinados.*

—Se desgañitó, solo en el instante en que regresaba junto a su bajo, volvió la vista hacia la protagonista de la canción. No la veía demasiado bien, las luces cegaban, pero juraría que en su rostro se adivinaba una enorme sorpresa.

No era para menos.

La canción terminó y los gritos y aplausos ensordecieron el ambiente. Respiró hondo, y a pesar de sentir todavía los nervios a flor de piel, le enorgullecía comprobar que su letra gustaba a los fans. No había mayor reconocimiento para un artista que sentirse así de querido.

—Gracias a todos. De verdad, es un gran honor para nosotros estrenar aquí un tema, en el local que nos vio nacer. Aquí comenzó nuestro sueño y siempre formará parte de nuestra historia —habló Aritz—. Gracias, ¡os queremos!

Al bajar del escenario se fue con el resto hacia los camerinos para asearse un poco. El sudor empañaba su cuerpo y aprovechó para darse una ducha rápida y cambiar su ropa. No sirvió para destensar sus músculos, seguía en caliente, pero al menos ya no se sentía incómodo a causa de la suciedad.

—Ha sido espectacular —lo felicitó Aritz. También terminaba de cambiarse y parecía deseoso de volver con su mujer.

—Sí —admitió—. Ahora entiendo cómo te sentiste la primera vez que cantaste *Bruja*.

—Libera, pero acojona —lo cortó y no pudo más que asentir—. Ahora no hagas ninguna gilipollez. Ve con ella, hablad y dejaos llevar.

Torció el gesto. Eso era lo complicado, porque seguía sin tener ni idea de cómo obrar después de abrirse con esa canción.

Una vez terminó, salió del camerino y actuó como uno más que pretendía pasarlo bien en el club. Le costó varios minutos llegar a la barra, era lo malo de querer comportarse como un ser humano del montón entre tanta gente que acudía solo por ellos. Firmó unos cuantos autógrafos, se hizo fotos siempre con una sonrisa y también recibió proposiciones indecentes de lo más suculentas.

La meta era llegar a sus amigos, los visualizó gracias a la cabellera naranja de Sara, estaban justo donde él quería ir; la barra. Junto a ella, Alexa bebía distraída mirando a un punto incierto.

Respiró hondo, nervioso.

Tenía intriga por saber su opinión, por lo que después de darle un rápido saludo a Sara, se reunió con ella.

—Hola —la saludó cohibido y ella respondió de la misma forma.

De nuevo, eran esos dos imbéciles que se comportaban como completos desconocidos que iniciaban el proceso de conocerse.

Alexa dio un trago a su bebida, terminándola casi del tirón y Pablo aprovechó que pedía otra para hacer lo mismo. Tenía la garganta reseca, así que, el primer trago le supo a gloria. Aunque el alcohol aún no hacía nada de efecto, le dio valor para seguir con la conversación y así romper el hielo por enésima vez.

—¿Te ha gustado el concierto? —preguntó. La chica puso cara rara, no escuchó bien la pregunta pues era cierto que en la barra había tanta gente por culpa de Aritz, que las voces se ensordecían.

La cogió de la mano y se la llevó a un lado. Había varias mesas en un rincón que por suerte estaban vacías.

—Aquí mejor —dijo en voz alta y Alexa sonrió dándole a entender que ya le escuchaba—. Decía que si te ha gustado el concierto.

Asintió, mostrando una alegría que llegaba a sus ojos, eso le provocó un pellizco agradable en el corazón.

—Sois increíbles. Aritz tiene un vozarrón que moja las bragas —murmuró y ambos soltaron una carcajada.

—Que se lo digan a Sarita. Yo creo que solo están juntos porque su voz la hechizó, porque santa paciencia debe tener para aguantarlo —se burló y su amiga le dio la razón.

Comenzaban a ser ellos mismos, cosa que le aliviaba, porque aunque rondaba por su mente todo lo ocurrido, agradecía un poco de normalidad. Sin discusiones ni malos rollos.

De hecho, la realidad era que se acobardaba a la hora de tener que afrontarlo.

—¿Y la nueva canción? *No me cantes milongas* —habló Alexa sacándolo de sus pensamientos. Le costó un poco entenderla, puesto que el tono de su voz se redujo.

No dijo nada, solo se encogió de hombros con una sonrisa ladeada en su rostro.

¿Qué podía decir? ¿Qué era para la persona más importante de su vida?

Ni de coña. No tenía valor, y menos, cuando ella tampoco parecía muy dada a hablar del tema.

—Me ha sorprendido y gustado muchísimo. Sin duda, se va a convertir en mi favorita de todo vuestro repertorio.



Sabía que dejar apartado el tema que mantenía cierta tensión entre ambos, era actuar como dos completos inmaduros incapaces de afrontar sus actos.

Alexa no estaba preparada para perder la amistad que tenían, tragarse sus propios sentimientos no era sano, pero le bastaba.

Al final él tenía razón, eran hipócritas por actuar como si no hubiera pasado nada. Su juego de recordar el pasado entraba en escena una vez más, haciendo de la velada algo divertido y que nada tenía que ver con sentimientos más allá de la amistad.

Estuvieron ahí, apartados del resto durante algo más de una hora. Tan solo se separaban cuando reponían sus copas. Ya llevaba tres que comenzaban a hacer mella en su organismo, de la misma forma que la absenta en el de Pablo.

—Vas borracha.

—Creo que no más que tú —rio sin sentido.

—Touché. —Admitió y se quedó en silencio varios segundos antes de pronunciar su siguiente frase—. Te queda de vicio el estilo roquero. La verdad es que llevo un rato planeando distintas formas de desnudarte.

—Definitivamente, tú estás más borracho —pronunció en un intento de restarle importancia a su intromisión, pues reconocer lo caliente que acababa de ponerla, conllevaría a hacerla cometer el mismo error que días atrás.

Y no era el momento indicado.

Quería. ¡Vaya que sí! Pero primero debían hablar, de verdad, hacerlo bebidos no le aportaría la credibilidad pertinente.

—Ya has visto demasiado, así que, ni hablar, Pitufu. Deja de soñar.

—En el fondo lo deseas —continuó con el juego.

—No tanto como tú —contestó con indiferencia forzada.

Bebió un trago largo, tanto, que casi terminó con otra copa.

—A ver, vosotros dos. ¿Qué mierda os traéis entre manos?

Sara apareció de la nada a hacer de metiche. Se sentó entre ambos, movimiento que agradeció para aplacar la calentura y porque Pablo cada vez se acercaba más a sus labios, y los miró de hito en hito.

—Nada, Sarita. Solo hablábamos cómo amigos que somos —aclaró y dio otro trago.

Pablo ni se pronunció.

—Claro, claro —se burló la pelirroja haciéndola gruñir.

—Yo ahueco el ala, chicas, que la copa no se rellena sola. ¡Nos vemos!

El bajista se marcó una bomba de humo como una catedral y las dejó a solas en ese rincón del local donde la música llegaba ahogada.

—Si estáis bien, deduzco que ya habéis hablado —supuso.

Alexa dio negativas con la cabeza, porque esa era la realidad.

—No. Hemos ignorado el tema de forma descarada.

—Cobardes...

—Tienes razón. Yo lo soy, pero... —hizo una pausa. Suspiró y luego terminó su cuarta copa con un último trago— no quiero perderlo. Es complicado hablar de ello.

—¿Qué temes, Alexa? Porque de verdad te digo que ambos estáis cometiendo un grave error —declaró sin rastro de burla.

Todo. Eso temía.

—Que todo se vaya a la mierda. Que la confianza que tenemos desaparezca y nunca la recuperemos. Pablo siempre fue mi ancla, un compañero perfecto de aventuras, pero jamás

sobrepasamos el límite de la amistad.

»Y ahora, doce años sin vernos y nada más reencontrarnos nos acostamos. Una de forma inconsciente, y otra con premeditación que acabó con reproches por ambas partes.

—Si hablarais de lo que sentís se irían tus temores. Tú le quieres, quizá, te cueste reconocerlo, pero él también te quiere a ti —le sonrió y soltó otro gruñido.

Sí, era probable que la quisiera, pero no de la forma que ella quería. Ni siquiera la canción de *No me cantes milongas* le había dejado claro ese aspecto. No era una declaración de amor, sí había sentimiento, pero tenía dudas sobre cuáles.

Giró la vista hacia la barra y gruñó, quedándole bien claras muchas cosas.

—Mira cuánto me quiere, que nada más dedicarme una canción, no pierde la oportunidad de darme la hostia con la mano abierta.

Sara miró en la dirección en que se perdían sus ojos. Se le escapó un «imbécil» de los labios, seguido de negaciones.

Pablo coqueteaba de forma descarada con una morena, demostrando así, que Alexa solo tenía cabida con él como la amiga con derecho a roce a la que pretendía volver loca con sus vaivenes.



Cuando la noche dio fin su estado mental consistía en un muy elevado grado de confusión. Bueno, y para qué mentir, también tenía una borrachera de órdago a causa de la absenta.

En el instante en que Sara apareció a alcahuetear en la conversación que tenía con Alexa, sintió la necesidad de huir. La charla comenzaba a subir de tono, alejarse, era la mejor opción para no sucumbir a la tentación de cumplir la fantasía de desnudarla ahí mismo.

Eso lo condujo a la barra. Pidió una copa tras otra hasta llegar a un punto en que no recordaba nada. No tenía ni idea de cómo logró llegar a su piso, pues la última imagen medio nítida que recordaba, era la de estar con una copa casi vacía, y luego, aparecer una chica morena que no dudó en insinuarse.

¿Coqueteó?

No estaba seguro, lo que sí recordaba a duras penas, porque tenía esa imagen grabada, era echar un último vistazo a Alexa antes de desaparecer con la chica para darse el lote.

Lo hizo. De eso estaba convencido, de la misma forma que la mirada de su amiga llena de decepción.

—Eres un imbécil de tamaño estratosférico, Pablito —se reprochó.

Actuó con premeditación y alevosía en un intento de obviar lo que de verdad quería. Por alguna razón, comportarse como un cabrón, le resultaba más sencillo que ser sincero con ambos.

En realidad, tampoco suponía nada, no se acostó con la chica y Alexa y él no eran pareja. Aun así, el sentimiento de culpabilidad no desaparecía de sus pensamientos.

Salió de la cama casi de un salto, olvidando que tenía una tremenda resaca que lo hizo marearse, y fue directo al baño para darse una ducha.

No podía quedarse de brazos cruzados y seguir actuando como si todo fuera sobre la seda. No era así. Se consideraba un poco masoquista, porque corría el riesgo de recibir una bofetada bien merecida, pero iría a verla.

Dejó que el agua relajara sus músculos, no le importó que estuviera a la temperatura de la lava de *Mordor* en pleno septiembre, pues sirvió para espabilarlo. Tras secarse y vestirse con lo primero que encontró en el armario, se hizo un café bien cargado para terminar de despejarse y salió de casa.

Podría haber cogido la moto y plantarse allí en menos de cinco minutos, mas prefirió recorrer las calles a pie para así pensar en qué decirle.

No le sirvió de mucho, seguía sin saber qué decir en el instante en que tocó su timbre. Insistió varias veces, pero nadie abría, así que desistió al darse cuenta de que Alexa no estaba en casa.

Rendirse no entraba en sus planes, más o menos sabía por dónde rondaba cuando paseaba por la ciudad, todo contando, que eso fuera lo que estuviera haciendo. Caminó atento, en su búsqueda, y no se equivocó cuando al llegar a la zona de Plaza Catalunya entró en el Hard Rock Café. Sabía que le encantaba ese sitio, y allí estaba, junto a la barra, hablando de forma animada con el gerente.

Se quedó en la distancia, como un voyeur, bebiendo una Coca-Cola a la espera de que se girara y lo viera.

Nunca llegó ese momento, pues después de más de media hora, se puso las gafas de sol y salió del local, rauda como una gacela, sin mirar a nada y a nadie.

—Justo hoy tiene que ir en la inopia —gruñó en un susurro.

Actuaba como un acosador. Mantenía la distancia con ella mientras la seguía por toda la Rambla de Catalunya dirección a la Barceloneta. No paró ni una vez, puesto que las gafas de sol que fue hábil en coger, ayudaban a que no se fijaran en él y lo reconocieran. Una suerte, pues como lo pararan, su tapadera quedaría al descubierto y cabía la posibilidad de que Alexa desapareciera para no toparse con él.

Tenía una película montada en su mente, era lo que tenía pasear a solas con su objetivo a la vista, que le sobraba tiempo para fantasear con escenas como si se tratara del protagonista de una película de espías.

La playa entraba en su campo de visión. Llevaba como media hora pateando la ciudad, con la resaca y el cansancio, comenzaba a estar hasta los cojones. Quería gritar a Alexa para que se detuviera de una puñetera vez, pero no era lo apropiado para comenzar una conversación tras su persecución por la ciudad.

En el fondo, sabía que esa opción era mejor que seguirla, pero una parte de él, se acobardaba con la idea de enfrentarse a ella.

Ni siquiera tuvo la oportunidad de mirar su rostro, no podía adivinar qué pasaba por su cabeza, mas algo le decía que estaría muy enfadada. Quería estrecharla entre sus brazos, aspirar su aroma y lanzarse a por esos carnosos labios que desde que los probó no abandonaban sus pensamientos. No quería seguir con esa incertidumbre, sabía que acabaría por joderse su amistad si no ponían las cartas sobre la mesa, pero hablar de sentimientos era una tarea que no se le daba nada bien.

No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta, porque cada acción, servía para complicarle más la vida.

Esperaba, al menos, aplacar los ánimos a partir de ese instante.

Alexa se detuvo al fin y la ojeó sentada en la arena de la playa, fumando un cigarrillo, atenta al horizonte.

Era su momento, y al igual que hacía cuando subía al escenario, respiró profundo, apartó sus miedos y apareció en escena.



Reconocía que no había pasado la mejor noche de su vida por culpa de sus pensamientos. Dormir se le hizo complicado a pesar del cansancio.

La noche transcurrió perfecta en su inicio siendo espectadora del talento alucinante de los Dark Angels en directo, luego se tornó en turbia desde el instante en que vio a Pablo con la morena.

No tenía razones para cabrearse, ellos no eran pareja ni nada por el estilo, pero sus

sentimientos se vieron dañados por una actitud de él que le asqueaba. Se sentía utilizada, le daba la sensación de que lo de ir a su casa y acostarse, tan solo se trataba del arrebato de un niño que solo ansiaba meterla en caliente.

Se aseó en el baño, dispuesta a salir a airearse. Las ojeras que se dibujaban bajo sus ojos eran pronunciadas, las tapó con una pizca de maquillaje y cogió sus cosas para salir a la calle.

Puso rumbo al Hard Rock. Casi eran las doce de la mañana, tiempo razonable para tomar una cerveza bien fría a pesar de la resaca. Caminar bajo el calor de la hora punta del sol era agobiante, el verano no parecía tener intención de abandonar y dejar su puesto al otoño. Aunque adoraba ir a la playa y pasar horas a remojo, prefería las dos épocas intermedias del año, donde no hacía frío, pero tampoco calor.

Paseo por las calles un tanto ausente. Le dolía la cabeza y todo el cuerpo, no sabía si de la noche anterior o del estrés que ocasionaba ser una obsesiva que no paraba de darle vueltas a la cosas. No solo eso, pues también era experta en crear tramas que no ocurrían en la realidad. Por lo que después de ver a Pablo coquetear y meterle la lengua a la chica, su mente también imaginaba el polvo que echarían después.

Eso, sin duda, aumentaba más su cabreo, y a la vez, dolía.

Entró al Hard Rock y fue a la barra, Jaume le sonrió, pero ella no respondió como siempre.

—¿Otra vez con el mal de amores? —le preguntó tras servirle la cerveza.

—Resaca —respondió contando una verdad a medias.

No resultó muy convincente, pues no la creyó. Suerte que tuvo que irse a atender a los clientes, porque así tuvo tiempo de beber tranquila y prestar atención a las canciones que sonaban en el hilo musical.

Daba igual el ritmo, el rock siempre la relajaba. Era su bálsamo favorito para alcanzar la tranquilidad.

—Rubia, ¿vas a decirme qué te pasa? —insistió Jaume en cuanto volvió detrás de la barra.

—Ya te lo he dicho. Ayer fui de concierto y tengo resaca.

—¿De quién? —se interesó. Como buen amante de la música, siempre compartía con él datos como ese.

—Los Dark Angels.

Soltó una fuerte carcajada. Alexa gruñó, porque sabía a la perfección que acababa de atar cabos y adivinó por quién estaba así. Sabía su historia con Pablo a medias, pero al igual que el resto de la humanidad, insistía en decir que en el fondo estaban enamorados.

Ya no creía que ese sentimiento estuviera tan oculto, pues por lo menos en ella, emergía con intención de arrasarlo todo, y así estaba, a punto de volverse tarumba por no querer afrontarlo.

Le hizo un resumen de la noche, desvió el tema a lo bien que tocaban juntos, pero cuando comentó lo de la nueva canción, *¡No me cantes milongas!*, ya no se resistió a volver al tema que la incomodaba.

—A ver, yo no soy muy avisado, pero si te ha dedicado una canción, creo que tiene la misma confusión mental que tú —declaró con decisión.

—No sé cómo serán las confusiones mentales en los hombres, pero yo, si siento algo, no busco enrollarme con el primero de cambio delante de sus narices.

—¡Menudo capullo!

—Pues sí. Sé que no puedo reprocharle nada, solo somos amigos, los mejores, pero después de todo lo que hemos pasado, no puedo evitar la decepción, la rabia... ¡No lo sé! Pero me está mareando —explotó.

Decirlo en voz alta liberaba, escuchar los ánimos de Jaume, también.

Le agradeció la conversación, terminó su cerveza y se puso en marcha para continuar con su paseo.

La playa de la Barceloneta estaba a casi meda hora a pie, mas el camino fue tranquilizante. No estaba llena, así que aprovechó para sentarse a una distancia prudencial y fumarse un cigarrillo a disfrutar del paisaje. El sonido de las olas al romper le encantaba, era una melodía relajante creada por la propia naturaleza.

Dio una fuerte calada y notó cómo alguien se sentaba a su lado. Ya estaba preparada para echar a quien fuera que osaba invadir su espacio, pero la persona, era Pablo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó en un tono poco amistoso.

Dudaba que se tratara de una casualidad. Debía de haberla seguido sin ser consciente.

—Veo que te has levantado de mala hostia.

—No me toques los ovarios, Pablito —gruñó.

Si pudiera atacar con la mirada, él estaría agonizando en la arena.

Que respondiera con una sonrisa socarrona aumentó su enfado. Se levantó de la arena, soltó otro gruñido y decidió dejarlo ahí, no le apetecía verlo.

En cuanto dio dos pasos, la frenó.

—Vamos, Alexa, hablemos. No me gusta estar así.

—No tengo nada que hablar contigo. Además, tampoco me apetece —respondió con cinismo.

Había una cosa a la que nadie podía ganarle, y esa era a orgullosa. Con un cabreo descomunal era imposible que menguara su cabezonería.

—¿Qué he hecho ahora? Joder, creía que estábamos bien.

—Eres un mentiroso. Sabes a la perfección lo que has hecho, te conozco lo suficiente como para saber que estás utilizando tu jueguito de niño bueno que nunca rompe un plato —lo señaló con el dedo, dando un par de pasos para enfrentarlo cara a cara.

—¡Es que no sé qué cojones quieres! —gritó él. Suerte que la playa estaba casi vacía, porque el espectáculo era lamentable—. Si te has picado por lo de ayer...

—No me he picado —lo cortó, mintiendo como una bellaca—. Pero estoy harta de ti.

Quiso emprender la huida de nuevo, pero Pablo no estaba por la labor. La cogió de la mano y de un tirón la acercó, hasta el punto en que chocó contra su pecho.

—¿Qué coño ha...

No pudo terminar de formular la pregunta que continuaría con la discusión, pues él atrapó sus labios y dio inicio a una danza tan hechizante, que todos sus pensamientos se evaporaron.

Definir lo que sentía con un beso era la tarea más complicada de su existencia, puesto que todo explotaba en su cerebro. Aparecían con fuerza los recuerdos del pasado, también los instantes compartidos en la cama, pero sobre todo, el cariño que se profesaban desde siempre y lo afortunada que era de volver a tenerlo en su vida.

Sin embargo, un beso no era la respuesta para arreglar una situación que a ambos se les escapaba de las manos. Su forma de acallarla no hacía más que acrecentar su inseguridad sobre en qué dirección iba su relación.

Además, tan solo unas horas atrás le estaba metiendo la lengua hasta el esófago a otra tía.

Ella no era el segundo plato.

De nadie.

Lo apartó de un empujón, dispuesta a reprocharle su actitud.

—No soy un juguete que puedas utilizar a tu antojo, Pablo. Ya basta de juegos.

—Alexa...

—No quiero escucharte. Primero piensa y deja de marearme.



Llegó al trabajo para sumergirse entre partituras durante su jornada laboral. De momento, no tenía nada pendiente de componer y pasaba la mayor parte del tiempo supervisando al grupo de cantantes y actuando como técnico de sonido.

Se aburría, además, su cuerpo le pedía descanso con urgencia, ya que pasó la mitad de la noche en vela, pensando en el imbécil de Pablo.

Le dolía la cabeza como si tuviera resaca, el cuello lo tenía engarrotado y un masaje se le antojaba de lo más apetecible. El ansiado descanso dio inicio tras dejarlo todo listo. Después de coger un café, salió al exterior y se sentó en uno de los bancos dispuestos para el descanso, preparada para desconectar de todo durante unos minutos.

Encendió un cigarrillo y se quedó mirando a la nada, hasta que Sara apareció saludándola con energía.

Le gustaría haber mostrado el mismo entusiasmo, pero estaba bajo mínimos desde el instante en que abrió los ojos al despertar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó a los pocos segundos. No le apetecía ni fingir que todo era del color de rosa.

—Estoy cansada, nada más —contestó mientras sorbía un poco de café.

—Sé que eso no es todo. Soy tu amiga y cada día que pasa veo cómo tu mirada se ensombrece. Esta no eres tú, quiero que vuelvas a ser la de siempre. Solo te he visto así de decaída con lo de tu madre, y me niego a que vuelvas a sumergirte en ese pozo —declaró su amiga con mucha seriedad.

Alexa peinó su cabello con las manos, luego soltó un suspiro profundo. Ni por asomo estaba en el estado anímico de poco después de la muerte de su madre, pero sí que regresaba a ese pozo cuando no debería ni rozarlo.

Tenía a sus amigos, a Pablo, no necesitaba más para encontrar la tan ansiada felicidad, sin embargo, todo se enredaba de una forma que la tenía sumida en una espiral de pensamientos que no le dejaban ser ella misma. No se reconocía, quería volver y desahogarse con su amiga, de verdad, quizá era ese el primer paso para emerger.

—Lo de Pablo me está volviendo loca —comenzó. Sara no la interrumpió, la dejó hacer una pausa antes de continuar con una confesión que, probablemente, todos sospechaban, pero que ella misma se negaba a corroborar—. Nunca ha sido solo un amigo para mí. Quizá lo fue durante un periodo, pero este se quedó en la nada en el instante en que descubrí que éramos tan iguales.

»Siempre estuvimos juntos, hasta dormíamos en la misma cama en casa de su abuela. Era un

riesgo dejar hacer eso a dos adolescentes con las hormonas revolucionadas, pero nunca pasó nada.

Terminó el cigarrillo, aunque antes de tirarlo, encendió otro.

—Reconozco que soñaba con que pasara. En ocasiones, me hacía la dormida y pillaba a Pablo mirándome con atención. Yo deseaba que me besara, que se lanzara, pero solo era su amiga. Nada más —dibujó una sonrisa triste—. Sí, le quería. Estaba enamorada de él, o eso creo, y... no sabes lo duro que fue para mi yo más joven ver cómo salía con otras.

—Y tú con otros —añadió Sara y asintió—. ¿Y no crees que él sintiera lo mismo?

Negó.

Lo dudaba. Si así hubiera sido, Pablo se habría lanzado en algún punto.

—En todo ese tiempo lo único que pasó entre nosotros fue un beso que él me dio en la playa y que he recordado durante estos doce años —reconoció.

—Y ahora, ¿estás enamorada de él?

Esa pregunta era complicada de responder. Tras tantos años, sí diferenciaba que lo que sintió en el pasado era tan intenso como para llamarlo amor, pero en la actualidad, tenía tal lio, que no podía ponerle un nombre concreto.

—Creo que lo estuve de adolescente. Ahora los sentimientos están, pero las circunstancias no me permiten aclararme —reconoció—. Le quiero, me tiene confundida y que me dedique una canción que habla de mí, de nosotros, de sus propios sentimientos, ha agravado la situación. No estamos bien, y al oírla pretendía arreglar las cosas, pero luego se lio con una delante de mis narices y se me quitaron las ganas —bufó.

—Normal. La cagó, porque estoy segura de que él también siente. No es por hacerte ilusiones, es lo que se ve. Créeme, por algo soy la bruja Pelirroja —medio bromeó su amiga y le devolvió una pequeña sonrisa que no reflejó felicidad alguna.

—No lo sé, Sara. En ocasiones, pienso como tú, en otras, que solo es un juego del niñato que ha sido siempre.

—Si no habláis nunca lo sabrás. Tenéis que plantaros antes de que sea tarde y ni siquiera os quede vuestra bonita amistad. Pablo es un capullo, como lo fue Aritz. Son personas incapaces de entender sus sentimientos y les aterra plantarles cara, aunque tú no te quedas atrás.

—Ya te he dicho que entre Pablo y yo hay pocas diferencias.

—Pues si seguís así, todo acabará. Está en vuestras manos darle un giro de ciento ochenta grados a la historia.



Dos días más sin saber de él.

Dos en los que, las palabras de Sara, no dejaban de repetirse en su mente.

Tuvo el móvil entre las manos con intención de escribirle en cientos de ocasiones, pero justo cuando pretendía darle a enviar, se echaba para atrás.

En realidad, la culpa la tenía esa parte de orgullosa redomada. Se negaba a arrastrarse, puesto que no había hecho nada para merecer tal ignorancia. Conforme pasaban los días, las ganas de verlo y hablar se imponían ante el orgullo.

Estaba en casa metida en su estudio de grabación, sentada frente al ordenador a punto de enviar su última composición a la productora. Tenía claro que les encajaría, y aunque faltaba la confirmación, confiaba en que fuera la candidata perfecta para posicionarse en algunas listas en

cuanto el intérprete la lanzara.

Por otro lado, también terminó de perfilar esa canción que quedaría guardada bajo el arropo de su cajón. Ese tema que hablaba de Pablo y ella, de sus sentimientos. Una balada rock que se atrevió a interpretar en la seguridad de su piso para luego grabarla con la guitarra acústica y tenerla en el recuerdo.

—Te has lucido con esto, Alexandra —se felicitó emocionada. Incluso se le escaparon algunas lágrimas al interpretarla—. Lástima que seas una cagada...

Quería cantar delante de todos, hacerles partícipes de su pasión y talento. Su sueño era ese desde pequeña, tenía una voz peculiar con la que cualquiera quedaría prendado sin remedio. Bien lo sabía, aun así no encontraba la clave para erradicar esa ansiedad, y poco a poco, conseguía que ese deseo se convirtiera en una quimera inalcanzable.

Cerró el ordenador al terminar y fue a darse una ducha. Llevaba horas ahí metida y necesitaba destensar los músculos que comenzaban a doler. Casi anochece, por suerte, libraba al día siguiente y no tenía prisa alguna para ir a dormir.

—*Seguí tus locuras, me arriesgué por ti. Fui feliz, todo lo que necesité tú me lo dabas.* — Cantó su canción bajo el agua. No podía dejar de hacerlo, y ello, fue una mala idea, porque de repente volvieron las ganas de hablar con él.

Terminó de ducharse, se envolvió con la toalla y anduvo con paso acelerado hasta la habitación. Casi se resbaló por el camino, hubiera sido cómico, por suerte consiguió llegar sin incidentes hasta donde tenía el móvil.

Abrió la conversación, y después de teclear, lo borró.

—Joder, Alexa. ¿Por qué eres tan cobarde? —se reprochó.

Encontró la respuesta cuando, de forma inconsciente, se puso un vestido de calle y no el pijama para relajarse horas antes de ir a dormir.

Quizá su obsesión hacia mella en sus actos. Acababa de llegar a la conclusión de que no se decidía a escribirle porque la situación requería encontrarse cara a cara.

Cogió su pequeño bolso para llevar lo necesario y no ir indocumentada, dispuesta a recorrer las escasas calles que la separaban del piso de Pablo.

Por fin refrescaba, ya hacía falta una chaquetilla —que con las prisas olvidó—, para pasear al anochecer. Los últimos resquicios de luz bañaban su rostro bajo un sol anaranjado que perdía su batalla diaria contra la luna.

Ya visualizaba su portal, quedaban solo un par de pasos que se le antojaron como un kilómetro. Respiró hondo, armándose de valor y pensando en qué demonios le diría.

Al fin picó, la puerta se abrió sin que nadie hablara y subió en ascensor hasta el tercero sin dejar de mover las manos con nerviosismo.

—Alexa, ¿qué haces aquí? —habló un muy sorprendido Pablo. Esperaba en la puerta de casa, con el torso al desnudo. Una distracción que no le permitió responder a su pregunta, para la cual, no tenía una respuesta.

La invitó a pasar y cerró la puerta a sus espaldas, luego lo siguió al salón y se sentó en el sofá a la espera de que él regresara tras decirle que iba a la cocina. Lo hizo con dos cervezas. Aceptó gustosa, pues no sabía si tenía la garganta seca por el paseo o la tensión que los envolvía desde el instante en que puso un pie en la casa.

—¿Has venido para no decir nada? —habló para romper el incómodo silencio.

Dio un largo trago para conseguir unos segundos antes de hablar.

—La verdad es que no sé ni por qué he venido —contestó—. Yo... quería verte —admitió.

—Yo también a ti —le sonrió.

De nuevo, los dos bobos que hacían su aparición desde su reencuentro, entraban en escena para tener conversaciones insulsas y sin sentido que no ayudaban en nada para aclarar las cosas. Quizás estaba demasiado distraída admirando su pecho desnudo, su vista se perdía, deleitándose con los tatuajes que lo adornaban y su mente olvidaba que entre ellos había un dilema por resolver.

Era una tentación a la que no quería resistirse, le atraía como un imán. Su único pensamiento provenía de ese instinto tan primario que clamaba por recordar, por tercera vez, lo que significaba tenerlo como amante.

—Sé que tenemos que hablar y mucho que aclarar, pero ahora lo único que deseo es esto —pronunció antes de lanzarse a saborear su labios.

La boca de Pablo le dio la bienvenida, sin reticencias. Se encontraron sin oponer resistencia y sus lenguas comenzaron un baile que lo incendiaba todo a su paso.

No sabía si obraba bien, probablemente no, puesto que las palabras ayudarían a esclarecer sus sentimientos no llegaban a pronunciarse, mas no podía parar. La necesidad de sentirlo, de notar sus caricias, apremiaba más que la verdad. Todo tendría que esperar, porque ya estaba perdida con sus labios y la suavidad de la piel de su torso que palpaba con sus manos sin descanso.

—¿Estás segura de esto? —preguntó durante los segundos en que se separaron para coger aire.

—De que quiero esto, sí.

—Hace poco me dijiste que mejor con la máscara para mantener el misterio, por suerte, me alegro de que este haya sido desvelado.

Abrió la boca con sorpresa ante la insinuación. Entendía a la perfección el momento al que él se refería. Aquella noche que comenzó con una charla con el que creía que era un completo desconocido, pronunció esa frase justo antes de acostarse con él.

Sabía que era ella la chica de la fiesta. Al igual que ella, se lo guardó. De hecho, tenía claro que su actitud, las evasivas, el juego doble, tenían como culpable ese hecho que, según percibía, también lo trastocó a él más de la cuenta.

Quiso contestar, hablar de ello en profundidad, mas Pablo no tenía intención de dejarla, puesto que recuperaba sus labios con una hambruna que la dejaba fuera de onda. La cogió de la nuca con suavidad y fue descendiendo con extrema lentitud por su anatomía. Por el camino aprovechó para retirar los tirantes de su vestido y llevarse con ellos también el sujetador.

—*Sé que esto es una locura, pero ya no puedo detenerla* —canturreó y supo de inmediato que era una de las frases de *¡No me cantes milongas!*

—No lo detengas, continúa hasta el final —respondió con voz ahogada. Su cerebro no funcionaba correctamente, se derretía bajo sus toques.

Se incorporó un poco, lo empujó por el torso y se subió a horcadas colocando las piernas alrededor de sus caderas. Pablo tan solo llevaba un fino pantalón, a través de él, notaba su dura erección rozar contra su zona.

Estaba caliente como ella. La temperatura del salón no hacía más que aumentar y la mejor forma para paliarlo era terminar los dos desnudos, sintiéndose, fusionándose en solo uno.

—Eres perfecta. —La admiró de arriba abajo, sus ojos mostraban tal adoración que hasta se quedó al borde del sonrojo. El deseo brillaba en sus pozos azules, de la misma forma que debía de pasarle a ella. Pues Pablo, tenía todo lo que le gustaba de un hombre.

Una nueva unión de sus labios dio inicio a la locura. Quería que se empalara de inmediato, lo ansiaba, mas él pretendía volverá loca. Tomó el control de su cuerpo y quedó tumbada en el sofá, con las piernas abiertas, completamente a su merced.

—No quieras ir tan deprisa, pues ahora solo quiero devorarte sin descanso —susurró en su

oído—. ¡Ah! Y no olvides pronunciar mi nombre en cuanto te corras.

—Imbécil —respondió con voz ahogada.

Él rio. Ni siquiera en esa situación era capaz de dejar a un lado al arrogante y chulo que llevaba dentro.

No tuvo tiempo ni de soltar un gruñido, puesto que inició un recorrido desde su pantorrilla y fue ascendiendo hasta su monte de venus. Sus manos se entretenían en la piel de sus caderas, de vez en cuando, llegaba a sus pechos, y resultaba imposible controlar un gemido con el roce.

Sus manos eran pura magia, pero cuando entraban su boca y su lengua en el juego, la cordura desaparecía por completo.

Gimió con fuerza, su clítoris era atendido con una maestría que hacía que olvidara hasta su propio nombre. Se agarró con fuerza a los cojines del sofá, su espalda dibujaba un arco y los gemidos ya no había forma de pararlos. En su interior aparecían de la nada las mieles del orgasmo, nació tan de repente, que dudaba poder aguantarlo más.

Era un jugador experto, no lo quedó duda cuando, al alcanzar la cima, pronunció su nombre y vio en él una amplia sonrisa que cantaba victoria.

—Así me gusta, cariño, pero no he tenido suficiente —murmuró con voz ronca antes de subir para besarla y hacerla partícipe de su esencia.

—Joder, Pablo. Fóllame ya —suplicó.

Lo tenía encajado entre sus pernas, su verga rozaba su entrada y era una agonía no sentirlo en su interior.

Tan cerca, y a la vez, demasiado lejos.

—No tengas prisa. Has venido a mí y pienso alargar esto todo lo que pueda con tal de que no te desvanezcas —susurró con dulzura y luego mordió su labio.

No pensaba desvanecerse. Estaba justo en el lugar que más deseaba; los brazos de Pablo no solo eran expertos en el placer, siempre fueron su refugio.

Uno, que ya se negaba a abandonar.



Estaba harto de la situación. Su mente tenía un pensamiento recurrente que iba relacionado con Alexa. Odiaba estar en esa tesitura con ella, no dejaba de cagarla cada vez que se atrevía a intentar arreglarlo.

La obsesión era real después de darse cuenta de que, lo que una vez sintió siendo adolescente, volvía con intención de quedarse.

En realidad, no tenía muy claro qué era enamorarse, pero lo que sintió en su momento por Alexa, debió ser eso, puesto que nunca más volvió a pasarle con nadie.

Quería ir a por ella, sincerarse, sin embargo, se le había pegado lo capullo de Aritz porque le recordaba a cuando a él le acojonaba abrirse.

Sí, tenía miedo.

Miedo a que Alexa lo rechazara, a que no sintiera lo mismo. A pesar de que todas las señales indicaran lo contrario, la negatividad invadía su cerebro, derrumbando cualquier posibilidad de un final feliz.

Por eso, después de ensayar durante parte de la mañana, puso rumbo al gimnasio dispuesto a desahogar su frustración ejercitando sus músculos.

Aritz pasó parte del día metiéndose con él. Le recordaba una y otra vez que lo único que tenía que hacer con Alexa, era no cagarla, y fue justo lo que hizo. En el fondo se merecía tal machaque, sabía a la perfección que cada paso que daba, era erróneo.

Ser un imbécil resultaba mucho más sencillo.

Se dio una ducha al llegar a casa tras machacarse con las pesas. Estaba tenso del ejercicio, aunque también a causa de sus pensamientos. Se puso unos pantalones holgados al terminar y salió al salón sin camiseta. Pretendía tirarse en el sofá y no hacer nada en lo que restaba de día, pero como si su mente la hubiera conjurado, Alexa se presentó.

Ella tuvo la valentía de la que él carecía.

Verla avivó ese sentimiento. Notó como si alguien apretara su corazón y solo ella albergara la capacidad de arrojárselo o destruirlo. Era de ella, lo tenía claro.

Siempre le perteneció, pero continuaba sin tener el valor suficiente para decírselo y ella tampoco lo hacía.

Así que, sus cuerpos fueron quienes conversaron sin ataduras, haciéndole recordar esa conexión entre ambos que traspasaba cualquier tipo de barrera.

—Podría pasarme así toda la vida —murmuró Alexa contra su pecho.

—¿Follando? —preguntó con una sonrisa socarrona.

La chica le dio un manotazo en el pecho para hacerse la ofendida, pero no coló porque los dos estallaron en carcajadas.

Sus miradas se encontraron. Se prendía del verde de su mirada y se sumía en un hechizo del que no quería escapar. Acostarse con ella, por tercera vez, afianzaba con fuerza lo que sentía. Tuvo un momento de terror al terminar por si volvían a discutir, pero tras mudarse a la cama, supo que ella no se marcharía.

Estaba en el lugar correcto con la persona que más quería.

¿Qué más podía pedir?

—Esto es muy raro —dijo ella.

—Demasiado. Hemos estado mil veces abrazados en la cama, pero no desnudos. Creo que esta versión me gusta más. —bromeó ganándose un gruido.

—Tienes la delicadeza en la punta de la polla.

—Pues anda que tú —resopló divertido antes de atrapar sus labios.

No sabía con claridad hacia dónde iba lo suyo, mas después de probar sus labios una y otra vez durante la noche, ya no podía prescindir de ellos.

Era una diosa besando, encendía su cuerpo con ese suave toque.

—¿Sigues pensando que esto es una locura? —le preguntó.

—Más bien sigo pensando que tenemos que hablar aunque los dos seamos unos cafres —contestó ella.

Tenía razón, sin embargo, dudaba sobre cómo llevar la conversación. Tenía mucho que decir y poco valor, así que el silencio fue el acompañante de ambos durante los siguientes minutos.

—Cuando éramos adolescentes me arrepentí mil veces de no ser sincero contigo —comenzó pasados unos minutos relajados—. Puede que el hecho de que todos pensaran que éramos más que amigos hiciera que nunca encontrara el valor suficiente para decir lo que sentía por ti. Mi orgullo de niño ganaba siempre la partida.

Hizo una pausa. Aprovechó para echar un vistazo a Alexa y esta lo miraba con atención, apoyada contra su pecho.

No habló, dio pie a que continuara, expectante.

—Hasta que te di ese beso en la playa, poco antes de que te fueras... Ahí me di cuenta de lo idiota que fui —admitió sin mirarla. Se entretenía acariciando con delicadeza su pelo rubio.

—Yo también fui una idiota, pero no quería romper nuestra amistad.

—¿Creías que eso pasaría? —le preguntó. Era una duda que a él también lo poseyó durante mucho.

Compartía ese miedo, pues no concebía no tenerla, por ello, durante los doce años de su ausencia, no hubo día en que no la recordara.

—Preferí quedarme con la duda, por si acaso, Pitufu. Hemos compartido mucho como para echarlo a la mierda por un polvo.

—En este caso, ya llevamos tres —la contradijo divertido y le guiñó un ojo que la hizo negar y rodar los ojos.

—Dos con conocimiento de causa y bajo impulsos repentinos que nos han dado. Pero dejando a un lado eso, ¿desde cuándo sabes que era yo la de la máscara? —inquirió.

Él no sabía si ella era conocedora de ese dato cuando soltó aquella frase tras su llegada, pero por la sorpresa en su rostro, supo que sí. No tenía dudas, lo que también le hacía preguntarse, desde cuándo lo sabía ella y por qué lo mantuvo en secreto.

Bueno, para eso último se hacía una ligera idea. Eran iguales, así que, aunque cuando él lo adivinó fue directo a repetir, ella fue la responsable que quiso actuar con normalidad ante la

encerrona de Sara y Aritz.

—Te hago la misma pregunta, pero te voy a responder primero. Lo supe poco antes de marcharme con mi abuela. Bueno, rectifico, me fui justo por eso.

—Y me ignoraste —le recordó.

—Alexa, fue un shock acostarme contigo. ¿Qué querías que hiciera?

—Lo siento, pero no he encontrado respuesta para tu pregunta. ¿Quieres que lo busque por la red? —respondió la inteligencia artificial de Amazon provocando un silencio en la pareja que duró hasta que Pablo estalló en carcajadas.

—¡Cómo odio a ese cacharro! —exclamó la de carne y hueso y prosiguió dispuesta a ignorar la interrupción—. Para mí también fue un shock, pero no desaparecí.

—Pero actuaste como si no pasara nada —le recordó.

—Yo lo supe el mismo día —reconoció—. El tatuaje de la nuca te delató.

Acarició de forma inconsciente el que ella llevaba justo en el mismo lugar al ser conocedor de ese dato. Se lo hicieron en un arrebato de locura adolescente, sin permiso de los adultos, pues ambos querían tener una prueba en su piel de que siempre estarían juntos.

—Por eso estabas tan rara en casa de Sara y Aritz, fuiste a cantarles las cuarenta —dedujo recordando aquel día.

Le sorprendió que hiciera tanto que lo supiera. Una parte de él entendía su actitud extraña durante cada encuentro. Debió de haber sido duro, para él fue complicado seguir como si nada, y eso, que se enteró un par de semanas después.

Sea como fuere, se trató de un punto de inflexión para ambos. En él, despertó los ecos de un pasado que recordaba con cariño. El miedo no desaparecía, y menos, cuando aún no encontraba las palabras adecuadas para dar inicio a algo que tanto ansiaba.

Era mejor ir despacio, de momento, se conformaba con vivir instantes como ese, Tenerla abrazada, acariciando su piel desnuda a cada segundo, era tan agradable que también quería que tuviera una duración infinita que no se viera empañada por su capacidad de cagarla con las palabras.

—¿Mañana trabajas? —le preguntó tiempo después.

—Ahá...

La veía muy a gusto, trazaba suaves círculos sobre su pecho desnudo, como si perfilara el tatuaje más grande de todo su cuerpo.

—¿Te quedas a dormir?

—En estos momentos necesitarías un ejército de grúas para que me sacaran de tu cama. Así que sí, me quedo.

—Eso me gusta. Es como en los viejos tiempos, aunque todo haya cambiado. Este siempre será tu lugar.



Echarlo de menos era lo único que podía hacer desde hacía varios días. Todo cambió tras ese arrebato del que no se arrepentía.

Ninguno puso nombre a lo que ocurría. Alexa pretendía dejarse llevar, atreverse, porque estar junto a Pablo era lo que más ansiaba.

Llevaban cinco días separados. El nuevo disco de los Dark Angels acababa de salir y la giraba su pistoletazo de salida en Madrid. Allí pasaba la semana, pues estaba ocupado con

entrevistas que ella seguía por la red como una obsesa.

¡No me cantes milongas! ya estaba en todos los número uno de España. Le enorgullecía, no solo porque fuera algo que, de alguna manera, también le pertenecía, sino porque no hacía más que corroborar el enorme talento del grupo.

Todos los días al anochecer hacían una vídeollamada. Por ello llevaba toda la semana sin apenas dormir porque acababan a las tantas, compartiendo conversaciones que, en la mayoría de ocasiones, perdían el sentido.

Le estaba costando un trabajo titánico llevar a cabo sus tareas en el plató. Las migrañas y el dolor muscular decidían quedarse en su cuerpo, le costaba mucho concentrarse. Solo llevaba cuatro horas de trabajo, suerte que era viernes y tenía todo el fin de semana por delante para descansar. Lo necesitaba con urgencia, porque como continuara a ese ritmo, iba a costarle la salud.

Sara apareció a las afueras de plató para tomar su merecido descanso juntas. Ya casi terminaba su café, necesitaba más energía para aguantar el resto del día. Se sentía un poco mareada, pero lo relacionó con la falta de azúcar de no haber desayunado todavía.

—Tienes mala cara —le confirmó su amiga nada más aparecer.

—La verdad es que estoy agotada —reconoció con una breve sonrisa.

Su amiga no tenía ni idea de la situación actual con Pablo, ambos decidieron no decir nada hasta estar más o menos seguros de hacia dónde iba. Todo indicaba que comenzaban una relación, pero como eran dos idiotas incapaces de abrirse del todo, hacían ver al resto que solo eran amigos.

—Si estuviera aquí, pensaría que te has pasado la noche dándole al tema con Pablo, pero al igual que mi *maridín*, no está —murmuró consiguiendo que se atragantara con el café.

Al tema no, pero sí que era causante de su insomnio.

—Somos amigos.

Cada vez le costaba más pronunciar aquello con indiferencia, comenzaba a notarse que algo pasaba y la Bruja era demasiado perspicaz.

—Ya... Me cansa un huevo la cantinela, *amigui*.

—Ok, *amigui* —se burló.

Quedaban solo cinco minutos para tener que volver a su puesto. Restaban tres horas hasta su salida y nunca había deseado tanto que llegara. Ambas terminaron, Alexa fue la última en levantarse y al instante fue presa de un intenso mareo.

—Alexa, ¿estás...

No llegó a escuchar el resto de la pregunta, pues todo se desvaneció a su alrededor.

Despertó en un lugar que no reconocía, pero del que tampoco tenía dudas de cuál se trataba. Las paredes blancas, estériles, daban una pista perfecta. Giró el rostro y a su lado, sentada en una silla, Sara la miraba con preocupación, la misma que ella tenía al no saber qué demonios hacía en un hospital.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste. Joder, tía. Me has acojonado —habló Sara con voz afectada—. Voy a avisar a los médicos.

Asintió un poco aturdida. Los pitidos de las máquinas de la sala de urgencias embotaban su mente. Le traía muy malos recuerdos, puesto que en los últimos meses de vida de su madre, fue su segunda casa.

Su amiga volvió con el médico y este procedió con su examen.

—Necesito que me expliques tus síntomas, Alexandra. La tensión la tienes bien, al igual que el

azúcar. Tus análisis son correctos, así que necesito información para poder darte un diagnóstico.

—Llevo semanas con fuertes migrañas y debilidad muscular. Esta semana no he descansado bien y creo que el trabajo me ha sobrepasado —explicó.

El médico lo anotó todo con presteza y comenzó con una serie de preguntas que normalmente hacían antes de ingresar.

—¿Alguna enfermedad en la familia?

—Mi madre tenía ELA.

El médico anotó más. A Alexa no se le pasó por alto la mueca.

Lo siguientes segundos se le hicieron eternos. Por alguna razón, estaba al borde de entrar en pánico.

—No es una enfermedad hereditaria, Alexandra, pero como bien sabrás, son síntomas que se comparten con la ELA y con algunas otras patologías. —Asintió. Conocía a la perfección todos y cada uno de los síntomas—. Con esto no quiero asustarte, por tu historial familiar voy a darte una cita para un electromiograma y una resonancia para así descartar.

—¿Cree que pueda ser ELA? —inquirió acojonada.

—Solo quiero descartar. Pueden ser muchas cosas, y normalmente, empezaría por otra prueba, pero en tu caso quiero quitar esto primero.

El doctor se acercó y puso una mano en su hombro para darle un apretón.

—No te preocupes antes de tiempo, verás cómo todo se queda en una anécdota. Ahora a casa a descansar, tómate lo que te mando y ya verás cómo te encuentras mucho mejor.

—Se lo agradezco, doctor.

Sara la llevó a casa. Durante el trayecto se mantuvo en completo silencio, recordando la pesadilla que vivió con su madre.

No quería repetirla, las próximas semanas serían una agonía para la que no estaba preparada.

—¿Quieres que me quede? —se ofreció Sara.

—Tranquila, estaré bien —respondió con una breve sonrisa.

Sabía que no se marchaba tranquila, mas prefería estar a solas para poder pensar.

No era una idea nada halagüeña, pues su mente, rememoraba unos instantes con su madre que prefería mantener en el olvido. Esa maldita enfermedad sin cura se la llevó. La dejó desamparada y aunque mientras estuvo en vida hizo lo posible por mantener la compostura para no mostrarle a su madre lo rota que estaba por saber que el desenlace llegaría en cualquier momento, no se veía con fuerzas para repetirlo si ella también lo tenía.

El tono de llamada asignado para Pablo la sacó de sus pensamientos.

Soltó un suspiro y fue rápido al baño para mirarse al espejo. Su aspecto no era sublime, mas dibujó una sonrisa y descolgó una vez volvió al salón para llevar a cabo la vídeollamada diaria con él.

No quería preocuparlo. Es más, le hizo prometer a Sara que no le diría a nadie lo ocurrido, pues empezar a preocupar a lo tonto, no entraba en sus planes. Fingir hasta el día de las pruebas no sería sencillo, pero prefería llevarlo en la más estricta privacidad.



Nunca deseó tanto como en aquellos instantes volver a Barcelona tras una semana de ausencia por tener que presentar el disco y hacer un concierto. Quizás el hecho de saber que alguien lo esperaba hacía de ese momento algo especial.

Estaba claro, ansiaba con todas sus fuerzas ver a Alexa. Tenía una opresión en el pecho que le dificultaba respirar con el solo hecho de no tenerla cerca.

Por fin, la espera terminaba. Tan solo quedaba un minuto y treinta segundos para que diera fin su jornada laboral. Y ahí estaba él, a las afueras del plató, esperando en su moto como el novio macarra de una película americana a que la reina del baile apareciera por la puerta.

Soltó una carcajada por ese pensamiento. Gabi y Aritz no se equivocaban al decir que estaba agilipollado perdido. Ni Alexa ni él habían aclarado los términos de su relación, no había etiqueta para definirlos por el momento. Estaban juntos, eso era un hecho, pero quizá era demasiado pronto para decir que eran una pareja seria. Con tenerla cerca a diario se daba por satisfecho, pues dudaba ser capaz de mantenerse alejado después de comenzar a dejar abierta la puerta de los sentimientos.

Dudaba que fuera una sorpresa para alguien, puesto que sus amigos fueron los más empeñados en que estuvieran juntos.

Llegó la hora. La vio a lo lejos y en cuanto sus ojos lo encontraron, comenzó a dibujarse una amplia sonrisa en sus labios. Acortó las distancias, ansioso por fundirse de inmediato entre sus brazos, la estrechó con fuerza mientras olía su cabello y dejaba un suave beso en su mejilla, muy cerca de la comisura de sus labios.

—Te he echado de menos —susurró en su oído con dulzura.

Notaba como ella sonreía contra su hombro, y no se equivocó, pues al alzar la mirada, esta era de felicidad.

—Yo también, Pitufo.

Se quedaron ahí como dos bobos, sin dejar de mirarse, ajenos a las muecas burlonas de Sara y Víctor que ejercían de espectadores.

—¿Vais a morrearos ya? ¿O estáis esperando algo? —ironizó la pelirroja, sacándolos de su nube particular.

—Estoy esperando a llegar a casa para hacerlo mientras nos desnudamos por el camino —contestó él, ganándose un bufido por parte de Alexa.

—¡Qué romántico! —ironizó—. Además, chulito de playa, en el hipotético caso de que eso ocurriera, debería ir contigo.

—Lo harás —la cortó convencido y se acercó a su oído para susurrar—. Porque al igual que yo, sé que estás deseosa de que te haga delirar de placer. Y hoy, pienso hacer que grites mi nombre sin descanso, hasta que te quedes afónica.

Notó cómo tragaba saliva de forma sonora, al separarse, también vio la rojez de sus mejillas.

No contestó, pero era consciente de que acababa de prender una llama en su cuerpo que él iba a ser el encargado de apagar a base de orgasmos.

—Pues menos mal que no son pareja, ¿verdad, Víctor?

—Claro, son como tú y Aritz, que tampoco sois pareja.

Obviaron las burlas. Todos esperaban que dijeran de forma clara que se querían, que eran novios, pero ninguno estaba dispuesto a darles el placer, por lo que, la ignorancia era la mejor aliada en aquellos casos.

Se despidieron de Sara y Víctor, y Alexa, se le acercó antes de ir a por su coche.

—Te espero en mi casa, calientabraguetas. No tardes, o te corto los huevos y se te acabó eso de ser tan chulito.

—Tus órdenes son mis deseos. ¿O era al revés?

Rio a carcajadas mientras la veía alejarse negando con la cabeza. Definitivamente, acababa de ponerlo a cien. Así que se puso el casco, subió a la moto, y puso rumbo a Barcelona con intención de no perder sus pelotas a causa de un atasco de tráfico.

Llegó antes que la propia Alexa. Esperó impaciente hasta verla en el portal y la atrapó con ganas de saborear, al fin, sus carnosos labios.

Lo hubiera hecho delante de sus amigos, pero prefería guardar sus ganas para desquitarse con la oportunidad de saborear todo su cuerpo.

El ascensor tardaba una eternidad que él no quería desaprovechar, su lengua trazó un recorrido por su cuello y mordisqueó, provocándole un gemido.

—Joder, Pablo, espérate a que lleguemos.

—No puedo —resumió con voz entrecortada y la metió en el ascensor.

El viaje hasta el primero fue una agonía que se hubiera ahorrado subiendo por las escaleras. Su polla apretaba en los vaqueros de forma que resultaba casi dolorosa. No perdió ni un solo segundo, el escaso minuto que duró el viaje fue de lo más fructífero para humedecerla, después, le costó como una par de minutos abrir la jodida puerta.

Se consideraba culpable, puesto que su mano ya estaba sumergida de forma indecente en su humedad.

—Joder, Rubia, estás tan mojada —gruñó. Ella solo gimió en respuesta.

Cerró la puerta de una patada y la cogió a horcajadas. No aguantaba ni un solo segundo más sin sentirla por completo, así que llegar a la habitación se presentó como entrar en el mismísimo paraíso. Por el camino, sin recordar cómo, se deshicieron de parte de su ropa. Alexa estaba en sostén y braguitas, a él solo le quedaba el pantalón.

Mejor, la urgencia de su cuerpo deseaba no encontrar barreras. La tumbó en la cama y atrapó sus labios. Tan solo hacía unos segundos que no los probaba y ya los echaba de menos, eran una droga para él de la que no se quería rehabilitar. Su tacto era suave, dulce, húmedo. Se enredaba con maestría y despertaba una sensación de bienestar que recorría todo su cuerpo.

—Podría besarte durante horas sin cansarme —le susurró.

Afianzó su frase con un suave mordisco en su labio que la hizo gruñir.

—Me gusta que me beses. Eres experto en follarme la boca —respondió con voz ahogada y a Pablo le palpitó la polla con su respuesta.

Se notaba a leguas su excitación, creyó hasta poder olerla junto a la suya, puesto que él estaba

en la misma situación. Alexa se entretenía en acariciar su torso desnudo, deslizaba las yemas de sus dedos con dulzura, bajo un toque, que erizaba cada vello de su piel. Llegó hasta la cinturilla del pantalón, desabrochándolo con un movimiento ágil, momento que él aprovechó para hacer lo mismo con el sujetador y así dejar libres sus voluptuosos pechos con los pezones erectos, a la espera de atenciones.

Además, si la dejaba descender, quedaría atrapado bajo su embrujo, por lo que se lanzó a colmar su cuerpo de caricias, deseoso de arrancar más de un orgasmo de su garganta antes de fundirse en su interior. Recorrió cada centímetro con su lengua y sus labios. Alexa gemía con su contacto y arqueaba la espalda de forma exagerada en una clara invitación a que continuara con su juego.

—¡Por el amor de Dios! —vociferó extasiada.

Pablo rio juguetón, se defendía como un maestro en el sexo. No era por echarse flores, sabía cómo obrar para hacerla delirar.

Ni siquiera llegaba a su zona clave, pero sus manos expertas obraban maravillas. No era muy distinto a tocar el bajo, hacerlo en el punto y el compás correcto, creaba exactamente la melodía que se presentaba en su cabeza.

Separó sus piernas, Alexa estaba ardiendo, veía en su mirada brillante cuánto deseaba gritar su nombre. Pensaba cumplir ese deseo de inmediato, así que tras admirar unos segundos la humedad que centelleaba entre sus piernas, se lanzó a saborearla con un hambre que nunca podría saciar.

Gritó, lo hizo en el instante en que su lengua pilló el punto exacto de su clítoris que tanto la enloquecía. El orgasmo llegó sin preaviso, pero no iba a darle ningún respiro, pues introdujo los dedos en su interior y comenzó con una frenética penetración que la hizo apoyar los codos para mirarlo masturbarla.

—Así, mírame, Rubia. No cierres los ojos.

—No pue... puedo —contestó a duras penas, echando la cabeza hacia atrás.

—Sí puedes. Mírame y córrete de nuevo. Di mi nombre.

—Pa... Pablo, ¡joder! —gritó presa del éxtasis.

Notaba sus paredes contraerse, le aprisionaban y ya imaginó el momento de que su polla fuera la que estuviera ahí. Lo necesitaba. Todavía no terminaba de bajarse los pantalones y su erección tenía ganas de saltar a la palestra.

—Fóllame ya, por favor. Te necesito dentro.

No necesitaba más.

Cumplió su deseo en menos de cinco segundos, los mismos que tardó en terminar de desnudarse. Sintió la calidez de inmediato y soltó un gruñido al sentir la presión contra su miembro.

—Dios, estás tan mojada...

—Eso es lo que tú provocas en mí.

Juntaron sus labios de nuevo, sus lenguas se enredaron, se mecieron al compás, al ritmo de las crudas embestidas que él daba con el seco movimiento de sus caderas.

No iba a aguantar mucho más, le hubiera gustado recrearse, pero tras una semana entera sin ella, durar no era posible. Ella gimió de nuevo, se retorció y arañó su espalda presa de otro orgasmo que también lo arrastró a él.

—Joder, ha sido...

—Intenso —terminó ella y los dos rieron como idiotas.

La abrazó y dejó un beso en su pelo, Alexa se acomodó sobre su pecho y se quedaron en

silencio durante un buen rato.

No hacía falta más, pues sus cuerpos, minutos antes, fueron los encargados de expresarse con la sinceridad que ellos, por culpa de sus miedos, no eran capaces.

—No es por romper el momento, pero tengo un hambre de mil demonios —habló Alexa.

Pablo echó un vistazo al reloj de la mesita y daban las seis de la tarde. Por culpa de las ansias de sentirse, ambos olvidaron la cotidiana tarea de llenar sus estómagos.

—Puedes comerme a mí —respondió burlón.

—Es tentador, pero necesito sustancia. Creo que aún no estoy preparada para convertirme en *Hannibal Lecter*.

Él no era un *cocinillas*, pero tampoco era plan de pedir algo a esas horas. La dejó en la habitación para ir a la cocina mientras se aseaba y preparó dos emparedados con lo que encontró en la nevera.

Apareció poco después de terminar, la vio parada en la puerta, apoyada en el marco con una mirada que no supo descifrar, pero que consiguió hacerle tragar saliva por lo sexi que le resultó.

—¿Qué pasa? —preguntó curioso.

—Podría acostumbrare a verte cocinar en calzoncillos —contestó juguetona.

—Y yo a que me mires con ganas de devorarme ¿Y si pasamos de comer esta mierda que he preparado y nos comemos entre nosotros?

Se acercó como un depredador y atrapó sus labios, perdido en su suavidad, enloqueciendo con cada segundo de su cercanía.

—Me encantaría, Pitufito, pero ahora mismo esos sándwiches me parecen maravillosos. Luego, quizá, podamos tomarnos un buen postre.

—Eres muy mala.

Dicho y hecho. De hecho, no terminaron su comida, pues las ganas que se tenían eran mucho más fuertes. Alexa no era del todo consciente de su nueva situación. Tener a Pablo en esa tesitura le provocaba muchos sentimientos que todavía no sabía cómo controlar, aunque había dos protagonistas absolutos; la extrañeza y una familiaridad que le decía que estaba justo en el lugar indicado.

Con su llegada incluso olvidó la mierda de semana que pasó con su malestar, que poco a poco, parecía ir remitiendo. Aún continuaba con la incertidumbre de qué tenía, pues faltaban algunos días para conocer los resultados de las pruebas.

—Esta noche voy a cenar con mi abuela, se lo he prometido por mi ausencia. Es más —hizo una pausa y miró el reloj—, he quedado con ella a las nueve y creo que vamos un poco justos.

—¿Vamos? —preguntó. Lo dijo en plural, incluyéndola.

Seguían en la cama tras el segundo asalto, abrazados, dejando el tiempo pasar.

—¿Quieres venir?

Se incorporó en la cama para mirarlo. Conocía a Remedios desde que era una cría. Cuando volvió a Barcelona tuvo mil veces la tentación de ir a visitarla, pero su afán de esquivar a Pablo no le dio la valentía suficiente para hacerlo. Consideraba a esa mujer su propia familia, sin embargo, quizás, tras tanto tiempo, ella ya no la veía como tal.

—¿No molestaré?

—Lo dudo. Tiene muchas ganas de verte. Es probable que te cante la caña por no haber ido antes, ya la conoces, pero le hará tanta ilusión que será algo que se le pase rápido —le contestó con una sonrisa sincera dibujada en el rostro.

Notaba cuán especial era esa mujer para él, así que no iba a negarse, pues le entusiasmaba la

idea de volverla a ver.

—Pues venga, vamos a levantarnos que no quiero que Reme nos tire la zapatilla con efecto.

—Tranquila, yo me llevaré la colleja por ti.



El camino hasta casa de Remedios fue de tan solo cinco minutos, vivía muy cerca y Pablo la llevó en moto. Aunque al principio le aterró un poco subir a ese cacharro, pues no era muy aficionada a ellos, reconoció que era liberador sentir el viento en prácticamente todo su cuerpo con la velocidad.

Llegaron a la puerta después de que abriera desde el portal y él fue el primero en entrar. Al fin y al cabo, la mujer no esperaba más que la visita de su nieto, ella era un complemento que había añadido a última hora.

—¡Abuela, traigo visita, así que espero que estés presentable!

Esperaba una bienvenida más normal, no a grito pelado desde el descansillo, mas así era Pablo.

—Tranquilo, hijo, llevo la faja que te borra hasta el alma y la bata con todos los botones abrochados. ¡Nadie se va a escandalizar! —ironizó—. Además, ¿por qué coño no avisas, mentecato?

—Porque entonces no sería una sorpresa.

Cogió a Alexa de la mano para que avanzara justo en el instante en que Remedios se asomó por el pasillo. La cara de la mujer se quedó blanca, para después, dibujar una enorme sonrisa que enmarcaba esas arrugas de la edad.

—¡Ay, mi Rubia! —gritó emocionada como una animadora de instituto, dando palmaditas y breves saltitos. Se acercó a ellos para apartar a su nieto de un empujón y abrazar a Alexa con el cariño más puro que recordaba.

—Hola, Reme —la saludó, todavía un tanto cohibida tras tanto tiempo.

—Por los clavos de Cristo, ¡pero qué guapa estás, jodida de los cojones! —continuó, dándole besos sin parar durante un minuto, para luego separarse y mirarla de arriba abajo sin descanso. Parecía que no se creyera que estaba ahí.

—Tú estás tan estupenda como siempre —sonrió.

Estaba contenta, mucho, era como si una parte del puzzle de su vida que hacía tiempo que se rompió, se reconstruyera juntando de nuevo las piezas.

La invitó a pasar al salón y la obligó a sentarse en el sofá. Pablo se hizo un hueco a un lado sin interceder en la conversación y las dejó ponerse un poco al día.

—El cafre este me dijo que volviste hace dos años. —Asintió—. Que sepas que me toca los ovarios a dos manos que no hayas venido mucho antes, jodida por culo.

—Lo siento. Te juro que quise venir muchas veces, pero no me atreví porque ya sabes que a

veces son un poco esquivas —reconoció sin entrar en detalles.

Sabía que Pablo la habría puesto al día, así que había hechos que no hacía falta repetir.

—No importa, porque al menos, estás aquí —respondió y besó su frente con cariño—. Voy a preparar los platos. Tú, pon la mesa —exigió a Pablo.

—Sí, coronel. A sus órdenes. —Así recibió la primera colleja de la noche.

—Sin rechistar. Y tú y yo ahora seguimos hablando. Pero es hora de cenar y este cuerpo no se mantiene sin fiambre.

Remedios se levantó hasta la cocina, seguida de las risas de Alexa y los bufidos de Pablo por el golpe. Eso era habitual en su vida de hace doce años, volver a vivirlo, calentaba su corazón de una forma indescriptible.

Miró a su alrededor con añoranza, la casa apenas sufrió cambios, a excepción de un televisor más grande y de pantalla plana. Los muebles eran los típicos de madera oscura que estaban en la mayoría de las casas de gente mayor, pero como siempre decía Reme, esa madera aguantaba hasta una bomba nuclear.

Minutos después, fue a la cocina a ayudar a la mujer, y entre los tres, sirvieron la mesa para disfrutar de la cena.

—Y vosotros qué, ¿estáis juntos de una puñetera vez?

Tragaba un pedazo de carne mientras Reme pronunciaba la pregunta, se atragantó. Tosió al quedársele encallado en la garganta y ella miró a Pablo, quien mostraba una mueca divertida mientras la mujer se carcajeaba a su costa.

¿Qué respondía?

Lo sencillo era hacerlo con un sí rotundo, pero la realidad era que no habían esclarecido los términos. Todo ocurría muy deprisa, no quería hablar de más cuando aún quedaba tanto por decir.

—Más o menos —la salvó Pablo.

—O se está o no se está. Los jóvenes de hoy en día sois como Jon Nieve, no sabéis nada —dijo haciendo referencia a juego de tronos.

—No sé para qué te enseñé esa serie —bufó Pablo.

—Porque están todos para mojar pan, por eso. Además, me gusta el *folleteo* tanto como a los jóvenes. Asímelos, Pablito, tu abuela es una moderna.

Alexa aguantaba la risa con la absurda conversación. Esos dos eran para grabarlos en vídeo. Les encantaba discutir, nunca acababan a malas, pero las pullas eran un entretenimiento mutuo que, como no se parara, podía durar horas, por eso, la siguiente en hablar fue ella.

—Ha sido todo muy rápido, Reme.

—Imagino, hija. Eso de acostarte con él sin saber quién era ya me dice lo deprisa que fuisteis.

—¡Abuela! —lo reprendió Pablo.

—¿A caso miento?

No se esperaba que también conociera esa parte de la historia, sin embargo, se trataba del verdadero punto de inflexión que los trajo hasta donde estaban.

—No, no mientes —habló al fin tras salir de la sorpresa—. Pero preferimos ir con calma.

—Claro, como si no hubierais retozado como conejos antes de venir. ¡Qué no nací ayer, chica! —resopló.

—Lo hiciste en el siglo cuatro después de Cristo —bromeó Pablo y esquivó la zapatilla voladora.

Alexa negó un tanto avergonzada, a la par que divertida. Por un lado, Remedios tenía razón, comenzaron la casa por el tejado, pero el hecho de ser amigos desde hacía tanto, le complicaba

mucho el ser capaz de aceptar que tenía una relación con él. No era un rollo de una noche, le quería, pero no tenía valor de afianzarlo tan pronto y dejar al descubierto la totalidad de sus sentimientos.

Por suerte, el resto de la comida dejó a un lado los temas comprometidos. Alexa habló de su vida y Reme escuchaba, atenta. Estuvo a punto de derrumbarse al contar la historia de su madre, pero ambos la distrajeron con otro tema y la noche volvió a animarse.

Sentía una familiaridad abrumadora, antaño, estuvo muy acostumbrada a esas cenas informales en las que le contaba cada paso a la mujer. Parecía que el tiempo jamás hubiera transcurrido.

—Ahora que estamos tú y yo a solas, dime, ¿qué sientes por el cafre de mi nieto? —le preguntó Remedios en cuanto Pablo se marchó al baño. Ya habían terminado de cenar, solo quedaban los postres.

Alexa sabía que la inquisición llegaría en cuanto la mujer tuviera la oportunidad. Quería mucho a Reme, pero era una cotilla de cuidado.

—Le quiero —se sinceró. Con ella le resultaba sencillo admitirlo.

—¿Y él lo sabe? —Se encogió de hombros, pues no tenía una respuesta concreta.

—Siempre lo he querido. Él fue toda mi adolescencia, con quien he vivido los mejores momentos, y tú no te equivocabas al decir que parecíamos pareja. En el fondo, fue algo que siempre deseé y no llegó a hacerse realidad.

—Bueno, chica, al fin lo sois, aunque ni vosotros seáis conscientes, pero más temprano que tarde, dejaréis de tener dudas para descubrir que estáis hechos el uno para el otro.

Era bien entrada la noche cuando se marcharon. Ese rato con Remedios fue un soplo de aire fresco. Recordó todos esos fines de semana en los que dormía allí junto a Pablo. También pasaba muchas horas con ella, siempre estaba dispuesta a escuchar sus preocupaciones de adolescente. La consideraba como su propia abuela, familia, y el reencuentro, la hacía arrepentirse de no haber acudido antes.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó Pablo. Ya casi llegaban al lugar en el que aparcó la moto.

—Mucho. Echaba demasiado de menos a tu abuela y ha sido maravilloso ver que sigue igual —sonrió con sinceridad.

—Lleva semanas dándome la chapa. Si hubiera tardado más, estoy seguro de que me habría cosido a collejas —rio.

—Hoy te has llevado unas cuantas —murmuró y acortó las distancias.

Sus ojos entraron en contacto, se prendó de la ternura que reflejaba. Le gustaba esa faceta dulce de Pablo, descubrirla así, formaba parte de un deseo que llevaba años en su interior.

Atrapó sus labios con dulzura y dio inicio un baile junto a su lengua que removía todo en su interior.

¿Eran las famosas mariposas?

Quizá, pues lo que sentía por él, le daba el poder de volar.

—¿De qué hablábamos? —preguntó él provocándole una carcajada.

—De que no puedes resistirte a mí.

—Creo que eso está bastante claro, Alexa. Mira cómo me has puesto solo con un beso.

Comprobó su afirmación cuando la atrajo todavía más y sintió su erección chocar contra su pubis. No importaba que solo unas horas atrás lo dieran todo en la cama, si por él fuera, pasarían así el resto del día.

—Eres un perverso.

—Y tú encantada.

Negó, divertida, y se separó antes de seguirle más el juego y montar el espectáculo en medio de la calle.

A pesar de estar a las puertas del mes de octubre, la noche era cálida. Barcelona se iluminaba bajo las luces de los edificios y no sorprendía ver que la gente paseaba por sus calles a esas horas.

Se puso el casco y subió a la moto. Pablo continuaba plantado ahí en medio, sin perder de vista ni uno solo de sus movimientos. Lucía una ceja arqueada.

—¿No vienes?

—¿Y tú piensas dejarme así?

Rodó los ojos y rio.

—Sí, Pitufu. Follas muy bien, pero no me va el exhibicionismo, y menos, enfrente del portal de tu abuela.

—Eso ha dolido...

Al fin subió a la moto y lo agarró por la cintura antes de que arrancara.

—¿Te apetece un paseo nocturno?

—¿Ya se te han pasado las ganas de follar? —inquirió burlona.

—Para nada, pero para que veas que sé hacer más cosas tengo un destino perfecto.

—Sorpréndeme, Romeo.

Condujo por la ciudad con tranquilidad. Era un placer que apenas hubiera tráfico, pues a Alexa le daba más tiempo a detenerse en los detalles y disfrutar del paseo de un modo distinto. Llegaban a la zona de Plaza España y tomó el desvío que llevaba en dirección a Montjuic. No subió hasta arriba, aparcó cerca de la fuente, al bajar, la cogió de la mano y con una sonrisa, la guio hasta el lugar.

—¿Vemos las luces? —le preguntó con una sonrisa ilusionada.

—¿Esta es tu idea romántica? —frunció el ceño.

—¿No te gusta? —Lo vio dudar y su rostro consiguió que no contuviera la risa.

—¡Claro que me gusta! Vamos, está a punto de comenzar.

Lo arrastró con una sonrisa al lugar y se sentaron en la escalera. A pesar de ser una atracción turística, no había mucha gente, así que disfrutarían de la música, el agua y las luces, con tranquilidad.

Hacía años que no las veía. Cuando era pequeña, le encantaba ir con su madre durante esas noches que no sabían en qué llenar su tiempo. Ahora, años después, lo hacía junto a una persona que ocupaba un enorme hueco en su corazón.

Se acomodó un escalón por debajo de él y se hizo un hueco entre sus piernas. Pablo aprovechó para abrazarla y dejar un dulce beso en su pelo que la hizo sonreír.

El espectáculo estaba a punto de comenzar. Ya se escuchaba la música y las luces de la fuente de Montjuic lucían encendidas. Pronto dio inicio el movimiento, y la melodía de *Show Must Go On* de Queen, llenó el lugar de luces. El agua se movía al compás, los colores cambiaban en cada frase. No era un espectáculo magnífico, pero si se compartía con la persona indicada, se convertía en especial.

Sobre todo, porque Pablo no dejaba de cantarle al oído. El vello se le erizaba, porque en cada pausa, aprovechaba para besar y mordisquear la curva de su cuello.

Tenía ganas de cerrar los ojos, dejarse llevar por las sensaciones. Jugeteaba sin descanso con sus dedos, acariciaba cada parte visible de su cuerpo, caldeando su interior. De vez en cuando, intentaba sumergirse en zonas más prohibidas, pero lo frenaba con sutileza, dudaba poder

resistirse a perder la cordura por él.

El sitio era público, la policía solía rondar la zona y terminar la noche en un calabozo no era el mejor desenlace para lo que era un día perfecto.

—¿Puedes dejar las manos quietecitas?

—¿Puede Iron Man sobrevivir al guantelete con las gemas del infinito? —comparó dejando a Alexa sin palabras.

Se giró para mirarlo, en busca de cualquier rastro de burla, pero no, lo decía completamente en serio.

—Pues no, pero...

—Pues ahí tienes tu respuesta. No puedo dejar las manos quietas —la cortó y sonrió burlón, orgulloso de su respuesta.

—Imbécil.

—Sí, lo soy. Pero más lo sería si dejara pasar cualquier oportunidad de sentir el tacto de tu piel —ronroneó en su oído—. *Ella es la que me vuelve loco, a la que miro a escondidas sin poder revelar lo que siento* —continuó, canturreando su canción.

Alexa no dijo nada. Ya ni siquiera prestaba atención a la fuente. Miraba a Pablo, atenta al movimiento de sus labios mientras le dedicaba *¡No me cantes milongas!*

Todo cobraba aún más sentido cada vez que la escuchaba,. No decía que estaba enamorado, pero sí encontraba esos miedos, el cariño, pues definía a la perfección lo que ella misma sentía. Ambos eran artistas, y la mejor forma de abrirse, era mediante el arte, pues las palabras se quedaban cortas.

Reconocía que la faceta romántica de Pablo era una novedad a la que podría acostumbrarse muy rápido. No perdía su picardía, seguía siendo su imbécil con frases fuera de lugar, solo que ahora, bajo esa capa, había un dulce bizcocho de chocolate, suave y tierno.

Y joder, le encantaba.



La idea de dormir separados ya no entraba en sus planes. Pablo preguntó si la llevaba a casa y Alexa se atrevió a pedirle pasar la noche con él, cosa a la que no se negó.

Abrió los ojos cuando un rayo de sol le dio en la cara a través de la rendija de la persiana. Dormía a su lado, ajeno a su despertar. Miró el reloj de su teléfono y eran pasadas las diez de la mañana. Ella solía madrugar bastante, pero tras acostarse a las tantas, necesitaba ese sueño reparador.

Se levantó para ir al baño con cuidado de no despertarlo, y tras hacer un pis, se aseó lavándose la cara y robándole pasta de dientes. Tenía el baño impoluto, en realidad, toda la casa gozaba de un orden que nadie creería que tuviera un tipo como él.

Se miró al espejo y fue consciente del brillo en su mirada, relucía.

Era feliz de encontrarse en ese lugar, un sueño que perseguía desde hacía mucho. Con la vuelta de Pablo, incluso olvidó que seguía a la espera de los resultados médicos. Mantenía puestas todas sus esperanzas en no tener ELA, le medicación recetada por el médico le fue bien para las migrañas, pero los dolores musculares y el cansancio, aún seguían y dormir poco tampoco ayudaba demasiado.

Quitó esos pensamientos de su mente y fue a la cocina. No tenía ni idea de cómo guardaba las cosas, por suerte, las cápsulas de la cafetera estaban a la vista y se preparó un café para despejarse.

Paseó por el piso para quedarse con cada detalle. Era la primera vez que estaba allí sin prisa, y al final, terminó en el estudio. El lugar le provocaba la misma sensación que el suyo propio: paz.

Se sentó en la silla y cogió la guitarra situada en el pedestal. No podía resistir la tentación de colocar los dedos sobre las cuerdas, y olvidándose de cerrar la puerta, comenzó a tocar.

Rasgó con suavidad, los primeros acordes de su canción sonaron en la estancia. Cantó la letra con voz tenue, dejándose el alma en ella. Cada vez estaba más orgullosa de la pieza, era su mayor creación. Una hecha a medida para sí misma. Una oda a sus sentimientos, a todo lo que provocaba Pablo en su interior.

—Sí, soy esa, la hipócrita de tus sueños, la mujer incapaz de decir la verdad —cantó.

Miraba las cuerdas, concentrada, ajena a que, a tan solo un metro, Pablo permanecía apoyado en el marco de la puerta.

—La loca, la dulce, la que no tiene límites. La que por ti viajaría hasta el infierno.

Alzó la vista, disfrutando del estribillo y entonces lo vio, así que, el silencio llegó de nuevo a la habitación.

—Continúa, por favor —le suplicó. Se acercaba a ella con cautela, supuso que pensaba que saldría corriendo.

Ganas no le faltaban. No solo la estaba escuchando cantar, encima lo hizo con su canción, con ese vómito de palabras que salió de la nada y que resultó serlo todo.

—No puedo —dijo al fin, sin embargo, la guitarra seguía en sus manos.

Pablo acertó las distancias, cogió otra silla que colocó frente a ella y se sentó con la mirada puesta en su rostro de forma penetrante.

—Sé que te aterra, pero veo que hay una parte de ti que se muere por continuar y mostrar todo de lo que es capaz —habló en tono dulce—. Sé que quieres hacerlo, ni siquiera has soltado la guitarra.

—Claro que quiero, pero me bloqueo —admitió. Agachó la mirada, incapaz de ver la decepción reflejada en sus ojos por ser una cobarde.

La cogió de la mano que seguía apoyada contra las cuerdas y la acarició con suma delicadeza.

—Aquí solo estoy yo, una persona que no va a juzgarte en nada de lo que hagas, porque sé que va a ser muy grande.

—No se trata de que me juzgues. Es... —Ni siquiera encontraba una explicación, no lo sabía, puesto que su miedo era tan irracional que nunca le encontró verdadero sentido.

—Cierra los ojos y respira hondo.

Obedeció. Cogió aire con fuerza para expulsarlo después con extrema lentitud.

—Solo puedes cantar a solas, así que piensa en ello. Eres solo tú.

Siguió sus directrices, se veía a sí misma en su estudio, con la guitarra, dispuesta a crear melodías que consiguieran emocionarla.

—Sumérgete en la música, acaricia tu pasión pensando en ti, en lo que sientes al llevarlo a cabo. Eres tú la única que está presente.

—Pero tú me estás hablando —lo cortó. No abría los ojos, luchaba por mantener la imagen que él quería que creara.

Una tarea difícil para alguien a quien la meditación le resultaba imposible.

—Soy la voz de tu conciencia.

—Imbécil.

—Ese también —bromeó—. Pero inténtalo, no abras los ojos, solo siente y haz eso que tan bien haces. Y no me refiero a follar.

Negó, porque ni en esas circunstancias podía cerrar su boca.

Soltó su mano y la dejó de nuevo colocada sobre las cuerdas. Le recordó que visualizara esa paz mental, y aunque no era perfecta, comenzó a tocar.

Tuvo que empezar varias veces, resultaba complicado obviar que él seguía ahí. Su presencia se percibía a causa de su fuerte magnetismo aunque tuviera los ojos cerrados.

Lo intentó de nuevo, esa vez los acordes no se pausaron, tras la melodía de entrada, dio inicio la letra. Creyó que la voz no le saldría, que se quedaría atorada en su garganta, pero para su sorpresa, pudo hacerlo sin ninguna dificultad.

Era consciente de lo que hacía, que Pablo, escuchaba por primera vez una canción que también le pertenecía. Cuando ya llevaba la mitad, se aventuró a abrir los ojos.

Estaba boquiabierto, tenía un amago de sonrisa y tuvo ganas de reír por lo guapo que lucía, pero siguió cantando.

Sí. Quería seguir.

Potenció su voz con el estribillo, lo miró a los ojos en cada instante y un nuevo sentimiento se instaló en su organismo al dejarse llevar: la plenitud.

Cantaba delante de la persona que más le importaba, no había cabida para el miedo, solo para las ganas de decirle todo con esa canción en la que puso cuerpo y alma.

—*Somos iguales, el tándem perfecto. Tú la locura y yo la calma. El hielo y el fuego* — continuó.

Ya nada podía pararla, la mirada de su acompañante le decía que no lo hiciera.

Desde que comenzó su andadura en el panorama musical, sintió un vacío enorme por no ser la intérprete. Era una espina clavada en su corazón, sabía que acababa de dar un paso gigante para acercarse a su sueño.

No estaba preparada para hacerlo a gran escala, mas el hecho de hacerlo delante de una sola persona, la satisfacía de una forma indefinible.

Dio fin a la canción, emocionada, tanto, que hasta que Pablo no puso la mano en su rostro, no se dio cuenta de que las lágrimas se escapaban traicioneras de sus ojos.

Eran lágrimas de emoción, de alegría. Hacía mucho que no se sentía tan enérgica como en ese instante, y todo, gracias a él.

Lo besó antes de darle tiempo a comentar nada. Sus labios la recibieron gustosos y disfrutó de unos segundos en los que los sentimientos viajaban a través de sus bocas para decirse todo.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó Alexa un tanto confusa, pues era ella quien se sentía enormemente agradecida.

—Porque eres maravillosa.

Sonrió contra sus labios.

—Gracias a ti, porque acabas de conseguir un imposible. ¡He cantado! —exclamó efusiva.

—Joder, claro que lo has hecho. Me has puesto duro otra vez.

Se carcajeó. Acababa de romper el momento tierno, pero así era él.

—No te rías. Verte acariciar la guitarra con tanta maestría y acompañada con esa voz rasgada, me ha llevado y devuelto al maldito infierno.

—Entonces, ¿te ha gustado? —pronunció con cautela.

—¿Tú que crees? —respondió con otra pregunta y llevó la mano de Alexa hasta su protuberante erección.

—No me refiero a eso, salido de mierda. Digo la letra —bufó.

—Habla de nosotros, de lo que sientes... No hay mayor halago para mí. Es una auténtica pasada, Alexandra. Mereces estar en todo lo alto —declaró con total sinceridad. Incluso le pareció sentir un apretón en el pecho, como si sus palabras, logaran abrazarla.

Cuando la compuso ni siquiera pensó en cómo actuaría él si la escuchaba. Creyó que nunca saldría del cajón, que sería de esas letras que mantenía ocultas para sí misma. Que nunca nadie la escucharía.

—La compuse la segunda vez que nos acostamos.

—El día en que te llame hipócrita. —Asintió—. Puede que ese deba ser el título, le pegaría.

Le dio la razón, puesto que era una palabra clave en el estribillo.

—¿Por qué hemos sido tan idiotas? —se preguntó en voz alta—. Todos lo veían menos nosotros. Bueno, más bien nos engañamos como imbéciles.

—Tú misma lo dices en la canción. Somos iguales, dos hipócritas incapaces de dejar al aire nuestros sentimientos, dos cobardes que se conformaban con la amistad con tal de no perderse, y en realidad, hemos perdido mucho tiempo. Sin embargo, creo que ahora somos lo suficiente maduros como para no echarlo a perder.

—Tú no eres maduro. Nunca lo has sido —se burló.

—Acabas de clavarme una estaca en el corazón, Rubia —dramatizó.

—Estaca es la que me apunta desde tu entrepierna.

—¿Quieres que te la clave? —respondió juguetón.

Alexa terminó de acortar las distancias, cada uno estaba en una silla, así que se levantó de forma coqueta y se subió a horcajadas sobre él gracias a que era el típico asiento sin brazos que estorbaran.

—Eso suena tentador. —Mordió el lóbulo de su oreja y descendió por su cuello con la lengua.

Su jadeo no tardó en llegar. Afianzó las manos en sus nalgas, dispuesto a encontrar el hueco para encenderla.

—Pero tengo hambre, *Van Helsing*, así que, señor inmaduro, te quedas sin clavar la estaca a esta vampiresa sexi.

Se levantó sin apenas mirarlo, con una sonrisa malvada en su rostro.

—Alexa, eres jodidamente perversa.

Rio a carcajadas de camino a la cocina, seguida por el bufido de perro rabioso de un Pablo que acababa de quedarse con tremendo calentón.

Pidieron comida a domicilio, puesto que desayunar a la una del mediodía quedaba descartado. Se sentía feliz, plena. Las sonrisas cómplices, los besos robados y el juego descarado, daban cierta placidez a su alma.

—¿Puedo proponerte una cosa? —le preguntó él tras masticar un pedazo de pizza.

—Miedo me das... —respondió con las cejas alzadas. Su rostro no le daba pistas sobre qué podría ser, y la última vez que le propuso algo, fue que si no encontraban el amor pasados los treinta, se casarían.

Él ya tenía treinta y uno, a Alexa le quedaban dos meses para cumplirlos, sin embargo, la idea de que le pidiera matrimonio le resultaba de lo más disparatada.

Divagó durante los minutos en que él se mantuvo en silencio, iba a enloquecer con sus propios pensamientos, así que cuando abrió la boca, estuvo a punto de decir que no se casaría. Por suerte, la petición era muy distinta.

—¿Vamos al estudio de grabación del grupo? Sería alucinante que hicieras una maqueta de la canción.

—¿Qué? —Seguía un poco aturdida a causa de sus locas ideas, le costó varios segundos ser consciente de lo que proponía.

—Estaríamos solos. Yo te ayudaría...

—Pe... pero no tengo la base aquí —titubeó.

—Iremos a buscarla —solucionó—. Vamos, Alexa. No va a pasar nada.

Dudó. Se quedó en silencio. Era algo que quería hacer, por supuesto, pero aunque hubiera conseguido cantar delante de él, no tenía claro si podría volver a hacerlo tan pronto.

Ya bastaba de ponerse barreras. Había una parte de ella misma flotando en la superficie a la que le entusiasmaba la idea. Quería hacerlo, dejar a un lado los miedos, pues con Pablo cerca, tenía el ancla perfecta para no irse a la deriva.

—Está bien, vamos.

Sonrió satisfecho y se levantó para darle un beso que le cortó la respiración. Se reflejaba orgullo en su mirada, una admiración de la que no se creía merecedora.

Después de pasar por su casa a recoger la base que guardaba en un pendrive, llegaron al estudio. Como prometió, estaban a solas.

Con su ayuda comenzó a configurarlo todo para que la base se escuchara en los altavoces y auriculares, para luego meterse en la cabina tras darle a Pablo las instrucciones. Él supervisaría

que todo cuadrara, la grabaría para que ella después pudiera editarlo a su antojo y así dejarlo perfecto.

—Vamos, Alexandra, tú puedes —se animó una vez dentro del cubículo.

Él la observaba a través de la cristallera, a la espera de su orden para que diera inicio la música.

Lo hizo rápido, pues si se lo pensaba, volvería a acobardarse. Por un momento creyó que su voz se atascaría, pero tras los acordes finales de la entrada, su propia mente actuó.

Se sintió bien, libre, entusiasmada por dejar al descubierto su arte. Ni siquiera cerró los ojos, al contrario, mantuvo la vista fija en un Pablo que la miraba con tanta ternura que tocaba su alma. Cantaba para él.

Puso fin a la letra y esperó hasta el último acorde de la melodía para salir de la cabina.

—¿Qué tal?

—Escúchalo por ti misma, pero me atrevo a decir que acabas de terminar de grabar la maqueta de una canción propia.



Alexa era un espectáculo adictivo, de tal magnitud que, cuando caías en su embrujo, las posibilidades de salir eran mínimas.

Se sentía el hombre más afortunado del mundo. Por fin la escuchaba cantar de verdad, él era el privilegiado que pudo observar cómo esa voz le robaba el corazón.

En su casa se trató de un momento íntimo, ese en el que, gracias a sus palabras, consiguió que cantara su canción a pesar de los nervios y temores. En el estudio pudo apreciar con mucho más detenimiento cómo ese era el lugar que a ella le pertenecía.

La música era su don, y no se trataba de que se sintiera reflejado en la letra de *Hipócritas*, que fuera algo de ambos, sino que su lugar debía ser subida a un escenario frente a miles de personas.

Escucharon juntos la grabación. No la perdió de vista ni un solo instante, y aunque por momentos veía rastros de temor, la alegría los empañaba al convertirse en la protagonista.

Daba un paso gigante para luchar contra su miedo.

—¿Qué te parece? —indagó con una sonrisa.

—¡Me flipa! —respondió con tanta emoción que se puso a dar saltitos haciéndolo reír.

La paro para robarle un beso, no podía pasar ni cinco minutos sin sentir sus adictivos labios. Y si no fuera porque quería proponerle otra cosa, la desnudaría allí mismo para aplacar la enorme erección que tenía por haberla escuchado cantar con esa voz de hechicera.

—Canta conmigo ¡*No me cantes milongas!* —pidió.

—¿Qué?

—Pues eso —rio ante su confusión.

—Pablo...

—Alexa... —la imitó—. Has cantado la tuya con facilidad, y creo que es un reto mayor hacerlo conmigo. Además, sigo siendo yo, mi otra opción es desnudarte aquí mismo y follarte encima del escritorio.

—Así no me facilitas nada —jadeó cuando su lengua recorrió la curva de su cuello. Colocó las manos en sus nalgas para apretarla contra su cuerpo y que notara la protuberancia bajo sus pantalones.

—Para mí tampoco es fácil, pero... —se separó con una sonrisa ladina—. Vamos a cantar.

—Eres un calentabraguetas —bufó. Estaba sonrojada y su respiración era algo errática. No se arrepentía, pues le pagaba justo con la misma moneda, ya que ella, le hizo lo mismo en casa.

—Luego te enfrío la entrepierna, no te preocupes. Pero ya que hoy me estoy aprovechando de tu voz, no quiero perder la oportunidad de compartir este instante.

La dejó a las afueras del cubículo y preparó la canción. En la mesa de mezclas apagó la voz de Aritz y espero a que Alexa se decidiera a entrar.

La vio un poco enfurruñada, así que la calmó con una serie de besos y la atrapó en el interior tras darle al *play* para que no saliera huyendo.

No hizo falta dejarle la letra, se la sabía a la perfección. Lo demostró cuando, juntos, la cantaron entre risas cómplices y caricias que subían la temperatura de la sala.

Pablo estaba en éxtasis, embelesado, pues oír su propia letra entre sus labios, era un sueño que no sabía ni que tenía. Era como si la hubiera compuesto para que ella la cantara, para hacerlo los dos.

—Joder, ¡eso suena increíble!

Ambos callaron de inmediato. Aritz acababa de entrar con un enfurruñado Gabi al estudio, los miraban a través de la cristallera del cubículo. Como solo cantaban para divertirse, volvió a abrir la puerta cuando notó que hacía demasiado calor.

—Mierda —se quejó Alexa, quien volvía a tener la mueca de pánico en su rostro.

—Hola, chicos —saludó para romper un poco la tensión que emergía de la nada.

—De hola nada. Alexa, tienes que cantar esa canción conmigo.

—¿Qué? ¡No, ni de coña! —medio gritó la aludida.

Pablo se quedó en silencio. Opinaba justo como su compañero. La canción era perfecta solo con la voz de Aritz y la suya propia, pero a pesar de estar haciendo el tonto mientras cantaba, se dio cuenta que la de Alexa la enriquecía de una forma celestial.

—Pero...

—Pero nada, Aritz. Yo, no puedo... —claudicó y se marchó en dirección a la pequeña terraza. Soltó un suspiro.

—Es mejor que no la presiones —dijo al fin.

—Pero estaba cantando delante de ti. Eso es un gran paso.

—Sí, y le ha costado lo suyo, por eso te lo digo.

—Tío, tiene una voz increíble. Quedaría perfecta.

Estaba de acuerdo, pero era meterla en un berenjenal para el que no estaba preparada.

—A mí también me gustaría que la cantara, pero es jodido. A no ser...

—¿Qué estás maquinando? —inquirió Aritz con una sonrisa pilla. Él lo conocía mejor que nadie y su cara, en ocasiones, era como un libro abierto.

Esperaba que el plan funcionara. Cabía la posibilidad de que esa noche se quedara sin huevos, pero necesitaba hacerlo.

Tras la negativa de Alexa de cantar con Aritz, salió a la terraza en un intento de convencerla que no dio sus frutos. Le aterraba la idea, le reconoció que cantar con él ya no le provocaba ese sentimiento, mas hacerlo delante de más personas, era muy distinto. No se podía erradicar una fobia en un día, pero quizá, después del gran paso, solo le hacía falta un empujoncito más para seguir por el camino correcto.

—¿Una fiesta? —preguntó extrañada después de comunicarle el plan para la noche.

—Sí, con todos. Sara y Aritz han alquilado un local. Habrá música, alcohol y puede que algún rincón oculto en el que tocarnos como perversos —le guiñó un ojo juguetón y ella puso los ojos en blanco.

Actuar como el salido que era se trataba de su mejor baza para que no sospechara que había algo raro. Todo lo que decía era cierto, pero se escondía un detalle más que conseguía ponerle los huevos de corbata.

—¿Desde cuándo lo sabes? Porque llevo toda la semana con Sara y no lo ha mencionado en

ningún momento.

«Piensa, Pablito, rápido» le exigió a su mente.

—Ayer por la mañana. No te lo dije porque pensaba que ya estabas al tanto —mintió.

Esperó que no se notara su titubeo. Era experto en mentirse a sí mismo, pero con los demás, era otra historia.

—Ahá...

Si sospechó no lo dijo en voz alta. No tenían mucho tiempo por delante. Ese fin de semana decidieron pasarlo en casa de Alexa. Ya todos sabían que estaban medio juntos y ninguno pensaba fingir que eran solo amigos.

Sentía que esa etapa comenzaba a cerrarse, el próximo paso era hablar de verdad, sin tapujos, pero ambos lo posponían dejándose llevar.

Esperó en el balcón a que terminara de arreglarse. El frío llegaba de forma tímida a la ciudad Condal, ya no quedaba nada de verano, y menos mal, pues estaban en pleno octubre con noviembre muy cerca.

Encendió un cigarrillo y fumó apoyado en la barandilla. La calle estaba abarrotada, la gente se preparaba para salir de fiesta.

Pensó en lo que depararía la noche, tenía fe ciega en que todo saliera a la perfección. Había una parte de riesgo, mas haría todo lo posible por esquivarlo.

—¡Fiu, fiu! —silbó en cuanto la vio aparecer.

Alexa vestía con una falda de tubo negra por encima de las rodillas que dibujaba a la perfección su trasero y un top morado con un escote de vértigo. Hizo una parada en esa zona, era tan básico como un neandertal.

—La cara está arriba —murmuró divertida.

—Te tengo muy vista.

—Y a estas también, porque no has dejado de tocarlas durante parte de la semana.

—Touché —le concedió mientras se acercaba para rodear sus caderas.

La melena rubia caía en cascada por su espalda, se dibujaban unas ondas naturales que se mecían al compás de la fina brisa del exterior. Enredó los dedos, luego, se entretuvo en acariciar la línea de su columna que se unía con la nuca.

Atrapó sus labios, le dio tiempo a fijarse en que los llevaba en un tono rojo, mas todo desapareció a su alrededor cuando sus lenguas tropezaron con un intenso baile.

—¿Y si pasamos de la fiesta y nos montamos la nuestra? —sugirió ella.

—Es tentador a más no poder, pero tampoco podemos pasarnos la vida follando —bromeó.

—Si por ti fuera, ese sería tu único cometido en la vida —le respondió con la ceja arqueada.

Sospechaba que le olía a chamusquina el plan de la fiesta, pues la realidad era que, en cualquier otro momento, quedarse en casa con ella en la cama, sería como vivir en el mismísimo paraíso.



Alexa tenía un presentimiento muy fuerte de que Pablo maquinaba algo. No le entraba en la cabeza eso de que rechazara el plan de quedarse toda la noche recorriendo sus cuerpos. Fingía, se le notaba a leguas, parecía estar nervioso por algo y eso la tenía un tanto paranoica.

Se le pasó un poco cuando llegaron al local de la fiesta y vio allí a todos. Al menos, la repentina quedada no era una mentira, cosa que la relajó un poco.

—Mirad, por ahí vienen los «mejores amigos del mundo» —vociferó Dafne, quien no perdía el tiempo con el alcohol.

En realidad, ya todos iban con su primera copa en la mano.

—Son *follaamigos*, Daf.

—¿O novios? —puso la guinda la bruja Pelirroja.

—¿Cuántos años tenéis? —bufó Alexa.

—Los suficientes para admitir cuando estoy en una relación —añadió Aritz provocando la carcajada de Pablo por tamaña ironía.

—Nosotros seremos lentos en decidir qué somos, pero tú eres un capullo.

—Yo me voy a beber —finalizó Alexa, divertida por la conversación, pero sin intención de seguir echando leña a tanto besugo.

Mientras se servía, miró a su alrededor. El local era una sala insonorizada de unos sesenta metros cuadrados, con varios altavoces dispuestos para crear un buen ambiente con el sonido de la música. Incluso tenía una tarima, en ella, había un micrófono y un equipo que reconoció que era de karaoke.

Cova, Sara y Dafne, fueron con ella. Sus caras eran dignas de ser retratadas, porque la miraban con ese tipo de sonrisa que hasta daba mal rollo.

—Parece que estéis poseídas.

—Una maldición te voy a echar por no contarme que estás con Pablo. Ha tenido que decírmelo Sara —dramatizó Dafne poniendo un puchero.

Negó con la cabeza y rodó los ojos. De hecho, Sara lo sabía de pura chiripa porque ella no había abierto la boca.

—No he dicho nada, porque no hemos hablado de qué somos —explicó—. Sé que me diréis que somos imbéciles por no aclararlo, lo entiendo, pero nos estamos dejando llevar, y de momento, todo va sobre ruedas.

—Eso es porque debe de follar bien —añadió Cova provocando las carcajadas de todas.

La fiesta transcurrió con toda normalidad. Charlaron, bailaron y bebieron acompañados por la música. Pablo y Alexa no trataron de ocultarse durante ningún instante, al contrario, se deshacían entre caricias y besos que se convertían en burlas por parte de sus amigos.

—Madurad de una vez, tíos —les reprochó Pablo con una sonrisa en sus labios.

Todos gritaban «Viva los novios» cada vez que se besaban, como si de una boda se tratara.

—Sois demasiado monos —canturreó Sara, quien ya llevaba demasiadas copas y balbuceaba.

Negó, divertida. A pesar de no ser del todo consciente de lo que ocurría, le encantaba la sensación de libertad que sentía junto a él.

Toda barrera quedaba derruida para dar paso a unos sentimientos que henchían su pecho.

—Somos como un mono de feria.

—Lo sé, Rubia. ¿Pero qué importa? Estos idiotas no van a impedir que te bese una y otra vez —susurró en su oído, para después, unir sus labios una vez más.

—Eso espero, porque me encantan tus besos.

Se mecieron al ritmo de *Paradise City* de Guns and Roses entre sonrisas. Pablo apenas coordinaba, así que ella era la guía para que no pareciera un pato mareado.

La canción llegó a su fin. La cogió de la mano y la guio en dirección a la tarima del karaoke en el que aún nadie se subía.

—¿Qué haces? —le preguntó, pues acababa de coger dos micrófonos y lo vio con intención de darle uno.

Retrocedió.

—Canta conmigo ¡*No me cantes milongas!*!, por favor.

Pánico.

Eso es lo que comenzaba a recorrerle por toda la columna. Aumentó cuando miró a su alrededor, todos tenían puesta la vista en ambos, a la espera de que ocurriera el milagro.

—No... no puedo —respondió con un hilo de voz.

Tuvo la intención de huir como el día del cumpleaños de Pablo, pero fue rápido y la cogió de la mano.

—Mírame, por favor —le pidió mientras ponía un par de dedos en su barbilla para alzársela.

Obedeció y se encontró con una mirada que pretendía insuflarle fuerza, mas no podría cumplir sus deseos tan paralizada como estaba.

—Sé que puedes hacerlo. Aquí solo estamos las personas que te queremos. En realidad, todos, de alguna forma u otra, ya te hemos escuchado cantar.

—Pero...

—Sé que te bloqueas, ahora mismo desearías darme otro tortazo con la mano abierta. No lo haces porque, la parte de ti que quiere hacerlo, lucha contra el pánico.

Lo escuchaba con atención. Su respiración era errática por los nervios, sin embargo, la explicación de él comenzaba a cobrar todo el sentido en su cabeza.

Sí. Quería hacerlo, pero no se veía capaz. No le apetecía montar un espectáculo por acabar desmayada.

No le dio opción, Pablo le tendió el micrófono e hizo una señal a alguien para que diera inicio a la música. Ya se oía la melodía, él apretó su mano y fue quien se aventuró a cantar primero.

Escuchaba a sus amigos vociferar, no quiso ni mirarlos, pues le temblaban hasta los pelos de las pestañas con solo pensar en seguir la letra.

—Vamos, imagina que soy solo yo quien está aquí —le dijo durante una pausa entre estrofas.

Respiró hondo, cogió todo el aire que pudo y lo soltó. Llegaba el estribillo, apretó su mano, y con una sonrisa, la animó a que mostrara su arte.

Dudó, lo dejó a solas durante unos segundos, pero tras llegar al clímax de la canción, algo se gestó en su interior que la impulsó a cantar.

—*Esto no se puede parar, nos hemos mentido durante mucho. Ahora ya no hay nada que lo detenga.*

La abrazaba por detrás, cantaban juntos una canción que lo significaba todo. Alexa disfrutaba, se atrevía a mirar a su pequeño grupo de amigos, encantada con el entusiasmo que mostraban con su actuación. La adrenalina recorría su cuerpo, algo en su interior se derribó y dejó libre un sentimiento hasta ahora oculto.

—*No me cantes milongas, no te creo una palabra. Tú y yo siempre hemos estado destinados.*

Ya llegaba el final, miró a su Pitufito una vez más, y tras pronunciar la última palabra, se lanzó a sus brazos arropada también por los gritos y aplausos de esa panda que se había convertido en su familia.



El orgullo se instalaba en su pecho con mucha fuerza. Esa vez no era negativo, todo lo contrario, pues venía acompañado de una alegría tan sincera que no pudo controlar las lágrimas mientras abrazaba a Pablo sobre la pequeña tarima.

Acababa de cantar en público. Sí, eran solo sus amigos, mas días atrás creía que era misión imposible. Con Pablo a solas fue difícil, liberador, pero hacerlo ante más personas, derribaba un sólido muro construido desde hacía demasiado.

La sensación fue impactante, algo nuevo que disfrutó como si fuera una niña pequeña que descubría el mundo. No podía negar que durante las primeras frases tuvo un instante de bloqueo que creyó que la haría vomitar, mas la solución estuvo en mirar a Pablo a los ojos y que estos le transmitieran la seguridad que le faltaba.

Pudo vivir con intensidad el momento, cantó poniendo todo su empeño y hasta hizo contacto visual con su reducido público sin desfallecer. Al contrario, la energía vibraba en su interior, disfrutó como nunca antes y encontró esa pequeña pieza que le faltaba a su corazón para sentirse completa.

—¡Ha sido alucinante! —repitió por enésima vez llena de euforia.

Ya iban de camino a su casa, pasarían la noche juntos en la de ella para finalizar un día de lo más perfecto.

—Tú sí que eres alucinante —contestó él con una sonrisa antes de abrazarla por detrás.

—Eres tú quién tiene todo el mérito, nunca lo habría logrado sin ti.

Se giró para fundirse con el azul de sus ojos, brillaban, sonrientes. Podía deberse también a las copas de más de ambos, pero estas no ocultaban unos sentimientos que cada vez eran más claros.

—Yo solo te he montado una encerrona compinchado con el Pelucas para que cantaras. La verdad es que tenía miedo de que me cortaras los cojones —bromeó, aunque sus palabras tenían un rastro de verdad con lo último.

—Bueno, al principio mi mano quería coger impulso para darte una hostia, no te lo voy a negar, pero tú me diste la confianza suficiente para atreverme.

—Lo agradezco. Tus tortazos duelen.

Rio divertida y dejó un rápido beso en sus labios. Quedaban unos metros para llegar a su portal y se asemejaban a dos adolescentes acaramelados que disfrutaban en medio de la calle.

Como tan a menudo ocurría desde que estaban juntos, apenas tuvieron tiempo de entrar al piso. Se deshicieron entre caricias prohibidas que terminaron en otra de sus noches de sexo desenfadado.

Alexa nunca tenía suficiente de él, anhelaba su contacto tanto como el oxígeno para respirar. Estaba agotada, aun así, aguantaba con los ojos abiertos para mirarlo de la misma manera que él hacía, con ojos enamorados.

—Todavía no me creo que esto esté pasando —pronunció él leyéndole los pensamientos.

—Hemos pasado media vida siendo amigos, y ahora, todo es más intenso.

—Estamos en el punto que siempre quise —admitió y acarició su mejilla con dulzura.

Cerró los ojos con el contacto, cautivada por su toque.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Te hago la misma pregunta.

Hubo incontables ocasiones para decirle a Pablo lo que sentía. Muchas noches durmiendo juntos en las que estaban en la misma posición, pero con ropa, y ninguna frase que diera a entender que se querían con locura. Lo más probable fuera que las señales estuvieran, y que ambos, las desearan para no complicar algo que les resultaba tan sencillo como ser amigos inseparables.

—Miedo —respondieron a la vez y negaron con una carcajada—. ¿Todavía lo tienes? —inquirió Alexa.

—La verdad es que sí, pero es muy distinto. —Se pausó. Creía ser capaz de escuchar los engranajes de su cerebro en busca de la respuesta correcta—. Ahora tengo miedo a que esto acabe, a que te alejes, que esto sea solo un espejismo... Porque aunque sea un cafre que, en ocasiones, no sepa encontrar la frase correcta, sé que si se acaba, mi corazón quedaría destrozado.

Alexa acarició su mejilla, sonreía con dulzura, agradecida de que hubiera encontrado el valor para sincerarse así.

No pronunció la palabra te quiero, eso a ella no le importaba, pues siendo amigos se la decían a diario.

—Sí, eres un cafre, pero has conseguido decir algo sin cagarla —se burló.

—¡Y luego soy yo el que rompe el momento! —dramatizó.

—Recuerda una cosa: la cagaremos de la misma forma que hemos hecho siempre. Tenemos el mismo carácter, chocaremos, pero también tendremos claro que eso no impedirá que luchemos por no perdernos.

El amanecer llegó guerrero con el astro Rey apareciendo por las rendijas de la persiana. Pablo seguía dormido, así que se movió con cuidado de no despertarlo.

Necesitaba ir al baño con urgencia. Puso los pies con cuidado en el suelo, y tras darse el impulso para levantarse, sus piernas flojearon hasta hacerla caer de bruces.

—¿Qué ha pasado?

Pablo se incorporó al escuchar el golpe. Seguía tirada en el suelo, con el ceño fruncido por la preocupación, luego recordó que él la miraba y fingió una carcajada.

—Que me he dado una buena hostia.

Él se levantó todavía adormecido y la ayudó a incorporarse. Temió volverse a caer, pero sus piernas habían recuperado su fuerza.

—¿Te has hecho daño? —se preocupó.

—Estoy bien, pero me meo —contestó apresurada, y antes de marcharse, dejó un beso en sus labios.

Se encerró en el baño y soltó un suspiro. Con todo el ajetreo del día anterior, la emoción por cantar en público y la diversión, incluso olvidó que todavía tenía pendiente conocer los resultados de las pruebas.

El temor cobraba protagonismo, era la primera vez que le fallaban las piernas de esa forma, por suerte, pudo fingir ante Pablo, pues seguía siendo incapaz de contarle la verdad.

No quería preocuparle, aunque quizá, si resultaba que tenía ELA, todo lo que pasaba entre ellos volvería a cambiar.

No estaba dispuesta a hacerlo sufrir. No a él.



Pasaron el domingo encerrados en casa, viendo series, charlando y prodigándose caricias prohibidas.

Desde que se despertaron, Pablo la notó un tanto distraída. Se daba cuenta de que cuando le contaba algo, debía repetirlo para que se enterara.

—¿Estás bien? Te noto dispersa —le preguntó.

Llevaban un rato en la terraza tomando el fresco, ella fumaba un cigarrillo con la mirada perdida en el horizonte.

—¡Eeeo!

—¿Qué? —reaccionó al fin.

—A ti te pasa algo —murmuró con el ceño fruncido, era muy evidente.

—No. Me he quedado embobada. Sin más —sonrió.

No le convenció demasiado su respuesta, mas no insistió. Cuando Alexa se comía la cabeza por algo, era mejor dejar que lo procesara a solas. Ya hablaría cuando estuviera preparada.

Borró de su rostro la arruga que se formaba en su ceño a base de besos y caricias. Mantenerla distraída era la fórmula perfecta para que volviera a ser ella.

En ese instante, acurrucados en el sofá, coló su mano por debajo de la fina camiseta para agarrar uno de sus pechos.

—¿Tienes que estar metiéndome mano mientras vemos *Vaiana*? —le inquirió y torció el cuello para mirarlo con las cejas alzadas.

—Sí... ¿Sabes la de tiempo que llevo resistiéndome?

—¿Media hora?

—No, coño. Toda la vida. No podía meterle mano a mi amiga. Ahora que somos... —hizo una pausa, pues seguían sin decir la palabra novios. Se le hacía muy extraño solo de pensarlo.

—¿Qué somos? —insistió ella.

—¿Tú que crees? —la evadió. Se conocían, sabía que ella tampoco diría la palabra.

—Gilipollas.

—¡Bingo!

Estallaron en carcajadas como dos imbéciles. Continuaron en esa postura un rato más, hasta que Pablo notó como el hambre le apesaba después de un día sin hacer nada, ni siquiera comer. Eran pasadas las ocho de la tarde, ya había anochecido y tocaba moverse.

—¿Quieres ir a la Tagliatella a cenar? —le preguntó. Acariciaba las ondas de su cabellera rubia de forma distraída.

—¿Cena romántica?

—Claro. Así luego tengo la excusa perfecta para follarte.

Alexa gruñó y se levantó del sofá acompañada por sus risas.

Aunque se hiciera la ofendida, pondría la mano en el fuego sin quemarse a que la idea le resultaba de lo más apetecible.

No solo quería llevarla a cenar para acabar en la cama, desde que casi se abrió por completo durante la noche, la idea de decirle cuanto significaba para él, sin reservas, golpeaba con fuerza, deseosa de salir.

No tenía dudas, quería estar con ella de todas las formas posibles. Algo en su interior le decía a gritos que era su otra mitad, se pertenecían, eran el complemento perfecto para el otro.

Llegaron al restaurante una hora después. Este se encontraba frente a la playa de la Barceloneta, en el paseo marítimo. Se instalaron en la terraza. Como ya comenzaba a hacer fresco por las noches, la mayoría de comensales optaba por comer en el local, así que, estaban a solas.

La noche estaba despejada, corría una fina brisa de lo más agradable que acercaba el olor a salitre del mar. No eran las mejores vistas, ni las más románticas, tan solo perfectas cuando se compartían con la persona deseada.

—¿Sabes que este es mi restaurante favorito? —habló Alexa tras ya estar acomodados.

—No lo sabía, pero tampoco me sorprende. Adoras la pasta y cualquier pizza.

—Menos la que lleva piña —puntualizó.

—No estaría contigo si te gustara. Es la mayor abominación culinaria de la historia —añadió con total seriedad arrancándole una carcajada.

Le dedicó una amplia sonrisa. Quien lo mirara desde fuera, vería a un hombre enamorado hasta las trancas de la mujer frente a él. Probablemente le brillaban los ojos, él no se veía, pero sí los de Alexa, que relucían bajo la luz de la luna en cuarto creciente que tenían justo encima.

Pidieron su comida poco después. A pesar de ser ellos, los de siempre, titubeaban un poco a la hora de comenzar una conversación.

Todo fluía siendo amigos, ahora había tal tensión por los sentimientos, que ambos se quedaban obnubilados por sus propios pensamientos.

—¿Te acuerdas de aquella noche de San Juan en esta misma playa? —habló ella rompiendo el silencio.

—Claro. Supongo que te refieres en la que terminé en bolas, pasado de copas y me metí en el agua. —Ella asintió con una sonrisa al recordarlo.

—Tuve que rescatarte. Esa vez no me besaste, pero me recuerda mucho a ese día porque, mientras hacíamos el bobo en el mar, yo estuve a punto de hacerlo —comentó y dio un bocado a su pizza.

—¿Te arrepientes de no haberlo hecho? —se preguntó.

Se tomó su tiempo para responder.

—Por una parte sí. Tú me gustabas, quería estar contigo —admitió—. Pero creo que habría sido un gran error.

Hizo una pausa y él no habló. Quería dejar que reordenara sus pensamientos para después continuar.

—Como ya te dije tiempo atrás, hacerlo lo hubiera jodido. Si ahora, como dos adultos de treinta años nos está costando la vida gestionarlo, siendo unos niños hubiera sido una catástrofe.

No podía quitarle la razón, pues compartía su opinión. No obstante, tampoco creía que les estuviera costando la vida entera.

Era cierto que llevaban dando tumbos desde que ella reapareció en escena, todo sucedió de un modo que los dejó en un aprieto. Tras todo ello, se daban la oportunidad. Tan solo quedaba sincerarse de una vez por todas, cerrar el capítulo de la inseguridad y dejar abierto el del amor que esperaba que fuera eterno.

—Pues sí. Los polos opuestos suelen complementarse, pero los que son similares, como

nosotros, somos unos imbéciles indecisos.

—Yo tengo claro lo que quiero, Pitufu. Y si no termino de abrirme, es solo porque tú no lo haces —reconoció.

—Pues alguno tendrá que dar el paso.

Cogió aire con fuerza. Tenía delante la oportunidad perfecta. Agarró su mano con dulzura y la acarició, para después, dedicarle una silenciosa mirada con la que le pedía permiso para hablar.

Antes de ello, se bebió un vaso entero del vino que compartían desde el inicio de la velada. Ella hizo lo mismo, poniéndole fin a la botella.

—Quiero estar contigo, Alexandra. Sé que lo de abrirme no es mi rollo, porque mi boca fue creada para dar placer y cagarla, pero te quiero. ¡Joder que si lo hago! —exclamó con entusiasmo. Alexa lo escuchaba, pero no tuvo tiempo de descifrar qué le decía su rostro—. Llevo enamorado de ti desde que era un adolescente al que le faltaba dar el estirón. Cuando te fuiste, me sentí vacío, pero el día de la boda, mi corazón se reconstruyó y me prometí que te mantendría cerca como fuera.

»No empezamos con muy buen pie por culpa del matrimonio feliz, o sí, depende de cómo lo mires. Pues aunque yo tardé más en saber que eras tú, al hacerlo, me di cuenta de que ese día, a pesar de las máscaras, sentí que estaba en el lugar correcto. Te quiero, Rubia, y quiero que estemos juntos de verdad. Ser una pareja. Ser un todo.

Cogió aire después de soltar la perorata, lo dijo todo sin apenas respirar. Se sentía más libre, mas la alegría no le duró demasiado, pues cuando observó a Alexa para recibir su respuesta, esta caía de un golpe seco al suelo.

Desmayada.



Un pinchazo en el cerebro la incomodó haciendo que abriera los ojos de inmediato. La confusión no tardó en aparecer, pues no tenía ni idea de qué demonios había pasado.

Supo dónde estaba en el instante en que sus ojos enfocaron, era el hospital, las paredes estériles y el pitido de la máquina que leía sus constantes, no mentía.

Lo último que recordaba era estar en el restaurante, con el corazón a punto de salir de su pecho ante la declaración de Pablo.

Se abrió, dejó al descubierto, a su manera, lo que sentía por ella. Reconoció estar enamorado, y ella iba y perdía la conciencia sin poder decirle lo mismo.

Tenía ganas de gritar, estaba sola y necesitaba saber qué pasaba y dónde estaba él.

La duda se resolvió minutos después cuando entró acompañado por un enfermero y una doctora que conocía demasiado bien.

—Doctora Ramo.

—Hola, Alexandra, ¿Qué tal estás? —le preguntó con calma.

No se atrevía a responder.

Pablo se mantenía unos pasos atrás. Deseó que se acercara y le apretara la mano para insuflarle ánimos, porque los nervios que llevaban poseyéndola durante todo el día, desde el instante en que le fallaron las piernas, volvían con todo su poder.

—Te he hecho una analítica más completa, aunque mañana tengamos cita, los resultados serán mucho más fiables para darte el diagnóstico correcto —comenzó para romper el silencio—. Sé que estás asustada, pero preocuparte puede agravar más tu cuadro.

—Lo sé, Silvia —contestó, llamándola por su nombre.

Ella fue la mujer que hizo todo lo posible para que su madre no sufriera, su trato fue el más humano que existía.

—Perdonad que me meta, pero ¿para qué es la visita de mañana? —preguntó Pablo. Su rostro mostraba mucha confusión a la vez que preocupación.

—Eso es mejor que te lo cuente ella. Le hago una exploración y al finalizar hablad todo lo que necesitéis. Hoy te quedarás aquí, y mañana te daré el veredicto —atajó la doctora.

Ya no había vuelta de hoja, Pablo era merecedor de saber qué ocurría. No podía esconderlo durante más tiempo, eran pareja, y se trataba de un hecho tan importante como para hacerlo partícipe.

Actuó como una autómatas ante las indicaciones de la doctora, no escuchaba con atención porque meditaba la forma en la que abordar la conversación con él.

No tuvo más tiempo, finalizó la exploración y aún quedaban unas horas para saber los resultados definitivos.

—Un consejo: no te preocupes antes de tiempo. La exploración es correcta, está todo en orden neurológicamente hablando. No he encontrado nada extraño excepto un poco de debilidad.

—Gracias, Silvia.

—Mañana nos vemos. Ahora descansa y habla con tu pareja.

Asintió, poco convencida. Estuvo a punto de preguntar algo más para alargar su marcha, pero no se le ocurrió el qué.

Solo estaban ellos dos. Pablo se acercó hasta la cama y se sentó en una silla cercana.

—¿Qué está pasando, Alexa? ¿Qué pruebas te han hecho? —dijo con auténtica preocupación.

Era momento de sincerarse.

—Llevo un par de meses con muchas migrañas y malestar muscular. Lo achaqué al estrés de trabajar con la discográfica y la serie, pero un día me desmayé en el trabajo, como anoche —comenzó—. Sara me trajo al hospital.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace una semana —reconoció.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Estabas con el inicio de la gira y la presentación del disco, no quería molestarte. Pero a lo que iba —hizo una pausa, buscando cómo continuar—. Los síntomas son similares a algunos de la ELA, así que, debido a mi madre, están mirando si yo también la tengo a pesar de no ser algo hereditario.

Desvió la vista, notaba cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos. Llevaba resistiendo la tentación de romper a llorar desde aquel día. No quería que Pablo la viera así.

El silencio la acompañó durante un par de minutos, roto por la siguiente pregunta de su acompañante.

—¿Y no crees que es algo que debiste decirme de inmediato?

No contestó.

—Alexa, estamos juntos. Joder, quiero apoyarte en lo bueno, pero también en lo malo.

—Si tengo ELA va a cambiar todo —dijo al fin. Una lágrima solitaria resbaló y la retiró antes de que se diera cuenta.

—¿Por qué?

—Porque no pienso permitir que vivas lo que yo viví con mi madre. Esta enfermedad es una agonía. Destruye por completo al que la padece, pero también a los que te rodean. No puedo hacer que pases por un infierno así.

Decir aquello en voz alta la rompía por dentro. Si se hiciera realidad, no tendría un futuro con él, puesto que jamás le haría pasar por ello porque sabía que tendría una fecha muy próxima de caducidad.

No solo estaba el hecho de que fuera una enfermedad sin cura, de estas había muchas, mas la ELA te quitaba todo, hasta que finalmente también lo hacía con la vida mediante un proceso en el que, la persona que un día fuiste, desaparecía.

—Alexa, mírame. —Pablo posó su mano con suavidad en su mejilla, secaba con dulzura la cascada de lágrimas que ya no podía detener.

La obligó a mirarlo, su ceño se fruncía. Pocas veces lo había visto tan serio como en aquel instante.

—No pienses ni por un solo momento que te dejaría sola con algo así. Me da igual lo que tengas, eso no va a impedir que me quede a tu lado para tocarte las narices, y menos, después de

todo lo que hemos pasado para llegar a este punto.

—Pero te destruirá —contestó, rota por el llanto.

—Solo lo hará si tú no me dejas estar contigo. Te quiero, Alexandra Jiménez, y una puta enfermedad no va a ser impedimento para que me tengas cerca —declaró con decisión—. Además, estás adelantando acontecimientos, puede que no tengas nada.

—¿Y si lo tengo?

—Mis palabras son las mismas. Me quedaré a tu lado, pase lo que pase.

La abrazó, transmitiéndole todo el cariño que aguardaba en su interior. Era su bálsamo tranquilizador, el que necesitaba para calmarse. Alzó la vista, lo miró, y selló con un beso la promesa de que estarían juntos pasara lo que pasase.

Él siempre fue especial, a pesar de ser un bromista y chulo al que parecía no importarle nada, tenía un corazón tan grande que no le cabía en el pecho. Era bondadoso, fiel a los suyos, y sin duda, la demostración más grande de ello, se la hacía a ella en esos duros momentos llenos de incertidumbre.

—Te quiero, Pablo. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Su sonrisa juguetona no se hizo esperar. Antes de desmayarse, en el restaurante, quiso decírselo, poner sus sentimientos en bandeja para que él viera cuánto le correspondía.

—Ayer quise abrirme, pero me desmayé después de que tú lo hicieras. Yo también estoy enamorada de ti. Puede que lo esté desde que éramos unos niños, aunque ahora, es más intenso. Desde aquella noche en la mansión de la depravación, lo supe. Supe que me harías enloquecer, lo que no esperaba, era que fuera de esta manera.

—¿Cómo?

—De amor, de pensar en ti a todas horas, de sentir que a tu lado me transformo en la Alexa que quiero ser.

»Volviste a mi vida en un momento en que estaba muy perdida, y tú, sin pretenderlo, has conseguido que me encuentre, que vuelva a ser *«esa que te sigue en todas tus locuras»*

—*La que me para cuando me lanzo* —habló él con la letra de *¡No me cantes milongas!*, siguiendo la última frase de ella—. Te quiero, Rubia.

La abrazó de nuevo, con fuerza, sellando con cariño unas palabras que, ambos, tenían la certeza de que eran la verdad más absoluta del universo.

—Pase lo que pase mañana, gracias por estar a mi lado y cogerme de la mano.

—Recuerda: nunca te la soltaré.



Después de horas de charla, la obligó a descansar. Eran ya las cuatro de la madrugada, llegaron al hospital sobre las diez de la noche, y en ese tiempo, no se separó de ella un solo instante.

La cafetería estaba cerrada, por lo que, cuando vio que se dormía, cogió un café de una de las máquinas expendedoras y salió al exterior a fumar un cigarrillo.

Tenía la cabeza embotada, con muchos pensamientos que se arremolinaban, mas la preocupación era la verdadera protagonista.

«Estás disponible. Necesito hablar»

Escribió a Aritz, no eran horas de molestar a nadie, pero necesitaba desahogarse con alguien antes de volverse loco.

Su móvil sonó con una llamada de su amigo a los pocos segundos.

—¿Qué pasa, Pablito? —dijo Aritz con un tono que demostraba preocupación.

—Siento molestarte a estas horas. Es Alexa, estamos en el hospital.

—¿Está bien? —Esa era Sara.

—Se ha desmayado. Está estable, pero la dejan en observación toda la noche —explicó para tranquilizarla un poco.

—Así que al final te lo ha contado...

—¿El qué? — se metió un confuso Aritz.

Les explicó a ambos lo que sabía, estaban a la espera de resultados y unas pruebas de las que él no tenía ni idea de qué se trataban. En realidad, sus conocimientos sobre la ELA eran escasos, solo conocía el desenlace que sufrían las personas que la padecían.

—Estoy acojonado —declaró.

—Es normal. Sería una putada muy grande para ambos, pero cabe la posibilidad de que no sea eso. Tú mismo has dicho que la doctora la ha visto bien —lo animó el Pelucas.

—Ahora que estamos bien no quiero que se aleje si las cosas se complican.

—¿Le has dado tu apoyo? —preguntó Sara.

—Por supuesto. Sea lo que sea, no voy a dejarla sola. Ella quería apartarme, pero no hay nada en esta vida que pueda conseguir eso.

—Tío, estás muy pillado.

—Hasta el tuétano. Alexa es la mujer de mi vida. La única de la que me he enamorado. Dos veces. Perderla no entra en mis planes, ni de coña —declaró con decisión.

—Y no la perderás, porque mañana os dirán que todo está bien.

—Ojalá tengas razón, Sarita.

—La tengo, por algo soy la bruja Pelirroja —le dijo provocándole una sonrisa por primera vez.

Charlaron durante un buen rato, desahogarse con ellos aportó algo de calma a su ajetreado estado. La imagen de Alexa desplomándose justo en el instante en que terminó con su declaración, aparecía muy vívida en su mente a cada instante.

El terror lo poseyó. Tuvo que llamar corriendo a la ambulancia, por suerte, estaban muy cerca del hospital, así que en menos de quince minutos, llegaron y se pusieron manos a la obra para tratarla.

Fue una suerte que estuviera allí la neuróloga que la trataba, aunque para él, era un jarro de agua fría descubrir que trataban de averiguar si tenía ELA.

Sacudió la cabeza con fuerza, harto de pensar una y otra vez en lo mismo. Aunque hubiera posibilidades, prefería descartarlas para no atraerlo.

Terminó otro cigarrillo, compró otro café y entró en el interior del hospital para ya no separarse de la que sabía con convicción, era el único gran amor de su vida.



Eso de descansar no se le dio demasiado bien. Supo que Pablo se marchó un rato a tomar algo en cuanto fingió quedarse dormida por no preocuparlo, y desde ese instante, ya fue imposible conciliar el sueño.

Cuando él volvió, tuvo que fingir. Por mucho que lo intentara, los nervios no le permitían pensar en otra cosa.

Le cogía de la mano, no se la soltó en ningún instante. Era reconfortante hasta el punto de pensar en que no lo merecía. Ya no había secretos entre ellos, se declararon. Ambos sentían un intenso amor, algo irrefrenable, que no había forma de parar. Por eso, Alexa no podía cerrar los ojos y olvidarse de dónde estaba, puesto que si el diagnóstico era el que tanto temía, su futuro quedaría roto por completo por mucho que él dijera que seguiría a su lado.

—Buenos días, Alexandra. Traemos el desayuno.

Pablo pegó un bote en la butaca y cayó al suelo ante la entrada de las auxiliares.

No pudo evitar estallar en carcajadas con la escena, el pobre miraba a su alrededor, confuso, con los ojos todavía pegados.

—¿Dando el espectáculo de buena mañana, Pablito?

—Muy graciosa —gruñó mientras se ponía en pie—. Joder, creo que me he roto el culo.

Las auxiliares dejaron la comida y se marcharon sin abrir la boca. Juraría haber escuchado unas risas al cerrar la puerta.

—Ven aquí y dame un beso, enano gruñón.

Su petición hizo que su mueca cambiara de inmediato, sonreía y se acercaba con los brazos abiertos. Alcanzó sus labios en cuanto tuvo la oportunidad, jugueteó con su lengua y disfrutó de la calidez de sus brazos.

—Deberías mirarte la cara, cariño, pareces un mapache.

—Qué romántico eres —gruñó ella esa vez y lo apartó de un suave manotazo para ir al baño, acompañada por su irritante risa.

Tenía razón, el maquillaje del día anterior manchaba su cara. Tampoco cambió mucho al retirarlo, porque se dibujaban unas profundas ojeras bajo sus ojos.

Pablo la miraba desde la puerta, mostraba una dulzura que la derretía, veía pura admiración, y eso, le provocaba cierta vergüenza.

—No has dormido —afirmó y ella asintió con un movimiento de cabeza.

Acortó las distancias para acogerla entre sus brazos y dejó un suave beso en la curva de su cuello.

—Ya verás que todo saldrá bien, mi Rubia. Yo estaré aquí con lo que sea.

—Estoy asustada —reconoció.

—A ver, ahora mismo, ¿cómo te encuentras? ¿Sientes algo raro? —inquirió.

Se lo pensó durante unos segundos.

—A parte del dolor de cabeza por no dormir, y un tremendo cansancio, no noto que me duela nada, solo un poco de debilidad que creo que es por la falta de descanso —expresó.

—Eso es buena señal. Además, cuando lleguemos a casa, tienes que estar en buena forma, porque voy a demostrarte lo enamorado que me tienes follándote hasta el amanecer —prometió juguetón.

Alexa negó. Tenía el romanticismo en la punta de la polla, pero no podía ofenderse, porque era justo el tipo de frases que él soltaba.

—Eres un idiota.

—Sí, pero uno al que amas con locura.

—Sí, el hombre más idiota, chulo, capullo, encantador, divertido y maravilloso que existe en este mundo. Y joder, qué bien sienta decir que te quiero con locura —declaró antes de besarlo una vez más.

Acariciaba su piel por debajo de la fina camiseta. Se le ponía el vello de punta con el contacto y un jadeo involuntario se escapó de entre sus labios. No importaba el lugar en el que estuviera, ejercía un poder sobrenatural sobre su anatomía, uno irrefrenable, caliente y apasionado.

—Para ya, perverso, que se supone que estoy convaleciente.

—¿Te pones nerviosa? —la retó, continuando con las caricias.

—La palabra es cachonda. Y sí, me pones.

—Es bueno saberlo.

Con esa última frase, y después de dejarla al borde del desmayo con su toque, se separó.

—Vamos, a desayunar, preciosa. Que hoy tenemos un día ajetreado.

—Te odio —gruñó.

Desayunó un poco enfurruñada por haberse quedado a medias. Su parte racional sabía que era lo mejor, suerte que fue así, porque mientras comían, un doctor de urgencias entró para darle el alta.

Recogieron las cosas en silencio. Los nervios volvían, pero Pablo se encargaba de distraerla para que no pensara en ello. Tenía la visita con la doctora Ramo en solo treinta minutos. Tenía la boca del estómago contraída por la ansiedad, con ganas de hacerle vomitar el desayuno.

—Sé que decirte que te tranquilices es misión imposible, pero al menos, intenta no pensar en ello —le rogó de camino a la consulta.

—Ahora mismo no hay otra cosa en mi cabeza —reconoció—. Es difícil.

—Bueno, a riesgo de que me llames depravado, voy a meterte mano —murmuró en su oído y cumplió la promesa al poner la mano en su trasero.

Intentó apartarlo, había gente recorriendo los pasillos, pero no fue suficiente porque repitió el gesto.

—No me gusta este pantalón, tiene la cinturilla muy alta —se quejó, puesto que intentaba internarse hasta su sexo.

—Pablo... —lo riñó.

—¿No te apetece un poco de exhibicionismo?

—Me apetece darte una hostia con la mano abierta.

—¡Salvaje! —continuó en el mismo tono, juguetón.

Con la tontería, ya estaban en la sala de espera. El estúpido juego funcionó a las mil

maravillas. Mientras la hora llegaba, siguió distrayéndola, y solo en el instante en que escuchó la voz de la doctora llamándola desde el interior de la consulta, volvió a recordar para qué estaba allí.

—Vamos, entra, yo espero aquí —la animó. Antes de levantarse, compartieron un profundo beso que calentó su alma para darle fuerzas ante lo que viniera.

Cogió aire con fuerza y emprendió el camino, dudó si lo haría de una pieza, o caería en el camino. Se sentó frente a la doctora y esta leía con atención lo que mostrara la pantalla. Alexa no dejaba de mover las manos, tan nerviosa como el día en que le dieron el diagnóstico a su madre.

—No me voy a andar por las ramas, Alexandra. No tienes Esclerosis lateral amiotrófica.

Hasta ese instante no se dio cuenta de que retenía el aire en sus pulmones. Lo soltó con una fuerte exhalación y sonrió con sinceridad tras tantos días de tensión.

—¿En serio? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar.

—Sí —sonrió de vuelta—. Pero como es obvio, lo que te ha ocurrido no es normal, por suerte, tiene fácil solución.

Le explicó los resultados de las pruebas. Al hacerle unos análisis más en profundidad, se vio que tenía un enorme déficit de vitamina D y calcio. Eso le provocaba muchas migrañas, a parte de la debilidad y los síntomas que se asemejaban a algunos de los que padeció su madre.

Después de explicarle lo que debía tomar durante una larga temporada, desconectó. Las lágrimas de alegría hicieron acto de presencia, y por fin, se sintió tranquila por no tener que revivir una agonía que siempre estaría presente en su vida cuando recordara a su madre.

—Me alegro mucho por ti. Sé cómo lo pasaste con tu madre y mereces poder continuar con tu vida sin pensar en esta enfermedad. —La doctora la cogió de la mano, le dio un fuerte apretón y Alexa no dudó en levantarse para abrazarla.

—Gracias, Silvia.

—Es mi trabajo.

—No solo por esto, sino por la gran humanidad que mostraste con mi madre en todo momento —agradeció.

—Era una mujer maravillosa. Le gustaría ver cómo sigues con tu vida. Así que, sal ahí fuera y ve con ese chico que no se ha separado de ti ni un solo segundo.

Eso era lo que más quería. Recogió las recetas con premura y salió de la consulta para, entre lágrimas, tirarse a los brazos de Pablo.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho? —inquirió un poco alterado.

—No tengo ELA. ¡Estoy bien! —respondió eufórica.

—Ya te lo dije. Te dije que todo saldría bien.

La estrechó entre sus brazos antes de darle uno de esos besos capaces de quitar el sentido.

—Vamos a casa. Esto hay que celebrarlo por todo lo alto.

—Sus deseos son órdenes, mi majestad. Pienso follarte hasta que caiga el sol, vuelva a salir, y eso se repita una y otra vez.



El camino en taxi hasta casa de Pablo se les hizo eterno a pesar de solo durar diez minutos. En ese tiempo, las miradas de soslayo se convirtieron en protagonistas, adornadas por sonrisas sinceras que ninguno podía evitar.

Cuando la vio salir de la consulta, llorando, se le paró el corazón durante varios latidos. Por

suerte, le dio la noticia segundos después y todo se normalizó.

No tenía esa maldita enfermedad. Estaba bien. Luego, mientras esperaban el taxi, le explicó el diagnóstico, así que con una medicación se pondría bien.

Llegaron a su piso, entró el último y se quedó en la puerta. Alexa estaba parada en medio del pasillo, cuando se giró, dibujó una espléndida sonrisa.

—Y bien, ¿dónde ha quedado esa promesa de follarme? —preguntó en tono burlón.

Acortó las distancias con ella y la afianzó bajo un agarre de las manos sobre sus caderas.

—¿No prefieres descansar?

No le importaría si le decía que sí. Aunque él tampoco durmió demasiado, prefería disfrutar de su cuerpo.

Alexa era la droga más adictiva con la que se topaba. Intensa, salvaje, enloquecedora... Una de la que no pensaba desengancharse.

—Casi me convences para montárnoslo en el hospital, así que no, te prefiero a ti antes que echar una cabezadita.

—Tus deseos son órdenes, mi Rubia.

La cogió en volandas para llegar cuanto antes a la habitación, como si fuera la noche de bodas de un matrimonio. Ninguno perdió el tiempo, se desnudaron sin remilgos, pues estaban ansiosos de sentir sus pieles.

Se quedaba hechizado cada vez que la veía así. Estaba a su merced sobre la cama, y desde esa perspectiva veía entre sus piernas un brillo que ansiaba saborear.

Se abstuvo de hacerlo tan deprisa, primero atacó con hambruna unos labios que le correspondían en cada movimiento. De mientras sus manos memorizaban su silueta, encantadas de recorrer cada recoveco de ese cuerpo hecho para el pecado.

Su gemido no tardó en aparecer, era una melodía que hacía que su polla se pusiera aún más dura.

—Tienes magia en las manos —susurró Alexa en un jadeo.

—Llámame Pablo Potter, porque esto no es nada. Espérate a que entre en juego mi varita.

Ella se carcajeó. La verdad era que su chiste malo rompía un ápice el momento caliente, pero supo redirigirlo al iniciar un recorrido con su lengua desde uno de sus pechos hasta su monte de venus. Ahí se entretuvo, Alexa se abrió para él y saboreó su esencia acompañado por unos gemidos que subían de intensidad con cada roce.

—Pablo, no aguanto más.

—Córrete. Hazlo y grita mi nombre.

Cumplió con su petición y sonrió entre sus piernas mientras se retorció de placer. Le encantaba vanagloriarse cuando conseguía que lo pronunciara presa del orgasmo.

Reptó por su cuerpo sin dejar de tocarla, y su miembro, se encontró de frente justo con el lugar en el que quería entrar. No podía aguantar más la espera. Se sumergió entre sus pliegues, penetrando de lleno en una humedad que lo hizo gemir. Alexa lo besó ante el contacto, sus lenguas batallaban sin descanso al ritmo de sus caderas entrechocando.

Todo iba más deprisa de lo que le gustaría, sin embargo, perdía cualquier ápice de autocontrol en el sexo con ella. Era explosiva. Lo atraía como un imán de alta potencia, y su mente, además de estar dispuesta a complacerla una y otra vez, también se veía empañada por la necesidad de llegar a su propio clímax.

Ella llegó de nuevo al éxtasis, notaba como su sexo se contraía una y otra vez contra su polla. No lo resistió más, aumentó el ritmo, y con ello, consiguió que el orgasmo de Alexa no finalizara y se uniera al suyo propio.

Cayó rendido justo a su lado. Sus respiraciones mantenían un ritmo frenético ante la pasión.

La miró, se embebió de esos ojos verdes tan cautivadores y acarició su mejilla con una dulzura que solo se la dedicaba a ella.

—Te quiero, Alexa.

—Y yo también.

En ese momento de intimidad, sus pensamientos le trajeron un recuerdo. Bueno, más bien una promesa que llevaba años flotando en su mente.

No tenía nada preparado, en realidad, era posible que estuviera a punto de tirarse a una piscina vacía, pero nunca, a sus treinta y un años, estuvo tan seguro de algo.

Se incorporó en la cama y cogió a Alexa de la mano para que hiciera lo mismo. Al final se levantó, y sin soltarla, clavó una rodilla en el suelo.

—Pablo, ¿qué haces? —le inquirió con voz nerviosa.

—Hace doce años nos prometimos que, si cuando pasáramos los treinta seguíamos solteros, nos casaríamos —comenzó—. Ha llegado la fecha, y aunque nos ha costado lo nuestro, por fin nos hemos dado cuenta de que estamos hechos el uno para el otro y que no necesitábamos a otras personas, solo a nosotros.

»Sé que quizá es una locura de tantas que se me ocurren. Estamos en pelotas, en medio de mi habitación después de revolcarnos y yo estoy con una rodilla en el suelo y la polla colgando... pero Alexa, ¿quieres casarte conmigo?

—Lo siento, pero no me han programado para poder hacerlo.

El silencio se hizo entre ambos durante algunos segundos. Se quedaron sin saber qué hacer. Pablo no estaba siendo el hombre más romántico del mundo, tenía el tacto de una piedra, pero no pensó que la jodida inteligencia artificial de Amazon se metería de lleno en la conversación.

Alexa fue la primera en estallar en carcajadas. Tiró de él para que se pusiera en pie y lo miró.

—Sí. Quiero casarme contigo, porque aunque seas un capullo que no sabe hablar de cosas importantes, te quiero con locura. Siempre has sido tú, así que nos merecemos un para siempre acompañados de nuestra locura.

—Para siempre.



Un año después

El tiempo avanzaba a tal velocidad que aún no era capaz de procesar todo lo ocurrido durante el último año.

Alexa estaba en su mejor momento personal y profesional. Desde que pasó todo aquello de la posible ELA, decidió que no pensaba dejar ninguna oportunidad que se le ofreciera.

Tras la pedida de Pablo a su estilo, se tiraron juntos a la piscina y a las pocas semanas se mudó a su piso por ser más grande, dispuesta a dar inicio a su vida juntos.

La convivencia, al principio, fue un poco caos. Pablo, a veces, era desordenado, y le tocaba llamar a su abuela Remedios para que le pusiera las pilas con un par de collejas. Ella lo intentaba, pero ejercía tal poder de atracción sexual, que acababa cediendo a sus encantos de amante perfecto del que nunca tenía suficiente. Así que, meter a Reme en escena para que le diera unas cuantas tortas, era la receta perfecta para que espabilara.

Por otro lado, decidió ir a terapia. Necesitaba deshacerse del miedo escénico por completo, pues se moría de ganas de enseñar su música. Y lo consiguió.

Hubo mucho ensayo y error, pero ya no se quedaba bloqueada cada vez que debía cantar. Subirse al escenario le daba valentía, sus amigos, ya la habían escuchado en varias ocasiones.

En el tema laboral fue dónde hubo más cambios. Seguía componiendo para la discográfica, pero dejó la serie porque quería centrarse en su propia carrera.

Doce. Ese era el número de canciones de su primera maqueta. Estaba orgullosa, feliz y a punto de ver cumplido su sueño de interpretar sus propias letras, puesto que la discográfica que llevaba a los Dark Angels, ya trabajaba para publicar su primer single.

Lloró con la noticia. Mucho. Era algo que jamás hubiera llegado a suceder si Pablo no estuviera en su vida. Él fue el artífice de todo, quien luchó porque venciera sus miedos y la ayudó a ver cumplido su gran sueño, uno que le dedicaba a su madre.

—¿Estás lista? —le preguntó el amor de su vida.

Dio un asentimiento. En realidad, sus piernas parecían gelatina y los nervios se acumulaban en la boca de su estómago.

—¿Y si me sale un gallo?

—Lo criaremos para que, cuando se haga mayor, tenga pollitos con las gallinas.

—Qué idiota eres... —rió a carcajadas.

—¿Pero a que ya no estás tan nerviosa?

Tuvo que reconocerle que tenía razón, pues lo cierto era que estaba entusiasmada con la idea de salir a cantar.

Era el concierto de apertura de gira de los Dark Angels. Tras mucha insistencia por parte de

Aritz, Alexa estaba a punto de salir al escenario a cantar con ellos.

El Palau Sant Jordi estaba hasta los topes. Había más de diecisiete mil personas a la espera de que su grupo favorito diera inicio a la fiesta.

Sentía una responsabilidad enorme, por suerte, aún quedaba un rato para que ella saliera.

¡*No me cantes milongas!* era un tema que tocaban casi al final. La espera se le iba a hacer eterna.

—Vamos, Pablo. Es la hora —instó Gabi a las puertas del camerino.

—Me tengo que ir, pero te espero en el escenario. —La besó solo como él sabía, llevándose consigo los pensamientos negativos que rondaban su mente.

Él confiaba, se lo transmitía, pero ello no era suficiente como para mantener una calma absoluta.

—Espero no arrepentirme.

—No dejaré que lo hagas. Además, pronto serás tú la que salga a solas, porque *Hipócritas* va a arrasar —la animó, sin darse cuenta de que eso la hacía sentir más presionada.

Vio cómo se marchaba junto a Gabi y suspiró. El sonido de la música resonaba por los pasillos, antes de salir a reunirse junto a Sara y el resto de sus amigos en el lateral del escenario, se miró una última vez en el espejo.

Llevaba su larga melena suelta, peinada con suaves bucles que caían en cascada, conjuntando a la perfección con su maquillaje en tonos negros y labios rojos como la sangre. De ropa, se atrevió con un modelito de infarto. Un vestido de poli piel negro pegado a su cuerpo por completo, que enmarcaba sus curvas y lo adornaba un escote en forma de corazón de infarto. Para finalizar, una cazadora de imitación al cuero en tono rojo. Un atuendo roquero perfecto para conjuntar con el grupo.

Se sentía como una auténtica *Rockstar*. La hacía sentir poderosa, la incitaba a comerse el mundo.

Llegó con sus amigos. Sara, Cova y Dafne la apresaron con un abrazo tan fuerte que le costó hasta respirar.

—Chicas, me vais a matar antes de tiempo —dijo a duras penas.

—Es que... mírate. ¡Estás preciosa! —murmuró Sara de forma dramática. Parecía una madre que dejaba por primera vez a su hijo en el colegio.

—Gracias, pero estoy atacada de los nervios.

—Vas a arrasar. Meter una voz femenina a ¡*No me cantes milongas!* los va a volver locos —habló Dafne.

No contestó, la música sonaba muy fuerte y lo que menos quería era quedarse afónica por hablar a gritos.

Una a una, el grupo fue interpretando el repertorio. El público estaba animado, el griterío era ensordecedor, se oía en cada recoveco. La gente cantaba las canciones, los apoyaba y desde ahí incluso pudo apreciar las caras de disfrute de los presentes.

¿Cómo iba a ser desde el escenario?

Le faltaba poco para averiguarlo.

Aritz acababa de terminar la canción, las luces se atenuaron y un foco se quedó fijo en él, en medio del escenario.

—¿Lo estáis pasando bien? —gritó y no tardó en recibir respuesta—. Vamos, ¡que no os oigo! —Los gritos resonaron de nuevo—. Así me gusta —sonrió ladino, sabía a la perfección cómo ganarse al público—. Ahora llega un tema de lo más especial para nuestro bajista, Pablito.

Todos sabían de cuál se trataba, volvían a ensordecir el Palau Sant Jordi.

—Ha pasado un año desde que salió, fue una canción dedicada a una persona que ya todos conocéis.

El nombre de Alexa comenzó a resonar en el recinto. Una de las cosas que tenía salir con alguien famoso, era que desde que salió la noticia, los fans ya sabían toda su vida.

—Sí, esa misma —continuó Aritz—. Además de ser la novia del cafre este —señaló a Pablo, a quien invitó a unirse con él—, tiene una voz que va a hacer que os corráis del gusto.

La aludida rodó los ojos. Otro con la delicadeza de una piedra.

—Y para celebrar un año de éxitos, vais a tener el placer, en exclusiva, de escuchar a la protagonista de dicha canción, aquí mismo, solo para vosotros. Así que, ¡Alexa, ven aquí!

Sara le dio un empujoncito con la mano cuando el técnico le dio el micrófono. Le temblaba todo, temía tropezarse de camino al escenario y quedar como una imbécil. La arropaban los aplausos. En cuanto el foco le dio de lleno, estos se acentuaron y no se creía que todo eso fuera por ella.

Pablo fue el primero en acercarse, y para gusto del público, le dio un beso en los labios que por un instante hizo que olvidara todo a su alrededor.

—Hola, Barcelona —les saludó con efusividad cuando logró centrarse—. Yo no soy tan locuaz como Aritz, y además, estoy un poco acojonada en estos momentos. Pero aquí estoy, dispuesta a no destrozar la canción más importante de mi vida. —Los aplausos continuaron. Sonrió, se sentía acogida por todos y las ganas de que diera inicio la canción aumentaban sin parar.

—Pues ya estamos todos, así que, antes de que la Rubia se nos arrepienta, aquí tenéis *¡No me cantes milongas!*

La cogió de la mano. Recordó los ensayos y se movió por el escenario al ritmo de la música. Los fans de la primera fila alargaban la mano. Chocó a varios y volvió al centro para ir junto a Aritz.

La letra reverberaba en el recinto. La primera parte la interpretaba él. Quedaban apenas unos segundos para su turno, cogió aire, y como si llevara haciendo eso toda la vida, cantó.

Disfrutó de cada palabra, interactuó con el público y jugueteó con Pablo, quien también cantaba el estribillo.

Se sentía en el lugar correcto. Por primera vez en su vida, el miedo quedó relegado en un rincón que esperaba que se quedara en el olvido.

Todo fluía. Se dejaba llevar, lo malo era que la canción estaba a punto de terminar.

Se fue junto a Aritz y, cara a cara, dieron fin a la canción que causaba furor en el lugar.

Los aplausos eran ensordecedores. Rio con ganas y fue directa a abrazar a Pablo para gusto de los presentes. Estaba eufórica, y más, cuando su nombre resonó con fuerza entre el público.

—Vaya, vaya.... ¡qué rápido os olvidáis de mí! —dramatizó Aritz—. ¿Os ha gustado?

—¡Sííí! —resonó.

—Así me gusta. Alexa, me parece que con esto ya tienes un séquito de fans.

De nuevo la aclamaron.

—Gracias, Aritz —agradeció con el micrófono—. ¡Y a todos vosotros! Ha sido todo un placer cantar esta canción aquí. —Más gritos—. Y ahora, os dejo con el resto del concierto, espero, de todo corazón, que muy pronto nos volvamos a ver.

Se marchó de allí despidiéndose con la mano y con una sonrisa que no desaparecería en días. Al reunirse con sus amigos, se fundieron en un abrazo grupal. No dejaban de repetirle lo alucinante que había quedado la actuación. Aritz y ella se complementaban en el escenario. Sus voces casaban a la perfección, le daba un toque que enriquecía el ritmo desenfrenado del grupo.

Vio lo que quedaba con una sonrisa, y a la vez, anhelando que Pablo se reuniera con ella para celebrarlo. Ya no quedaba nada, Aritz se despedía y abandonaron el escenario llenos de ovaciones.

Se lanzó a los brazos de su Pitufu, este no perdió el tiempo y la besó con hambruna, como solo él sabía. No importaba que sus amigos estuvieran a su alrededor animando como borregos, se sumergieron en su propio mundo en el que solo eran ellos.

—No te imaginas cuánto me ha costado resistir la tentación de follarte en medio del escenario —le susurró Pablo en su oído, haciéndola estremecer—. Casi haces que olvide la letra, porque tu voz lo ha eclipsado todo.

—Eso lo dices porque estás enamorado hasta las trancas de mí.

—Es cierto, pero creo que ahora también lo está todo aquel que te ha escuchado.

—¿Celoso?

—No. Porque sé que solo tienes ojos para mí.

—Pretencioso —rio.

—Te quiero, Rubia.

—Para siempre, Pitufu.

FIN

Otras novelas

